

El Martirio de Cristo y de los cristianos por el Rvdo. P. José María Iraburu

Índice

Introducción

1. El martirio continuo de Jesús

–*Jesucristo, el mártir*. –El Verbo divino entra en el mundo. –Se anonada en la Encarnación. –Escándalo para los judíos. –Locura para los paganos.

–*La mente humana de Jesús*. –Jesús conoce siempre su identidad y su vocación a la Cruz. –Jesús es el más feliz de los hombres. –Jesús, mártir toda su vida. –Jesús se reconoce en las Escrituras.

–*La vida pública de Cristo avanza rectamente hacia la Cruz*. –El Cordero de Dios. –Primera Pascua y subida a Jerusalén. Enfrentamiento con los sacerdotes. –Se retira a Galilea. –Segunda Pascua y subida a Jerusalén. –Nueva retirada. Odio creciente de fariseos y letrados. –Sermón del Monte. –Subida breve a Jerusalén y retirada. –Enfrentamientos con fariseos y escribas. –Hostilidad creciente. –Hasta en Nazaret lo odian. –La sombra de la Cruz.

–*Tercera Pascua*. –Anuncio de la Eucaristía. –Grave pérdida de seguidores. –Exiliado por prudencia. –Anuncio primero de la Pasión. –La Transfiguración. –Anuncio segundo de la Pasión. –Sube a Jerusalén y crece la tensión. –La *hora* de Jesús está próxima.

–*El Sanedrín*. –Pena de muerte y excomuniones. –Primera sesión del Sanedrín contra Jesús, y excomunión de sus seguidores. –Fiesta de la Dedicación y nueva huída. –Segunda sesión del Sanedrín, condenando a muerte a Jesús. –Anuncio tercero de la Pasión. –Última entrada en Jerusalén.

–*Llega la hora de morir*. –Terrible discurso. –Tercera sesión del Sanedrín contra Jesús, considerando el modo de matarle. –La Cena pascual de Jesús. –Víctima sacrificial. –Últimas profecías de Jesús. –En el Huerto de Getsemaní. –Jesús comparece ante el Sanedrín, que ya había decidido matarlo. –Juicio nocturno del Sanedrín. –Juicio diurno del Sanedrín. –Ante Herodes y Pilato. –El misterio de la Cruz. –Todo se ha cumplido. –Jesús descansa en paz. –Oración final.

2. Por qué Cristo fue mártir

–Errores sobre la identidad martirial de Jesús. –El lenguaje católico sobre el martirio de Cristo. –Dos tendencias cristológicas. –Actualidad del nestorianismo. –La pasión del Verbo encarnado. –Un Cristo que ignora su destino a la Cruz. –Un Cristo «muy humano». –Visión católica de «lo humano».

–Jesucristo *quiso* la Cruz. –Dios *quiso* la Cruz de Cristo. –La Voluntad divina, lo que Dios quiere o quiere-permitir. –El lenguaje de la fe católica. –¿Por qué quiso Dios que Cristo fuera mártir en su vida y en su muerte? –para revelar el amor divino. –para revelar la verdad. –para revelar todas las virtudes. –para revelar el horror al pecado. –para expiar sobreabundantemente por el pecado. –para revelar a los hombres que solo por la Cruz pueden salvarse.

–La gloria suprema de la Cruz. –La Justicia divina no es cruel. –La Justicia y la Misericordia de Dios. –La devoción católica a la Pasión de Cristo.

–El dolor de Cristo por el pecado del mundo. –La agonía de Getsemaní. –El martirio de la Virgen. –La Cruz gloriosa.

3. El martirio en la Escritura

–Terminología griega del *martirio*. –*Mártires* en la Biblia de los Setenta. –Los profetas. –Los hombres justos. –Los Macabeos. –El *martirio* en el Nuevo Testamento. –Los Sinópticos. –

Esteban y Pablo. –San Pedro. –San Juan. –El Apocalipsis.

4. El martirio en la Iglesia antigua

–En la Iglesia primitiva. –La persecución judía. –La persecución romana. –Crónicas martiriales. –Notas propias de la espiritualidad martirial: -alegría, -victoria, -victoria de Cristo y derrota del Diablo, -preparación para el combate, -visión del cielo, -esperanza de la resurrección, -expiación del pecado y plena salvación, -agradecimiento, -oración por los enemigos, -sacrificio eucarístico, -fortaleza, -desprendimiento de los bienes materiales. –Asistencia de la Iglesia a los mártires. –La devoción a los mártires. –Culto a los mártires. –Fuerza evangelizadora del martirio.

5. Espiritualidad pascual y martirial

–Sacerdotes y víctimas en Cristo. –Persecución necesaria. –Persecución anunciada. –Confesores y testigos. –Espiritualidad cristiana, espiritual pascual-martirial: –en la Liturgia de la Iglesia; –en todo el bien que hacemos; –en todo el mal que padecemos; –en el martirio.

6. Teología del martirio

–Teología del martirio según Santo Tomás. –*Art. 1*, el martirio es un acto de *virtud*. –*Art. 2*: es un acto de la virtud de la *fortaleza*. –*Art. 3*: es el acto *más perfecto*. –*Art. 4*: es *morir* por Cristo. –*Art. 5*: *no solo la fe* es causa propia del martirio. –Perseguidos *por odio* a Cristo y muertos *por amor* a Cristo.

–Observaciones complementarias sobre el martirio: –¿es lícito desear el martirio, pedirlo a Dios? –¿es lícito procurar y buscar el martirio? –¿es lícito huir la persecución? –¿son necesarias ciertas condiciones espirituales para que, por parte del cristiano, pueda darse propiamente el martirio? –Efectos del martirio. –Teología moral y martirio; encíclica *Veritatis splendor*. –Teología espiritual y martirio.

7. La evitación sistemática del martirio

–Los innumerables mártires de nuestro tiempo. –Los innumerables apóstatas de nuestro tiempo. –Causas hoy principales del rechazo del martirio: –el horror a la Cruz; –la seducción de un mundo lleno de riqueza; –el pelagianismo y el semipelagianismo; –el liberalismo. –La fuga del martirio es muy triste. –Cristianismo sin Cruz o con Cruz.

8. El testimonio de la verdad

–Aceptación o rechazo de la vocación martirial cristiana. –Iglesia alegre, Iglesia triste. –Mártires a causa de la verdad. –San Pablo.

–1. *La afirmación de la verdad divina*. –*Parresía*. –De la Cruz viene la fuerza para predicar la Palabra divina.

–2. *La negación de los errores*. –Misiones y martirio. –San Francisco de Javier. –Teología y martirio. –San Buenaventura. –Una Notificación tardía. –Algunas reflexiones sobre la citada Notificación. –Una Notificación aún más tardía. –La multiplicación de las herejías. –La lucha insuficiente contra el error. –Los Santos combaten «los errores de su tiempo». –San Atanasio. Santo Tomás Moro. –San Luis María Grignon de Montfort.

–3. *El gobierno pastoral al servicio de la verdad divina*. –La crisis de la autoridad. –La Viña devastada. –San Bernardo. –Santa Hildegarda y Santa Catalina. –San Juan de Ávila. –San Carlos Borromeo. –La autoridad pastoral en la tradición doctrinal y práctica de la Iglesia. –Mundанизación de la autoridad pastoral. –La gran batalla de los mártires. –La urgente renovación de la Iglesia. –«Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho».

Final

–Escritura. –Iglesia primera. –Padres. –Magisterio. –Un mártir. –Santa Brígida.

Bibliografía

Introducción

Cristo, el *testigo (mártir) veraz*, avanza toda su vida por un camino que conduce a la Cruz, donde consuma nuestra salvación. Y nosotros, si queremos ser discípulos suyos, hemos de ser también *mártires*, llevando su Cruz cada día hasta nuestra muerte. El Maestro nos lo enseña claramente:

«entrad por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que van por allí. Pero es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran» (Mt 7,13-14).

Así pues, «si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por mi causa y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,34-35).

Perder la vida, por entregarla con amor a Cristo y a los hermanos, lleva a la alegría, la paz, la fecundidad, la salvación. Guardar la vida, por no darla a Dios y al prójimo, conduce a la tristeza y a la angustia, a la esterilidad y a la perdición.

Al pueblo cristiano se le ofrecen, pues, *dos caminos*: el verdadero, el del Evangelio, que se recorre con la cruz y que lleva a la vida, y el sendero falso de un falso Evangelio, que intenta eludir la cruz y que lleva a la muerte.

Elegir el camino que se quiere andar es una elección necesaria. Y hoy esta elección se plantea con especial dramatismo, pues de nuevo y más que nunca estamos viviendo el tiempo de los mártires. Por eso, quien prefiera eludir el martirio, quizá lo consiga, pero ha de saber que deja el seguimiento de Cristo y que entra en un camino de perdición. Y quien hoy decide ser cristiano, ha de estar firmemente determinado a ser mártir con Cristo y a llevar cada día su cruz.

En las apariciones de Fátima, en 1917, la Virgen María anuncia a los beatos Francisco y Jacinta y a la Hermana Lucía que *el siglo XX será un tiempo de grandes persecuciones contra la Iglesia*:

«Rusia, si no se convierte, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia. *Los buenos serán martirizados*; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas. Finalmente, mi Corazón Inmaculado triunfará».

No siempre es fácil entender las profecías o discernir si son verdaderas o falsas. Hay que reconocer, sin embargo, que *la verificación más segura de las profecías es su cumplimiento*. Y no podrá negarse que aquellos avisos de la Virgen en Fátima, menospreciados por tantos orgullosos, han tenido cumplimiento exacto.

En un libro, *I nuovi perseguitati*, que Antonio Socci, según la prensa (13-V-2002), ha publicado en Italia se calcula que en los dos milenios de cristianismo han sido mártires, es decir, han muerto a causa de la fe, 70 millones de cristianos, y que de ellos 45 millones y medio (el 65 %) han sido mártires del siglo XX.

Sí, no cabe duda, estamos actualmente en *el glorioso tiempo de los mártires*. Pero estamos también en *el vergonzoso tiempo de los apóstatas*.

Por eso la situación de la época en que vivimos nos está pidiendo con especial urgencia una meditación espiritual profunda sobre *el martirio de Cristo y de los cristianos*.

1. El martirio continuo de Jesús

Jesucristo, el mártir

Durante su vida temporal, *Jesucristo es mártir permanente de Dios en el mundo*. Él es «el Testigo (*mártir*) veraz y fidedigno» (Ap 1,5; 3,14). Él es mártir no solo en cuanto testigo continuo de *la verdad* de Dios, es decir, como profeta, sino también lo es durante toda su vida en el sentido *doloroso* que este término tiene en la tradición cristiana. En efecto, durante toda su vida en la tierra, Cristo avanza consciente, libre y amorosamente hacia la Cruz. Toda su vida es, pues, un grandioso *via crucis*, que se consuma en el Calvario, en la Cruz sagrada.

Esta condición martirial y dolorosa de Jesucristo siempre ha sido conocida por los santos, que son quienes mejor lo han comprendido. Así Santa Teresa:

«¿*Qué fue toda su vida sino una cruz*, siempre delante de los ojos nuestra ingratitud y ver tantas ofensas como se hacían a su Padre, y tantas almas como se perdían? Pues si acá una que tenga alguna caridad le es gran tormento ver esto, ¿qué sería en la caridad de este Señor?» (*Camino*, Esc. 72,3).

Santa Teresa entiende perfectamente los sentimientos de Cristo porque, como quería San Pablo (Flp 2,5), ella tiene los mismos sentimientos que Él. Cristo está viviendo en ella con toda plenitud, y por eso siente Teresa los mismos sentimientos de Jesús, y experimenta también la vida presente como una cruz continua. Esa fue la experiencia de Cristo, lo misma de San Pablo: «cada día muero» (1Cor 15,31).

El Verbo divino entra en el mundo

Al entrar en este mundo pecador, *el divino Hijo encarnado sabe perfectamente la suerte que le espera*. Sabe que Él es Luz divina, hecha visible por la Encarnación, y que las Tinieblas del mundo no la soportarán, y tratarán de apagarla violentamente (Jn 1,5). La Pasión de Cristo se inicia en Belén, en el exilio de Egipto, y continúa *in crescendo* majestuoso hasta la Cruz.

Por eso, dice al Padre «entrando en el mundo: no quisiste sacrificios ni oblacones, pero me has preparado un cuerpo. “Los [antiguos] holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo –en el volumen del Libro está escrito de mí– para hacer, oh Dios, tu voluntad”» (Heb 10,5-9; cf. Sal 39,7-9).

Se anonada en la Encarnación

Cuando el Verbo divino se hace hombre en María, por obra del Espíritu Santo, *entra en la raza humana sabiendo bien dónde entra*. –El *Eterno*, el que abarca todos los tiempos en un presente total e interminable, acepta encarcelarse en un presente infinitamente angosto, indeciblemente efímero, en un instante que, situado entre el futuro y el pasado, «es pasando». –El *Santo* se introduce, para salvarnos del pecado, en medio de una humanidad hundida en el barro del pecado del mundo. –El *Omnipotente*, «sin desdeñar el seno de la Virgen», quiere hacerse niño mínimo, inválido, inerme, sin fuerza, lleno de necesidades, totalmente vulnerable. –La *Sabiduría* eterna del Padre acepta hacerse niño sin pensamiento, perdido entre ensoñaciones, inconsciente, absolutamente ignorante. –El *Rico*, de quien proceden todos los bienes materiales o espirituales, se hace pobre, nace en un lugar para animales. –El *Primogénito* de toda criatura, cuando entra en la miserable vida de sus hermanos, enseguida es perseguido, y a toda prisa, de noche, sin preparativo alguno, se hace prófugo y exiliado en Egipto, en un país extranjero, del que María y José no conocen la lengua, ni las posibilidades de trabajo, ni nada...

«Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gál 4,4), el cual, «siendo rico, se hizo pobre por amor a nosotros, para enriquecernos con su pobreza» (2Cor 8,9). Él, «existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó, tomando la forma de siervo... y en la misma condición de hombre se humilló» (Flp 2,5-8).

Todo esto es «escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero fuerza y sabiduría de Dios para los llamados, sean judíos o griegos» (1Cor 1,23-24).

Escándalo para los judíos

Yavé es el Altísimo, el Señor, el Creador omnipotente: «en presencia del Señor se estremece la tierra» (Sal 113,7); «cuando Él mira la tierra, ella tiembla, cuando toca los montes, humean» (103,32). Él es magnífico y deslumbrante, terrible en su potencia (Sal 75). Sus teofanías son lógicamente formidables. Y en medio de los estremecimientos de la naturaleza, «solo su voz» llega a los hombres:

«Vosotros os acercásteis, y os quedásteis al pie de la montaña, mientras la montaña ardía envuelta en un fuego que se elevaba hasta lo más alto del cielo, entre negros nubarrones y una densa oscuridad. Entonces os habló el Señor desde el fuego, y escuchásteis el sonido de sus palabras; pero no visteis figura alguna: era *solo una voz*» (Dt 4,11-12)

Pues bien, tal como la Providencia divina dispone la Encarnación del Verbo, ¿cómo los judíos podrán reconocer en Jesús de Nazaret la presencia divina del Señor? ¿«No es éste el hijo del carpintero» (Mt 13,55). No tiene estudios académicos que lo prestigien (Mc 6,2). Y para colmo «viene desde Nazaret, de Galilea» (Mc 1,9; +Mt 21,11). Pero ¿«acaso de Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1,46). ¿Y cuándo Galilea, la «Galilea de los paganos» (Mt 5,15; +Is 9,1), ha dado profetas o jefes a Israel?... Para los judíos el caso es claro: predicar a Jesús y creer en él es una estupidez, más aún, es un pecado, es un escándalo. «Se escandalizaban de Él» (Mc 6,3).

Y ese escándalo se acrecienta si la locura de la predicación evangélica propone al monoteísmo de Israel la fe en una Trinidad de personas divinas, iguales entre sí en eternidad, santidad y potencia.

Locura para los paganos

Para los intelectuales paganos, concretamente para los griegos, es evidente que *Dios, si existe, es puro Espíritu*. Y que los seres corporales, por el mero hecho de ser materiales, ya certifican su propia miseria y precariedad en el orden del ser. Así las cosas, ¿es posible que una mente sana crea que el Logos divino, «siendo Dios y estando desde el principio en Dios», ha entrado en el devenir humano para «hacerse carne» (Jn 1,1-14)? ¿No es simplemente una locura afirmar que Jesús es al mismo tiempo Dios verdadero y hombre verdadero? ¿Qué diferencia hay entre afirmar eso y asegurar que se ha logrado trazar «un círculo cuadrado»? Absurdo.

Y sin embargo, eso fue lo que predicaron los Apóstoles, un grupo de iletrados, que, por obra del Espíritu Santo, ya en el primer siglo, encendieron la fe en Cristo por todas las naciones.

«A ver. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el hombre culto? ¿No ha demostrado Dios que la sabiduría de este mundo es una necedad? En efecto, ya que el mundo, con toda su sabiduría, no reconoció a Dios en las obras que manifiestan su sabiduría, quiso Dios salvar a los que creen por la locura de la predicación» (1Cor 1,20-21).

La Encarnación del Verbo divino, por ser la grandiosa «epifanía de la bondad y del amor de Dios hacia los hombres» (Tit 3,4), precisamente por eso, se realiza en la más profunda humildad e indefensión. No se realiza en gloria, majestad y potencia, sino en humilde pobreza, sencillez y desvalimiento. Pero justamente por eso, a causa de la maldad de los hombres, el Verbo encarnado va a ser despreciado, perseguido y muerto en la Cruz. Esto

Jesús lo supo siempre, desde niño.

¿Realmente lo supo siempre?

La mente humana de Jesús

Nuestro Señor Jesucristo, el Verbo encarnado, según su eterna naturaleza divina, posee una *ciencia divina* omnisciente, por la que conoce todo, en sí mismo, desde siempre. Este conocimiento, que está vivo y actuante en Jesús, se expresa no pocas veces en los evangelios: «Yo hablo lo que he visto junto al Padre» (Jn 8,38).

Pero a partir de la Encarnación, al asumir la naturaleza humana, en cuerpo y alma, Jesús posee también realmente una *ciencia humana*. Así lo enseña el *Catecismo de la Iglesia*:

«el alma humana que el Hijo de Dios asumió está dotada de un verdadero *conocimiento humano*. Como tal, éste no podía ser de por sí *ilimitado*: se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo. Por eso el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso *progresar* “en sabiduría, en estatura y en gracia” e igualmente adquirir aquello que en la condición humana se adquiere de manera experimental (cf. Mc 6,38; 8,27; Jn 11,34). Eso correspondía a la realidad de su anonadamiento voluntario en “la condición de esclavo” (Flp 2,7)» (n.472).

El alma humana de Cristo en la tierra posee, efectivamente, esta *ciencia adquirida o experimental* (Sto. Tomás, *STh* III, 9,4), propia de la naturaleza humana, una ciencia verdaderamente progresiva y creciente (III,12,2).

El Verbo divino, en efecto, al asumir la naturaleza humana, la asume de verdad, se hace semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (Heb 2,11-17; 4,15; 5,8). Y por eso realmente «Jesús *crece* en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

Hay además en el alma de Cristo, más allá de su ciencia experimental, una *ciencia infusa*, directamente recibida de Dios, por la que conoce el fondo de los corazones, acontecimientos futuros y todo cuanto conviene para el cumplimiento fiel de su misión redentora.

Y el Cristo de la tierra tiene también una *ciencia beatífica*, por la que ve al mismo Dios. La majestad divina de la *unión hipostática* hace inconcebible que Jesús, el Verbo encarnado, en su vida terrena, no «viera» a Dios, sino que lo conociera por «fe».

Que Jesús tuvo en la tierra la ciencia beatífica es la doctrina tradicional de la Iglesia. Y por eso el Santo Oficio, en 1918, para corregir un *kenotismo* moderno desviado, prohíbe enseñar, como doctrina temeraria, que «no está establecido con certeza que el alma de Cristo, durante su vida entre los hombres, tuviera la ciencia que poseen los bienaventurados» en el cielo (*Dz* 3645).

Sin embargo, como dice Daniel Ols, O. P., entre los autores de cristologías contemporáneas, «todos o casi todos» mantienen que afirmar la *visión beatífica* en el Cristo viador es alejarse del realismo de la encarnación, que está en el corazón de la fe cristiana (*Le Cristologie contemporanee e le loro posizioni fondamentali al vaglio della dottrina di S. Tommaso*, Lib. Edit. Vaticana 1991, 164). Incluso Jean Galot, tan crítico frente a las nuevas cristologías, coincide con ellas en la negación de esta ciencia en el Cristo de la tierra (*Chi sei tu, o Cristo?* Florencia 1979, p.V, cp.12; *Cristo, ¿tú quién eres?* Madrid 1982).

La convicción tradicional de la Iglesia, sin embargo, es otra, como he dicho. Santo Tomás, por ejemplo, afirma que «la ciencia de los bienaventurados consiste en el conocimiento de Dios. Pero él [Cristo] conocía plenamente a Dios, también en cuanto hombre, según aquello: “Yo lo conozco, y guardo su palabra” (Jn 8,55). Luego *tuvo Cristo la ciencia beatífica*» (III,9, 2 *sed contra*).

No entro aquí en esta cuestión, aunque sí recomiendo estudiarla en el excelente estudio citado de Daniel Ols.

Pues bien, que Jesús tenía de su identidad personal y de su misión una *ciencia divina* perfecta es algo obvio. Ahora bien, que de todo ello tenía también una clara y segura *ciencia humana* es lo que en el resto del capítulo voy a mostrar, advirtiendo previamente lo que sigue:

«Santo Tomás subraya que la ciencia *adquirida* es la única ciencia propiamente *humana* [en Cristo], ya que procede de los principios de la naturaleza humana: las otras ciencias poseídas por Cristo no son propiamente humanas» (Ols 160).

Comprobemos, pues, ahora cómo *Jesús, en su ciencia humana, es siempre consciente de su propia identidad personal, conoce su final en la Cruz, y toda su vida camina hacia ella libremente.*

Jesús conoce siempre su identidad y su vocación a la Cruz

Primera cuestión. *¿Cuándo el alma humana de Jesús se hace consciente de su identidad personal divina?* Parece imposible retrasar el despertar de esta conciencia, como algunos lo han hecho, hasta los treinta años, hasta su bautismo en el Jordán, o más, como alguno ha sugerido ¡hasta su resurrección! Es absurdo pensar que el *hombre perfecto* ha ignorado *quién es* hasta edad tan avanzada.

Cuando Jesús tiene doce años, en una visita al Templo de Jerusalén, «cuantos lo oyen quedan estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas» (Lc 2,47), y habla ya con María y José de «mi Padre», refiriéndose a Dios (2,49). Todo hace pensar que Jesús tiene conciencia humana de su identidad divina desde que tiene uso de razón, y que en él, además, la razón despierta mucho antes que en sus hermanos, los hombres deteriorados por el pecado.

Segunda cuestión. *¿Cuándo va teniendo Jesús conocimiento humano de que su vida está destinada a la Cruz?* En cuanto Él se conoce a sí mismo y conoce al mundo pecador, se hace consciente de que le esperan la persecución y la muerte.

En 1985 la *Comisión Teológica Internacional* estimó conveniente afirmar, frente a errores bastante difundidos, que Cristo conoce en su vida mortal su identidad divina y es consciente de su misión redentora sacrificial.

En efecto, «la vida de Jesús testimonia la conciencia de su relación filial al Padre... Él tenía conciencia de ser el Hijo único de Dios y, en este sentido, de ser, él mismo, Dios» (*Proposición 1ª*). También «conocía el fin de su misión... Se sabía enviado por el Padre para servir y para dar su vida “por la muchedumbre”» (*Prop. 2ª*). Merece la pena leer los textos que justifican y desarrollan estas proposiciones.

Pues bien, contemplemos ahora esta conciencia clara que Cristo tiene de su condición de *mártir*, testigo de Dios hasta la muerte. Pero antes quiero hacer una consideración importante.

Jesús es el más feliz de los hombres

Vamos a considerar en seguida el curso de los Evangelios, prestando especial atención a la conciencia que Cristo tenía de su destino a la Cruz. Y esto podría generar en las próximas páginas la impresión falsa de que Jesús fue un hombre triste, ya que toda su vida estaba oscurecida por la sombra de la Cruz.

Por el contrario, *ningún hombre ha sido tan feliz en este mundo como Jesús.* A medida que va creciendo, Cristo se conoce, se reconoce, cobra conciencia de ser el Amado del Padre, el Primogénito de toda criatura, el que «sustenta con su poderosa palabra todas las cosas» (Heb 1,3). Él se sabe amado por María, por José, por todos los ángeles y santos. Nadie ha gozado como Cristo de la hermosura del mundo. Nadie ha captado tan bien como Él la belleza y la bondad de las criaturas. Nadie se ha alegrado tanto como Él de vivir en Dios, de moverse y de existir en Dios (Hch 17,28). Nadie ha captado como Jesús la bondad de las

personas buenas, y todo cuanto de bueno hay en obras, instituciones y culturas humanas. Nadie ha entendido como Él los planes de la Providencia divina, ni se ha gozado tanto en ellos. Nadie ha mirado a los pecadores con tanta compasión y benignidad, con tanta esperanza en las posibilidades de su conversión y salvación.

Y si *nada alegre tanto como amar*, es preciso reconocer que ningún ser humano ha experimentado como Jesús la alegría de amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo. Tampoco ha habido hombre que se haya sabido tan amado por tantos hombres como Cristo. En fin, nadie en este mundo ha tenido tanta paz interior y tanto gozo espiritual, pues nadie se ha identificado tan perfectamente con la Voluntad divina. Es evidente, pues, que *ningún hombre ha sido en este mundo tan feliz como Cristo*.

Es indudable que los Evangelios nos manifiestan más el dolor que el gozo de Cristo. Pero ciertamente que en su vida mortal hubo muchísimos momentos como éste que describe San Lucas: «En aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra... Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo”... Y vuelto a los discípulos, les dijo aparte: “dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis”»... (Lc 10,21-24).

Jesús, mártir toda su vida

El pecado del mundo es casi totalmente ignorado o inadvertido por los hombres. Y esto por dos razones: primera, porque en él han vivido sumergidos desde siempre; y segunda, porque en mayor o menor medida son cómplices de ese mal, y están, por decirlo así, *con-naturalizados* con él.

Pero Jesús, a medida que crece en experiencia y sabiduría, *vive horrorizado por el mal del mundo*; y este horror es creciente, hasta hacerse en Getsemaní «pavor, angustia, sudor de sangre» (Mc 14,33; Lc 22,44).

En la *Tercera Memoria* (1941) de las apariciones de Fátima, escrita por la Hna. Lucía se narra la visión del infierno. «Visteis el infierno –dice la Virgen a los tres niños– a donde van las almas de los pobres pecadores». La Beata Jacinta, la menor, «se horrorizó de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían pocas para salvar de allí a algunas almas... Algunas personas no quieren hablar a los niños pequeños sobre el infierno, para no asustarles. Pero Dios no dudó en mostrarlo a tres, y una de ellas contando apenas seis años, y Él bien sabía que había de horrorizarse». ¿Habría que pensar que lo que «ven» los Beatos niños de Fátima no lo alcanza a «ver» el Niño Jesús?

El mal que sacerdotes y rabinos, tan expertos en las Escrituras, no alcanzan a ver, pues ellos mismos lo hacen, Jesús niño, que a los doce años asombra a los doctores con su sabiduría, lo ve con toda claridad desde que tiene uso de razón. Desde niño dice Jesús al Padre celestial: «arroyos de lágrimas bajan de mis ojos por los que no cumplen tu voluntad» (Sal 118,136).

A medida que crece, pero ya desde muy niño, *Jesús ve y entiende* que las autoridades, en lugar de servir a sus súbditos, «los tiranizan y oprimen» (Mc 10,42). Ve, en el mismo Pueblo elegido, la generalizada profanación del matrimonio, que ha venido a ser una caricatura de lo que el Creador «desde el principio» quiso que fuera (Mt 19,3-9). Ve, lo ve en el mismo Israel, cómo una secular adicción a la mentira, al Padre de la Mentira, hace casi imposible que los hombres, criaturas racionales, capten la verdad (Jn 8,43-45). Ve cómo el hombre, habiendo sido hecho a imagen de Dios, ha endurecido su corazón en la ambición, en la avaricia, en la venganza y en los castigos rigurosos, ignorando el perdón y la misericordia; y cómo escribas y fariseos, los hombres de la Ley divina, han venido a ser una «raza de víboras», unos «sepulcros blanqueados», que «ni entran, ni dejan entrar» por el camino de la salvación (Mt 23,13-33). Ve claramente que están «llenos de codicia y desenfreno, llenos de hipocresía y de iniquidad» (23,25.28), y cómo, por la avidez económica de unos y la complicidad pasiva de otros, el Templo de Dios se ha convertido en una cueva de ladrones (21,12-13)...

Ese enorme abismo mundano de pecado *lo ve* Jesús *toda su vida* con plena claridad, y concretamente lo ve en el Pueblo elegido, especialmente en sus dirigentes. Y sabe bien, al mismo tiempo, que todo eso *no lo ven* las autoridades, ni los sacerdotes, ni tampoco los

teólogos de Israel. Conoce también que Él ha sido enviado por el Padre para revelar a Israel, cuando ya sea adulto, la plena verdad de todo y para denunciar completamente la mentira, rescatando de ella por el Evangelio a todos los hombres, todos ellos más o menos sujetos al Padre de la Mentira. Y es consciente de que no podrá cumplir esa misión sin grandes sufrimientos, sin sufrir un rechazo total, una persecución a muerte.

Jesús se reconoce en las Escrituras

Jesús, desde muy niño, escucha las sagradas Escrituras en las celebraciones sabáticas de la sinagoga. Aprende a leer, lee las Páginas divinas, y cada vez va comprendiendo mejor, en su conocimiento humano adquirido, cómo *todas las Escrituras se están refiriendo a Él continuamente*. Mientras es niño y muchacho, permanece callado; pero cuántas veces en Nazaret habría podido decir lo que dirá años más tarde allí mismo: «hoy se cumple [en Mí] esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21).

Cuando Jesús lee o escucha cómo en el monte Moriah, por orden de Yavé, Abraham está dispuesto a *sacrificar a su único hijo, Isaac*, y le oye decir «Dios proveerá el cordero para el holocausto» (Gén 22), sabe que Abraham e Isaac son figura del Padre celestial y de Él mismo; es consciente de que el Padre divino, con todo amor, «no escatima a su propio Hijo, sino que lo entrega por todos» (Rm 8,32).

A medida que año tras año participa Jesús en la celebración anual de la Pascua, ve que en el día catorce del mes de Nisán, el mes primero del calendario judío, en la primavera, *se sacrifica un cordero inmaculado*, al que no se quebranta hueso alguno, y que de su sangre recibe Israel la liberación de la esclavitud y de la muerte (Éx 12). Y entiende, sin duda, en todo ello el anuncio profético de su propia Pasión y muerte.

Cuando Jesús medita en el establecimiento de la Alianza Antigua, sellada en el Sinaí con aquel *sacrificio ofrecido por Moisés*, en un altar construido sobre doce piedras, es consciente de que las palabras que entonces se pronunciaron van a tener en sí mismo una realización nueva y definitiva: «ésta es la sangre de la Alianza que hace con vosotros Yavé sobre todos estos preceptos» (Éx 24). Moisés, al decir esto, esparcía sobre los judíos la sangre del sacrificio. Esa sangre, en la Alianza nueva, será la propia sangre de Cristo.

Jesús conoce también la profecía de Isaías, y sin dudas ni perplejidades, con una conciencia humana cada vez más clara y segura, *se reconoce en el Siervo de Yavé*, profetizado para la plenitud de los tiempos:

«He aquí a mi Siervo, a quien yo sostengo, mi Elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él, y él dará la Ley a las naciones... Yo te he formado y te he puesto por Alianza para mi pueblo, y para luz de las gentes»... (42,1.6). «Tú eres mi siervo, en ti seré glorificado» (49,3).

«No hay en él apariencia ni hermosura que atraiga las miradas, no hay en él belleza que agrade. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada.

«Pero fue él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores, y nosotros lo tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue trasgado por nuestras iniquidades y triturado por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros...

«Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad y vivirá largos días, y en sus manos prosperará la obra de Yavé... El Justo, mi siervo, justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres, y recibirá muchedumbres por botín: por haberse entregado a la muerte, y haber sido contado entre los pecadores, cuando llevaba sobre sí los pecados de todos e intercedía por los pecadores» (53,2-12; +1Pe 2,21-25).

Jesús conoce las Escrituras, y sabe que *Israel mata a los profetas* que Dios les envía –los

mata *siempre*, más pronto o más tarde: a *todos*-. Por eso se lamenta: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!» (Mt 23,37; cf. 5,12; 23,30-39). En su vida pública acusa abiertamente a los judíos de ser «asesinos de los profetas», anunciando así su propia pasión con toda claridad. Por otra parte, el mismo asesinato de Juan Bautista es para Cristo anuncio cierto de su propia pasión.

Sí, Jesús conoce perfectamente a los judíos de su tiempo, y conoce además desde niño las profecías. Sabe muy bien lo que le espera:

«Desde el día en que vuestros padres salieron de Egipto hasta hoy, les he enviado a mis siervos, los profetas, día tras día. Pero no me escucharon, no me prestaron oído, y endurecieron su cerviz, y obraron peor que sus padres. Cuando tú les digas todo esto, no te escucharán; les llamarás y no te responderán» (Jer 7,25-26).

Jesús *reza los salmos*, consciente de que ellos se refieren a él: «soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre, porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí» (Sal 68,9-10).

Jesús se reconoce en el Justo que describe *el libro de la Sabiduría*, terriblemente perseguido por la muchedumbre de los pecadores:

«Tendamos trampas al justo, porque nos fastidia, oponiéndose a nuestro modo de obrar, y echándonos en cara las transgresiones a la Ley, reprochándonos nuestros extravíos. Él se gloria de poseer el conocimiento de Dios, y a sí mismo se llama hijo del Señor. Es un vivo reproche contra nuestra conducta, y sólo verle nos resulta insoportable, porque lleva una vida distinta de los otros, y sus caminos son muy diversos de los nuestros. Nos tiene por escoria, y se aparta de nuestras sendas como de inmundicias. Ensalza el fin de los justos y se gloria de tener a Dios por padre. Veamos si sus palabras son verdaderas y comprobemos cómo le irá al final. Porque si el justo es hijo de Dios, Él lo acogerá y lo libraré de las manos de sus enemigos. Pongámosle a prueba con ultrajes y tormentos, veamos su resignación, probemos su paciencia. Condenémosle a muerte afrentosa, ya que dice que Dios lo protegerá» (Sab 2,12-20).

Sí, *Jesús conoce bien las Escrituras y sabe que todas ellas se refieren a Él y que solo en Él hallan su pleno cumplimiento*. Y esto Jesús lo sabe no solo cuando es adulto, es decir, cuando actúa como Maestro de Israel, sino ya cuando es niño y adolescente. Y lo sabe en un grado siempre creciente. *Reconoce que las Escrituras van cumpliéndose a lo largo de su vida*. Por eso dice a los judíos: «examinad las Escrituras, ya que en ellas esperáis hallar la vida eterna: ellas dan testimonio de mí» (Jn 5,39). Y también les dice estas verdades a sus discípulos.

«Esto es lo que yo os decía *estando aún con vosotros*, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos de mí». Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: «Así estaba escrito, que el Mesías debía padecer y al tercer día resucitar de entre los muertos... Vosotros daréis testimonio de esto»» (Lc 24,44-48; +24,27.32). Y los Apóstoles, en efecto, aprendieron esta enseñanza y la transmitieron en su predicación: «Vosotros pedisteis la muerte para el autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos... Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas, la pasión de Cristo» (Hch 3,15-18).

¿Quién puede atreverse a pensar que Cristo *ignoró durante muchos años «lo que Dios había anunciado por boca de todos los profetas»*, esto es, *su propia pasión*? Los evangelistas, especialmente Mateo, que escribe para judíos, insiste una y otra vez en esta verdad: «todo esto sucedió para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas» (Mt 26,56).

Decir, pues, que, al menos al comienzo de su vida pública, Cristo *espera* instaurar con éxito histórico el Reino de Dios entre los hombres, y que solo a lo largo de su campaña pública, cada vez más hostilizada, va decepcionándose y *se va enterando* de que todo su empeño va a acabar en fracaso y en Cruz, es un gran error: equivale a afirmar que Jesús ignora las Escrituras o que si las conoce, no las entiende, las interpreta mal, pues no capta lo que éstas realmente anuncian tantas veces acerca de Él y de su pasión. Es una hipótesis absurda.

¿Cómo Cristo *hubiera reprochado a sus Apóstoles* no haber descubierto en las Escrituras el anuncio de su pasión, si Él mismo, durante años, no hubiera visto su pasión anunciada en ellas? ¿Cómo pensar que Jesús, al menos al comienzo de su vida pública, hubiera albergado una vana esperanza de que su Evangelio triunfaría en Israel?

Más adelante, en nuestro recuerdo de la vida pública de Cristo, comprobaremos con qué certeza y claridad anuncia Jesús su pasión y muerte, es decir, su «fracaso» en Israel.

La vida pública de Cristo avanza rectamente hacia la Cruz

El *martirio* de Jesús se consuma en la Cruz, pero se inicia desde que despierta al uso de la razón, y en cierto modo antes, desde que empieza a ser perseguido de niño y ha de huir a Egipto. Meditemos, pues, ahora en *la pasión* de Cristo, contemplándola ya en el curso de su vida pública.

Este curso de la vida de Cristo ha sido reconstruido por los escrituristas en sus *Sinopsis*, y aquí nos atendremos a sus líneas generales más seguras.

Puede verse, por ejemplo, la *Sinopse des quatre Évangiles*, de los dominicos P. Benoit y M.-E. Boismard (Cerf 1965), o la *Sinopsis de los cuatro Evangelios*, del jesuita J. Leal (BAC 124, 1961²), a quien sigo en esta exposición.

El Cordero de Dios

«Jesús, al empezar», cuando hizo su retiro en el desierto y recibió después el bautismo en el Jordán, «tenía unos treinta años» (Lc 3,23). Y ya en ese momento inicial de su misión, estando en el desierto, el Diablo, «mostrándole de un monte muy alto todos los reinos del mundo y la gloria de ellos», lo tienta a un mesianismo glorioso, potente, sin cruz alguna. Pero Jesucristo, ya entonces, al comienzo mismo de su ministerio público, rechaza a Satanás, consciente de que su camino lleva a la Cruz (Mt 4,1-11).

En este mismo comienzo del ministerio de Jesús sitúan los evangelios, y también los escrituristas, su encuentro en el Jordán con Juan Bautista, medio año mayor que él. Juan, por inspiración del cielo (Jn 1,31-34), enseguida de bautizar a Jesús, lo señala y presenta diciendo: «*éste es el Cordero de Dios*, que quita el pecado del mundo» (1,29). Al oír esto, los Apóstoles no entienden casi nada. Pero Juan sí sabe lo que está diciendo iluminado por el Espíritu Santo. Está diciendo que «éste es el verdadero Cordero pascual, y es en la sangre de su sacrificio personal donde el mundo pecador va a encontrar por fin el perdón».

Y esa identidad pascual-martirial que Juan sabe de Jesús, *la sabe Jesús* de sí mismo. Juan y Jesús pre-conocen el misterio de la Pasión. Y María.

Jesús obra con una valentía aparentemente temeraria: «no se guarda» en lo que dice o en lo que hace; no «guarda su propia vida», porque desde el principio la da por «perdida» (cf. Lc 9,24).

Primera Pascua y subida a Jerusalén. Enfrentamiento con los sacerdotes

«Estaba cerca la Pascua de los judíos y subió Jesús a Jerusalén» (Jn 2,13). Comienza el Maestro su ministerio en el corazón mismo de Israel. Y lo primero que hace al entrar al templo es arrojar violentamente a cuantos en él compraban y vendían, volcando las mesas, y acusándoles de haber convertido el lugar santo en «cueva de ladrones» (Mt 21,12-13).

Desde entonces los sacerdotes del Templo lo odian, lo odian a muerte. Y los judíos, llenos al mismo tiempo de espanto y de indignación, le arguyen: «¿qué señal nos das para proceder así?»... Jesús les asegura que si destruyen su cuerpo, en tres días lo levantará de nuevo (2,18-22). Y aunque muchos en esos días creyeron en Jesús, él «no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos» (2,23-24).

Desde luego, este primer encuentro, o mejor *encontronazo*, de Jesús con el centro religioso

de Israel no augura para Él grandes triunfos y prosperidades. La casta sacerdotal es muy poderosa tanto en el Sanedrín como ante el pueblo. Denunciarla públicamente es convertirla en feroz enemigo, y esto significa colocarse en grave peligro de muerte... ¿No hubiera podido proceder Jesús más suavemente, con una gradualidad más prudente?... Por supuesto. Pero no lo quiso.

En aquellos mismos días, Jesús anuncia: «como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado» (3,14). En efecto, el Padre ama al mundo y le *entrega* al Hijo como salvador (3,16). Por eso se condenan a sí mismos los que se niegan a creer en Él y lo rechazan. Y es que «la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (3,18-19).

Se retira a Galilea

«Muchos iban a él» (Jn 3,26), pero, como hemos visto, Él no por eso se confiaba. Y «cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea» (Mt 4,12; *p/l/s.* + Jn 4,3). Es su primera retirada prudente. Judea se va haciendo peligrosa.

Por entonces, sin embargo, la campaña evangelizadora es en Galilea relativamente pacífica. Predica Jesús en muchos lugares, llama a los hermanos Simón y Andrés, Santiago y Juan, realiza muchas curaciones milagrosas, algunas incluso en sábado (Mt 8,16-17 y *p/l/s.*), sin que ocurra nada contra Él. Pero la difusión de su fama va siendo tan grande que Jesús siente el peligro, «de manera que no podía ya entrar públicamente en una ciudad, sino que se quedaba fuera en los parajes desiertos, y venían a él de todas partes» (Mc 1,45). En el campo es menor el peligro que en los centros urbanos.

Segunda Pascua y subida a Jerusalén

«Después de esto, venía la fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén» (Jn 5,1). Allí, en la piscina de Betsata, arriesgando su propia vida, porque *era un sábado*, sana a un hombre que lleva enfermo treinta y ocho años: «levántate, toma tu camilla y marcha». Esta curación en sábado, en efecto, ocasiona grave escándalo. No olvidemos que la violación del sábado era castigada por la ley de Moisés con la muerte (Éx 31,14; 35,1-2; Núm 15,32-36). Y los judíos se escandalizan aún más al oír cómo justifica su acción: «“mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo”. Y por esto deseaban los judíos más todavía matarlo, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios Padre propio, haciéndose a sí mismo igual a Dios» (Jn 5,2-18).

Su predicación en Judea se vuelve desde entonces muy dura y tensa no solo en relación a los sacerdotes, sino al mismo pueblo:

«El Padre, que me ha enviado, ha dado testimonio de mí. Pero vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su rostro; tampoco tenéis su palabra morando en vosotros, pues no creéis en aquél que él ha enviado... No queréis venir a mí para poseer la vida... Yo os conozco bien: no tenéis en vosotros amor de Dios... Si creyérais en Moisés, creeríais en mí, porque él escribió sobre mí» (Jn 5,37-47).

Nueva retirada. Odio creciente de fariseos y letrados

En esta situación seguir en Judea es un peligro. Por eso, «al cabo de algún tiempo, vino de nuevo a Cafarnaúm. Corrió la voz de que estaba en casa, y acudieron tantos, que no cabían ni junto a la puerta. Y él les explicaba el Evangelio» (Mc 2,1-2).

Pero también allí hay enemigos, especialmente entre los fariseos y letrados de la ley, celosos fanáticamente de la observancia del sábado y de los ayunos. Ante ellos, una vez más, Jesús no guarda su vida, y actúa con plenitud de verdad y de amor, fiel a su misión evangelizadora y salvadora.

Así, cuando un día en Cafarnaúm perdona los pecados a un paralítico y en seguida le cura de su enfermedad, no faltan escribas y fariseos que murmuran: «¿pero quién es éste, que

blasfema? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?» (Lc 5,21). Cuando Jesús perdona los pecados ante sus enemigos, realiza una acción peligrosísima, por la que será acusado de *blasfemia*. Por esta acusación está Jesús alguna vez a punto de ser lapidado (Jn 10,31-33), y por ella será, finalmente, condenado a la cruz (Mt 26,65-66).

En esta etapa temprana de su ministerio, se va produciendo una división apasionada de opiniones sobre Él. Unos dicen: «jamás hemos visto cosa parecida» (Mc 2,12), «hoy hemos visto cosas admirables» (Lc 5,26). Pero en otros sigue creciendo el odio contra Jesús, como se ve por ejemplo en la vocación de Mateo: «¿por qué come y bebe con los pecadores y publicanos?» (Mc 2,16). Lo acusan también de que mientras «los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen oraciones, lo mismo que los de los fariseos», los discípulos suyos «comen y beben». La respuesta de Cristo anuncia veladamente su propia muerte: «ya vendrán días en que se les quite al esposo, y entonces, en ese tiempo, ayunarán» (Lc 5,33-35).

Sin ahorrarse nuevos y graves peligros, Jesús se proclama «Señor del Sábado» (Mc 2,28). Y así un sábado, en una sinagoga, cura a un hombre que tenía la mano seca, y lo hace ante escribas y fariseos, que «lo observaban para ver si curaba en sábado, para acusarle». Él, indignado, les dice:

«¿Es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o matarla?». Ellos se callaban. Entonces él, mirándoles con ira, entristecido por la dureza de sus corazones, dice al hombre: «extiende la mano». La extendió y quedó curada. Cuando salieron los fariseos enseguida se concertaron con los herodianos en contra de él para matarle» (Mc 3,4-6).

Sermón del Monte

Jesús elige muy pronto el grupo de los doce Apóstoles, y sigue predicando y realizando curaciones: «toda la gente quería tocarle, porque salía de él una virtud que curaba a todos» (Lc 6,19). Es entonces, en pleno ministerio galileo, en la mitad de su segundo año de ministerio público, cuando predica el Sermón de la Montaña, lleno de luz y de gracia. En él, sin embargo, incluye Jesús la trágica bienaventuranza de la persecución «por causa de la justicia» (Mt 5,10), y la pone como la más alta de las bienaventuranzas, la que culmina su enumeración: «*bienaventurados seréis vosotros cuando los hombres os odien, os excluyan, os insulten y proscriban vuestro nombre como infame a causa del Hijo del hombre*» (Lc 6,22).

En el Sermón del Monte se atreve Jesús a decir cosas durísimas sobre los que entonces eran guías espirituales de los judíos: «si vuestra justicia no supera a la de escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5,20). Denuncia a los «hipócritas que en las sinagogas y en las calles» hacen ostentosamente sus limosnas, oraciones y ayunos (Mt 6,16-23). Tiene también fuertes avisos acerca de los ricos (6,24-25), y en general sobre todos aquellos que triunfan en el presente y que, como los falsos profetas, son aclamados por el mundo (6,26). Deja claro que es incompatible el culto a las riquezas y el culto a Dios (6,24), y que el camino que lleva a la vida es angosto, y que son pocos los que entran por él (7,13-14).

Jesús tiene ya, por tanto, contra Él a los sacerdotes, a los escribas y fariseos, y también a los ricos. Y no ha hecho nada por evitarlo, pues Él ama tanto a los pecadores, es decir, a los hombres, que está decidido a predicarles la verdad, que es lo único que puede librarles del pecado, de la muerte y de la opresión del Padre de la Mentira. Está Jesús decidido a predicar a los hombres la verdad que los salva, aun perdiendo Él con ello su propia vida.

Subida breve a Jerusalén y retirada

Poco después, quizá en junio, con ocasión de la fiesta de Pentecostés, «cuando estaba por cumplirse el tiempo de que se lo llevaran, Jesús *decidió irrevocablemente* ir a Jerusalén» (Lc 9,51). La Vulgata traduce la expresión griega (*kai autos to prosopon esterisen*) por *faciem suam firmavit*: puso firme su rostro, tomó una resolución valiente de ir a Jerusalén. Entra de nuevo, pues, en la zona más hostil y peligrosa para Él.

El Bautista está entonces en la cárcel de Maqueronte, en la costa oriental del mar Muerto, y apenas le queda medio año de vida. Mucha gente buena y sencilla del pueblo ha recibido su bautismo, «pero los fariseos y los escribas despreciaron el plan de Dios, y no recibieron el

bautismo de él» (Lc 7,29-30). Están ciegos: no reconocen a Juan, que ayuna, y tampoco a Jesús, a quien acusan de ser «un hombre comedor y bebedor, amigo de publicanos y pecadores» (7,31-34).

Prosigue Cristo por otros lugares, fuera de Judea, su ministerio evangelizador, realizando diversos milagros. Increpa duramente a aquellas ciudades, Corazaín y Betsaida, donde han sido testigos de tantos milagros, pero no por eso hacen penitencia, sino que desprecian al Enviado de Dios (Lc 10,13-16). Por este tiempo, llega a Cafarnaúm, «y cuando se enteraron sus parientes, fueron a echarle mano, porque decían que no estaba en sus cabales» (Mc 3,21).

Durante estos viajes evangelizadores no faltan los gestos hostiles a Jesús. En una ocasión, «un doctor de la ley para tentarle» le hace una pregunta (Lc 10,25). En otra ocasión son los fariseos quienes lo acusan: «éste echa los demonios por el poder de Beelzebul, príncipe de los demonios» (Mt 12,24); y no es la primera vez que lo hacen (9,32-34). En el fondo, con esa interpretación de sus milagros lo acusan de estar endemoniado: «tiene un espíritu inmundo» (Mc 3,30), y de ahí vienen sus milagros.

Otros, por el contrario, le exigen más milagros: «“Maestro, queremos ver una señal tuya”. Y Jesús», aludiendo de nuevo a su muerte y resurrección, «les respondió diciendo: “esta generación malvada y adúltera reclama un signo; pero no le será dado otro que el del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra”» (Mt 12,38-40).

En sus campañas evangelizadoras, Jesús «enseñaba por medio de parábolas muchas cosas» (Mc 4,2). Sirviéndose de breves relatos, cargados de significación, da Jesús una doctrina que resulta inteligible para quienes están abiertos a la gracia de Dios, pero que permanece ininteligible para quienes se cierran en sus propios pensamientos y poderes.

«Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías... “Oiréis, pero no entenderéis; miraréis, pero no veréis... El corazón de este pueblo se ha endurecido”» (Mt 13,13-15; cf. Is 6,9-10).

Enfrentamientos con fariseos y escribas

A lo largo de su vida pública, Jesús choca cada vez más fuertemente con la soberbia de los intelectuales de Israel, fariseos, saduceos y doctores de la ley.

–Los fariseos, dentro del judaísmo, se caracterizan por su dedicación al estudio de la Ley (la Torá) y de las tradiciones de los padres (la Misná). Son laicos devotos, que creen en los ángeles, en la resurrección y en la inmortalidad. Hay entre ellos hombres excelentes, pero en general, están llenos de hipocresía y de formalismos legalistas, exigen el cumplimiento del sábado, la pureza ritual y los diezmos con un rigorismo extremo, que ni ellos mismos cumplen.

Los fariseos, sin ambiciones políticas, son en tiempos de Cristo los verdaderos guías espirituales del pueblo. Por lo demás, fariseísmo y Evangelio son irreconciliables, y esto lo saben desde el principio tanto los fariseos como Jesús. Por eso la cortesía con que a veces los fariseos tratan a Jesús no logra esconder el odio terrible que le tienen. Ellos son los primeros en tramar su muerte (Mc 3,6).

En una ocasión «un fariseo lo convidó a comer» y enseguida quedó escandalizado porque Jesús «no se lavó antes de la comida», según está exigido por las reglas de la pureza. La respuesta del Maestro es durísima:

«Vosotros, los fariseos, purificáis el exterior de copas y platos, pero vuestro interior está lleno de rapacidad y malicia. ¡Insensatos!... ¡Ay de vosotros, fariseos, que dais el diezmo de la menta, de la ruda, de toda legumbre, pero dejáis a un lado la justicia y el amor de Dios!... ¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros puestos en las sinagogas y que os saluden en las plazas públicas! ¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros que no se ven, y sobre los que pasan los hombres sin darse cuenta!» (Lc 11,37,45).

–*Los doctores de la ley* (maestros, *rabinos*) son hombres de gran prestigio, que conocen la Ley, la interpretan y la aplican a la vida concreta de cada día. Muchos de ellos son fieles al fariseísmo, y tienen gran influjo en la religiosidad del pueblo, pues al enseñar semanalmente la *Torá* en las sinagogas, al margen del culto ritual, de hecho, prevalecen sobre la casta sacerdotal.

Un cierto número de ellos están también presentes en el convite aludido. Y «uno de los doctores de la Ley le dijo en aquella ocasión: “Maestro, al decir esas cosas nos ofendes también a nosotros”». Jesús le responde:

«¡Ay también de vosotros, *doctores de la Ley*, que echáis sobre los hombres pesadas cargas y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos! ¡Ay de vosotros, que levantáis monumentos a los profetas, a quienes vuestros padres dieron muerte!... Ya dice la sabiduría de Dios: “Yo les envío profetas y apóstoles, y ellos los matan y persiguen, para que sea pedida cuenta a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde el principio del mundo”... ¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia, y ni entráis ni dejáis entrar!

«Cuando salió de allí, comenzaron los *escribas y fariseos* a acosarle terriblemente y exigirle respuesta sobre muchas cuestiones, tendiéndole trampas para poder atraparlo por alguna palabra. Entre tanto, el público había aumentado por millares y se estrujaban los unos a los otros. Y él dijo a sus discípulos: “guardaos de la levadura, es decir, de la hipocresía de los fariseos» (Lc 11,45-54).

–*Los saduceos, en tiempos de Jesús, forman un grupo menor que los fariseos, pero son también muy influyentes, pues muchos de ellos pertenecen a familias sacerdotales, con gran influjo en el Sanedrín.*

Son ortodoxos y reconocen la *Torá*, pero no admiten las «tradiciones de los padres», a diferencia de los fariseos, y mantienen con éstos no pocas disputas en cuestiones rituales, jurídicas, e incluso doctrinales –ellos niegan, por ejemplo, la resurrección–. Alejados de la estricta observancia de los fariseos, y siendo a veces ricos y notables, se implican en la vida política, y llevan una vida más mundana, más asimilada a la mentalidad helenista o a las costumbres de los romanos.

Los saduceos son poco aludidos en los evangelios, y parece que en un principio tienen menos conflictos con Jesús; pero en sus últimos días (Mt 22,23-34; Lc 20,20-24), uniéndose a escribas y fariseos, lo acosan y persiguen, y es Caifás, sumo sacerdote saduceo, quien da la sentencia de muerte contra Cristo.

Hostilidad creciente

Sigue Jesús su campaña evangelizadora, predicando y sanando enfermos, arriesgando una y otra vez su vida con unas obras y palabras que no buscan sino salvar la vida de los pecadores. Busca a veces al pueblo en la sinagoga, aprovechando que en ella se reúne los sábados. Y siendo sábado, no evita allí sus actos de sanación, aunque sabe bien que esto atraerá sobre él grandes hostilidades.

En una sinagoga, cura en sábado a una mujer que estaba encorvada desde hacía dieciocho años. «El jefe de la sinagoga reaccionó encolerizándose, porque Jesús había curado en sábado... “Hay seis días en los que se puede trabajar. Venid, pues, para ser curados en esos días y no en sábado”». Jesús le responde, acusándole de hipocresía con irrefutable lógica. «Y con estas cosas que decía se avergonzaban sus adversarios, mientras que el pueblo entero se alegraba de todas las maravillas que obraba» (Lc 13,10-17).

Estos encontronazos tan fuertes de Jesús, principalmente los que tiene con los fariseos, van a traer sobre Él consecuencias mortales. Pero éstos son efectos que Él conoce y no teme, y que incluso ansía: «Yo he venido a encender fuego en la tierra y ¡cómo deseo que arda ya! Con un bautismo tengo que ser bautizado ¡y qué angustias las mías hasta que se cumpla! ¿Pensáis que yo he venido a traer la paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino más bien división» (Lc 12,49-51 ss).

Estas palabras se entienden mejor cuando se recuerda lo que de Jesús, recién nacido, había dicho el anciano Simeón: «Éste está puesto para que muchos en Israel caigan o se levanten. Será una bandera discutida, mientras que a ti [María] una espada te atravesará el corazón. Y así quedarán patentes los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35).

Hasta en Nazaret lo odian

El odio a Jesús va a encenderse hasta en la sinagoga de su pueblo, Nazaret, en Galilea. Esto sucede, concretamente, cuando, con ocasión de una visita a su sinagoga, alude en su enseñanza a que la salvación de Dios, rechazada por Israel, va a extenderse a muchos extranjeros.

«Al oír esto, se llenaron de cólera cuantos estaban en la sinagoga, y levantándose, lo arrojaron fuera de la ciudad, y lo llevaron a la cima del monte sobre el cual está edificada la ciudad, para precipitarle desde allí. Pero él, atravesando por medio de ellos, se fue» (Lc 4,24-30).

No ha llegado todavía *su hora*. Por eso Jesús no se deja matar aún. Pero, sin embargo, no modifica su predicación, no procura guardarse, sino que sigue poniendo su vida en grave peligro al predicar esa misma doctrina: «habrá llanto y rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera» (Lc 13,28).

En una ocasión, «se acercaron a él unos fariseos y le dijeron: “sal y escapa de aquí, porque Herodes quiere matarte”». A esta preocupación hipócrita por su salud, responde Jesús: «Id a decirle a esa zorra: “Yo arrojo los demonios y obro curaciones hoy y mañana y al tercer día debo consumir mi obra. Pero he de seguir mi camino hoy, mañana y al día siguiente, porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén”».

Y prosigue con esta lamentación: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina que cubre su nidada bajo las alas, y no quisiste! Vuestra casa quedará desierta» (Lc 13,31-35).

La sombra de la Cruz

Jesús sabe bien que la sombra de la cruz va oscureciendo cada vez más su propia vida. Pero Él no se asusta ni se extraña por eso, e incluso enseña a sus seguidores que sin tomar la cruz nadie podrá ser discípulo suyo.

«Se le juntaron numerosas muchedumbres, y volviéndose a ellas, les dijo: “si alguno viene a mí, y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, más aún, a sí mismo, no puede ser mi discípulo. El que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”» (Lc 14,25-27).

Tampoco Jesús cambia su línea de conducta. Sigue haciendo en sábado curaciones, sigue tratando con pecadores y publicanos, a pesar de que «fariseos y escribas murmuraban de él» (Lc 15,2). Sigue alertando sobre el gran peligro de las riquezas, otra doctrina que también escandaliza: «los fariseos, aficionados al dinero, oían todo esto y se burlaban de él». A lo que Él les dice: «vosotros sois los que os proclamáis justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es para los hombres estimable es abominable ante Dios» (16,3-15).

Jesús sabe que, en un ambiente tan hostil, sus enviados corren grave peligro, el mismo peligro que a Él le amenaza, y los pone sobre aviso:

«Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que déis testimonio ante ellos y los gentiles» (Mt 10,16-18). «No creáis que vine a traer paz sobre la tierra; no vine a traer paz, sino espada... El que busca guardar su vida la

perderá, y el que la pierde por mí la encontrará. Quien os recibe a vosotros, me recibe a mí» (10,34.39-40).

Es por entonces cuando llegan noticias de que Herodes, por no desagradar a Herodías y a la hija de ésta, Salomé, ha asesinado en la cárcel a Juan Bautista. Éste, actuando como Jesús y arriesgando su vida gravemente, había denunciado el gran escándalo público del adulterio del rey: «no te es lícito tener la mujer de tu hermano». Y ahora ha tenido que pagar las consecuencias de su atrevimiento profético (Mc 6,17-29).

Tercera Pascua

«Se retiró después Jesús al otro lado del mar de Galilea o de Tiberíades. Y le seguía una gran muchedumbre, porque veían los milagros que hacía con los enfermos... Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos» (Jn 6,1-4). El apoyo popular es ahora en Galilea muy grande.

Una primera multiplicación de panes realizada en ese lugar, junto al mar, acrecienta el entusiasmo por Jesús: «cuando los hombres vieron el milagro que hizo, decían: “éste es verdaderamente el profeta que había de venir al mundo”. Y conociendo Él que iban a venir para tomarle y proclamarle rey, se retiró nuevamente al monte él solo» (Jn 6,14-15). Nada tiene Él que ver con un mesianismo mundano y triunfal. Él es el Cordero de Dios, que va a quitar el pecado del mundo con el derramamiento mortal de su propia sangre.

Anuncio de la Eucaristía

Sin embargo, ese entusiasmo popular tan ferviente va a decaer bruscamente. En efecto, «al día siguiente», ya en Cafarnaúm, Jesús va a dar a los testigos de la multiplicación de los panes la altísima doctrina de la Eucaristía. Y lo hace sin fiarse nada de su éxito popular reciente:

«Vosotros me buscáis no porque habéis visto milagros, sino porque comisteis de los panes hasta saciaros. Tenéis que trabajar no por el alimento perecedero, sino por el alimento que dura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre: porque él es quien tiene el sello de Dios» (Jn 6,22-27).

Seguidamente, les dice: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente». Estas palabras provocan en sus oyentes una perplejidad suma: «los judíos discutían entre sí: “¿cómo puede éste darnos a comer su carne?”». Pero Jesús insiste: «en verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros... Mi carne es verdadera comida, y mi sangre, verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él... Todo esto lo dijo en Cafarnaúm, enseñando en la sinagoga» (Jn 6,51-59).

Grave pérdida de seguidores

Con el anuncio de la Eucaristía, el crédito inmenso que ha *ganado* Jesús con la reciente multiplicación de los panes lo va a *perder* bruscamente. No es para Él ninguna sorpresa. Una vez más, ha dado al pueblo una verdad vivificante que va a ocasionar rechazos para Él mortales. En efecto, «muchos de sus discípulos, que lo oyeron, dijeron: “dura es esta doctrina; ¿quién puede oírla?”... Y desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no lo seguían» (Jn 6,60.66).

El Maestro, ante esta crisis tan grave, tan brusca, no se ve sorprendido o desmoralizado. Simplemente dice: «“hay algunos de vosotros que no creen”. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que había de entregarle» (6,64).

Solo permanecen con Él los doce apóstoles. Y ni siquiera todos le son fieles. Ya sabe Cristo que uno de ellos lo va a traicionar: «uno de vosotros es un diablo. Se refería a Judas, el de Simón Iscariote; porque éste, uno de los Doce, lo había de entregar» (Jn 6,60-71).

Exiliado por prudencia

«Después de esto, andaba Jesús por Galilea, pues no quería entrar en Judea, porque los judíos lo buscaban para matarle» (Jn 7,1). Se le van terminando al Maestro las posibilidades de evangelizar públicamente: en Judea lo odian a muerte, y en Galilea apenas le quedan ya seguidores. Se ve obligado a buscar lugares retirados, a dedicarse a la formación privada e intensiva de los Doce, y a viajar, como exiliado, por tierra de paganos. Pero sus enemigos lo persiguen donde quiera que vaya. No escapa con esa huída a su hostilidad.

«Los fariseos y algunos escribas, llegados de Jerusalén, vinieron adonde él estaba». Esta vez lo acosan porque sus discípulos no se purifican las manos antes de comer. Jesús les replica con fuerza: «vosotros, anulando la palabra de Dios, os aferráis a tradiciones de hombres» (Mc 7,1-13). «Hipócritas, con razón profetizó Isaías de vosotros: “este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”» (Mt 15,7-8; cf. Is 29,13).

Son palabras muy fuertes, y los adversarios acusan el golpe. «Entonces, acercándose los discípulos, le dicen: “¿sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras?” Y Él les responde:... “dejadles, son ciegos que guían a otros ciegos”» (Mt 15,12.14).

Jesús entonces, «partiendo de allí, se retiró a la región de Tiro y de Sidón» (Mt 15,21). Es Fenicia, al norte de Galilea, junto al Mediterráneo. Viaja de incógnito, «no queriendo ser conocido de nadie» (Mc 7,24). Pero es reconocido por algunos, como por aquella mujer cananea de humildad tan admirable y de fe tan ejemplar (7,25-30).

«Partiendo nuevamente de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, a través del territorio de la Decápolis» (7,31). Pasando por el Líbano, y rodeando por el norte el mar de Tiberíades, llega a unas ciudades paganas, helenistas –Damasco, Gerasa y otras–, que forman la Decápolis, en la parte oriental del Jordán. También allí hace milagros «y glorificaron al Dios de Israel» (Mt 15,31).

De allá pasa en barca a un lugar de localización incierta: «al territorio de Magadán» (Mt 15,39), «a la región de Dalmanuta» (Mc 8,10). Y también le alcanza allí la implacable persecución de fariseos y saduceos, que para tentarle, «le piden una señal del cielo». Jesús les rechaza: «¡generación mala y adúltera!», y advierte a los discípulos: «guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos» (Mt 16,1-6; Mc 8,11-12). «Y dejándolos, se embarcó de nuevo y marchó hacia la otra orilla» (8,13). Probablemente, la orilla oriental de nuevo.

En todos estos viajes, se guarda bien Jesús de acercarse a Judea. Va ahora a Betsaida (Mc 8,22), aldea pesquera del norte del lago de Genesaret, en el lado oriental de la desembocadura del Jordán. De allí son los hermanos Simón y Andrés, y también Felipe. «Hacia oración en un lugar solitario y estaban con él los discípulos» (Lc 9,18).

Anuncio primero de la Pasión

Jesús va acercándose a *su hora*. El Maestro, en varias ocasiones, ha anunciado ya *veladamente* su muerte a sus discípulos. Será herido el pastor y se dispersarán las ovejas (Mc 14,17-28; cf. Zac 13,7). Es un pastor bueno, que da la vida por su rebaño (Jn 10,11). Él, Jesús, es el novio que les va a ser arrebatado a sus amigos (Mc 2,19-20). Ha de ser bautizado con un bautismo, que desea con ansia (Lc 12,50). Ha de beber del cáliz doloroso reservado a los pecadores por la justicia de Dios (Mc 10,38; 14,36; Sal 74,9). Como se ve, son muchas las imágenes empleadas por Jesús para ir desvelando a sus discípulos el misterio de su muerte sacrificial y redentora.

Pero ahora ya Jesús anuncia su pasión *con toda claridad*. «Entonces comenzó a manifestarles que era necesario que el Hijo del hombre sufriera mucho, que fuese reprobado por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que fuera muerto y resucitara tres días después. Y esto se lo decía claramente» (Mc 8,31).

La reacción de Pedro fue muy dura: «tomándole aparte, comenzó a reprenderle: “¡no quiera Dios, Señor, que eso suceda!”». No menos fuerte es la respuesta de Jesús: «¡Apártate de mi vista, Satanás! Tú eres para mí un escándalo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mt 16,22-23).

Jesús enseña claramente que la salvación de Dios está en la Cruz, y no solo en la suya, sino también en la que han de llevar todos los que quieran seguirle:

«Y llamando a la muchedumbre, juntamente con sus discípulos, dijo: “si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y que me siga. Quien quiera salvar su vida, la perderá. Pero quien pierda su vida por mi causa y por el Evangelio, la salvará... Y quien se avergüence de mí y de mis palabras ante esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”» (Mc 8,34-38).

La Transfiguración

Los apóstoles, ante estos anuncios de la pasión cada vez más claros, comienzan a sentir miedo. Y Jesús quiere confortarles. Por eso se va a un monte con sus más íntimos, Pedro, Santiago y Juan, y allí se transfigura ante sus ojos. Mientras resuena majestuosa la voz del Padre, la presencia de Moisés, a un lado de Jesús, y de Elías, al otro, acredita la condición celestial de su misión. Los discípulos, extasiados, querrían quedarse allí para siempre. Pero la palabra del Señor los vuelve a la dura realidad, anunciándoles una vez más su propia pasión:

«Cuando bajaban del monte, les prohibió decir a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Y ellos guardaron aquella orden, pero se preguntaban entre sí qué significaba aquello de “cuando resucitara de entre los muertos”». Apenas osan preguntarle algo. Y Jesús les dice: «¿no dice la Escritura del Hijo del hombre que padecerá mucho y será deshonrado?»» (Mc 9,9-12).

Jesús padece la persecución del mundo que lo rodea, y se ve malentendido, calumniado, acorralado, rechazado; pero también le hace padecer, y no poco, la ceguera espiritual de los que lo escuchan, y aún la de sus propios discípulos. Así lo revela aquella exclamación suya: «¡generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros?»» (Mc 9,14-19).

Anuncio segundo de la Pasión

«Salieron de allí y caminaban a través de Galilea», donde Jesús continúa sus maravillosas predicaciones y milagros. Pero de nuevo, «preparando así a sus discípulos», les predice con toda claridad que va a ser muerto y que resucitará a los tres días. Sin embargo, «ellos no entendían este lenguaje y les daba miedo preguntarle» (Mc 9,30-32).

Por otra parte, ese deambular último de Jesús, siempre lejos de Judea, parece demorar indefinidamente el enfrentamiento directo de sus problemas. Algunos de sus más íntimos están ya impacientes. ¿Hasta cuándo el Maestro va a andar como un prófugo?

«Estaba próxima la fiesta judía de los Tabernáculos, y por eso le dijeron sus parientes: “sal de aquí y vete a Judea, para que vean también allí tus discípulos las obras que haces; pues nadie anda ocultando sus obras, si pretende manifestarse. Ya que haces tales cosas, manifiéstate al mundo”. Jesús les respondió: “para mí todavía no es el momento; para vosotros, en cambio, cualquier momento es bueno. El mundo no tiene motivo para odiaros a vosotros; pero a mí sí me odia, porque yo declaro que sus acciones son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo a esta fiesta, pues para mí el momento no ha llegado aún”. Dicho esto, se quedó en Galilea» (Jn 7,2-9).

Sube a Jerusalén y crece la tensión

Va Jesús, sin embargo, a Jerusalén inesperadamente, hallando un ambiente cada vez más peligroso.

«Después que sus parientes subieron a la fiesta, subió él también, no públicamente, sino de incógnito. Los judíos lo buscaban durante la fiesta, y se preguntaban: “¿dónde está?”. Y había en la muchedumbre muchas habladurías sobre él. Unos decían: “es bueno”. Y otros:

“no, engaña al pueblo”. Pero nadie se atrevía a hablar de él en público por miedo a los judíos.

«A mitad ya de la fiesta, subió Jesús al templo y enseñaba en él». Su predicación expresa clara conciencia de que se ve definitivamente rechazado: «¿no os dió Moisés la Ley, y ninguno de vosotros la cumple? ¿Por qué, pues, pretendéis matarme? La turba le responde: “Tú estás endemoniado. ¿Quién pretende matarte?”». La tensión es muy fuerte. Y «algunos de Jerusalén decían: “¿pero no es éste al que buscan para matarle? Habla públicamente y no le dicen nada. ¿Será acaso que realmente los jefes han reconocido que es el Mesías?”» (Jn 7,10-26). Discuten unos con otros, y todos con él.

«Querían, pues, prenderle; pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Muchos del pueblo creyeron en él, y decían: “cuando venga el Mesías ¿hará por ventura más milagros de los que ha hecho éste?”. Oyeron los fariseos a la muchedumbre que hablaba acerca de él, y enviaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos unos alguaciles para que lo prendiesen» (Jn 7,30-31). La tensión es máxima y la situación se hace ya insostenible para el Sanedrín. «Algunos de la muchedumbre decían: “verdaderamente éste es el Profeta”. Y otros: “éste es el Mesías”» (7,40-41).

«Vuelven los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y fariseos», no traen preso a Jesús, y dan como explicación: «“Jamás hombre alguno habló como éste”. Los fariseos le responden: “¿también vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él alguno de entre los magistrados o fariseos? Pero esa turba, que no conoce la Ley, son unos malditos”». Nicodemo interviene: «“¿por ventura nuestra Ley condena al reo si primero no oye su declaración y sin averiguar lo que hizo?”. Le respondieron: “¿también tú eres de Galilea? Estudia, y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno”» (7,45-52).

En este ambiente tan tenso, todavía Cristo llama con fuerza a creer en Él. «En el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús, erguido en pie clama: “si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Como ha dicho la Escritura, de su seno correrán ríos de agua viva» (Jn 7,38). «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (8,12). Pero el asedio se hace cada vez más fuerte. Cualquier palabra suya suscita contradicción.

«Yo no estoy solo. Está conmigo el Padre, que me ha enviado». Le replican: «“¿dónde está tu Padre?”. Jesús les dice: “no me conocéis a mí, y tampoco conocéis a mi Padre. Si me conociérais a mí, conoceríais también a mi Padre”. Esto lo dijo en el Tesoro, enseñando en el Templo. Y nadie lo apresó, porque no había llegado aún su hora» (8,16-20).

«Y otra vez les dice: “yo me voy, y me buscaréis y moriréis en vuestro pecado”... “Cuando levantéis al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo y que nada hago por mí mismo, sino que enseño lo que mi Padre me ha enseñado”... “Sé que sois descendencia de Abraham, pero pretendéis matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros”... “Ahora pretendéis matarme a mí, que os he dicho la verdad que oí de Dios”... “¿Por qué no comprendéis mis palabras? Porque no podéis admitir mi doctrina. El padre de quien vosotros procedéis es el diablo, y queréis hacer lo que quiere vuestro padre. Él fue homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice la mentira, habla de lo suyo, porque es mentiroso y el padre de la mentira. A mí, en cambio, porque digo la verdad, no me creéis... El que es de Dios, oye las palabras de Dios; vosotros no las oís porque no sois de Dios”» (8,21-59).

Palabras durísimas, a las que los judíos responden con odio: «“¿no decimos con razón que eres samaritano y estás endemoniado?... ¿Quién pretendes ser tú?”... Les dice Jesús: “en verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, existo yo”. Entonces ellos cogieron piedras del suelo para arrojarlas contra él. Pero Jesús se ocultó y salió del templo» (8,48-59).

Algunos de los milagros realizados por Jesús en esos días son tan clamorosos que se acrecienta en sus enemigos la rabia y el escándalo. Cuando da la vista a un ciego de nacimiento, y la gente argumenta a los fariseos: «¿cómo puede un pecador hacer semejantes prodigios?», ellos le responden con una iracundia irracional, y se revuelven también contra el mismo ciego ya curado: «tú naciste lleno de pecado ¿y tú pretendes enseñarnos a nosotros? Y lo excomulgaron» (Jn 9,1-33).

La hora de Jesús está próxima

Jesús conoce que *su hora*, la hora de la Cruz, está próxima. Va a cumplirse en Él, y así lo anuncia, el drama de los viñadores desleales y homicidas: «éste es el heredero; vamos a matarlo y así nos quedamos con su herencia. Lo prendieron, lo echaron fuera de la viña y lo mataron» (Mt 21,38-39). Ha llegado ya el momento en que Jesús va a entregar su vida por los hombres:

«Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas... Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volverla a tomar» (Jn 10,17-18). Llegará, como un relámpago, el día del Hijo del hombre; «pero primero es necesario que padezca mucho y que sea reprobado por esta generación» (Lc 17,24-25).

Mientras tanto, en torno a Jesús la tensión en Jerusalén se va haciendo insoportable. Sacerdotes, fariseos y ancianos ven agravarse más y más el peligro de que el pueblo reconozca a Jesús como Mesías. Es necesario tomar medidas urgentes. El Sanedrín entiende que ha llegado la hora de dar los pasos decisivos para matar al Maestro de Nazaret.

El Sanedrín

El Sanedrín era el tribunal supremo de los judíos, y fue establecido en Jerusalén al volver del exilio de Babilonia, en la época de los Macabeos, entre los años 170 y 106 antes de Cristo (Lémann 17-18). Se componía de setenta miembros, según el número de los consejeros de Moisés (Éx 24,1; Núm 11,16), más el presidente, que era el sumo Sacerdote en funciones. En tiempos de Jesús constaba el Sanedrín de tres tercios. Y los Evangelios dicen claramente que Jesús fue juzgado y condenado precisamente por el Sanedrín, en sesión plena de sus tres tercios, es decir, por los *sacerdotes*, los *escribas* y los *ancianos* (Mt 16,21; Mc 14,53; 15,1; Jn 11,47; Hch 4,5).

El Sanedrín era un tribunal supremo, que juzgaba únicamente los casos más graves, los que se referían, por ejemplo, a un falso profeta, a una tribu entera, a un sumo sacerdote, a la declaración de una guerra, a la proscripción e interdicto de una ciudad impía. Éstas eran sus tres secciones:

—La *sección de los sacerdotes* era la principal del Sanedrín, y estaba formada sobre todo por «algunas familias sacerdotales, aristocracia poderosa y brillante, que no tenían ningún cuidado por los intereses y la dignidad del altar, y se disputaban los puestos, las influencias y las riquezas» (Lémann 40). Solía haber en esta sección un cierto número, una docena quizá, de sumos sacerdotes, que sucesivamente habían sido puestos y depuestos. A la hora de designar el sumo sacerdote, sobre todo, reinaba un nepotismo descarado. Varias de las familias representadas en el proceso contra Jesús, las de Anás, Simón Boeto, Cantero, Ismael ben Fabi, son malditas en escritos del Talmud y calificadas como verdaderas *plagas* (Lémann 47-48). A éstos Jesús los había acusado pública y violentamente de haber convertido la Casa de Dios en «cueva de ladrones» (Mt 21,13). Por esto, y porque muchos de ellos profesaban el fariseísmo, odiaban a Jesús, que tan clara y duramente había denunciado su codicia, su hipocresía, su dureza de corazón.

—La *sección de los escribas*, la segunda en prestigio social, estaba constituida por eruditos y doctores de la Ley, que podían ser levitas o laicos. Éstos eran los que discutían sobre el diezmo y el comino, los que colaban un mosquito y se tragaban un camello. Odiaban y despreciaban a Jesús, el iletrado profeta de Galilea, acompañado de discípulos ignorantes, y que se permitía denunciarles a ellos con palabras terribles: «guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con sus amplios ropajes y de ser saludados en las plazas y de ser llamados por los hombres *rabbi*», que significa «señor» (Mt 23,6-7). Estos títulos de tan alta dignidad no eran tradicionales; aparecieron por vez primera en el tiempo de Jesús. Entre todos ellos, quizá Gamaliel era el único que unía en grado sumo ciencia y conciencia. Él se negó a condenar a Jesús (Hch 5,38-39) y abrazó más tarde el cristianismo.

—La *sección de los ancianos*, por último, estaba formada por notables del pueblo, sobresalientes a veces por su riqueza. El saduceísmo, que predominaba en las clases ricas

de la sociedad judía, infectaba con su materialismo –negaban la resurrección y la existencia de espíritus angélicos (Hch 23,8)– a la mayoría de los ancianos sanedritas. A pesar de todo, siendo el tercio del Sanedrín menos influyente, era quizá más sano que los otros dos. Dos de sus miembros eran favorables a Cristo, pero no parece que estuvieran presentes en la reunión criminal nocturna del Sanedrín. Eran Nicodemo, el discípulo secreto y nocturno de Jesús (Jn 3), que una vez había intentado defenderle sin éxito alguno (Jn 7,50-52), y José de Arimatea, «hombre rico» (Mt 27,57), «ilustre sanedríta, que también él estaba esperando el Reino de Dios» (Mc 15,43); «varón bueno y justo, que no había dado su asentimiento al consejo y al acto de los judíos» contra Jesús, y que le prestó su propio sepulcro (Lc 23,50-53).

Pena de muerte y excomuniones

El Sanedrín tenía, entre otros, poder de excomulgar (Jn 9,22), encarcelar (Hch 5,17-18) y flagelar (16,22). En cuanto a la pena de muerte, solamente había una sala, situada en una dependencia del Templo, en la que el Sanedrín había tenido poder para dictar una pena capital: la sala *gazit* o sala de *las piedras de sillería*. Sin embargo, veintitrés años antes de la Pasión de Cristo, el Sanedrín judío –como todos los pueblos sujetos a Roma– había perdido el derecho de condenar a muerte (el *ius gladii*).

Los escritos rabínicos reflejan que esta restricción se experimentó en Israel como una gran tragedia nacional, y no solamente por la humillación que suponía esta limitación del poder judío, sino por otra razón todavía más grave. La *profecía de Jacob*, la que hizo el patriarca poco antes de morir, había asegurado a sus hijos: «no se retirará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus piernas hasta que venga Aquél a quien pertenece y a quien deben obediencia los pueblos» (Gén 49,10).

Según esta profecía, la venida del Mesías había de verse precedida de una pérdida de soberanía nacional y de poder judicial. En ese sentido interpreta el *Talmud* esta profecía: «el Hijo de David no ha de venir antes de que hayan desaparecido los jueces en Israel» (Lémann 33). Por eso, si Israel se niega a reconocer a Jesús como Mesías, pero se ve en esa pérdida evidente de autonomía nacional y judicial, ya no queda sino exclamar, como lo hace el *Talmud* de Babilonia: «¡Malditos seamos, porque se le ha quitado el cetro a Judá y el Mesías no ha venido!» (Lémann 27-35).

Se comprende, pues, bien que si la Sinagoga rechaza reconocer a Jesús como el Mesías, se esfuerza cuanto puede en impedir o ignorar el cumplimiento de la antigua profecía. De hecho, es evidente que el Sanedrín infringe la ley romana al condenar a muerte a Jesús, e igualmente cuando lapida a Esteban (Hch 6,12-15; 7,57-60)

Por otra parte, las condenaciones del Sanedrín eran terribles. Ya la antigua Sinagoga distingue «tres grados de excomunión o anatema: la separación (*niddui*), la execración (*herem*) y la muerte (*schammata*)» (Lémann 77).

La *separación* condenaba a un aislamiento de treinta días, y podía ser formulada en cualquier ciudad por los sacerdotes encargados de actuar como jueces; el separado podía acudir al Templo, aunque en un lugar aparte. La *execración* era un anatema que solo podía ser dictado por el Sanedrín estando reunido en Jerusalén; por él se excluía al reo totalmente del Templo y de la sociedad de Israel, y era entregado al demonio. Por último, la *condena a muerte*, que era pronunciada entre horribles maldiciones, solo podía ser decidida por el Sanedrín, aunque, como hemos visto, en tiempos de Jesús únicamente podía penar a una muerte espiritual, siendo solo el poder romano capaz de dictar y ejecutar la muerte física.

Pues bien, antes de que Jesús compareciera el Viernes Santo ante el Sanedrín, éste se había reunido ya tres veces para tramar su muerte.

Primera sesión del Sanedrín contra Jesús, y excomunión de sus seguidores

La primera reunión del Sanedrín contra Cristo se produce a fines de septiembre (*tisri*) del penúltimo año de su vida pública (Lémann 75-79). Se reúne el Sanedrín con ocasión de la tensión producida con la subida de Jesús a Jerusalén, antes referida (Jn 7). En esos días los fariseos promueven con urgencia una sesión del Sanedrín, en la que se trata probablemente

de la condena a muerte de Jesús, pero en la que de momento se decide solamente *excomulgar* a cuantos se declaren seguidores suyos.

Se sabe, en efecto, que dos días más tarde, cuando se produce la curación del ciego de nacimiento, «ya los judíos habían acordado [en el Sanedrín] que si alguno lo reconocía por Mesías, fuera expulsado de la sinagoga» (Jn 9,22). Este decreto de excomuniación indica que, efectivamente, hubo una sesión del Sanedrín, pues solo él podía dictar tan grave amenaza y pena.

Fiesta de la Dedicación y nueva huida

Estando así la situación, «llegó entonces la fiesta de la Dedicación en Jerusalén. Era invierno y Jesús se paseaba en el templo, en el pórtico de Salomón. Los judíos lo rodearon y le preguntaron:.

«¿hasta cuándo nos tendrás en la incertidumbre? Si eres el Mesías, dínoslo claramente». Jesús les responde: «ya os lo he dicho y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas... Yo y mi Padre somos una sola cosa». Los judíos de nuevo tomaron piedras para apedrearlo... «Te apedreamos por blasfemo, porque tú, siendo un hombre, te haces Dios»... Pretendían nuevamente apresarlo, pero él se les escapó de las manos» (Jn 10,22-39).

Jesús se libra de la lapidación, pero ha de huir de Judea, y atravesando la frontera oriental, se va a Perea: «se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio donde al principio había bautizado Juan, y allí se quedó» (Jn 10,40). Estando en aquel lugar le llega un mensajero de Marta y María, avisándole que Lázaro está gravemente enfermo. «Vamos otra vez a Judea», decide Jesús, sabiendo que así se mete de nuevo en la boca del lobo. «Maestro –le dicen los discípulos–, hace poco los judíos querían apedrearte ¿y quieres volver allí?». Él está firmemente decidido; pero el estado de ánimo de los discípulos queda bien expresado en las palabras de Tomás: «vamos también nosotros a morir con Él» (11,1-16).

La resurrección de Lázaro, que llevaba cuatro días muerto, realizada en Betania, aldea muy próxima a Jerusalén, produce en esos días una conmoción enorme: «Muchos de los judíos que habían ido a casa de María y vieron lo que había hecho, creyeron en él. Pero otros fueron a ver a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús» (11,45-46).

Segunda sesión del Sanedrín, condenando a muerte a Jesús

La resurrección de Lázaro, a las mismas puertas de Jerusalén, es finalmente como un estallido que provoca una segunda sesión del Sanedrín, celebrada hacia febrero (*adar*) del último año de la vida de Cristo (Lémann 79-80). Esta vez el Sanedrín sí va a pronunciar contra Él la terrible *schammata*, la pena de muerte.

«Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron: «¿qué hacemos?, porque este hombre realiza muchos milagros»... Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo:... «¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo, y no que perezca todo el pueblo?»... Como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no solo por el pueblo, sino para reunir en uno a todos los hijos de Dios que están dispersos. Desde aquel día tomaron la decisión de matarle» (Jn 11,47-53). Condena a muerte y también, lógicamente, orden de detención: «Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían ordenado que si alguno supiera dónde estaba, lo indicase, para detenerlo» (11,57).

Nadie, al parecer, se opone en el Sanedrín a la condena de muerte de Jesús. Su suerte está ya decidida. Ha llegado su hora. Sabiendo, pues, todo esto, «Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que fue a una región próxima al desierto, a una ciudad llamada Efrein, y allí se quedó con sus discípulos» (Jn 11,54). El peligro se ha hecho tan grande contra Jesús, que en la última fase de su vida se ve obligado a interrumpir su público ministerio profético. La Palabra divina encarnada ha de reducirse totalmente al silencio.

La ausencia de Jesús, sin embargo, también era en Jerusalén ocasión de perturbaciones y ansiedades. «Estaba próxima la Pascua de los judíos... Buscaban, pues, a Jesús, y unos a

otros se decían en el templo: “¿qué os parece? ¿vendrá a la fiesta o no?”» (Jn 11,55-56). «Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania», con Lázaro y sus hermanas. Allí, en la cena, recibe de María una unción preciosa de nardo, y dice: «la tenía guardada para el día de mi sepultura» (Jn 12,1-7). Aquella vuelta a Betania resulta extremadamente peligrosa:

«Una gran muchedumbre de judíos supo que estaba allí, y vinieron, no solo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado. Los príncipes de los sacerdotes habían resuelto matar también a Lázaro, pues a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús» (12,9-10).

Anuncio tercero de la Pasión

En estas circunstancias, ya se comprende, subir a Jerusalén es para Jesús lo mismo que entregarse a la muerte. Y sin embargo, lo hace. «Caminando delante» de los discípulos con ánimo decidido, les anuncia por tercera vez su Pasión.

«Cuando iban subiendo a Jerusalén, Jesús *caminaba delante*, y ellos iban sobrecogidos y lo seguían con miedo. Entonces reunió de nuevo a los Doce y comenzó a decirles lo que le iba a suceder. “Ahora subimos a Jerusalén. Allí el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos. Ellos se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán. Y tres días después, resucitará”» (Mc 10,32).

El anuncio de la Pasión ha sido esta tercera vez más explícito aún que las veces anteriores. Pero, aún así, los discípulos «no entendieron nada de lo que les decía; estas palabras les eran oscuras, y no las entendieron» (Lc 18,34). Más aún, Santiago y Juan andan todavía en esa hora pensando en ocupar un lugar preferente en el Reino que esperan próximo. Jesús ha de decirles: «el que quiera ser el primero entre vosotros, deberá ser esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida como rescate de muchos» (Mc 10,44-45).

Última entrada en Jerusalén

Jesús sigue caminando *decididamente* hacia Jerusalén, es decir, hacia su muerte. «Caminaba *el primero* subiendo hacia Jerusalén» (Lc 19,28). Y al darle vista en lo alto del monte, «cerca ya, al ver la ciudad, se echó a llorar por ella, diciendo: “¡si en este día hubieras conocido tú también la visita de la paz, pero se oculta a tus ojos!”». Y anuncia, con inmenso dolor, su próxima ruina total (Lc 19,41-44; +21,6).

Por eso, cuando su entrada en Jerusalén se ve acogida con gran éxito popular, este aparente triunfo no lo engaña. Él vive esa *entrada* en la Ciudad santa más bien como el *introito* solemne de su Misa, es decir, de su Pasión.

Sus discípulos, en aquella hora, «no entendieron nada», no vieron que en aquella entrada se estaba cumpliendo la Escritura (Zac 9,9); «pero después, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que todo lo que había sucedido era lo que decían las Escrituras de él. La multitud que había estado con Jesús, cuando ordenó a Lázaro que saliera del sepulcro y lo resucitó, daba testimonio de él. Por eso la gente salió a su encuentro, porque se enteraron de que había hecho este milagro» (Jn 12,12-18). «Cuando él entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió» (Mt 21,10). Todos lo aclamaban con entusiasmo, con un fervor tan grande que «algunos fariseos, de entre la turba, le dijeron: “Maestro, reprende a tus discípulos”. Pero Él les respondió: “yo os digo que si éstos callan, clamarán las piedras”» (Lc 19,39-40).

En todo caso, conoce bien Jesús la vanidad de su triunfo mundano, y prevé que solo va a servir para acrecentar aún más el odio de sus enemigos, como así fue. «Entre tanto los fariseos se decían: “ya veis que no adelantamos nada. Ya veis que todo el mundo se va detrás de él» (Jn 12,19).

Llega la hora de morir

Jesús entonces se prepara a la muerte, y dispone también el ánimo de sus discípulos:

«*Ya ha llegado la hora* en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que tiene apego a su vida la perderá; y el que no está apegado a su vida en este mundo la conservará para la Vida eterna... Mi alma está ahora turbada. ¿Y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero para esto he venido yo a esta hora! Padre, glorifica tu nombre».

«Se oyó entonces una voz del cielo: “Lo glorifiqué y de nuevo lo glorificaré”... Jesús dice: “cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Decía esto Jesús para indicar cómo iba a morir» (Jn 12,23-33).

Aún hace el Señor una última llamada al pueblo judío: «“La luz está todavía entre vosotros, pero por poco tiempo... Mientras tenéis luz, creed en la luz, para ser hijos de la luz”. Esto dijo Jesús, y partiendo, se ocultó de ellos» (12,35-36).

Pero no, es evidente: las tinieblas rechazan la luz. «Aunque había hecho tan grandes milagros en medio de ellos, no creían en Él». Otros sí habían creído en Él, pero no se atrevían a confesar su fe: «muchos de los jefes creyeron en Él, pero no lo confesaban, temiendo ser excluidos de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» (12,37-43).

Hombres ya proscritos y reprobados, como el publicano Zaqueo, son ya casi los únicos que todavía se atreven a recibirle en sus casas. Pero esto no supone para Jesús ningún apoyo; más bien confirma a sus enemigos en sus razones para rechazarle y procurar su muerte: «ha ido a hospedarse a la casa de un pecador» (Lc 19,1-10).

Siguen, en estos últimos días, acosándole sus adversarios. Fariseos y herodianos «deliberaron cómo sorprenderle en alguna palabra» (Mt 22,15; +Mc 12,13), y le plantean la cuestión del tributo al César. En otra ocasión son los saduceos, los que pretenden atraparle con el tema de la resurrección, poniéndole una cuestión aparentemente insoluble. Pero Jesús les dice: «estáis errados, y ni conocéis las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt 22,29). Con ocasión de estas disputas, «la muchedumbre que lo oía se maravillaba de su doctrina» (22,33). Y sus adversarios «no se atrevían ya a plantearle más preguntas» (Lc 20,40; +Mc 12,34).

Terrible discurso

Jesús en esos días da su vida por terminada en este mundo. Ya no es preciso que denuncie con un cierto cuidado los errores religiosos de Israel, para poder seguir vivo un tiempo, cumpliendo su misión profética. No. Ya ha llegado *su hora*. Y antes de ser ejecutado, por amor a todos los hombres, descubre esta vez plenamente la falsificación enorme que escribas y fariseos han hecho de la Ley antigua. Es el discurso durísimo que nos recoge San Mateo (Mt 23).

Escribas y fariseos son guías ciegos e hipócritas, que cierran a los hombres el camino del Reino. Ni entran en él, ni dejan entrar. Su proselitismo sólo consigue hacer «hijos del infierno». Cuelan un mosquito y se tragan un camello. Su justicia es exterior, sólo aparente, no interior y verdadera. Son como sepulcros blanqueados, llenos de podredumbre en su interior, aunque tengan apariencia de justicia ante los hombres. Son, como sus padres, asesinos de todos los profetas que Dios les envía. Son serpientes, raza de víboras. También perseguirán a los cristianos: «estad atentos; os entregarán al Sanedrín, seréis azotados en la sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos» (Mc 13,9).

Jesús se manifiesta en estos discursos plenamente consciente del rechazo que sufre de Israel, y de la persecución que también han de sufrir sus discípulos. Sin embargo, no se siente abatido, vencido o fracasado; por el contrario, *tiene confianza plena en su victoria final*: «aparecerá en el cielo el signo del Hijo del hombre y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria» (Mt 24,30). Al final de todo, el Hijo del hombre beberá con sus amigos el vino de la alegría «en el reino de Dios» (Mc 14,25).

Tercera sesión del Sanedrín contra Jesús, considerando el modo de matarle

«Jesús dijo a sus discípulos: “sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen”» (Mt 26,2). Este último anuncio de la Pasión se produce el miércoles 12 de marzo (*nisan*), dos días antes de la Cruz. Y ese día el Sanedrín va a realizar una tercera sesión contra Cristo, no para deliberar su muerte, ya decidida, sino para determinar cómo y cuándo realizarla (Lémann 81-83).

«Se reunieron entonces los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del sumo sacerdote, llamado Caifás, y acordaron prender a Jesús con engaño y darle muerte. Pero decían: “no durante la fiesta, no sea que se arme alboroto en el pueblo”» (Mt 26,3-5; +Lc 22,1-2).

Como se ve, el fervor popular por Jesús, al menos en una cierta manera de fascinación, dura hasta el final de su vida. Todavía en esta fase última de su vida, «todo el pueblo madrugaba por Él, para escucharle en el templo» (Lc 21,38). Pero es precisamente este entusiasmo del pueblo lo que suscita en los jefes de Israel una mayor determinación de matarle, aunque no en la fiesta, «porque tenían miedo al pueblo» (22,3).

Sin embargo, los acontecimientos van a precipitarse. Inesperadamente, Judas, uno de los Doce, se ofrece a los príncipes de los sacerdotes para *entregar* a Jesús: «¿qué me daréis si os lo entrego?». Treinta siclos de plata es el precio que le ponen al Salvador (Mt 26,14-16).

La Cena pascual de Jesús

La Pascua y los Ázimos eran dos fiestas distintas. El cordero pascual se comía el 14 del mes de Nisán por la noche. Y la fiesta de los Ázimos, que comenzaba el día 15, duraba hasta el 21.

Los evangelios sinópticos parecen indicar que Jesús celebra su última cena con los discípulos el 14; en tanto que San Juan parece señalar el 13. Según parece, el Señor anticipa la comida pascual al jueves, y *muere el viernes, el 14 de Nisán*, el día en que oficialmente se comía el cordero pascual.

Sea de esto lo que fuere, Jesús, *la noche en que va a ser entregado*, se reúne con sus discípulos por última vez para celebrar la cena.

«*Antes de la fiesta de la Pascua*, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

Comienza Jesús la última cena lavando los pies a los discípulos. En esta celebración litúrgica de la cena va a darnos *la revelación plena de su amor a Dios*: «conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que según me ha mandado el Padre, así hago», dice refiriéndose a su cruz (Jn 14,31). Y al mismo tiempo nos da Jesús *la revelación plena de su amor a los hombres*: «nadie tiene un amor mayor que aquél que da la vida por sus amigos» (Jn 115,13).

Por eso Jesús, que tanto ha deseado expresar totalmente su amor, dice a los suyos: «he deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión» (Lc 22,15). Ha llegado para Él *la hora*, preconocida y tan largamente esperada, de consumir plenamente la ofrenda de su vida, para salvación de los pecadores; ha llegado la hora de expresar completamente su amor al Padre y a los hombres; de instituir la Eucaristía; de establecer en favor de todos la Nueva Alianza en el sacrificio redentor; de instituir el sacerdocio cristiano; de quitar el pecado del mundo, comunicando la filiación divina; de *entregar* su Espíritu a los hombres *entregando* por ellos en la Cruz su cuerpo y su sangre, es decir, su vida humana. *Ardientemente ha deseado siempre* llegar a esta hora culminante. El vuelo recto de la flecha de su vida está ya cerca de alcanzar la diana final.

Víctima sacrificial

En los sacrificios del Antiguo Testamento *la carne* es comida o quemada y *la sangre* es derramada en el altar. Carne y sangre, por tanto, se separan en el momento de la muerte sacrificial (Lev 17,11-14; Dt 12,33; Ez 39,17-19; Heb 13,11-12).

Por eso, cuando en la cena pascual Jesús toma el pan primero y después el cáliz, y dice «éste es mi cuerpo, que se entrega por vosotros», y «ésta es mi sangre, que se derrama para el perdón de los pecados vuestros y de todos los hombres», está empleando un lenguaje claramente cultural y sacrificial; es decir, está ejerciendo conscientemente como sacerdote y víctima; está sellando con su sangre la Alianza nueva, como la antigua fue sellada en el Sinaí con la sangre de animales sacrificados (Éx 24,8). Él, pues, es plenamente consciente de que ha *venido*, de que ha sido *enviado* por el Padre, como Redentor, es decir, «para dar su vida *como rescate* por muchos» (Mt 20,28; Mc 10,45).

Escrituristas protestantes, como Joachim Jeremias, acercándose a la unánime tradición católica, estiman que «este sentido sacrificial es el único que cuadra cuando Jesús habla de su *carne* y de su *sangre*» (*La última cena*, Madrid 1980, 246). Jesús, por tanto, va a la muerte como verdadera víctima pascual (cf. J. A. Sayés, *Señor y Cristo*, EUNSA, Pamplona 1995, 225-226).

Ya en el Sermón Eucarístico, con ocasión de la multiplicación de los panes, habla Jesús de dar su *carne* en comida y su *sangre* en bebida (Jn 6,51-58), y el escándalo que sus palabras ocasionan no se hubiera producido si con esos términos solo quisiera expresar la entrega benéfica y fraterna de su «persona» (Sayés 226).

La sangre derramada «*por muchos (upér pollon)*», o como dice San Juan, la carne entregada «por la vida del mundo» (Jn 6,51), está expresando claramente que la ofrenda total que Cristo hace de sí mismo la entiende como un sacrificio expiatorio *en favor* de los hombres y *a causa* de sus pecados. «Entregado, derramada», es la fórmula pasiva que evoca al Siervo de Yahvé, Cristo, que es entregado por el Padre (Sayés 227).

Últimas profecías de Jesús

—Anunciando *su victoria final definitiva*, dice Jesús a los suyos en la última Cena: «ya no la comeré hasta que llegue a su pleno cumplimiento en el Reino de Dios... Ya no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios» (Lc 22,16-18).

—Anuncia entonces *la traición* de Judas Iscariote:

«no todos estáis limpios... Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy... Uno de vosotros me va a entregar». Y volviéndose a Judas: «lo que has de hacer, hazlo pronto» (Jn 13,11.19-17).

—Anuncia *el abandono de los apóstoles*:

Y lo predice en un momento en que ellos parecen sentirse seguros en su fe, pues le dicen: «ahora vemos que sabes todas las cosas... Por eso creemos que has salido de Dios». Jesús les responde: «¿ahora creéis? Mirad, llega la hora, y ya ha llegado, en que vosotros os dispersaréis cada uno por su parte, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn 16,30-32). En efecto, «todos vosotros os escandalizaréis de mí en esta noche, porque está escrito: “heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño”» (Mt 26,31; +Zac 13,7). Simón Pedro le asegura entonces que «aunque todos se escandalicen, yo no nunca me escandalizaré... Aunque tenga que morir contigo, no te negaré». Predice entonces Jesús a Simón que lo negará tres veces (26,33-35).

—Anuncia una vez más *su Pasión*, ya inmediata:

«Os digo que ha de cumplirse en mí esta palabra de la Escritura: “fue contado entre los malhechores”. Ya llega a su fin todo lo que se refiere a mí» (Lc 22,37; +Is 53,12). Los discípulos entonces, por fin, parecen entender el realismo de las palabras de Jesús, y le dicen: «Señor, aquí hay dos espadas». Pero Él les detiene: «Basta» (Lc 22,38).

–Anuncia *la fecundidad de su sangre* derramada, la fuerza salvadora que ella va a tener en los discípulos: «el que cree en mí, ése hará obras mayores que las que yo hago» (Jn 14,12).

–Anuncia al *Espíritu Santo* que va a comunicar: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros siempre... No os dejaré huérfanos. Volveré a vosotros... En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (14,16-20).

–Anuncia *persecuciones* contra sus discípulos:

«si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros... Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros... Os he dicho estas cosas para que no os escandalicéis; os expulsarán de las sinagogas, y llegará un tiempo en que todos los que os maten creerán hacer un servicio a Dios. Y harán estas cosas porque no conocieron al Padre ni a mí» (Jn 15,18-16,3). «En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y gemiréis, mientras el mundo se alegrará... Pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón y nadie podrá quitaros vuestra alegría» (16,20-22).

–Anuncia *su Ascensión*: «salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre» (16,28).

Pide Jesús por sí mismo: «Padre ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti» (Jn 17,1). Pide al Padre por sus discípulos, para que los mantenga en la unidad y en la santidad (17,6-26). Pide al Padre que puedan ellos ser fieles *mártires* suyos en el mundo:

«Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad. Tu palabra es la verdad. Como a mí me has enviado al mundo, así yo los he enviado a ellos» (Jn 17,14-18).

En el Huerto de Getsemaní

Después de rezar los salmos propios de la celebración pascual, salió Jesús con sus discípulos, según la costumbre, hacia el monte de los Olivos, al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto que se llamaba Getsemaní (Mt 26,30; Jn 26,36). Allí Jesús, acompañado de sus tres íntimos, apartándose un poco de ellos, se entrega a la oración, y en ella «comenzó a sentir pavor y angustia» (Mc 14,33), y «entrando en agonía, oraba con más fervor y su sudor vino a ser como gotas de sangre» (Lc 22,44). «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42).

Por tres veces viene Jesús a sus discípulos, a los tres más íntimos, los tres que fueron testigos de su transfiguración en el monte, y siempre los halla dormidos. La tercera les dice:

«¡Dormid ya y descansad! ¡Basta! Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre *va a ser entregado* en manos de los pecadores. ¡Levantáos! ¡Vamos! Mirad que está cerca el que me entrega» (Mc 14,41-42).

Aún está Jesús diciendo esto, cuando entra Judas con una turba armada de espadas y palos. Lo besa, para señalarle así a los que han de prenderle... «¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?» (Lc 22,48)... Se identifica Jesús claramente, y al decir «yo soy», retrocedieron y cayeron por tierra» (Jn 18,6). Detiene entonces un conato de violencia de uno que trata de defenderle: «¿piensas tú que no puedo invocar a mi Padre y me enviaría en seguida más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo se cumplirían entonces las Escrituras, según las cuales debe suceder así?» (Mt 26,51-54).

En ese momento «la cohorte, el tribuno y los alguaciles de los judíos prendieron a Jesús y lo ataron» (Jn 18,12). Y «todos los discípulos, abandonándole, huyeron» (Mt 26,56). La obscuridad, el espanto, el horror se hacen totales. «Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc 22,53).

Jesús comparece ante el Sanedrín, que ya había decidido matarlo

El Hijo de Dios, el hijo de María Virgen, nuestro Señor Jesucristo, el Santo, comparece ante el Sanedrín, para ser juzgado por sus setenta y un miembros, agrupados en tres tercios, como ya vimos. Comparece ante *sacerdotes*, que lo odian desde que purificó violentamente el Templo; ante *fariseos y doctores de la ley*, que lo odian por las terribles denuncias que de Él han recibido, y además en público, desprestigiándoles ante el pueblo; y ante los *ricos y notables*, que también lo odian, pues de ellos ha dicho el Nazareno que por sus egoísmos e injusticias muy difícilmente entrarán en el Reino celestial.

El Verbo encarnado, el Hijo del Altísimo, va a ser juzgado por esta asamblea miserable. Ya sabemos, por lo demás, que este mismo Sanedrín ha celebrado tres sesiones previas, y que en ellas *ha decidido ya* la muerte de Cristo. No vamos a asistir, pues, en realidad, sino a una parodia de juicio, como señalan los hermanos Lémann:

«Nosotros ahora preguntamos a todo israelita de buena fe: cuando el Sanedrín haga comparecer ante él a Jesús de Nazaret, como si fuera a deliberar sobre su vida, ¿no se tratará de una burla sangrante, de una mentira espantosa? Y el acusado, por inocente que pueda ser su vida, ¿no será indudablemente condenado a muerte veinte veces?» (*La asamblea que condenó a Cristo*, Criterio, Madrid 1999,83).

Pero de todos modos el proceso homicida va a celebrarse. Primero es llevado Jesús a casa de Anás (Jn 18,13-14), antiguo pontífice; no propiamente para ser juzgado, sino por pura deferencia de su yerno Caifás, sumo sacerdote entonces.

Juicio nocturno del Sanedrín

Después, de noche todavía, es llevado Jesús a casa de Caifás. Allí estaban también ya reunidos, a la espera, «los escribas y los ancianos» (Mt 26,57). Ahora es cuando se va a consumir el proceso judicial homicida, en el que el Sanedrín, que ya ha decidido previamente la muerte de Jesús, infringe sin vergüenza casi todas las principales leyes procesales de la *Misná*.

El pueblo hebreo, extremadamente culto y civilizado, regulaba sus procesos judiciales por leyes de altísima calidad, procedentes unas veces del mismo Dios, según los libros de la Escritura sagrada, y otras veces elaboradas por la sabiduría de los legisladores judíos. A fines del siglo II de la era cristiana, el Rabí Judá compiló diecisiete siglos de leyes y tradiciones de la jurisprudencia judía en una magna obra, la *Misná*, que completando y desarrollando la *ley primera*, el Pentateuco mosaico, era considerada la *segunda Ley*. El estudio de los hermanos Lémann, al que me remitiré continuamente –aunque sin dar las referencias de los antiguos textos judíos, que ellos consignan en cada caso– muestra con toda erudición documental cómo en el proceso de Jesús se quebrantan casi todas las principales leyes procesales judías vigentes en la época.

El prendimiento y la primera comparecencia de Jesús ante el Sanedrín se produce «de noche». El Maestro sabe bien que esto es ilegal: «diariamente estaba entre vosotros en el Templo y no alzasteis las manos contra mí. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc 22,53). De noche, sí, va a producirse el juicio.

La ley judía ordenaba que el Sanedrín solo podía reunirse «desde el sacrificio matutino al sacrificio vespertino»; que todo proceso con posible pena de muerte «debía suspenderse durante la noche»; que los jueces no han de juzgar «ni la víspera del sábado, ni la víspera de un día de fiesta». Toda norma procesal es ahora atropellada.

«El sumo sacerdote [Caifás] interrogó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina» (Jn 18,19). El mismo Caifás, que, en referencia a Cristo, convenció al Sanedrín –«vosotros no sabéis nada»–, de que era conveniente «que muera un hombre por todo el pueblo, y no que perezca todo el pueblo» (11,49-50), es quien ahora va a dirigir el «juicio» contra Jesús. Hace, pues, al mismo tiempo de acusador y de juez.

Las enormidades antijurídicas son continuas. No comparece Jesús acusado de un «delito» concreto, ni se substancia el proceso con una «causa» señalada previamente. Más bien Caifás interroga a Jesús buscando con preguntas capciosas, un poco a ciegas, alguna causa que permita condenarlo a muerte, apoyándose en el propio testimonio del acusado. Pero la *Misná* dice: «tenemos como principio fundamental que nadie se puede inculpar a sí mismo». Por eso Jesús le responde: «yo he hablado públicamente al mundo; yo siempre enseñé en la sinagoga y en el Templo... ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que han oído lo que yo les hablé» (Jn 18,20-21). Es decir: no pretendas condenarme por mis palabras, cosa que la Ley prohíbe, sino por el testimonio de quienes me acusen.

Entonces «los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús para matarlo. Pero no lo encontraron, aunque se presentaron muchos testigos falsos» (Mt 26,59-60). Es obvio: no estamos ante una asamblea judicial, que pretende juzgar rectamente con toda justicia, en la presencia del Señor y participando de Su autoridad suprema sobre los hombres, sino ante un conjunto de asesinos, que pretenden buscar formas legales para cometer el homicidio que hace meses han decidido. Pero tampoco consigue nada el Sanedrín por este lado.

«Los testimonios no eran acordes» (Mc 14,56.59), invalidándose así unos a otros. Pero además eran falsos: nunca, por ejemplo, Jesús había dicho «yo destruiré este Templo» (14,58), sino que, «hablando del santuario de su propio cuerpo» (Jn 2,21), había profetizado que si lo destruían los judíos, él lo reedificaría a los tres días. Crecen con todo esto los abusos procesales: contra toda ley y costumbre, unos y otros testigos –estando, al parecer, juntos, y no separados– acusan al detenido. No era ésa la norma procesal de Israel; por el contrario, como se ve en el caso de los acusadores de Susana: «separadlos lejos uno de otro, y yo los examinaré» (Dan 13,51).

A pesar de todas estas artimaña perversas, los intentos de hallar una *causa* suficiente para condenar a Jesús se muestran inútiles. Y la noche avanza, sin que el proceso adelante un paso. El Sanedrín no consigue su propósito homicida. Se hace, pues, preciso que Caifás intervenga de nuevo. «Levantándose el sumo sacerdote y adelantándose al medio, interroga a Jesús, diciendo: “¿no respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?”» (Mc 14,60).

El Sumo Pontífice, el juez supremo en Israel, está provocando al Santo, está buscando su muerte... Si no es posible atrapar a Jesús por las palabras de los acusadores, habrá que intentar cazarlo por sus propias palabras. «Pero Él se mantenía callado y no respondía nada» (14,61). No entraba en aquel juego homicida.

Notemos que es extremadamente raro que un hombre amenazado de muerte renuncie a todo modo de defensa... El silencio de Jesús *acusa*, pues, con terrible elocuencia la perversidad del Sanedrín. Y ese majestuoso silencio, a medida que se prolonga, espanta aún más a los sanedritas que, conociendo bien las Escrituras, ven en aquella escena el cumplimiento patente de antiguas profecías:

«Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. Fue arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa» (Is 53, 78). Ninguno de los sanedritas, ninguno sale en defensa del inocente: «todo el Sanedrín» procuraba su muerte (Mt 26,59). Y su silencio, su terrible silencio, se prolonga, cumple más y más las profecías: «me tienden lazos los que atentan contra mí, los que desean mi daño me amenazan de muerte... Pero yo, como un sordo, no oigo, como un mudo, no abro la boca; soy como uno que no oye y no puedo replicar. En ti, Señor, espero, y tú me escucharás, Señor Dios mío» (Sal 37,13-16).

El Sanedrín se ve ante un callejón sin salida, y el silencio de Cristo le resulta cada vez más angustiante. La causa no avanza, el tiempo nocturno pasa. Hay que buscar una salida, *algo* que rompa aquella situación insostenible.

Caifás entonces, el juez principal, surge otra vez con iniciativa hábil y terrible. De nuevo se levanta e interroga a Jesús personalmente: «te conjuro por el Dios vivo: di si tú eres el Cristo [el Mesías], el Hijo de Dios» (Mt 26,63; +Mc 14,61).

Con esto se da al juicio un giro procesal completo. Ya se dejan a un lado, por inútiles, los *testimonios* falsos y contradictorios. Ya se reconoce que no hay modo de hallar un *delito* claro por el que condenar a muerte a Jesús, muerte que, sin embargo, está decidida con odio unánime. Solo se intenta ahora, en un último intento, atrapar a Jesús –contra toda ley procesal judía– por sus propias palabras auto-incriminatorias. Y la pregunta de Caifás, a este fin, es perfecta: si niega Jesús su identidad mesiánica y divina, será condenado por impostor, pues muchas otras veces ha hecho en público esas afirmaciones; pero si su respuesta es afirmativa, será acusado entonces de blasfemo.

Más aún, Caifás exige que Jesús responda con juramento: «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas» (Mt 26,63), algo que la ley procesal prohibía para evitar perjurios y al mismo tiempo para impedir que un acusado pudiera ser condenado por su propio testimonio.

Jesús entiende perfectamente su situación, y sin embargo afirma no solo su identidad personal divina, sino también la inminencia de su triunfo definitivo: «Sí, yo lo soy; y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y venir en las nubes del cielo» (Mc 14, 62). Caifás, gozoso de su triunfo, finge al instante una indignación extrema: «entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras» (Mt 26,65).

¿Qué es esto? ¿Un juez que, en medio del proceso judicial, que él ha de dirigir con toda serenidad y prudencia, deja que públicamente estalle su cólera ante el testimonio del acusado? Y además, el gesto extremo de «rasgar las vestiduras», dado el carácter sagrado de éstas, venía expresamente prohibido por la ley al Sumo Sacerdote (Lev 21,10).

«¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?» (Mt 26,65). Otro horror procesal. El presidente del Tribunal supremo, sin examinar previamente las palabras del acusado –sin analizar su sentido exacto, su alcance, su intención–, y sin deliberación alguna de la corte de jueces, adelanta su juicio personal, condenando definitivamente al acusado por su declaración, y condicionando gravemente el discernimiento de los jueces, pues la autoridad del sumo sacerdote era considerada como infalible. Y aún se permite preguntar a los sanedritas: «¿qué os parece?» (Mt 26,66). «Y todos sentenciaron que era reo de muerte» (Mc 14,64).

Completamente en contra de este expeditivo modo de proceder, la ley procesal judía manda que, tratándose de pena capital, no puede acabar el proceso en el mismo día en que ha comenzado –y recordemos que el día judío transcurría de tarde a tarde (p. ej., Lev 23,32)–. Prescribe, en efecto, la ley que en la noche intermedia los jueces, en sus casas, reunidos de dos en dos, y guardando especial sobriedad en la comida y la bebida, han de reconsiderar atentamente la causa. Y más aún, dispone que al día siguiente, «los jueces absuelven y condenan *por turno*», uno a uno, mientras que dos escribas recogen cada testimonio, uno las sentencias de absolución y otro las de condenación.

Bien podía Jesús, en su silencio acusatorio, rezar internamente aquello del salmo: «me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores» (Sal 21,17). Todas las normas procesales, prácticamente todas, han sido pisoteadas por el Sanedrín en aquella noche satánica, en aquella hora de tinieblas.

Y nadie ha defendido la causa de Jesús. Ningún sanedrita ha objetado nada, ni siquiera en cuestiones de procedimiento: «todos lo condenaron» (Mc 14,64). Nicodemo y José de Arimatea, ausentes, no han querido participar de esta asamblea criminal, nocturna e ilegal. Y tampoco ningún judío de buena voluntad, salido de entre el público asistente, cosa autorizada por la ley judía, ha intervenido en su favor.

Y en cuanto a sus más íntimos seguidores, en aquella noche tenebrosa... «todos los discípulos lo abandonaron y huyeron» (Mt 26,56). Simón Pedro, que hasta ahora, aunque a medrosa distancia, ha seguido a Jesús, lleno de pánico al ser preguntado por algunos, llega a negarle tajantemente tres veces: «yo no conozco a ese hombre» (26,74).

Jesús se ha quedado absolutamente solo y abandonado. Ya no le queda sino su oración al Padre: «soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han

desechado como a un cacharro inútil» (Sal 30,12-3).

Todo es en aquella noche increíblemente malvado y cruel. En el proceso *contra Jesús* no solo se infringe toda norma prescrita por la ley, sino también las normas exigidas por la más elemental humanidad. Estamos en un juicio celebrado por Israel, uno de los pueblos más cultos de la historia humana, y en un pueblo civilizado, el acusado queda durante el juicio, antes y después de él, bajo la protección eficaz de sus jueces. Sin embargo, el Sanedrín y su presidente permiten que un guardia «dé una bofetada a Jesús» (Jn 18,22). Y una vez dictada la sentencia criminal, de nuevo dejan que se produzca una escena que avergonzaría a un pueblo degenerado:

«Entonces le escupieron en su rostro y lo abofetearon, y algunos lo golpeaban, diciendo: “profetízanos, Cristo: ¿quién te ha golpeado?”» (Mt 26,63-68). «Y decían contra él otras muchas injurias» (Lc 22,65).

¿Estamos realmente en Jerusalén, en el Sanedrín, en el Tribunal Supremo de Israel? ¿O estamos más bien en el juicio que unos salvajes celebran bajo un árbol en la selva antes de comerse al enemigo extranjero? ¿Estamos quizá en el sótano de unos mafiosos actuales, donde, ateniéndose a sus «leyes» internas, se disponen a ajustar cuentas con un traidor?

Juicio diurno del Sanedrín

Caifás y los sanedritas, temiendo que el proceso nocturno contra Jesús, en el que lo sentenciaron a muerte, pudiera ser nulo por sus graves irregularidades de procedimiento, deciden celebrar una nueva sesión del Sanedrín. «Llegada la mañana, *celebraron consejo contra Jesús para poder darle muerte*» (Mt 27,1). Esta vez, renunciando a buscar testimonios acusatorios o posibles delitos cometidos por Jesús, van directamente a procurar su muerte, como en la noche pasada, basándose en el testimonio que Él da de sí mismo.

Lo que se pretende con esto es dar una *mejor formalidad jurídica* a la condena de muerte ya acordada. Pero con esta nueva sesión matutina no consigue el Sanedrín sino reiterar y multiplicar las graves irregularidades acumuladas ya en el proceso. Ahora, en efecto, contra toda ley, en el mismo día grande de la Pascua, se reúne antes del sacrificio matutino, sentencia sin deliberación previa, emiten el voto todos los miembros en conjunto, no uno a uno, y no se difiere la sentencia al día siguiente, al sábado, tratándose de una pena capital.

«Cuando amaneció, se reunió el Consejo de los ancianos del pueblo, los sacerdotes y los escribas. Y lo llevaron ante su tribunal. Y le dijeron: “si tú eres el Cristo, dínoslo”. Él les respondió: “si os lo digo, no me creeréis. Y si pregunto, no me responderéis. Desde ahora el Hijo del hombre se sentará a la derecha del Poder de Dios»» (Lc 22,66-69). Jesús les responde: vuestra pregunta es inútil y malvada, pues ya habéis decidido mi muerte; pero sabed que por la pena mortal que me aplicaréis llegaré al trono de Dios, a la diestra del Poder divino. Con tal confesión grandiosa afirma claramente su propia identidad divina, y así lo entienden los sanedritas.

«“¿Entonces, eres tú el Hijo de Dios?” Él les dijo: “vosotros lo decís; lo soy”. Ellos respondieron: “¿qué necesidad tenemos de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca”. Todo el Consejo se levantó» (Lc 22,70-71), clausurando de este modo la sesión bruscamente, y prescindiendo de más deliberaciones. «Y habiéndole atado, lo llevaron ante Pilato, el gobernador, y se lo entregaron» (Mt 27,2).

Ante Herodes y Pilato

Como el Sanedrín no podía ejecutar la muerte de Cristo, por eso lo entrega a la autoridad romana. Busca, pues, que Pilato dicte la muerte de Jesús, alegando: «nosotros no tenemos poder de matar a nadie» (Jn 18,31). Pero el Sanedrín, incurriendo en otra irregularidad jurídica enorme, *cambia totalmente* de pronto la causa jurídica por la que pide la muerte de Cristo, y lo acusa de *otras causas* que puedan perjudicarle más gravemente ante la autoridad romana:

Y así «comenzaron a acusarle diciendo: “hemos averiguado que éste anda amotinando a nuestra nación, prohibiendo que se paguen los impuestos al César y que se llama a sí mismo

Mesías y Rey”» (Lc 23,2).

Pilato, sin embargo, comprende en seguida que Jesús es inocente, y a pesar de las acusaciones de los judíos, se resiste a condenarle. Después, al saber que es galileo, «lo remite a Herodes, que aquellos días estaba en Jerusalén» (Lc 23,6). Ante Pilato y ante Herodes, Jesús sigue manteniendo su silencio.

Tampoco Herodes encuentra culpa en Jesús, y lo remite de nuevo a Pilato (Lc 23,13-15), que persiste en considerarle inocente. Lo compara entonces a Barrabás; pero el pueblo, «persuadido por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos» (Mt 27,20), exige su muerte, concretamente su crucifixión, aquella terrible pena romana, aplicada solo a los infames.

Pilato intenta hasta el último momento salvar a Jesús. Lo manda azotar, permite que lo coronen de espinas, deja que lo golpeen y abofeteen, y lo muestra así, humillado y castigado al pueblo, diciendo de nuevo: «no encuentro en él culpa alguna». Pero la muchedumbre sigue exigiendo a grandes gritos su crucifixión. Finalmente Pilato cede, por temor a ser acusado ante el César, y entrega a Jesús a la cruz (Jn 19,1-16).

Y otra vez asistimos con espanto a una escena de increíble barbarie, a cargo ahora de los romanos, tan cultos ellos y respetuosos del derecho.

«Entonces los soldados del gobernador metieron a Jesús en el pretorio y reunieron en torno a él a toda la cohorte», entre 500 y 600 soldados; «lo desnudaron, le echaron encima un manto de púrpura», golpeándole y burlándose de Él, en una parodia de homenaje real: «“salve, rey de los judíos”. Y escupían en él, cogían una caña y golpeaban su cabeza... Le volvieron a poner sus vestidos y lo llevaron a crucificar» (Mt 27,27-31).

El misterio de la Cruz

«Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado *Calvario*, en hebreo, *Gólgota*» (Jn 16,17). «Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él» (Lc 23,27). Llegados al llamado Calvario, lugar *del Cráneo*, lo crucificaron a la hora de tercia. Y lo primero que hizo Jesús en la Cruz fue pedir al Padre que nos perdonase a todos (Lc 23,34).

Entonces, «se cumplió la Escritura, y “fue contado entre los malhechores”» (Mc 15,28: +Is 53,12). Según lo predicho en las Escrituras, «se repartieron sus vestidos, echando suertes sobre ellos» (Mt 27,35; +Sal 21,19); «eso precisamente hicieron los soldados» (Jn 19,24). Dando también cumplimiento a las Escrituras, «los que pasaban lo insultaban y decían... “Ha puesto su confianza en Dios, pues que él lo libre ahora si lo ama”» (Mt 27,39.43; +Sal 21,9; Sab 2,18-20).

Con ésta y otras ironías, todos se burlaban de Él, también «los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos» (Mt 27,41). En efecto, también el Sanedrín en pleno se asocia a la abominable perversidad del pueblo, que se burla ignominiosamente de un inocente que agoniza torturado.

Cumpliendo las Escrituras, dice Jesús: «tengo sed», y le dan a beber vinagre (Jn 19,28; +Sal 68,22). Se apiada entonces el Salvador del malhechor arrepentido, crucificado junto a Él, y le promete el Paraíso (Lc 23,39-43). Y se apiada de nosotros, dando a María por madre a Juan, «el discípulo», que al pie de la Cruz, acompaña a Jesús y a María, la Madre dolorosa, representándonos a todos los discípulos (Jn 19,25-27).

Todo se ha cumplido

«Todo se ha cumplido» (Jn 19,30). El Salvador ha terminado ya en la cruz el via crucis de toda su vida. Todo lo anunciado en las Escrituras se ha cumplido en Él exactamente, hasta en los menores detalles. Por fin ha llegado Jesús a su hora tan ansiada; por fin le es dado consumir la ofrenda sacrificial de su vida, manifestar la plenitud de su amor al Padre y a los hombres, expresar la totalidad de su obediencia filial, y perfeccionar así la salvación del mundo, expiando sobreabundantemente por los pecadores.

Pero no vive Jesús esa hora con gozo espiritual, no. Él quiere descender a lo más profundo de la angustia humana, y hace suya la oración del salmo 21: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). No es éste en Él un gemido de desesperación y menos aún de protesta, sino de puro dolor filial, pues muere diciendo precisamente: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu» (Lc 23,46). «Y Jesús, dando de nuevo *un fuerte grito, entregó su espíritu*» (Mt 27,50).

Jesús descansa en paz

Los soldados quebraron las piernas de los dos malhechores crucificados con Jesús, pero a Él no, porque ya había muerto. Uno de los soldados, sin embargo, le atravesó el pecho con la lanza, «y en seguida salió sangre y agua... Todas estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: “no le quebrarán ninguno de sus huesos”. Y otro pasaje de la Escritura que dice: “verán a aquel que traspasaron”» (Jn 19,31-37; +Éx 12,46; Sal 33,21; y Zac 12,10).

«Nuestra víctima pascual, Cristo, ya ha sido inmolada» (1Cor 5,6), y un estremecimiento de espanto, de esperanza, de gozo, sacude a toda la creación:

«Desde el mediodía hasta las tres de la tarde las tinieblas cubrieron toda la región» (Mt 27,45). «Inmediatamente el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo, la tierra tembló, las rocas se partieron y las tumbas se abrieron... El centurión y los hombres que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: “¡Verdaderamente, éste era Hijo de Dios!”» (27,51-54).

Oración final

Nuestro Salvador descansa ahora en la fría oscuridad del sepulcro. Y el alma viva de Jesús muerto ora en su tumba:

«Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti...

Por eso se me alegra el corazón,

se gozan mis entrañas,

y mi carne descansa serena:

porque no me entregarás a la muerte

ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,

me saciarás de gozo en tu presencia,

de alegría perpetua a tu derecha»

(Sal 15,1.8-11).

Éste es el misterio de nuestra fe: que «Cristo murió por los pecados una vez para siempre, el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios. Como era hombre, lo mataron; pero como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida. Llegó al cielo, se le sometieron ángeles, autoridades y poderes, y está a la derecha de Dios» (1Pe 3,18.22). Ahora, a causa de su encarnación, de su muerte y de su resurrección, le ha sido dado «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18). Por eso

«que su Nombre sea eterno,

y su fama dure como el sol.

Que Él sea la bendición de todos los pueblos y
lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra.

Bendito el Señor, Dios de Israel,
el único que hace maravillas.

Bendito por siempre su Nombre glorioso;
que su gloria llene la tierra.

¡Amén, amén!» (Sal 71,17-19).

2. Por qué Cristo fue mártir

En el capítulo precedente, hemos contemplado a la luz de los Evangelios la pasión de Cristo, que comienza en Belén y se consuma en la Cruz. Jesús no vive «guardando su vida» cuidadosamente, sino que en todas sus palabras y acciones «entrega su vida», hasta consumir esa entrega en la Cena, en la Cruz: «éste es mi cuerpo, que se entrega por vosotros y por todos los hombres». Nuestro Salvador, en todas las fases de su vida, es el *testigo-mártir de la verdad*, que, en perfecta abnegación de sí mismo, entrega su vida a la muerte para darnos la verdad que va a darnos la vida. Y lo hace, como dice el poeta, con todo conocimiento y libertad.

«En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque Él quiso».

Tan altos y profundos misterios nos exigen una meditación teológica posterior. Y esta exigencia se hace más apremiante porque actualmente se difunden muchos errores en torno al misterio de la Cruz.

Errores sobre la identidad martirial de Cristo

Según algunos, *ni Dios quiso la pasión de Cristo, ni éste conocía desde el principio su muerte sacrificial redentora, sino que fueron las decisiones adversas de los hombres las que produjeron el horror de la Cruz*. Estos errores son hoy frecuentes en las cristologías nuevas, y son muy graves, pues falsean la vocación martirial de Cristo, y no solo la suya, sino también la nuestra, pues nuestra vocación en el mundo es la misma vocación y misión que Cristo recibe del Padre.

El profesor Olegario González de Cardedal, en su *Cristología* (B.A.C., Manuales de Teología *Sapientia Fidei* 24: BAC, Madrid 2001), dice así de la pasión de Cristo (los subrayados son míos):

«*Esa muerte no fue casual, ni fruto de una previa mala voluntad de los hombres, ni un destino ciego, ni siquiera un designio de Dios, que la quisiera por sí misma, al margen de la condición de los humanos y de su situación bajo el pecado. La muerte de Jesús es un acontecimiento histórico, que tiene que ser entendido desde dentro de las situaciones, instituciones y personas en medio de las que él vivió... [...] Menos todavía fue [...] considerada desde el principio como inherente a la misión que tenía que realizar en el mundo [...] Su muerte fue resultado de unas libertades y decisiones humanas en largo proceso de gestación, que le permitieron a él percibirla como posible, columbrarla como inevitable, aceptarla como condición de su fidelidad ante las actitudes que iban tomando los hombres ante él y, finalmente, integrarla como expresión suprema de su condición de mensajero del Reino»... (94-95).*

«En los últimos siglos ha tenido lugar una perversión del lenguaje en la soteriología cristiana [...] El proyecto de Dios está condicionado y modelado por la reacción de los

hombres. *Dios no envía su Hijo a la muerte, no la quiere, ni menos la exige: tal horror no ha pasado jamás por ninguna mente religiosa»* (517; cf. ss).

Así pues, la pasión de Cristo no estaba en el plan de la Providencia divina, ni había sido anunciada por los profetas, y tampoco fue conocida por Jesús desde el principio. Estas afirmaciones, contrarias a la Biblia y a la Tradición, son inadmisibles.

Claro está que no quiso Dios la muerte de Cristo «por sí misma, al margen de la condición de los humanos y de su situación bajo el pecado». ¿Cómo la Voluntad divina providente va a establecer plan alguno en la historia de la salvación *ignorando* la condición pecadora de los hombres y el juego histórico de sus libertades? Nunca la Iglesia lo ha entendido así. Nunca se ha dado en la Iglesia «tal degradación, que asigna la muerte de Cristo a un Dios violento y masoquista» (517).

En ese falso planteamiento cristológico, Jesús no habría conocido desde el principio que estaba destinado a una muerte sacrificial redentora, sino que habría estimado durante un tiempo que podría instaurar el Reino en este mundo, es decir, que el mundo iba a recibirle; pero más tarde, al experimentar la creciente hostilidad de los judíos, habría ido conociendo y aceptando su pasión de modo progresivo.

Ni la Biblia ni la Tradición católica entiende así el caminar de Cristo hacia su Cruz. Por el contrario, la Iglesia predica, desde el principio y en forma universal, que «*Dios quiso* que su Hijo muriese en la cruz», que «*Cristo quiso* morir en la cruz para nuestra salvación», que «*era necesario* que el Mesías padeciera», y que por eso Jesús avanzó consciente y libremente hacia la Cruz, sin evitar aquellas palabras o acciones que a ella le conducían. Renunciar a este lenguaje, o estimarlo inducente a error, es *contra-decir* el lenguaje de la Revelación y de la fe católica. Es algo inadmisibles en teología.

El lenguaje católico sobre el martirio de Cristo

Olegario González de Cardedal, en su *Cristología*, pone también en guardia acerca de los peligros de otros términos soteriológicos usados por la Biblia y por la Tradición católica constante. Dice así:

«*Sacrificio*. Esta palabra suscita en muchos [¿en muchos *católicos*?] el mismo rechazo que las anteriores [sustitución, expiación, satisfacción]. Afirmar que Dios *necesita* sacrificios o que Dios *exigió* el sacrificio de su Hijo sería ignorar la condición divina de Dios, aplicarle una comprensión antropomorfa y pensar que padece hambre material o que tiene sentimientos de crueldad. La idea de sacrificio llevaría consigo inconscientemente la idea de venganza, linchamiento... [...] Ese Dios no necesita de sus criaturas: no es un ídolo que en la noche se alimenta de las carnes preparadas por sus servidores» (540-541).

El profesor González de Cardedal, tratando de purificar el sentido de estas palabras y de salvarlas, fracasa en su intento, pues lo que consigue más bien es transferir al campo católico –que pacíficamente lleva veinte siglos usando, amando y entendiendo rectamente esas palabras– ciertas alergias profundas del protestantismo liberal moderno, perfectamente ajenas a la tradición católica. ¿Qué católico, educado en la vida, en la liturgia, en la sensibilidad de la Madre Iglesia, y formado en la enseñanza de sus grandes maestros espirituales antiguos o modernos, siente *rechazo* por palabras como sacrificio o expiación, o las entiende mal?... González de Cardedal muestra con excesiva eficacia la peligrosidad de esas palabras, y afirma con insuficiente fuerza su indudable validez actual. El resultado es que, en la práctica, deja inservibles esas palabras que son tan preciosas para vivir la fe y la espiritualidad de la Iglesia.

«Ciertos términos han cambiado tanto su sentido originario que casi resultan *impronunciables*. Donde esto ocurra, el sentido común exige que se los traduzca en sus equivalentes reales [...] Quizá la categoría soteriológica más objetiva y cercana a la conciencia actual sea la de “reconciliación”» (543).

Lenguaje teológico extremadamente antropomórfico es aquel que habla de un «Dios masoquista», de «linchamiento», de «ídolo hambriento de carnes preparadas por sus

servidores», etc. Hay que reconocer honradamente que los antropomorfismos de la Escritura sagrada resultan mucho menos peligrosos que estos antropomorfismos arbitrarios, hoy no poco frecuentes en teología.

Para no aumentar innecesariamente el disgusto de mis lectores, he preferido no hacer citas de otras *nuevas* cristologías de habla hispana, cuya *novedad* radica casi exclusivamente en el hecho de haber sido enseñadas en el campo católico, pues contienen errores ya bastante viejos en el campo protestante liberal: Jon Sobrino, S. J., *Cristología desde América Latina*, CRT, México 1977²; Xabier Pikaza, *Los orígenes de Jesús; ensayos de cristología bíblica*, Sígueme, Salamanca 1976; José Ignacio González Faus, S. J., *La humanidad nueva; ensayo de cristología*, Sal Terræ, Santander 1984⁷; Juan Luis Segundo, S. J., *La historia perdida y recuperada de Jesús de Nazaret*, Sal Terræ, Santander 1991.

Dios «masoquista», «linchamiento», «ídolo hambriento»... La buena teología católica se ha expresado siempre con más mesura y exactitud, evitando este *terrorismo verbal*, que solo sirve para oscurecer la *ratio fide illustrata*, por la que se investigan y expresan los grandes misterios de la fe.

Y en cuanto al lenguaje de la Iglesia, que se dice usado «en los últimos tiempos», es el lenguaje del misterio de la redención tal como viene expresado por la Revelación desde los profetas de Israel hasta nuestros días, pasando por los evangelistas, Pablo, la Carta a los Hebreos y el Apocalipsis. No es un lenguaje peligroso, proclive a interpretaciones falsas, ni tampoco es un lenguaje inconveniente para el hombre de hoy. Requiere, sin duda, ser explicado en la catequesis y en la misma predicación de la Iglesia. Pero ésta es una exigencia del lenguaje de la fe en todos los tiempos y culturas.

Por otra parte, esas *renuncias verbales*, sugeridas acerca de la expresión tradicional de la fe católica, llevan consigo necesariamente otras renunciadas inadmisibles a no pocas expresiones claves de la Revelación, como, por ejemplo, «no se haga mi voluntad, sino la tuya», «obediente hasta la muerte», «para que se cumplan las Escrituras», y tantas otras.

Dos tendencias cristológicas

Para considerar más a fondo estas cuestiones, se hace preciso recordar que ya en la cristología de los primeros siglos se distinguen dos tendencias:

–la *alejandrina*, que partiendo del Verbo hacia el hombre, pone en la humanidad de Cristo cuantas perfecciones son compatibles con la condición humana y con su misión redentora; y

–la *antioquena*, que partiendo del hombre hacia el Verbo, admite en Jesús cuantas imperfecciones de la condición humana son compatibles con su santidad personal, ateniéndose al principio de encarnación humillada (*kenosis*; cf. Flp 2,7).

Las dos tendencias son ortodoxas y complementarias, y hallan su síntesis en el concilio de Calcedonia (451), que confiesa «*un solo* y el mismo Cristo Señor, Hijo unigénito en *dos naturalezas*» (Dz 302). Pero las dos orientaciones doctrinales, cuando pierden la armoniosa síntesis de la fe católica, derivan necesariamente hacia grandes errores:

–la tendencia *alejandrina*, llevada al extremo, conduce al *monofisismo*, en el que la divinidad de Cristo hace desaparecer la realidad de su humanidad (herejía condenada en Calcedonia, 451); y

–la *antioquena*, indebidamente acentuada, lleva al *nestorianismo*, en el que de tal modo se afirma la humanidad de Cristo, que se oscurece su condición divina (herejía condenada en el concilio de Efeso, 431, y en el de Calcedonia, 451).

Para los *nestorianos*, Cristo, en realidad, es un hombre elegido, ciertamente, pero no más que un hombre. Hay en Cristo dos sujetos distintos, el Verbo divino y el Jesús humano, de tal modo que si aquél es Hijo eterno de Dios, éste es solo hijo de María en el tiempo. Esta teología trae consigo gravísimos errores en el entendimiento del misterio de Cristo. Uno de ellos –sin duda uno de los más odiosos– es el error de afirmar que, propiamente, María no es

Madre de Dios, sino madre simplemente de Jesús, hombre perfectamente unido a Dios. Los arrianos y los adopcionistas derivan hacia errores semejantes.

Actualidad del nestorianismo

La conciencia que Cristo tiene, durante su vida mortal, tanto de *su identidad personal divina* como de *su misión redentora sacrificial*, viene atestiguada claramente por la sagrada Escritura y por la Tradición católica. Esa conciencia, sin embargo, ha sido negada desde el siglo XIX por el protestantismo crítico liberal, y hoy también, más o menos abiertamente, por los teólogos católicos *progresistas*. En efecto, es indudable que los errores cristológicos de nuestro tiempo se acercan mucho más al polo nestoriano que al polo monofisista.

La antigua posición nestoriana se refleja bien en este claro texto del antioqueno Teodoro de Mopsuestia (+428), cuya cristología fue condenada en el concilio II de Constantinopla (553): «Uno es el Dios Verbo y otro Cristo, el cual sufrió las molestias de las pasiones del alma y de los deseos de la carne, que poco a poco se fue apartando de lo malo y así mejoró por el progreso de sus obras, y por su conducta se hizo irreprochable, que como puro hombre fue bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y fue hecho digno de la filiación divina; y que a semejanza de una imagen imperial, es adorado como efigie de Dios Verbo, y que después de la resurrección se convirtió en inmutable en sus pensamientos y absolutamente impecable» (*Dz* 434).

Hay que reconocer que las palabras de este nestoriano resuenan hoy con un acento muy moderno. En efecto, no pocos teólogos actuales vienen a decir lo mismo, aunque en términos más ambiguos y oscuros. Varios de ellos sugieren que en Cristo se unen de modo perfecto *la persona divina* del Verbo eterno y *la persona humana* de Jesús de Nazaret. Reiteran así el viejo error nestoriano, pues, como dice el *Catecismo*, «la herejía nestoriana veía en Cristo una persona [humana] junto a la persona divina del Hijo de Dios» (n. 466).

Esta renovación moderna del nestorianismo ya fue reprobada por Pío XI en 1931 (*Lux veritatis* 12) y por la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1972 (*Decl. Mysterium Filii Dei* 3).

Juan Pablo II rechazando también ese «nuevo lenguaje» teológico, en el que «se ha llegado a hablar de la existencia de *una persona humana en Jesucristo*», insiste en que la humanidad de Cristo «ha servido para revelar la divinidad, su persona de Verbo-Hijo. Y al mismo tiempo, Él, como Dios-Hijo, *no era por esto menos hombre*. Más aún, por este hecho Él era plenamente hombre, o sea, en la ascensión de la naturaleza humana en unidad con la Persona divina del Verbo, Él realizaba en plenitud la perfección humana» (*Aud. general* 23-III-1988).

La pasión del Verbo encarnado

A la hora de contemplar la identidad martirial de Jesucristo tiene suma importancia saber y creer que todo en Él ha de ser atribuido a una persona única y divina, no solo los milagros, también los sufrimientos y la misma muerte, pues «el que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la Santísima Trinidad» (*Constantinopla II: Dz* 432; *cf.* 424).

El Verbo divino, para poder redimirnos con sus padecimientos, asumió una naturaleza humana, y en ella, Él mismo, experimentó penalidades, dolores y muerte, que tuvieron para nosotros infinita fuerza expiatoria y redentora:

Dice San Luis María Grignon de Montfort: «De lo anterior debemos inferir, con Santo Tomás [*cf.* p.ej., *STh* III,46,8] y los Santos Padres, que el buen Jesús padeció más que todos los mártires que han existido o existirán hasta el fin del mundo. Si, pues, el menor de los dolores del Hijo de Dios es más valioso y debe conmovernos más que si todos los ángeles y hombres hubieran muerto y sido aniquilados por nosotros, ¿cuál no debe ser nuestro dolor, agradecimiento y amor para con Él, ya que padeció por nosotros cuanto es posible y con tales excesos de amor, sin estar obligado a ello? “Por la dicha que le esperaba sobrellevó la cruz” (Heb 12,2). Es decir, que Jesucristo, la Sabiduría eterna, habiendo podido permanecer en la gloria del cielo, infinitamente alejado de nuestra indigencia, prefirió, por nuestro amor,

bajar a la tierra, encarnarse y ser crucificado. Una vez hecho hombre, podía comunicar a su cuerpo el gozo, la inmortalidad y la alegría de que ahora goza. Pero no quiso obrar así para poder padecer» (*El amor de la Sabiduría eterna* 163).

Un Cristo que ignora su destino a la Cruz

Atribuir, pues, a Cristo *una ignorancia más o menos duradera de su pasión* solo es posible si de Él se tiene una visión teológica de corte nestoriano o arriano o adopcionista, en alguna de sus innumerables modalidades explícitas o implícitas.

Si González de Cardedal en su *Cristología* reconoce esa ignorancia en Cristo, que solo poco a poco fue «columbrando como inevitable» su pasión (95), esa posición es coherente con su teología acerca de la humanidad de Jesús. Considera este profesor, en efecto, un «malentendido» partir «del hecho de que Cristo es *la gran excepción*, el gran milagro o enigma de lo humano, [y] que por tanto *habría que pensarlo con otras categorías al margen de como pensamos la relación de Dios con cada hombre y la relación del hombre con Dios*» (450).

¿Qué se quiere decir con esas palabras?... Los teólogos católicos, sin duda, pensamos la relación del Verbo divino con la humanidad de Jesús con «categorías distintas de las que nos valen para afirmar la relación de Dios con cada hombre y la relación de cada hombre con Dios». Y si así no hiciéramos, no nos sería posible confesar la *unión hipostática*, es decir, permanecer en la fe católica, sino que solo podríamos afirmar en Cristo una *unión de gracia* con el Verbo divino, que por muy perfecta que fuere, no podría sacarnos de alguna de las innumerables variantes del arrianismo, del nestorianismo o del adopcionismo.

Un Cristo «muy humano»

Ese Cristo «muy humano», que ignora durante años su vocación a una muerte redentora, y que solo poco a poco la va conociendo, aceptando e integrando en su fidelidad a Dios, no es el Cristo de los evangelios, no es el Cristo de la fe católica. Es el Cristo nestoriano del *protestantismo liberal* decimonónico y del *catolicismo progresista* actual, que no reconocería como verdadera la humanidad de Jesús si no hubiera en ella *concupiscencia* –verdadera inclinación al mal–, aunque, de hecho, nunca Jesús se hubiera dejado llevar por ella.

El teólogo luterano Oscar Cullmann, por ejemplo, estima que Cristo, sin esa inclinación al mal y esa dificultad para el bien, aunque se reconozca que de hecho no pecó nunca (Jn 8,46), no hubiera sido «absolutamente humano», no se habría hecho por nosotros pecado (2Cor 5,21) y maldición (Gál 3,13), ni podría decirse que fue tentado de verdad.

Cuando vemos a Cristo, escribe Cullmann, «tentado *en todo (kata panta)* a semejanza nuestra» (Heb 4,15), «en realidad estas palabras aluden a la tentación general que está vinculada a nuestra debilidad humana y a la que estamos todos expuestos. La expresión *como nosotros* no se emplea por mera fórmula; tiene sentido profundo. Esta declaración de la Carta a los Hebreos, que va más allá del testimonio de los Sinópticos, es tal vez la afirmación más osada de todo el Nuevo Testamento sobre el carácter *absolutamente humano* de Jesús» (*Cristología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1997, 152).

Estamos ante el Cristo del novelista griego Niko Kazantakis, cuya novela fue llevada recientemente al cine con el título de *La última tentación de Cristo*. Estamos ante un Jesús que *solo tardíamente y con grandes luchas interiores acepta su propia muerte*. Es un extraño Jesús que, según esos planteamientos cristológicos, en la mayor parte de su vida sufre aquella misma ignorancia que varias veces reprocha a sus discípulos, cuando los acusa de no haber entendido que todas las Escrituras antiguas anuncian la Pasión del Mesías, y que en todas ellas se afirma que «era necesario que el Mesías padeciera» la muerte para la salvación de todos.

Los errores de las cristologías católicas *nuevas* se difunden tanto en los últimos decenios que la *Comisión Teológica Internacional*, en 1985, estima conveniente reafirmar la fe católica impugnada. Cristo, afirma la Comisión, conoce durante su vida su propia *identidad personal divina* y es también plenamente consciente de su *misión redentora sacrificial*, claramente anunciada y revelada en las Escrituras (*propos.* 1 y 2).

Muy pesimistas son los que piensan que lo más humano es lo más defectuoso, o incluso pecaminoso. Esta visión les lleva a considerar «poco humanos» a los santos, al ser éstos tan perfectos. Los santos, al haberse despojado tan radicalmente de la condición pecadora, por obra del Espíritu Santo, son vistos por ellos como des-humanizados. Terrible error, según el cual los pecadores serían más humanos que los santos. Este error causa en la cristología estragos enormes y en toda la espiritualidad cristiana, especialmente en la «teología de la perfección» referente a la vida religiosa.

Visión católica de «lo humano»

La visión católica es justamente la contraria. La fe muestra que el hombre débil, vulnerable a la tentación, apenas libre, sujeto a su propia voluntad, al mundo y al diablo, es decir, *el hombre pecador, viene a ser escasamente humano*. En efecto, la verdad real del hombre es ser imagen de Dios y gozar de la libertad de los hijos de Dios. La visión católica estima, pues, muy al contrario de las versiones modernas del nestorianismo, que solo el santo es *plenamente humano*, pues solo él realiza, con la gracia de Dios, la verdad plena de su propia vocación originaria: ser «imagen y semejanza de Dios».

Es, por ejemplo, la perspectiva mental y terminológica de un San Ignacio de Antioquía (+ 110?), cuando entiende su próximo martirio como verificación total de su propia persona en la visión de Dios: «llegado allí *seré de verdad hombre*» (*Romanos VI,2*). Jesucristo es «el hombre perfecto», el Adán segundo que concede al hombre la posibilidad de ser plenamente humano, haciéndole hijo de Dios (Juan Pablo II, *Redemptor hominis* 1979, 23).

Jesucristo es perfectamente humano no *a pesar* de conocer su identidad personal divina, y a pesar de ser consciente de que toda su vida está destinada a consumarse en el sacrificio de la Cruz, sino *a causa* de ello precisamente.

Jesucristo quiso la Cruz

Jesús, en su vida pública, actúa y habla con la absoluta libertad propia de *un hombre que se sabe condenado a muerte y que, por tanto, no tiene por qué proteger su vida*. Él sabe que es el Cordero de Dios destinado al sacrificio redentor que va a traer la salvación del mundo.

Que esto es así lo hemos visto y comprobado claramente en el capítulo anterior. *Jesús es siempre consciente de su vocación martirial*, de la que su ciencia humana tiene un conocimiento progresivo, pero siempre cierto. Y si, además, anuncia a sus discípulos que en este mundo van a ser perseguidos como Él lo ha sido; y si les enseña que también ellos han de «dar su vida por perdida», si de verdad quieren ganarla (Lc 9,23), es porque, habiendo sido esa vocación martirial la actitud suya de toda su vida, *quiere que esa misma actitud martirial constante sea la de todos los suyos*: «Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jn 13,15).

Jesús, como hemos visto, con toda conciencia, se enfrenta duramente desde el principio de su vida pública con los tres estamentos de Israel más capaces de decidir su proscripción social y su muerte: se enfrenta con la clase sacerdotal, se enfrenta con los maestros de la Ley, escribas, fariseos y saduceos, y se enfrenta con los ricos, notables y poderosos. No choca hasta la muerte contra estos poderes mundanos por un vano espíritu de contradicción, que sería despreciable e injustificable. En absoluto. Jesús arriesga su vida hasta el extremo de perderla porque ama a los hombres pecadores, porque quiere salvarlos. Él no duda en perder su vida, predicando a los pecadores muertos aquella verdad que es capaz de vivificarles.

Jesús, desde el principio de su vida pública, choca frontalmente con los sacerdotes, teólogos y notables de su tiempo, y lo hace con palabras y acciones que perfectamente hubiera podido omitir o suavizar. Jesús, conociendo el corazón de estos hombres, consciente del odio que sus intervenciones van a ocasionar en ellos, conocedor del gran poder social que ellos tienen, sabiendo perfectamente por la Escritura, por sus conocimientos adquiridos y por sus iluminaciones interiores que «Israel mata a todos los profetas» y que «es necesario que el Mesías padezca hasta la muerte», camina desde el principio *derechamente* hacia su muerte, con toda conciencia y libertad.

–La sagrada Escritura, por lo demás, nos «dice» abiertamente que Jesús quiso morir por nosotros en la Cruz.

Cristo «sabía todo lo que iba sucederle» (Jn 18,4), lo anuncia con todo detalle en varias ocasiones, y hubiera podido evitarlo. Pero no, «entrega» su cuerpo en la Cena y «derrama» en ella su sangre. Jesús se acerca a su hora libremente, para dar su vida y para volverla a tomar (Jn 10,18). Él quiere que se cumplan en su muerte todas las predicciones de la Escritura (Lc 24,25-27). Nadie le quita la vida: es Él quien la entrega libremente (Jn 10,17-18). En la misma hora del prendimiento, Él sabe bien que legiones de ángeles podrían venir para evitar su muerte (Mt 26,53). Pero Él no pide esa ayuda, ni permite que lo defiendan sus discípulos (Jn 18,10-11). Tampoco se defiende a sí mismo ante sus acusadores, sino que permanece callado ante Caifás (Mt 26,63), Pilatos (27,14), Herodes (Lc 23,9) y otra vez ante Pilatos (Jn 19,9). Sí, Él «se entrega», se ofrece verdaderamente a la muerte, a una muerte sacrificial y redentora. Y nosotros hemos de confesar, como San Pablo, que el Hijo de Dios nos amó y, con plena libertad, se entregó hasta la muerte para salvarnos (Gál 2,20).

–La liturgia, que diariamente confiesa y celebra la fe de la Iglesia, «dice» una y otra vez lo mismo que la sagrada Escritura. Solo un ejemplo:

Cristo «con la inmolación de su cuerpo en la cruz, dio pleno cumplimiento a lo que anunciaban los sacrificios de la antigua alianza, y ofreciéndose a sí mismo por nuestra salvación, quiso ser al mismo tiempo sacerdote, víctima y altar» (*Pref. V Pascua*).

–Los Padres y los santos «dicen» lo mismo:

Es el lenguaje, por ejemplo, que San Alfonso María de Liguorio emplea, con abundantes citas de la Biblia y de los Padres, en sus *Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo*: «Del amor que Jesucristo nos ha manifestado, queriendo satisfacer él mismo a la justicia divina por nuestros pecados» (I.p, cp.1); «Jesucristo quiso padecer tantos trabajos por nuestro amor para manifestarnos el grande amor que nos tiene» (*ib.* cp.2); «Jesucristo quiso por nuestro amor padecer desde el principio de su vida todas las penas de su Pasión» (*ib.* cp.3); «Del gran deseo que tuvo Jesucristo de padecer y morir por nuestro amor» (*ib.* cp.4); «Del amor que nos ha mostrado Jesucristo queriendo morir por nosotros» (*ib.* cp.16); etc. (Cito las *Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo* de Liguorio por la ed. de Palabra, Madrid 1996,18, en la que se reúnen varias obras suyas).

Si así «dicen», si así se expresan la Escritura, la liturgia, los Padres y la tradición, ¿cómo nos atreveremos nosotros a «contra-decirles»?

Cristo quiso la Cruz, y la quiso porque Dios quiso la Cruz, es decir, porque ésta era la eterna voluntad salvífica de Dios providente. Y los cristianos católicos están familiarizados desde niños con estas realidades de la fe y con los modos bíblicos y tradicionales de expresión –sacrificio, expiación, voluntad de Dios, plan de la Providencia divina, obediencia de Cristo, ofrenda sacrificial de su propia vida, etc.–, y no les producen, obviamente, ningún rechazo, sino amor al Señor, devoción y estímulo espiritual.

Los gravísimos errores de los protestantes sobre el misterio de la Cruz hicieron necesario que el Concilio de Trento (1545-1563) diera la luz católica de la Iglesia sobre tema tan alto. Poco después, el *Catecismo de Trento* (1566, también llamado *de San Pío V* o *Catecismo Romano*) difundió a toda la Iglesia, especialmente a los párrocos, la doctrina conciliar. En ese *Catecismo* se enseña:

«Cristo murió porque quiso morir por nuestro amor. Cristo Señor murió en aquel mismo tiempo que él dispuso morir, y recibió la muerte no tanto por fuerza ajena, cuanto por su misma voluntad. De suerte que no solamente dispuso Él su muerte, sino también el lugar y tiempo en que había de morir». El *Catecismo* cita seguidamente Jn 10,17-18 y Lc 13,32-33.

«Y así nada hizo él contra su voluntad o forzado, sino que Él mismo se ofreció voluntariamente, y saliendo al encuentro a sus enemigos, dijo: “Yo soy”, y padeció voluntariamente todas aquellas penas con que tan injusta y cruelmente le atormentaron». Y esto ha de provocar especialmente nuestro afecto agradecido, «porque cuando uno padece

por nosotros todo género de dolores, si no los padece por su voluntad, sino porque no los puede evitar, no estimamos esto por grande beneficio; pero si por solo nuestro bien recibe gustosamente la muerte, pudiéndola evitar, esto es una altura de beneficio tan grande» que suscita el más alto agradecimiento. «En esto, pues, se manifiesta bien la suma e inmensa caridad de Jesucristo, y su divino e inmenso mérito para con nosotros» (I p., cp.V,82).

Dios quiso la Cruz de Cristo

Venimos ya con esto al tema principal. ¿*Quiso Dios realmente* la muerte espantosa de Jesús o ésta debe ser atribuida solamente a la maldad de Pilatos, del Sanedrín y del pueblo judío de entonces? La tradición católica, basándose en la Escritura y expresándose tantas veces en la Liturgia, da una respuesta absolutamente afirmativa. *Quiso Dios que Cristo muriese para nuestra salvación*, ofreciendo el sacrificio de su vida en la Cruz.

–*Las Escrituras antiguas y nuevas lo «dicen» clara y frecuentemente:*

La Escritura asegura que Jesús se acerca a la Cruz «para que se cumplan» en todo las predicciones de la Escritura, es decir, los planes eternos de Dios (Lc 24,25-27; 45-46). Es la verdad que, desde el principio mismo de la Iglesia, confiesa Simón Pedro predicando a los judíos, cuando les dice: Cristo «fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios» (Hch 2,23); «vosotros pedisteis la muerte para el Autor de la vida... Ya sé que por ignorancia lo hicisteis... Y Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas, la pasión de su Cristo. Arrepentíos, pues, y convertíos» (Hch 3,15-19). El hecho de que la Providencia divina *quiera permitir* tal crimen no elimina en forma alguna la culpabilidad de quienes entregan a la muerte al Autor de la vida, por lo que es necesario el arrepentimiento.

Según la voluntad de Dios, por el modo admirable de la Cruz, «hemos sido rescatados con la sangre preciosa de Cristo, cordero sin defecto ni mancha, ya previsto antes de la creación del mundo, pero manifestado [ahora] al final de los tiempos» (1Pe 1,18-19). Y sigue diciendo el mismo Pedro, esta vez orando al Señor: «Herodes y Poncio Pilato se aliaron contra tu santo siervo, Jesús, tu Ungido; y realizaron el plan que tu autoridad había de antemano determinado» (Hch 4,27-28).

Es la misma fe de Juan evangelista: Dios «nos amó y envió a su Hijo, como víctima expiatoria de nuestros pecados» (1Jn 4,10). Es la misma fe de San Pablo: el Siervo de Yavé, el Hijo fiel, el nuevo Adán obediente, realiza «el plan eterno» que Dios, «conforme a su beneplácito, se propuso realizar en Cristo, en la plenitud de los tiempos» (Ef 1,9-11; 3,8-11; Col 1,26-28). Por eso Cristo fue «obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz» (Flp 2,8); obediente, por supuesto, a la voluntad del Padre (Jn 14,31), no a la de Pilatos o a la del Sanedrín. Y para obedecer ese maravilloso plan de Dios, para eso «se entregó por nosotros, ofreciéndose a Dios en sacrificio de agradable perfume» (Ef 5,2).

–*La Liturgia antigua y la actual de la Iglesia «dice» con frecuencia que quiso Dios la cruz redentora de Jesús. Solo dos ejemplos:*

«Dios todopoderoso y eterno, tú quisiste que nuestro Salvador se hiciese hombre y muriese en la cruz, para mostrar al género humano el ejemplo de una vida sumisa a tu voluntad» (*Or. colecta Dom. Ramos*). «Oh Dios, que para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo muriera en la cruz» (*Or. colecta Miérc. Santo*).

–*La Tradición católica de los Padres, del Magisterio y de los grandes maestros espirituales «dice» una y otra vez que «Dios quiso» en su providencia el sacrificio redentor de Cristo en la Cruz.*

Es el lenguaje católico empleado, por ejemplo, por Luis de la Palma, S. J., en su obra *Historia de la sagrada Pasión sacada de los cuatro Evangelios*, en la que expresa maravillosamente la tradición teológica y espiritual de los Padres y de los santos. Es la fe que San Alfonso María de Liguori profesa lleno de asombro: «La Iglesia [en el *Exultet* de la Vigilia Pascual], henchida de gozo, exclama: «¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!, ¡oh inefable y nunca bastante ponderado amor!, ¡para rescatar al esclavo entregaste el Hijo a la muerte!»... ¡Oh Dios de infinito amor! ¿Cómo os llevó vuestro corazón a

usar con nosotros de una piedad tan admirable? ¿Quién jamás acertará a sondear este profundo abismo de amor?» (*Med. sobre la Pasión de Cristo*, I p., cp.15).

El *Catecismo de Trento* «dice» lo mismo:

«No fue casualidad que Cristo muriese en la Cruz, sino disposición de Dios. El haber Cristo muerto en el madero de la Cruz, y no de otro modo, se ha de atribuir al consejo y ordenación de Dios, “para que en el árbol de la cruz, donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida” (*Pref. Cruz*).

«Ha de explicarse con frecuencia al pueblo cristiano la historia de la pasión de Cristo... Porque este artículo es como el fundamento en que descansa la fe y la religión cristiana. Y también porque, ciertamente, el misterio de la Cruz es lo más difícil que hay entre las cosas [de la fe] que hacen dificultad al entendimiento humano, en tal grado que apenas podemos acabar de entender cómo nuestra salvación dependa de una cruz, y de uno que fue clavado en ella por nosotros.

«Pero en esto mismo, como advierte el Apóstol, hemos de admirar la suma providencia de Dios: “ya que el mundo, con su sabiduría, no reconoció a Dios en las obras que manifiestan su sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación... y predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos” (1Cor 1,21)... Y por esto también, viendo el Señor que el misterio de la Cruz era la cosa más extraña, según el modo de entender humano, después del pecado [primero] nunca cesó de manifestar la muerte de su Hijo, así por figuras como por los oráculos de los Profetas» (I p., V,79-81).

La Voluntad divina, lo que Dios quiere o quiere-permitir

El misterio de la voluntad de Dios pro-vidente, que quiere y que permite, es revelado desde muy antiguo, al menos en sus líneas esenciales, a Israel y a la Iglesia. Es uno de los misterios de la fe más pronto iluminados por la Revelación divina. Otras verdades fueron reveladas mucho más tarde. Pero estas verdades formidables han sido siempre conocidas por los creyentes.

–La voluntad de Dios es omnipotente: «el Señor todo lo que quiere lo hace: en el cielo y en la tierra» (*Sal 134,6*); «¿quién puede resistir Su voluntad?» (*Rm 9,19*). Y Dios no ama el mal: «tú no eres un Dios que ame la maldad» (*Sal 5,5*).

–Pero Dios ha querido crear al hombre libre, porque ha querido hacerlo a imagen suya: «Dios hizo al hombre desde el principio, y lo dejó en manos de su albedrío» (*Eclo 15,14*). Y Dios quiere respetar esa libertad del hombre, que es una libertad de criatura, y que, por tanto, puede fallar, y a veces falla en el pecado.

–Dios, por tanto, quiere-permitir el pecado, en la medida fijada por su amorosa providencia. Es decir, Él quiere-promover el bien y quiere-permitir el mal en la medida y el modo que su Sabiduría omnipotente y misericordiosa decide.

–Y Él sabe sacar bienes de los males, pues todo lo domina con una providencia bondadosa: «vosotros creíais hacerme mal –dice José a sus hermanos–, pero Dios ha hecho de él un bien» (*Gén 50,20*).

–Nada, pues, puede suceder en la historia humana que escape al dominio del Señor, que prevalezca en contra de la Voluntad divina providente. Es imposible. Es impensable.

La Revelación afirma una y otra vez que «Dios reina sobre las naciones» (*Sal 46,9*). «Sí, lo que yo he decidido llegará, lo que yo he resuelto se cumplirá... Si Yavé Sebaot toma una decisión ¿quién la frustrará? Si él extiende su mano ¿quién la apartará?» (*Is 14,24.27*). «De antemano Yo anuncio el futuro; por adelantado, lo que aún no ha sucedido. Yo digo: “mi designio se cumplirá, mi voluntad la realizo”... Lo he dicho y haré que suceda, lo he dispuesto y lo realizaré» (*46,10-11*).

–Todo esto los fieles lo saben de siempre por la fe, y están perfectamente familiarizados

con ese lenguaje: «lo ha dicho Él ¿y no lo hará? Lo ha prometido ¿y no lo mantendrá?» (Núm 23,9). La potencia irresistible y bondadosa de la Voluntad divina providente ha sido conocida siempre por los creyentes. Gracias a esa maravillosa eficacia de la Voluntad divina, estamos los fieles bien seguros de que «todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28; cf. *Catecismo* 309-314).

–*Algunas distinciones teológicas* se establecieron en la Iglesia muy pronto para ayudar a penetrar y a expresar este misterio. Ya Tertuliano (+220?) distingue en Dios una *voluntas prior* y una *voluntas posterior* (*Adversus Marcionem* 2,11); y San Juan Damasceno (+749), de modo semejante, distingue una voluntad divina primaria o *antecedente* y otra *consecuente* (*De fide orthodoxa* 2,29):

–*la voluntad antecedente* de Dios no es absoluta, sino condicionada: quiere Dios *en principio*, por ejemplo, la santidad de cada hombre, pero la quiere con voluntad antecedente, condicionada a otras disposiciones del mismo Dios, es decir, la quiere si no se opone a ello un bien mayor, por Él mismo querido; la quiere, pero queriendo al mismo tiempo respetar la libertad que Él mismo da al hombre. Por eso la voluntad antecedente de Dios no siempre se realiza.

–*la voluntad consecuente* de Dios, en cambio, es infalible y absolutamente eficaz: es lo que Dios quiere *en concreto*, aquí y ahora, dentro del orden maravilloso de su Providencia, llena de sabiduría y de bondad, de amor y de misericordia.

En referencia a la Cruz de Cristo, por supuesto, la voluntad divina no es *en principio* y antecedente, sino *en concreto*, providente y consecuente. Pero es una verdadera y real voluntad de Dios: *Dios la quiso*. Y los fieles de todas las épocas, educados en la atmósfera luminosa de la Iglesia católica, aunque no conozcan esas distinciones teológicas, enseñados por el Espíritu Santo, asumen con toda sencillez y confianza esos misterios, también el misterio de la Cruz de Cristo, un misterio, por cierto, que ellos mismos están viviendo en sus propias vidas.

El lenguaje de la fe católica

Quiso Dios que Cristo nos redimiera mediante la muerte en la Cruz. Quiso Cristo entregar su cuerpo y su sangre en la Cruz, como Cordero sacrificado, para quitar el pecado del mundo. Ésta es una verdad formalmente revelada en muchos textos de la Escritura, y que por tanto no puede ser discutida, ni aludida con reticencia por ningún teólogo, como si su expresión fuera equívoca. Podrán y deberán ser explicadas esas palabras, pero en forma alguna es admisible que sean contra-dichas.

Allí donde la Escritura dice que *Dios quiso*, no puede el teólogo decir que *Dios no quiso*. O allí donde la Escritura dice que *Cristo es sacerdote*, el teólogo no puede decir que *Cristo no fue sacerdote*, sino explicar que lo fue, en qué sentido lo fue, y en cuál no.

El teólogo niega su propia identidad si contra-dice la Palabra divina. No puede preferir sus modos personales de expresar el misterio de la fe a los modos elegidos por el mismo Dios en la Escritura y en la Tradición eclesial. No puede suscitar en los fieles alergias indebidas al lenguaje empleado por Dios en la Revelación de sus misterios. Puesto que Dios, para expresar realidades sobre-naturales, emplea el lenguaje humano, necesariamente usará de antropomorfismos. Pero en la misma necesidad ineludible se verá el teólogo: también su lenguaje se verá indefectiblemente afectado de antropomorfismos, pues emplea una lengua humana. La diferencia –bien decisiva– está en que el lenguaje de la Revelación, asistido siempre por el Espíritu Santo en la Tradición viva de la Iglesia, jamás induce a error, sino que lleva a la verdad completa. Mientras que un lenguaje contradictorio al de la Revelación, arbitrariamente producido por los teólogos, puede llevar y lleva a graves errores.

Los cristianos viven desde niños su fe en el sentido católico de la Madre Iglesia. Ella les ha enseñado no solo a *hablar* de los misterios de la fe, sino también a *entenderlos* rectamente, a la luz de una Tradición luminosa y viviente. Si los fieles «permanecen atentos a la enseñanza de los apóstoles» (Hch 2,42), esas limitaciones inevitables del lenguaje humano religioso jamás podrán inducirles a error.

Pero demos un paso más en nuestra meditación teológica.

¿Por qué quiso Dios que Cristo fuera mártir en su vida y en su muerte?

¿Por qué quiso Dios restaurar el mundo mediante el martirio de Jesús? ¿Por qué quiso Dios ese plan, al parecer tan cruel y absurdo, prefiriéndolo a otros posibles?

Recordaré las principales razones teológicas, que clásicamente responden esa pregunta. Algunas de ellas están enseñadas en la misma Revelación. *Quiso Dios la pasión de Cristo* porque quiso revelar así plenamente 1) el amor divino, 2) la verdad que salva, 3) el valor de la obediencia y de todas las virtudes, 4) el horror del pecado, 5) la necesidad de expiarlo con amor y dolor, y 6) la necesidad que el hombre tiene de cruz para alcanzar la salvación.

1.– para revelar el amor divino

«Dios es caridad... Y a Dios nunca lo vio nadie» (1Jn 4,8.12). *La cruz de Cristo es la epifanía máxima de un Dios, que es amor eterno trinitario.* La cruz es la máxima manifestación posible del Amor divino. Por eso quiso Dios la cruz de Cristo. Dios declara su amor por primera vez en *la creación*, sobre todo en la creación del hombre. Pero oscurecida la mente de éste por el pecado, esa revelación natural no basta. Se amplía, pues, cualitativamente en *la encarnación* del Verbo, en toda la vida y el ministerio profético de Cristo. Y llega al máximo en *la cruz*, donde el Verbo encarnado «nos amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

Si la misión de Cristo era revelar a Dios, que es amor, «necesitaba» Cristo llegar a la cruz para «finalizar» de expresarnos el Amor divino. Sin su muerte en la cruz, la revelación del Amor divino hubiera sido insuficiente, y no hubiera conmovido el corazón de los pecadores. Si expresando Dios su *amor* por los hombres en el *dolor* de la cruz, sin embargo, hay tantos que ni aun así se conmueven, ¿cómo los pecadores hubieran podido creer en el amor que Dios les tiene sin la elocuencia suprema de la Cruz?

–*El amor que nos tiene el Padre* se declara totalmente en la cruz, «epifanía de la bondad y del amor de Dios hacia los hombres» (Tit 3,4). Pues «Dios acreditó (demostró) su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores todavía [enemigos suyos], Cristo murió por nosotros» (Rm 5,8; +Ef 2,4-5). «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único» en Belén y en el Calvario, en la encarnación y en la cruz (Jn 3,16).

–*El amor de Cristo al Padre*, amor infinito, inefable, solo en la cruz alcanza su plena epifanía. «Conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago» (Jn 14,31). En la Cena, entiende Jesús su muerte sangrienta como la declaración suprema de su amor al Padre y como la proclamación plena del primer mandamiento: amar a Dios con todo el corazón. Así hay que amar a Dios, hasta la muerte, hasta dar la vida por Él.

–*El amor que Cristo nos tiene* se declara totalmente solo en la Cruz. Cuando uno ama a alguien, da pruebas de su amor comunicándole su ayuda, su tiempo, su compañía, su dinero, su casa. Pero, ciertamente, «nadie tiene un amor mayor que éste de dar uno *la vida* por sus amigos» (Jn 15,13). Ésa es la epifanía máxima del amor, la entrega hasta la muerte. Pues bien, Cristo es el buen Pastor, que entrega su vida por sus ovejas (10,11), que da su vida para congregar en un Cuerpo único a quienes andaban dispersos (12,51-52). Nadie, pues, podrá ya dudar del amor de Cristo. Él ha entregado su vida en la cruz por nosotros, pudiendo sin duda evitarla. Por eso cada uno de nosotros ha de decir como Pablo: «el Hijo de Dios me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20).

–*El amor que nosotros hemos de tener a Dios* ha de ser como el de Cristo, hasta dar la vida por Su gloria. Sin la cruz de Cristo no habiéramos llegado a conocer plenamente la profundidad total del primer mandamiento de la ley judía y cristiana.

–*El amor que nosotros hemos de tener a los hombres*, sin la cruz, tampoco hubiera podido ser conocido por nosotros, pues es en ella donde se nos revela plenamente. «Habéis de amaros los unos a los otros como yo os he amado», hasta la marginación total, el dolor, la

ignominia, hasta la muerte (Jn 13,34). Cristo «dio su vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos» (1Jn 3,16). Sin la cruz, esta norma no hubiera quedado claramente promulgada.

2.– para revelar la verdad

Cristo es enviado «para *dar testimonio de la verdad*» (Jn 18,37). En efecto, sabe Dios que el hombre, sujeto al Padre de la Mentira y engañado por el pecado, solamente podrá ser liberado de la mentira si halla el *camino en la verdad*. Y por eso nos envía a su Salvador, que es «camino, verdad y vida» (+Jn 14,6).

Pero si el testimonio de la verdad es la clave de la salvación de la humanidad, es preciso que Cristo lo dé con la máxima fuerza persuasiva, sellando con su sangre la veracidad de lo que dice. Es la manera más fidedigna de afirmar la verdad.

Aquél que para confirmar la veracidad de su testimonio acerca de una verdad o de un hecho está dispuesto a perder su trabajo, sus bienes, su casa, su salud, su prestigio, su familia, es indudablemente un *testigo* fidedigno de esa verdad. Pero nadie es tan creíble como aquél que llega a entregar *la vida* por afirmar la verdad que enseña.

Nótese bien que, ante todo, *a Cristo lo matan por decir la verdad*. En el último capítulo volveré sobre este tema. No mataron a Jesús tanto por lo que hizo, sino por lo que dijo. Jesucristo es *mártir* en cuanto *testigo de la verdad* de Dios en medio de un mundo sujeto al Padre de la Mentira (Jn 8,43-59. Él es «el Testigo (*mártir*) fidedigno y veraz» (Apoc 1,5; 3,14). Por eso lo matan.

En la Cruz, por tanto, nos enseña Cristo que *la salvación del mundo está en la verdad*, y que sus discípulos, por afirmarla, hemos de llegar hasta la muerte, si es preciso.

3.– para revelar todas las virtudes

Santo Tomás de Aquino, en una de su *Conferencias*, se plantea una cuestión clásica: ¿por qué Cristo hubo de sufrir tanto? *Cur Christus tam doluit?* Porque la muerte de Cristo en la Cruz, responde, es la enseñanza total del Evangelio.

«¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros? Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar.

«Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque *en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males* que nos sobrevienen a causa del pecado. La segunda razón es también importante, ya que *la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida*. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció.

«*En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes.*

«Si buscas un ejemplo de *amor*: “nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Esto es lo que hizo Cristo en la cruz. Y, por esto, si él entregó su vida por nosotros, no debemos considerar gravoso cualquier mal que tengamos que sufrir por él.

«Si buscas un ejemplo de *paciencia*, encontrarás el mejor de ellos en la cruz. Dos cosas son las que nos dan la medida de la paciencia: sufrir pacientemente grandes males, o sufrir, sin rehuirlos, unos males que podrían evitarse. Ahora bien, Cristo, en la cruz, sufrió grandes males y los soportó pacientemente, ya que “en su pasión no profería amenazas; como cordero llevado al matadero, enmudecía y no abría la boca” (Is 53,7; Hch 8,32). Grande fue la paciencia de Cristo en la cruz: “corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia” (Heb 12,1-2).

«Si buscas un ejemplo de *humildad*, mira al crucificado: él, que era Dios, quiso ser juzgado bajo el poder de Poncio Pilato y morir.

«Si buscas un ejemplo de *obediencia*, imita a aquel que se hizo obediente al Padre hasta la muerte: “Si por la desobediencia de uno [Adán] todos se convirtieron en pecadores, así por la obediencia de uno [Cristo] todos se convertirán en justos” (Rm 5,19).

«Si buscas un ejemplo de *desprecio de las cosas terrenales*, imita a aquel que es “Rey de reyes y Señor de señores” (Ap 17,14), “en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2,4), que está desnudo en la cruz, burlado, escupido, flagelado, coronado de espinas, y a quien finalmente, dieron a beber hiel y vinagre. No te aficiones a los vestidos y riquezas, ya que “se repartieron mis ropas” (Sal 21,19) ; ni a los honores, ya que él experimentó las burlas y azotes; ni a las dignidades, ya que “le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado” (Mt 27,29); ni a los placeres, ya que “para mi sed me dieron vinagre” (Sal 68,22)».

Cristo en la cruz nos revela que si a Dios hemos de *amarle* con todas nuestras fuerzas, eso significa que hemos de *obedecerle* con toda nuestra alma, sean cuales fueren las circunstancias y las consecuencias. Él obedece hasta la muerte al Padre, porque lo ama con todo su ser. Y quiere que su obediencia en la cruz sea entendida precisamente como la suprema manifestación de su amor y de su obediencia al Padre: «conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me ha dado el Padre, así hago» (Jn 14,31).

4.– para revelar el horror del pecado

¿Cómo pudo Dios querer-permitir la muerte de su Hijo encarnado? Porque quiso al mismo tiempo respetar la libertad que Él dio a los hombres y manifestar *el horror del pecado*, el horror de una libertad que se ejercita *contra* la voluntad divina.

En efecto, cuando el Santo entra en el mundo de los pecadores, el mundo lo mata; las tinieblas tratan de apagar la luz que las denuncia (+Jn 3,19-21; 7,7). Era esto perfectamente previsible, y no solo por el anuncio de los profetas. Por eso, para evitar el destino crucificado de la Encarnación hubiera tenido Dios que violentar con su omnipotencia las libertades de los pecadores, sujetándolas todas en el bien. Pero no quiso hacerlo. Quiso más bien que el horror del pecado se pusiera de manifiesto en la muerte de su Hijo, el Santo de Dios. *El pecado del mundo* exige la muerte del Justo y la consigue, y en esta muerte manifiesta todo el horror de su culpa. Y en esa misma muerte redentora de Cristo va a ser vencido el pecado, el demonio y la muerte.

Mirando la Cruz, podrán los pecadores descubrir *el horror del pecado*. Si pensaban que sus pecados eran cosa trivial, algo que no tenía gran importancia ni mayor trascendencia, conocerán lo que es el pecado mirando la Cruz de Cristo.

Pero al mismo tiempo, solo mirando la Cruz podrán conocer los pecadores *el valor inmenso que tienen sus vidas* ante Dios, ante el Amor divino. Allí, mirando al Crucificado, verán que el precio de su salvación no va a ser oro o plata, sino la sangre de Cristo, humana por su naturaleza, divina por su Persona (+1Pe 1,18; 1Cor 6,20). Por tanto, sin la Cruz redentora los hombres no habiéramos conocido ni el horror del pecado, ni el precio de nuestra vida ante Dios.

5.– para expiar sobreabundantemente por el pecado

¿Y no hubiera bastado «una sola gota de sangre» de Cristo para expiar nuestros pecados? Por supuesto que sí. Santo Tomás, cuando considera cómo Cristo sufrió toda clase de penalidades, termina expresando la convicción común de los Padres antiguos:

«En cuanto a la suficiencia, una *minima passio* de Cristo hubiera bastado para redimir al género humano de todos sus pecados; pero en cuanto a la conveniencia, lo suficiente fue que padeciera *omnia genera passionum* (todo género de penalidades)» (STh III,46,5 ad3m; +6

ad3m).

Por tanto, si Cristo sufrió mucho más de lo que era preciso en estricta justicia para expiar por nuestros pecados, es porque, previendo nuestra miserable colaboración a la redención, quiso, por exigencia de su amor, redimirnos sobreabundantemente. En efecto, el buen Pastor quiso así conseguir para sus ovejas «vida y vida en abundancia» (Jn 10,10). Así realizó Dios lo que había anunciado en las Escrituras.

6.– para revelar a los hombres que solo por la cruz pueden salvarse

«Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jn 13,15). Cristo se abraza con toda su alma a la Cruz para que el hombre también se abraza a ella, llegado el momento, y no la tema, no la rechace, sino que la reciba como medio necesario para llegar a la vida eterna. Él toma primero la amarga medicina que nosotros necesitamos beber para nuestra salvación. Él nos enseña la necesidad de la Cruz no solo de palabra, sino de obra.

El hombre pecador, en efecto, no puede salvarse sin Cruz. Y la razón es obvia. El hombre viejo, según Adán pecador, coexiste en cada uno de nosotros con el hombre nuevo, según Cristo; y entre los dos hay una absoluta *contrariedad* de pensamientos y deseos, de tal modo que no es posible vivir según Dios sin *mortificar*, a veces muy dolorosamente, al hombre viejo. Sin la cruz propia no llega el hombre a la vida. Por Jesús «decía a todos: el que quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, *tome su cruz cada día* y sígame. Porque quien quiere salvar su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por mi causa, la salvará» (Lc 9,23-24).

Ahora bien, ¿cómo Cristo hubiera podido enseñar a sus discípulos el valor y la necesidad absoluta de la Cruz, si Él, valiéndose de sus especiales poderes, la hubiera eficazmente evitado? Desde el primer momento de la Iglesia, los cristianos se entendieron a sí mismos como *discípulos del Crucificado*.

San Pedro, por ejemplo, enseña a los siervos que sufrían bajo la autoridad de sus señores: «agrada a Dios que por amor suyo soporte uno las ofensas injustamente inferidas. Pues ¿qué mérito tendríais si, delinquiendo y castigados por ello, lo soportáseis? Pero si por haber hecho el bien padecéis y lo lleváis con paciencia, esto es lo grato a Dios. Pues *para esto fuisteis llamados*, ya que también Cristo padeció por vosotros y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos» (1Pe 2,19-21).

Así es. Fue conveniente, más aún, fue «necesario que el Mesías padeciera» tanto por nuestra salvación, para que los cristianos pudiésemos ser discípulos suyos, es decir, para que pudiéramos seguirle *tomando la cruz de cada día*, a veces extremadamente dolorosa. Por eso quiso el Señor ser para nosotros en la Cruz *ejemplo* perfecto de vida siempre crucificada, hasta la muerte. Por eso el Señor quiso ser para nosotros *causa* eficiente de su gracia vivificante, por la cual, *muriendo* Él, nos hace posible morir a nosotros mismos, y *resucitando* Él, nos da renacer día a día para la vida eterna.

La Iglesia, como he dicho, desde sus primeras generaciones, entiende perfectamente esta dimensión *crucificada* de toda vida cristiana, esta condición *pascual* de la vida nueva. Luego hemos de considerarlo en un capítulo propio.

San Ignacio de Antioquía: «permitid que [mediante el martirio] imite la pasión de mi Dios» (*Romanos* 6,3). Y San Fulgencio de Ruspe: «Suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestros propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros, y nosotros sepamos vivir crucificados para el mundo [+Gál 5,14]» (*Trat. contra Fabiano* 28, 16-19).

La gloria suprema de la Cruz

La Iglesia ha entendido siempre que *la Cruz de Jesús es la epifanía total del Amor, de la Sabiduría, de la Misericordia, de la Justicia de Dios*. Es la obra más perfecta de Dios Salvador. La Liturgia ha educado siempre a los fieles en esta contemplación amorosa de la

Cruz, en la que reconoce la victoria de Cristo.

Pange, lingua, gloriosi / Lauream certaminis / Et super Crucis trophæo / Dic triumphum nobilem... Canta, lengua, el glorioso combate de Cristo, y celebra el noble triunfo que tiene a la Cruz como trofeo...

Vexilla Regis prodeunt: / Fulget crucis mysterium... Los estandartes del Rey avanzan, y brilla misterioso el esplendor de la Cruz...

Quiere el Señor y quiere la Iglesia que la Cruz se alce en los campanarios, presida la liturgia, aparezca alzada en los cruces de los caminos, cuelgue del cuello de los cristianos, presida los dormitorios, las escuelas, las salas de reunión, sea pectoral de los obispos y de personas consagradas, se trace siempre en los ritos litúrgicos de bendición y de exorcismo. Que la Cruz sea besada por los niños, por los enfermos, por los moribundos, por todos, siempre y en todo lugar. Que una y otra vez sea trazada de la frente al pecho y de un hombro al otro. Que la devoción a la Cruz sea reconocida, como siempre lo ha sido, la más santa y santificante:

«Oh Dios, que hiciste a Santa Catalina de Siena arder de amor divino en la contemplación de la Pasión de tu Hijo»... (29 abril). «Te rogamos nos dispongas para celebrar dignamente el misterio de la cruz, al que se consagró San Francisco de Asís con el corazón abrasado en tu amor» (4 octubre). «Concédenos, Señor, que San Pablo de la Cruz, cuyo único amor fue Cristo Crucificado, nos alcance tu gracia, para que estimulados por su ejemplo, nos abracemos con fortaleza a la Cruz de cada día» (19 octubre)...

La Justicia divina no es cruel

–Los primeros protestantes, Lutero y sus discípulos, dieron a la Pasión de Cristo una interpretación durísima, en la que la Justicia divina descargaba sobre Cristo su cólera, estrujándolo en la Cruz con todos los tormentos posibles, y haciendo de él un maldito, que desciende a los infiernos, y experimenta la más terrible reprobación de los condenados. Esta visión de la Pasión, que solo ve en ella una implacable compensación penal por los pecados, deja a la Misericordia divina absolutamente ausente del misterio de la Cruz.

En vano eran citados algunos textos de la Escritura para sustentar esta siniestra teología, como: «Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros maldición, pues está escrito: “maldito todo el que es colgado del madero”» (Gál 3,13). Pero en realidad nada tiene que ver esta teología de la Pasión con la tradición católica. Más relacionada está con las neurosis de Lutero y con su experiencia personal patológica del peso del pecado. Aunque también el tétrico Calvino participa de esa misma teología.

–Los protestantes liberales modernos, por el contrario, reaccionando contra el error de los primeros protestantes, vienen a caer en el extremo opuesto, error también gravísimo. La muerte de Cristo, dicen, no tiene propiamente un sentido de sacrificio, destinado a expiar nuestras culpas y alcanzarnos la gracia. Y por otra parte, la muerte de Cristo no ha de atribuirse a una predestinación misteriosa ni a un plan eterno de la Providencia divina, sino al libre juego maligno de las voluntades de los hombres pecadores.

Estas dos visiones teológicas, falsificando el misterio de la Cruz, desfiguran al mismo Dios, que en la Cruz tiene su más plena epifanía.

La Justicia y la Misericordia de Dios

La teología de la Iglesia católica, libre de esos dos errores, ha afirmado siempre la unión perfecta de la Justicia y de la Misericordia divinas en la Pasión del Salvador. Siguiendo la doctrina del Doctor Angélico, el dominico Garrigou-Lagrange, escribe:

«La Misericordia y la Justicia divinas, muy lejos de destruirse entre sí, se unen maravillosamente en la Cruz, y se apoyan la una en la otra, como los dos arcos que forman la curva de una ojiva, de modo que las exigencias de la Justicia aparecen en ella como las consecuencias del Amor. El Amor del bien exige que el mal sea reparado, y por eso nos da al

Redentor, para que esta reparación se realice y nos sea devuelta la vida eterna» (*Le Sauveur et son amour pour nous*, Cerf 1933?, 240; cf. *El Salvador y su amor por nosotros*, Rialp, Madrid).

En la Cruz se revela de modo máximo *la Justicia* divina, pues Dios la ha dispuesto «para manifestación de su justicia», es decir, «para manifestar su justicia en el tiempo presente, y para probar que es justo y que justifica a todo el que cree en Jesús» (Rm 3,25-26). Pero la Cruz es, al mismo tiempo, la revelación máxima de *la Misericordia* divina y de su Amor hacia los hombres, pues en ella «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (5,8).

«Según Santo Tomás, continúa Garrigou-Lagrange, el sentido exacto del dogma de la Redención es éste: *el amor de Cristo, que muere por nosotros en la Cruz, agrada más a Dios que lo que le desagradan todos los pecados reunidos de los hombres* (STh III, 48,2 y 4). Y para penetrar más adentro en este misterio, es necesario considerar cómo en él se manifiesta el Amor divino increado hacia su Hijo y hacia nosotros» (*ib.* 241).

«Puede parecer a primera vista, como dicen hoy los protestantes liberales, en reacción al pensamiento de Lutero y Calvino, que Dios Padre se mostraría así cruel hacia su Hijo, castigando al inocente por los culpables. Podría parecer, según eso, que Dios Padre nos ama más que a su Hijo, pues lo entrega por nosotros. Pero no hay nada de esto. Ésa es una manera muy inferior de ver las cosas. Este misterio es incomparablemente superior (*ib.*).

«*Dios ha querido para su Hijo la gloria de la Redención.* De Santo Tomás son estas profundas palabras:

«“El amor increado de Dios es la causa de la bondad de todas las cosas, y consiguientemente *ninguno sería mejor que otro si no hubiera sido más amado por Dios*, es decir, si Dios no hubiera querido para él un bien más grande. Pues bien, *Dios ama a Cristo* no solamente más que a todo el género humano, sino más que a todas las criaturas del universo en su conjunto, pues ha querido para Él un bien mayor y “le ha dado un Nombre sobre todo nombre”, pues es el Hijo de Dios y verdadero Dios. *La excelencia de Cristo* en nada ha disminuido por el hecho de que Dios lo ha entregado a la muerte para la salvación del género humano, sino que, por el contrario, así ha venido a ser Cristo *el vencedor glorioso* [del pecado, del demonio y de la muerte], y por eso le ha sido dado todo poder [Mt 2818] (STh I, 20,4 *in c. et ad1m*)”.

«Esta altísima idea es desarrollada por Santo Tomás en su tratado sobre la Encarnación, cuando se pregunta *Si el mismo Dios Padre entregó su Hijo a la pasión*. Y da ahí la respuesta explicando aquellas palabras de San Pablo: “Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Rm 8,32):

«“Dios Padre “entregó a su Hijo” de tres modos:

–Primero, *queriendo desde toda la eternidad ordenar la Pasión del Señor* para la liberación del género humano, según aquello de Isaías: “Dios cargó sobre él la iniquidad de todos... Quiso Dios quebrantarle con sufrimientos” (53,6-10).

–Segundo, Dios lo ha entregado [a la pasión] inspirándole *la voluntad de sufrir por nosotros* y dándole la plenitud de la caridad [de modo que ésta desbordara sobre nosotros]. Por eso “se ofreció a sí mismo porque quiso” (53, 7).

–Tercero, Dios ha entregado a su Hijo *absteniéndose de protegerle* de sus perseguidores durante la Pasión. Por eso Cristo decía pendiente de la cruz: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46), es decir, por qué me has abandonado al poder de los perseguidores, como explica San Agustín (*Epist. 140 ad Honorat. 10*)» (STh III, 47,3)».

«Lo que es preciso considerar aquí –sigue diciendo Garrigou-Lagrange– es *el amor de Dios Padre por su Hijo, en el mismo hecho por el que lo entrega por nosotros*. Hay en ello una verdad altísima, que frecuentemente queda ignorada a causa de su misma elevación, y que debe ser contemplada...

«A pesar de todas las apariencias, *la Cruz, en la que Cristo parece vencido, es el trofeo de su victoria*. Jesús mismo dice: “cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). Dios Padre, por amor a su Hijo, ha querido desde toda la eternidad para Él este triunfo doloroso, esta victoria sobre el pecado y sobre el espíritu del mal. Pero esto es algo que sobrepasa nuestros conceptos humanos, y por eso apenas hallamos aquí abajo un ejemplo para expresar estas sublimidades del Amor divino» (243).

«*El Amor del bien exige la reparación del mal; y cuanto ese amor es más fuerte, más lo exige*. El amor de Dios hacia el bien exige la reparación del pecado que arrasa las almas, que las desvía de su último fin, hundiéndolas en “la concupiscencia de la carne, de los ojos y del orgullo de la vida” [1Jn 2,16], y finalmente en la muerte eterna.

«Es verdad que Dios Padre, entregándonos a su Hijo para rescatarnos, *hubiera podido contentarse con un mínimo acto de caridad del Verbo encarnado*, pues al ser acto de la divina persona del Verbo hubiera tenido un valor infinito para satisfacer y merecer. Pero nosotros no hubiéramos comprendido el horror profundo del pecado, pues ni siquiera ahora lo entendemos del todo, aún después de todos los sufrimientos soportados por el Salvador en favor de nosotros...

«Yendo así hasta los últimos rigores de su Justicia, no experimenta Dios placer alguno en castigar. Por el contrario, es así como Él manifiesta hasta dónde llega su amor al bien y su santo odio contra el mal, que no es sino el reverso del amor. Nadie ama sinceramente el bien sin detestar el mal; y nadie puede amar la verdad sin detestar la mentira. Dios no puede tener un infinito amor del Bien sin tener este santo odio al mal. Es así, pues, como se nos revela que *las exigencias de la Justicia divina se identifican con las del Amor*, según aquello: “el amor es fuerte como la muerte, y es cruel la pasión como el abismo” (Cant 8,6).

«Es, pues, el Amor increado del bien, unido al santo odio del mal, quien ha exigido al Salvador el acto más heroico, enviándole a la muerte gloriosa de la Cruz... Allí se realiza el *Consummatum est*, el coronamiento de la vida de Cristo, la victoria sobre el pecado y sobre el espíritu del mal... *Es, pues, por amor a su Hijo por lo que Dios Padre le ha mandado morir por nosotros*. Él lo ha predestinado por amor a esta gloria de la redención. ¿Qué hubiera sido la vida de Jesús sin el Calvario? Y guardadas las proporciones, ¿que hubiera sido la vida de Santa Juan de Arco sin su martirio, y la de tantos otros que fueron llamados a derramar su sangre en testimonio de la verdad del Evangelio?... Sin esta coronación su vida ahora nos hubiera parecido truncada» (245-246).

«Estas profundidades del misterio de la Redención nos ayudan a entender *por qué Dios envía por amor a ciertas personas sufrimientos tan grandes*, para hacerles colaborar unidas a nuestro Señor, y un poco como Él, para la salvación de los pecadores. Es ésta la más alta de las vocaciones posibles, superior a la que se dedica a enseñar. Como también *Jesús es más grande elevado en la Cruz que predicando el Sermón de la montaña*. ¿Qué prueba del amor de Dios puede haber más grande que hacer de una persona una víctima de amor, unida al Crucificado? Lo mismo que la causa primera no hace inútil la causa segunda, sino que le comunica la dignidad de causar, así los méritos y sufrimientos del Salvador no hacen inútiles los nuestros, sino que los suscitan para hacernos participar de su vida» (247).

«*Éste ha sido el objeto habitual de la contemplación de los santos*. Las exigencias de la Justicia terminan identificándose con las del Amor, y es la Misericordia la que prevalece, pues es ella la expresión más diáfana y profunda del Amor de Dios por los pecadores. La terrible Justicia, que capta en un primer momento nuestra mirada, no es sino el aspecto secundario de la Redención. Ésta es ante todo obra del Amor y de la Misericordia. Así lo enseña Santo Tomás:

«“Toda obra de justicia supone en Dios una obra de misericordia o de pura bondad... La Misericordia divina es así como la raíz o el principio de todas las obras de Dios, y penetra su virtud, dominándolas. Y según esto, *la Misericordia sobrepasa la Justicia*, que viene solamente en un lugar segundo” (STh I, 21,4)» (249).

La devoción católica a la Pasión de Cristo

Esta consideración de la Pasión de Cristo, en la que la contemplación del divino Amor misericordioso integra la majestad de su Justicia, es la visión católica tradicional, la que cantan San Pablo, San Juan, los Padres antiguos, la que expresa Santo Tomás en su gran síntesis especulativa o la que halla expresión lírica en la Liturgia.

San Juan de Ávila, en su *plática 4 a los padres de la Compañía de Jesús*, dice: «Los que predicán refozmación de Iglesia, *por predicación e imitación de Cristo crucificado* lo han de hacer. Pues dos hombres escogió Dios para esto, Santo Domingo y San Francisco. El uno mandó a sus frailes que tuviesen en sus celdas la imagen de Jesucristo crucificado, por lo cual parece que lo tenía él en su corazón, y que quería que lo tuviesen todos. Y el otro fue San Francisco: su vida fue una imitación de Jesucristo, y en testimonio de ello fue sellado con sus llagas».

«La pasión se ha de imitar, lo primero, con compasión y sentimiento, aun de la parte sensitiva y con lágrimas... Allende de la compasión de Jesucristo crucificado, debemos tener imitación, porque cosa de sueño parece llorar por Jesucristo trabajado y afrentado y huir el hombre de los trabajos y afrentas; y así debemos imitar los trabajos de su cuerpo con trabajar nosotros el nuestro con ayunos, disciplinas y otros santos trabajos... Y también lo hemos de imitar en la mortificación de nuestras pasiones... Lo postrero, hemos de juntarnos [con Él] en amor, y débesele más al Señor crucificado amor, y *hase de atender más al amor con que padece que a lo que padece*, porque de su corazón salen rayos amorosos a todos los hombres» (+*Modo de meditar la Pasión*, en *Audi filia* de 1556).

Esta devoción al crucificado, tan profunda en la antigüedad y en la Edad Media, es popularizada después por todas las escuelas espirituales, por franciscanos y dominicos, también por jesuitas, como Luis de la Palma, por San Pablo de la Cruz y los pasionistas, por San Luis María Grignon de Montfort (*Carta a los Amigos de la Cruz*) y sus misioneros de la Compañía de María, por los redentoristas y su fundador San Alfonso María de Liguorio. Éste escribe:

«El padre Baltasar Álvarez [jesuita] exhortaba a sus penitentes a que *meditasen a menudo la Pasión del Redentor*, diciéndoles que no creyesen haber hecho cosa de provecho si no llegaban a grabar en su corazón la imagen de Jesús Crucificado.

«Si quieres, alma devota, crecer siempre de virtud en virtud y de gracia en gracia, procura meditar todos los días en la Pasión de Jesucristo». Esto lo dice San Buenaventura, y añade: «no hay ejercicio más a propósito para santificar tu alma que la meditación de los padecimientos de Jesucristo». Y ya antes había dicho San Agustín que vale más una lágrima derramada en memoria de la Pasión, que ayunar una semana a pan y agua...

«Meditando San Francisco de Asís los dolores de Jesucristo, llegó a trocarse en serafín de amor. Tantas lágrimas derramó meditando las amarguras de Jesucristo, que estuvo a punto de perder la vista. Lo encontraron un día hechos fuentes los ojos y lamentándose a grandes voces. Cuando le preguntaron qué tenía respondió: «¡qué he de tener!... Lloro los dolores y las ignominias de mi Señor, y lo que me causa mayor tormento, añadió, es ver la ingratitud de los hombres que no lo aman y viven de Él olvidados»» (*Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo* I p., cp. preliminar).

Lo mismo enseña San Pablo de la Cruz: por la devoción a «la Pasión de Jesucristo, su Divina Majestad hará llover en los corazones de todos las más abundantes bendiciones del cielo, y les hará gustar la dulzura de los frutos que produce la tierna, devota, constante, fiel y perseverante devoción a la divina santísima Pasión.

«Por tanto, este pobrecito que les escribe desea que quede bien arraigada esta devoción, y que no pase día sin que se medite alguno de sus misterios, al menos por un cuarto de hora, y que ese misterio lo lleven todo el día en el oratorio interior de su corazón y que a menudo, en medio de sus ocupaciones, con una mirada intelectual, vean al dulce Jesús [...] ¡Un Dios que suda sangre por mí! ¡Oh amor, oh caridad infinita! ¡Un Dios azotado por mí! ¡Oh entrañable caridad! ¿Cuándo me veré todo abrasado de santo amor? Estos afectos enriquecen el alma con tesoros de vida y de gracia» (*Carta a doña Agueda Frattini* 25-III-1770).

El Dios sádico y cruel, hambriento de sacrificios humanos, que los exige implacablemente para calmar el furor de su cólera, nada tiene que ver con la Escritura y la tradición de la Iglesia católica. Habrá podido introducirse algo de esa interpretación morbosa de la Pasión en ciertos libros católicos de teología o de espiritualidad. Pero el antecedente de esas teologías morbosas de la Cruz no habrá de buscarse en la tradición católica, sino sobre todo en Lutero y Calvino.

Completaremos nuestra meditación teológica sobre el misterio de la Cruz con algunas consideraciones sobre el dolor que sentía Cristo en el mundo por el pecado, su agonía en Getsemaní, y los dolores de la Virgen María.

El dolor de Cristo por el pecado del mundo

En el capítulo primero, antes de adentrarnos en el estudio de la vocación martirial de Cristo, comencé por afirmar que *Jesús es el más feliz de los hombres*. Ahora bien, al mismo tiempo que esa afirmación verdadera, hay que hacer otra igualmente cierta: *Cristo sufre la pasión durante toda su vida*. Esta doble y simultánea experiencia de Jesús, enseñada por la teología y la tradición espiritual de la Iglesia, es lógicamente, decisiva para conocer el misterio de Cristo y para la orientación de toda espiritualidad católica.

Ésta ha sido en la tradición de la Iglesia, a lo largo de los siglos, una convicción común. En su introducción magistral a los escritos de Santa Gema Galgani, el padre Antonio María Artola, haciendo honor a su condición de pasionista, escribe: «es evidente que en el Cristo histórico se dio un verdadero dolor expiatorio a lo largo de toda su vida. Y ese dolor culminó en la pasión» (*La gloria de la Cruz*, BAC, Madrid 2002, XVII). Hoy, en cambio, muchos ignoran esta realidad, y algunos la niegan.

El pecado del mundo, ese pecado multiforme e innumerable, es la Cruz en la que Cristo vive permanentemente crucificado. En otro escrito he estudiado el «horror de Cristo ante el pecado del mundo» (De Cristo o del mundo, Fundación GRATIS DATE, Pamplona 1997, 17-18). Es preciso advertir en esto que los pecadores no ven el pecado del mundo en toda su terrible realidad –abortos, guerras, hambres, injusticias y violencias, mentiras y homicidios, desfiguraciones del ser humano, terrorismo, falsificaciones masivas del matrimonio, y sobre todo olvido o negación de Dios y de la vida eterna, etc–. En todo caso, si en algún momento les es dado a los pecadores ver estos pecados, no se afligen mayormente por ellos, al menos mientras no se trate de males que hagan caer sobre ellos su peso bien concreto.

Por el contrario, Cristo, durante toda su vida, *ve ese abismo de mal* con absoluta lucidez, y por él *se duele de un modo indecible*, pues Él es quien de verdad ama al Padre, al hombre y al mundo. Esta pasión continua del Salvador en medio del pecado del mundo, esta pasión que dura en él desde que tiene uso de razón, esta pasión dolorosa que halla su culminación en Getsemaní y en la Cruz, es la que hace de su vida un *via crucis* permanente.

La profundidad amorosa de ese dolor apenas puede ser imaginada por nosotros; pero sí ha sido contemplada por los místicos. Ellos entienden que Cristo no sufre tanto por su Cruz, sino por el pecado del mundo, por el mal pasado, presente y futuro de los pecadores. En este sentido, Santa Teresa, por ejemplo, comentando la frase de Jesús «ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15), afirma que *Cristo sufrió más por el pecado del mundo que por la misma Cruz en la que agonizó y murió*. Santa Teresa, por obra del Espíritu Santo en ella, lo entendió perfectamente:

–«Pues ¡cómo, Señor!, ¿no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir, tan penosa y espantosa?

–«No; porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas sobrepuja sin comparación a esas penas, y las muy grandísimas que he padecido y padezco después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener éstas en nada en su comparación.

«Es así que muchas veces he considerado en esto y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco [se refiere a ella misma] de ver ofender a nuestro Señor, tan insufriero que se quisiera mucho más morir que sufrirla, y pensando si una alma con tan

poquísima caridad, comparada a la de Cristo –que se puede decir casi ninguna en esta comparación– que sentía este tormento tan insufriero, *¿qué sería el sentimiento de nuestro Señor Jesucristo y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre?*

«Sin duda creo yo que [estas penas] fueron muy mayores que las de su *sacratísima Pasión*; porque entonces [en la cruz] ya veía el fin de estos trabajos, y con esto y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte y de mostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por Él, moderaría los dolores; como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias, que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se les hace poco. Pues *¿qué sería a Su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡ Oh, gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan continuo tantas ofensas a Su Majestad hechas e ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo, si no fuera más de hombre, un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuánto más una»* (V Moradas 2,13-14).

La agonía de Getsemaní

Es un misterio, sin duda, que el mismo Cristo que «desea ardientemente» cumplir su Pascua, el mismo que, «adelantándose» a sus discípulos, camina y sube con toda decisión hacia Jerusalén, es decir, hacia su muerte, el mismo que en la turbación ha confirmado «¡ para esto he venido yo a esta hora!» (Jn 12,27), ese mismo Cristo, al hacerse inminente esta hora terrible, pida agónicamente al Padre: «¡pase de mí este cáliz!»... *¿Es que el miedo al dolor, a la humillación y a la muerte ha ofuscado la mente de Cristo y hace temblar su voluntad?* Así parece que piensan algunos:

«Jesús se muestra *profundamente humano* y perfectamente fiel –escribe Pere Franquesa (subrayados míos)–. Es el conflicto entre la voluntad de Jesús y la del Padre. *Es el Hijo que protesta ante una decisión que no entiende en cuanto hombre* como tampoco la entienden hoy los que sufren. *¿Cómo podía Dios-Amor pedir la muerte de un hombre y que debía morir para que fuera una satisfacción digna de Dios?»* (El sufrimiento, Barcelona 2000, 322).

«Algunas mentes, saturadas de teología, hacen intervenir convicciones dogmáticas para justificar el hecho, diciendo que Jesús sabía de antemano que su sangre no impediría la condenación de muchos. De ahí su tristeza. Pero esto no satisface a quien se ciñe al texto que refleja la humanidad de Jesús y no su seguridad ni su divinidad» (324).

Por el contrario, no parece creíble que quien ha asumido la naturaleza humana justamente *para morir* por nosotros, en sacrificio de sobreabundante expiación, llegada la hora de entregar su vida, ofuscado por el terror, pida al Padre «¡pase de mí este cáliz!» y lo pida en el mismo sentido de Simón Pedro, ante el anuncio de la cruz: «¡no quiera Dios que esto suceda!» (Mt 16,22). No, en absoluto. No incurre Cristo en Getsemaní en el error espantoso que tan duramente rechazó en Pedro: «¡apártate de mí, Satanás!». Y esta perfección maravillosa de la humanidad de Cristo en modo alguno le quita ser *profundamente humano*, sino que se lo da.

En otro lugar he escrito que «el *cáliz* que abrumba a Jesús es el conocimiento de los pecados, con sus terribles consecuencias, que a pesar del Evangelio y de la Cruz, van a darse en el mundo: ese océano de mentiras y maldades en el que tantos hombres van a ahogarse, paganos o bautizados, por rechazar su Palabra y por menospreciar su Sangre» (Síntesis de la Eucaristía, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1995, 19-20).

El testimonio de los santos místicos, los más lúcidos intérpretes del misterio de Cristo, es unánime. Sin estar ellos saturados de teología, han entendido a esa luz la pasión de Getsemaní y la del Calvario. Ellos han escuchado el grito de Jesús en la cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Ha llegado a los oídos de su corazón la voz del Crucificado, que «ofrece en su vida mortal oraciones y súplicas, con poderosos clamores y lágrimas, al que era poderoso para librarle de la muerte» (Heb 5,7). Pero han sabido entender, como ya hemos visto en Santa Teresa, que también en la hora de las tinieblas *Cristo sufre más por los pecados del mundo que por su propia Cruz*, ya inminente.

Sor María de Jesús de Ágreda, por ejemplo, escribe en su *Mística Ciudad de Dios* estas impresionantes meditaciones:

1212. «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres, después que despreciando la confusión de su pasión [Heb 12,2] la abrazó de voluntad y no admitió el gozo de su humanidad, después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones, después que hizo tanto aprecio de los hombres que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que solo él pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

1213. «... aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador, pero *morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso*, porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A este dolor llamó Su Majestad *cáliz*, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos de Zebedeo [Mt 20,22]... Y este *cáliz* fue tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no solo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo [1Cor 1,23] y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

1214. «Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos, y que siendo ya inexcusable la muerte, *ninguno, si era posible, se perdiese*, pues la redención que ofrecía era superabundante para todos y, cuanto era de su voluntad, a todos la aplicaba para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente y, si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su eterno Padre.

«Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas [22,43], según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y, a nuestro modo de entender, en ella intervino una *como altercación y contienda* entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que *todos* por su pasión consiguieran la salud eterna, y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados y, conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y *de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo*, alegando el poder de su eterno Padre, y que todas las cosas le eran posible a su infinita majestad y grandeza.

1215. «Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad y con la resistencia que conocía de parte de los hombres para lograr *en todos* su pasión y muerte, y entonces llegó a *sudar sangre*, con tanta abundancia de gotas muy gruesas que corrían hasta llegar al suelo» (lib. VI, cp.12).

El martirio de la Virgen

La visión nestoriana de Cristo, antes aludida, que entiende a Cristo *profundamente humano*, en el sentido más peyorativo, a la hora de contemplar a la Virgen María como *profundamente humana* alcanza extremos delirantes. María, la Llena-de-gracia, la Madre del Hijo del Altísimo, no es para ellos más que una pobre mujer de pueblo, ignorante, llena de preocupaciones y ansiedades, que en referencia a la vida de Jesús, y mucho más en lo que mira a su muerte y resurrección, no entiende nada y se retuerce en una angustia total, imoderada y sin consuelo.

La Virgen María, en *La última tentación de Cristo*, novela ya citada de Kazantzakis, es una mujer tan *profundamente humana* que, en cierta ocasión, nos es presentada «con expresión feroz», a punto de maldecir a su hijo. Estos atrevimientos literarios extasían a los *progresistas*: «por fin, suspiran, se ha recuperado la condición humana de María, despojándola de disfraces celestiales».

La verdad, sin embargo, es muy diferente, y desde luego, mucho más hermosa. A la Madre dolorosa, es cierto, «una espada de dolor le atraviesa el corazón». Sufrir ella todo lo que se puede sufrir conociendo perfecta y continuamente el pecado espantoso del mundo, la posible condenación temporal y eterna de los pecadores, y los dolores indecibles de su Hijo amado en toda su vida y especialmente en su Cruz. Pero Ella –vida, dulzura, esperanza nuestra– sufre sostenida por el amor inmenso a Dios, expresado en la infinita e incondicional obediencia de la cruz. Ella sufre sostenida por su amor maternal a los hombres, cuya salvación contempla en el Crucificado.

Y además Ella, la Virgen fiel, sufre sostenida por la roca de la Palabra divina: es decir, confortada siempre por las antiguas profecías y por las mismas palabras que Jesús ha dicho a los discípulos y probablemente a Ella misma. Su Hijo, en efecto, ha asegurado varias veces que va a ser muerto y que va a resucitar al tercer día. Y cuando ninguno de los discípulos entiende ni lo uno ni lo otro –«no entendían nada», confiesan los evangelistas–, *Ella sí cree con firmísima fe que su Hijo va a morir y va a resucitar. ¿Cómo ella, la Virgen fiel, no va a creer y esperar lo que Cristo ha afirmado «con toda claridad»?... María bendita, «¡feliz tú, que [siempre] has creído que se cumplirá lo que se te ha prometido de parte del Señor!»* (Lc 1,45). Dice San Bernardo:

«*El martirio de María* queda atestiguado por la profecía de Simeón:... “una espada te atravesará el alma”... No os admiréis, hermanos, de que María sea llamada *mártir en el alma*... Quizá alguno dirá: “¿es que María no sabía que su Hijo había de morir?”. Sí, y con toda certeza. “¿Es que no sabía que había de resucitar al cabo de muy poco tiempo?” Sí, y con toda seguridad. “¿Y a pesar de ello, sufría por el Crucificado?” Sí, y con toda vehemencia. Y si no, ¿qué clase de hombre eres tú, hermano, o de dónde te viene esta sabiduría, que te extrañas más de la *compasión* de María que de la *pasión* del Hijo de María? Éste murió en su cuerpo ¿y ella no pudo morir en su corazón? Aquella muerte fue motivada por un amor superior al que pueda tener cualquier otro hombre; esta otra tuvo por motivo un amor que, después de aquel, no tiene semejante» (*Sermón dom. infraoctava Asunción* 14-15).

La Cruz gloriosa

Gran error es afirmar que la Cruz no es providencia eterna de Dios, realizada por Cristo en la plenitud de los tiempos. Gran error es atribuir solo o principalmente a decisiones criminales de los hombres la Obra más gloriosa de todas las Obras divinas.

La Iglesia canta la gloria de Dios por todos los *misterios* de Cristo, pero muy especialmente la canta por *el misterio de su Pasión* en la Cruz. Ésta es la fe de la Iglesia. Ésta es la enseñanza de la Iglesia antigua, la que los Padres transmitían a los fieles en sus *Catequesis* más elementales. Es la catequesis del obispo San Cirilo de Jerusalén (+386), doctor de la Iglesia:

«*Cualquier acción de Cristo es motivo de gloria para la Iglesia universal; pero el máximo motivo de gloria es la Cruz*. Así lo expresa con acierto Pablo, que tan bien sabía de ello: “en cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la Cruz de Cristo” [Gál 6,14]» (*Catequesis* 13,1).

3. El martirio en la Escritura

Terminología griega del *martirio*

Acerca de la terminología bíblica en relación al martirio, baste aquí recordar que en griego

–*martis* es el «testigo», la persona que, sobre todo en el campo jurídico, está en condiciones de afirmar por su experiencia la veracidad de un hecho; o incluso de unas verdades, sentido ampliado al que se llega posteriormente. Esta duplicidad de sentido tendrá gran alcance en el cristianismo.

–*martireo* significa «testimoniar», ser testigo de algo.

—*martiria* y *martirion* significan más bien el propio «testimonio», o a veces la acción de testimoniar.

En este aspecto filológico resumo los estudios de H. STRATHMANN, *martis*, etc. en G. KITTEL, *The-ologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, IV, Stuttgart 1942 = *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, VI, Paideia, Brescia 1970; y M. GUERRA, *Diccionario morfológico del Nuevo Testamento*, Aldecoa, Burgos 1988².

Mártires en la Biblia de los Setenta

En la *Biblia de los LXX*, este grupo de palabras se usa con frecuencia, y se emplea en los sentidos comunes ya aludidos. Por ejemplo, *martis* unas 60 veces, *martirein* unas 10, *martirion* 250 veces.

En ocasiones, sin embargo, tiene este vocabulario un *sentido religioso* propio. En el *Deutero-Isaías* 43,9-13 y 44,7-11, por ejemplo, Yavé se enfrenta procesalmente con los pueblos gentiles, para que se demuestre quién es el Dios verdadero, Yavé o los dioses de los gentiles. Y el Pueblo elegido ha de ser *testigo* que testimonie en favor de Yavé ante los demás pueblos, ateniéndose a la experiencia que tiene de *hechos* formidables realizados por el Señor (43,9; 44,9). Los adversarios de Yavé serán así vencidos y avergonzados (44,11), pues sus dioses no ven ni oyen, son nada (44,9-11).

«*Vosotros sois mis testigos*—oráculo de Yavé— y mis siervos, que Yo he elegido, para que lo reconozcáis y creáis en Mí, y comprendáis que soy Yo: antes de Mí no ha sido formado ningún dios y tras de Mí no existirá. Yo, Yo soy Yahvé, y no hay fuera de Mí Salvador alguno. Yo soy el que anuncia, el que salva, el que habla, y no ha habido entre vosotros [dios] extraño. *Vosotros sois mis testigos*, dice Yavé. Yo soy Dios desde la eternidad» (43,10-12; cf. 44,7-9).

Los hijos de Israel han sido, pues, elegidos y llamados por Yavé para conocer las maravillas del único Dios, y para ser testigos suyos ante los pueblos (42,4; 49,6; 62,10). Adviértase que aquí el *martirio* no tiene todavía relación directa con el sufrimiento o con la muerte—relación inherente al martirio cristiano—, pero ya ofrece un sentido de gran valor religioso y cristiano.

En cuanto al término *martirion* hay que señalar que, aún teniendo sentidos profanos, pronto y con frecuencia asume también un sentido religioso.

Un montón de piedras, por ejemplo, *testimonia* el pacto hecho entre Jacob y Labán (Gén 31,44-48); y un altar (Jos 22), una piedra (24,27), un cántico (Gén 31,19) o un libro guardado en el arca (31,26), constituyen igualmente monumentos-testimoniales.

Hechas estas elementales observaciones filológicas, consideremos el martirio en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. En la historia de Israel nos fijaremos especialmente en los *profetas*, en los hombres *justos* y en los *Macabeos*, pues son preciosos precedentes del martirio cristiano.

Los profetas

El profeta de Israel da la figura de un hombre santo, por su misión y por su religiosidad, que en el nombre de Dios denuncia al pueblo sus pecados, llama a conversión, y anuncia gracia y salvación. Este enviado de Dios suele sufrir rechazos y marginaciones, ultrajes, persecuciones y con frecuencia la muerte.

Así, por ejemplo, Elías, para el indigno rey Ajab, aparece como un personaje siniestro: «¿Eres tú, ruina de Israel?» (1Re 18,17). Su esposa Jezabel hace matar a todos los profetas de Israel, y queda Elías solo, que ha de huir para salvar su vida (19,10). De modo semejante, sacerdotes, falsos profetas y pueblo persiguen todos juntos a Jeremías, decididos a matarle por la dureza de su mensaje (Jer 26,8-24).

El profeta, por ser *testigo* público de Dios, y por ser enviado por Dios a prestar su testimonio muchas veces en circunstancias de infidelidad generalizada, es *mártir*, está

destinado al *martirio*.

Dice el Señor: «mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos» (Is 55,8). El profeta, al ser enviado al pueblo para *denunciar* sus pensamientos y caminos y para *anunciar* los de Dios, llamando así a conversión, corre grave peligro, y con frecuencia pierde la vida al cumplir la misión recibida.

En tiempos de Jesús era bien sabido que Israel *mata a los profetas* que Dios les envía, precisamente porque ellos, hablando en el nombre de Dios y con su autoridad, denuncian los pecados y llaman a conversión (Mt 5,11-12; 23,37). Por eso Jerusalén los persigue, los apedrea, los mata fuera de la Ciudad santa (Lc 13,33), y luego adorna y venera sus tumbas, reconociendo así su propio crimen (Mt 23,30-33).

Los hombres justos

Los hombres santos, los justos, por ser fieles a la Alianza establecida con Dios, sufren igualmente grandes persecuciones, e incluso la muerte, cuando en el pueblo predomina la infidelidad.

«Rebosa ya el rosal de rosas escarlatas, / la luz del sol tiñe de rojo el cielo, / la muerte estupefacta contempla vuestro vuelo, / enjambre de profetas y justos perseguidos» (L. Horas, *com. mártires*).

El hombre justo se lamenta de ello ante el Señor, pues se halla solo y abandonado de todos:

«por Ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre; porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí» (Sal 68,8-10). Nótese, por lo demás, que el justo, viéndose asfixiado por el pecado del mundo, sufre un tormento diario aun en el caso de que el mundo no lo persiga, sino que lo ignore: «arroyos de lágrimas bajan de mis ojos por los que no cumplen tu voluntad» (118,136).

Es verdad que a veces el justo no está solo. Hay un Resto fiel, un grupo de hombres justos, que ha de sufrir por su fidelidad a la Alianza: «por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como ovejas de matanza» (Sal 43,23).

Estas realidades históricas eran perfectamente conocidas en tiempos de Jesús. La carta a los Hebreos, por ejemplo, recuerda a muchos justos, que padecieron grandes penalidades a causa de la fe:

Por fidelidad a la fe, «unos fueron sometidos a tormento, y rehusaron la liberación, queriendo alcanzar una resurrección mejor. Otros soportaron la prueba de burlas y azotes, más aún, de cadenas y cárceles. Otros fueron apedreados, tentados, aserrados, murieron pasados a cuchillo, anduvieron errantes, vestidos con pieles de oveja y de cabra, indigentes, atribulados, maltratados —¡el mundo no se los merecía!—, perdidos por los desiertos y los montes, por las cavernas y por las grietas de la tierra» (Heb 11,35-38).

Por eso la convicción hoy generalizada por la cultura democrática liberal, de que el hombre más valioso es el más apreciado por el conjunto de su pueblo, es una idea completamente ajena, y aún contraria, a la tradición bíblica judía o cristiana. Esta tradición considera evidente que el justo o los justos, sobre todo en tiempos de infidelidad generalizada, serán necesariamente marginados y perseguidos, desprestigiados o incluso matados.

Los Macabeos

La cumbre más alta del martirio en el Antiguo Testamento la encontramos en el martirio de siete hermanos y de su madre, tal como aparece en el texto de los Macabeos. Estos dos libros bíblicos narran hechos ocurridos en Israel entre los años 175-135 antes de Cristo. Refieren sobre todo las persecuciones terribles que los fieles de Israel sufren bajo Antíoco Epifanes, «raíz de pecado», hijo de uno de los herederos del imperio de Alejandro Magno.

«En aquellos días, el rey Antíoco decretó la unidad nacional para todos los súbditos de su imperio, obligando a cada uno a abandonar su legislación particular. Todas las naciones acataron la orden del rey, e incluso muchos israelitas adoptaron la religión oficial, ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado» (1Mac 1,43-45).

Muchos israelitas, contaminados por el paganismo griego o atemorizados por las amenazas del poder invasor, ceden, tratan de salvar sus vidas, y aceptan cambiar las instituciones de la Alianza por las del helenismo pagano: «abandonaron la santa Alianza, y haciendo causa común con los gentiles, se vendieron al mal» (1,16). De este modo llega a «instalarse sobre el altar la abominación de la desolación, y en las ciudades de Judá de todo alrededor se edificaron altares» idolátricos (1,57). El tiempo actual, sobre todo en el Occidente desecristianizado, ofrece situaciones muy semejantes a las que aquí evoco.

El Señor suscita entonces la sublevación de Matatías y de sus cinco hijos, los Macabeos:

«¡Ay de mí! ¿Por qué nací yo, para ver la ruina de mi pueblo, y la ruina de la Ciudad santa, obligado a habitar aquí, cuando está en poder de enemigos y su Templo en poder de extraños?... ¿Para qué vivir?» (1Mac 2,7-8.13). Tras una larga lamentación, «rasgaron Matatías y sus hijos sus vestiduras, y se vistieron de saco e hicieron gran duelo» (2,14), declarando: «Aunque todas las naciones que formen el imperio abandonen el culto de sus padres y se sometan a vuestros mandatos, yo y mis hijos y mis hermanos viviremos en la Alianza de nuestros padres. Líbrenos Dios de abandonar la Ley y sus mandamientos. No escucharemos las órdenes del rey para salirnos de nuestro culto, ni a la derecha ni a la izquierda» (2,19-22).

Matatías y los suyos pasan pronto de la palabra a la acción: «¡todo el que sienta celo por la Ley y sostenga la Alianza, sígame! Y huyeron él y sus hijos a los montes, abandonando cuanto tenían en la ciudad. Entonces muchos de los que suspiraban por la justicia y el derecho bajaron al desierto, para habitar allí, así ellos como sus hijos, sus mujeres y sus ganados, pues la persecución había llegado al colmo» (2,27-30).

La sublevación toma forma de guerra armada, guiada sucesivamente por Judas, Jonatán y Simón. Y gracias a la fe y al valor martirial de la familia de Matatías logra Israel la independencia nacional de los seleúcidas, creando la nueva dinastía levítica de los Asmoneos.

Pues bien, en la crónica de estas heroicas gestas, la crónica martirial más impresionante se halla en el *libro II de los Macabeos*, capítulo 7. Verdaderamente «es muy digno de memoria lo ocurrido a siete hermanos que con su madre fueron presos, y a quienes el rey quería forzar a comer carnes de cerdo prohibidas, y por negarse a comerlas fueron azotados con látigos y nervios».

El primero de los hermanos confiesa: «estamos dispuestos a morir antes que violar las Leyes de nuestros padres»; y por eso es atrocemente mutilado y quemado, mientras unos a otros se animan diciendo: «el Señor Dios está viéndolo, y tendrá compasión de nosotros».

El segundo, antes de morir igualmente atormentado, dice: «Tú, malvado, nos privas de la vida presente, pero el Rey del universo nos resucitará a una vida eterna a los que morimos por sus Leyes».

El tercero dice antes de ser mutilado y morir: «del cielo tenemos estos miembros, que por amor de sus Leyes yo desdeño, esperando recibirlos otra vez de Él».

El cuarto dice: «Más vale morir a manos de los hombres, poniendo en Dios la esperanza de ser de nuevo resucitado por Él; pues para ti no habrá resurrección a la vida».

El quinto: «no creas que nuestra raza ha sido abandonada por Dios. Tú espera, y verás su grandioso poder, y cómo te atormentará a ti y a tu descendencia».

El sexto tampoco cede y dice: «nosotros estamos sufriendo esto por nuestra culpa, por haber pecado contra nuestro Dios; pero tú no pienses que quedarás sin castigo después de haber intentado luchar contra Dios».

Al menor de los hermanos se le prometen grandes favores y prosperidades si se distancia

de la obstinación suicida de su familia. Pero su madre, después de elevar una altísima oración al Creador de todo el universo, le anima con preciosas verdades, y finalmente confiesa como los otros: «¿a quién esperáis? No obedezco el mandato del rey, obedezco el mandato de la Ley que fue dada a nuestros padres por Moisés... Mis hermanos, después de soportar un breve tormento, beben el agua de la vida eterna en virtud de la Alianza de Dios; pero tú pagarás en el juicio divino las justas penas de tu soberbia».

Éste fue atormentado aún más cruelmente que sus hermanos, y «así murió limpio de toda contaminación, totalmente confiado en el Señor. La última en morir fue la madre».

A pesar de que estas páginas de los libros de los Macabeos son tan explícitamente martiriales, la terminología griega de *martirio* no aparece todavía en ellas.

El martirio en el Nuevo Testamento

El vocabulario martirial es frecuente en el Nuevo Testamento: *martis* aparece 34 veces, *martiria* 37, *martirion* 20, *martirein* 47, etc. Y en sus páginas se halla la doble acepción del vocablo mártir, testigo de un *hecho* y testigo de una *verdad*. Todavía, sin embargo, estos textos no dan el sentido cristiano exacto del *martirio*, aunque sin duda llevan ya en sí mismos el germen de ese sentido pleno que pronto adquirirán.

En la acepción de *testigos de un hecho*, son varios los textos neotestamentarios, a veces en un marco judicial (Mc 14,63; Mt 18,16; 26,65; Mc 14,63; Hch 6,13; 7,58; 1Tim 5,19; 2Cor 13,1; Heb 10,28) o fuera de ese marco (Lc 11,48). Pablo a veces pone a Dios por *testigo* (Rm 1,9; 2Cor 1,23; Flp 1,8; 1Tes 2,5) o a ciertos hombres (1Tes 2,10; 1 Tim 6,12; 2Tim 2,2; +Heb 12,1) para confirmar, por ejemplo, la rectitud de su vida y ministerio.

Los Sinópticos

Lucas da al término *testigo-mártir* un sentido más pleno: «vosotros sois testigos (*mártires*) de estas cosas» (Lc 24,48). El mártir certifica con su testimonio ciertos *hechos*, concretamente, determinados acontecimientos de la historia de Jesús, en especial su pasión y su resurrección. Ahora bien, tales acontecimientos no pueden ser adecuadamente testificados sin testimoniar al mismo tiempo su *verdad* profunda, su significado salvífico en la fe. Y como vemos, se trata efectivamente de un testimonio: no se trata de hechos, ni de verdades de la fe a ellos conexas, que puedan ser comprobados en forma empírica, sino que han de ser creídos a causa del testimonio fidedigno que de ellos se da. En tal perspectiva, pues, el mártir afirma simultáneamente un hecho y una verdad de fe.

Por otra parte, adviértase que el Evangelio es una Buena *Noticia*, que ha de ser difundida por unos *testigos* que, afirmando la veracidad de una historia bien concreta, la de Jesús, afirman al mismo tiempo la significación salvífica de esos hechos, ocurridos, en lugares y tiempos bien determinados.

En ese preciso sentido, los apóstoles son llamados por Cristo para ser testigos-mártires, con la ayuda del Espíritu Santo, de todos esos hechos y de su significado en la fe: «vosotros seréis mis testigos» (Hch 1,8); «vosotros seréis testigos de estas cosas» (Lc 24,48). Ellos, pues, habrán de atestiguar la vida de Jesús en general, como corresponde a quienes han sido compañeros suyos desde su bautismo hasta su resurrección (Hch 1,22; 10,39): «ellos son sus testigos ante el pueblo» (13,31), y muy especialmente habrán de atestiguar todo lo referente a su resurrección (1,22; 2,32; 3,15; 5,30-32; 10,41).

«*Vosotros seréis mis testigos*». Es misión de todos los cristianos, y especialmente de los apóstoles, «confesar a Cristo ante los hombres» (cf. Mt 10,32; Lc 12,8). Ya vimos en el Deutero-Isaías cómo Yavé encomendaba a los israelitas la función de confesarle ante los pueblos gentiles, para que éstos lo reconociesen como único Dios y Salvador: «vosotros sois mis testigos» (Is 43,9-13; 44,7-11). En una perspectiva análoga, Cristo, rechazado por el mundo, encomienda a los cristianos, y especialmente a los apóstoles, que sean sus testigos ante las naciones, y les avisa que en el cumplimiento de esa misión van a hallar persecución, cárceles o incluso muerte (Mt 5,10-12; Mc 10,30; Lc 6,21-23; Hch 5,41; Rm 12,14). Por tanto, el sentido pleno del martirio cristiano está ya implícito en estos textos evangélicos.

Esteban y Pablo

El testimonio de Esteban, como es prestado hasta la muerte, da a su martirio el significado principal que el término adquirirá en la Iglesia pocos años más tarde; y así se dice en su crónica: «fue derramada la sangre de tu testigo (*mártir*) Esteban» (Hch 22,20). Aquí ya se trata, pues, de un testimonio en el que la veracidad de ciertos hechos y doctrinas de la fe llegan a ser afirmadas por el testigo y confirmadas con su propia muerte.

Por lo que a San Pablo se refiere, conviene observar que, aunque él no ha sido compañero de Jesús desde su bautismo a su resurrección, sin embargo, ha podido «ver al Justo» y «oir» su voz, de modo que el mismo Cristo le da el nombre de *mártir* suyo: «serás *testigo* ante todos los hombres de lo que has visto y oído» (Hch 22,14-15; 26,16). Y por eso, «como diste *testimonio* en Jerusalén de lo que a mí se refiere, así es preciso que también des testimonio de mí en Roma» (Hch 23,11).

San Pedro

Otros autores del Nuevo Testamento, aunque apenas usen la terminología martirial, expresan con otras palabras la misma substancia del martirio. Así San Pedro dice, afirmando la función testimonial de los apóstoles: «nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20); «nosotros os dimos a conocer el poderío y advenimiento de nuestro Señor Jesucristo no siguiendo artificiosas fábulas, sino como testigos oculares de su majestad» (2Pe 2,16).

Pero también en San Pedro hallamos el término *mártir* cuando, exhortando a los presbíteros de la comunidad, se declara a sí mismo «copresbítero, *testigo* de la pasión de Cristo y participante de la gloria que ha de revelarse» (1Pe 5,2). No declara, sin embargo, con eso que él fuera testigo ocular de la cruz, sino que él testimonia los padecimientos del Señor y su gloria, como también han de hacerlo todos los fieles cristianos que participan en los padecimientos del Señor y en su gloria (4,13). Los cristianos, en efecto, no hablan de la pasión del Señor como pueda un ciego hablar de los colores, sino como quienes participan directamente en ella, así como en la gloria que le va unida.

San Juan

El vocabulario martirial es muy frecuente en los escritos del apóstol Juan. Aunque en no siempre lo usa en sentido teológico (Jn 2,25; 3,28; 4,39.44; 12,17; 13,21; 18,23), normalmente San Juan emplea el lenguaje martirial con un sentido teológico explícito, refiriéndose al *testimonio de Jesús*, es decir, a la confesión de su persona, de su obra, de su misterio: «el Padre dará testimonio de mí, y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo» (Jn 15,27).

Los términos martiriales de San Juan en esta acepción son muy frecuentes y llevan consigo una gran riqueza de contenido y de matices. Merece la pena leer atentamente los lugares siguientes (Jn 1,7.15.34; 3,11.32-33; 5,31-39; 8,12-18; 10,25; 15,26-27; 21,24; 1Jn 1,2; 4,14; 5,6-11).

Juan evangelista es consciente de que él, como los otros apóstoles, es *testigo* ocular del Cristo histórico: «hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Y por eso los apóstoles, habiéndole oído, visto y palpado, «dan testimonio» de Él a todos los hombres (1Jn 1,1-3). Ellos son, en efecto, *apóstoles*, esto es, *testigos-enviados*.

El Apocalipsis

La condición martirial de Cristo fue inmediatamente asumida por su Esposa, la primera Iglesia, mártir de Cristo, mártir con Cristo. La misma persecución sufrida por Cristo viene a ser sufrida en el mundo por sus discípulos. Por eso el *Apocalipsis* del apóstol San Juan, a fines del siglo I, es escrito para confortar a las primeras generaciones cristianas, que ya estaban recibiendo los terribles zarpazos de la Bestia romana.

La perfecta actualidad, sin embargo, del libro del Apocalipsis es hoy indiscutible. *El mundo*

ha perseguido, persigue y perseguirá siempre a Cristo y quienes guarden el testimonio de Cristo fielmente. El Maestro lo anunció y lo aseguró (Mt 5,11-12; Jn 15,18-21). En efecto, «todos los que aspiran a vivir religiosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» (2Tim 3,12). En el libro del Apocalipsis, por lo demás, se dice claramente que ha sido escrito para las generaciones presentes y las futuras (Ap 2,11; 22,16.18).

Jesucristo es contemplado en el Apocalipsis como «el *Testigo* [mártir] fidedigno y veraz» (1,5; 3,14). Y Él es plenamente consciente de esta vocación: «Yo he nacido para esto y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). Ahora bien, como el mundo entero yace bajo el poder del Maligno, Padre de la Mentira (1Jn 5,19; Jn 8,44), *nada es tan peligroso en el mundo como afirmar la verdad*, sobre todo si se afirma en el nombre de Dios, es decir, con infinita autoridad. Por esto muere Cristo, por dar testimonio de la verdad, como «Testigo fiel y veraz», y por esto mueren muchos de sus discípulos.

Jesucristo es, pues, para siempre el prototipo del mártir cristiano: Él es el *testigo* que muere a causa de la fe y de la fidelidad; el testigo fiel que es muerto por dar en el mundo el testimonio de *la verdad*. Él mismo es «la verdad» (Jn 14,6), y por eso «dar testimonio de la verdad» (5,33; 18,37), es igual a dar testimonio de él (3,26; 5,32), como único «Salvador del mundo» enviado por Dios (4,42; 1Jn 4,14).

De él han dado testimonio las Escrituras (Jn 5,39), el Bautista (1,7ss.15.32.34; 3,26; 5,33), el mismo Dios (5,32.38; 8,18), las obras que el Padre le da hacer (5,36; 10,25). Y después de su pasión y resurrección, en medio de un mundo enemigo, el Espíritu Santo seguirá dando testimonio de Él (15,26; 1Jn 5,6). Y de Él darán testimonio en el mundo sus discípulos (Jn 15,27; 1Jn 4,14). Ahora bien, arriesgarán sus vidas gravemente, y con frecuencia la perderán, aquellos que «mantienen el testimonio de Jesús», expresión frecuente en el Apocalipsis (1,2.9; 12,17; 19,10; 20,4), o lo que viene a ser lo mismo, aquellos que guardan «la palabra de Dios» (1,2.9; 6,9; 20,4) o «los mandamientos de Dios» (12,17). Son realmente *mártires de Cristo*.

A esta luz se presenta el *martirio* de Antipas en la Iglesia de Pérgamo: «Conozco dónde moras, donde está el trono de Satán, y que mantienes mi nombre, y no negaste mi fe, aun en los días de Antipas, mi *testigo*, mi fiel, que fue muerto entre vosotros, donde Satán habita» (Ap 2,13).

Igualmente, cuando envía el Señor «dos *testigos* para que profeticen», cumplieron éstos su misión fielmente y con gran poder. Pero «cuando hubieren acabado su testimonio, la Bestia, que sube del abismo, les hará la guerra y los vencerá y les quitará la vida. Sus cuerpos yacerán en la plaza de la gran Ciudad, que espiritualmente se llama Sodoma y Egipto, donde su Señor fue crucificado... No permitirán que sus cuerpos sean puestos en el sepulcro. Y los moradores de la tierra se alegrarán, porque estos dos profetas eran el tormento de los moradores de la tierra». Tres días y medio después, Dios los resucita y los eleva al cielo (Ap 13,1-14).

El libro del Apocalipsis da un fundamento muy patente a la condición martirial de la Iglesia en el mundo a lo largo de todos los siglos. La historia de la humanidad se acelera inmensamente con la encarnación del Hijo de Dios. Con ella se introduce en el mundo un infinito Poder de salvación: la verdad de Dios. Pero eso mismo produce espasmos de horror y de ira en el Padre de la Mentira, «la Serpiente antigua, el llamado Diablo o Satanás, el que engaña al mundo entero», que frustrado en su intento de devorar a Cristo, resucitado de la muerte y ascendido al cielo, «se va a hacer la guerra contra su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (Ap 12,9.17).

En efecto, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, el Dragón infernal dará poder a Bestias sucesivas, que reciben de él un poder muy grande en el mundo:

«Toda la tierra seguía admirada a la Bestia. Adoraron al Dragón, porque había dado el poder a la Bestia, y adoraron a la Bestia, diciendo: “¿quién como la Bestia?”... La adoraron todos los moradores de la tierra» (Ap 13,2-4). La Bestia «hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese un sello en la mano derecha [en la conducta] y en la frente [en la mentalidad], de modo que nadie pudiese comprar y vender [en el mundo] sino el que tuviera el sello, el nombre de la Bestia o el número de su nombre» (13,16-17).

Prepárense, pues, los discípulos de Cristo, y conozcan bien, según lo enseñado por Dios en este *Libro de la Revelación*, que dar en este mundo testimonio de la verdad y testimonio de Cristo muy fácilmente podrá llevarles a la muerte social o incluso física. El mundo, Babilonia, la Gran Ramera, es «la mujer embriagada con la sangre de los mártires de Jesús» (Ap 17,1.6). «Aquí está la paciencia de los santos, aquellos que guardan los mandamientos de Dios y la fe en Jesús» (14,12).

Sabe el Diablo, por otra parte, que el poder de Cristo Salvador es mucho mayor que el suyo, pues a Él «le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18). Conoce perfectamente que «*le queda poco tiempo*» (Ap 12,12), y esto mismo redobla su furor contra los santos, los testigos-mártires de Jesús.

Todo lo dicho muestra claramente que *el libro del Apocalipsis, lejos de ser un libro derrotista, es un libro de consolación*, en el que Cristo vence siempre a las Bestias sucesivas que en la historia encarnan el poder del Diablo. Y siempre las vence, nótese bien, con «la espada que sale de su boca», es decir, por la afirmación potentísima de *la verdad* en el mundo (Ap 1,16; 2,16; 19,5.21; +2Tes 2,8). Estas victorias de Cristo, en efecto, encienden una y otra vez las páginas del Apocalipsis en alegres celebraciones, que proclaman en liturgias formidables los triunfos de Dios y de su Cordero (4-5; 7,9-12; 8,3-4; 11,15-19; 14,1-5; 15,1-4; 16,5-7; 19,1-8).

«Los que habían triunfado de la Bestia y de su imagen... cantan el cántico del Cordero, diciendo: “grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios omnipotente; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos... Tú solo eres santo, y vendrán todas las naciones y se postrarán en tu acatamiento» (15,2-4).

No durarán mucho los tormentos de los mártires de Cristo, pues Él mismo asegura a su Iglesia: «*vengo pronto*; mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebate tu corona» (Ap 3,12): «vengo pronto» (22,12.20; +1,1; 2,16; 22,7).

4. El martirio en la Iglesia antigua

En la Iglesia primitiva

Si en un principio la palabra *mártir* designaba principal o exclusivamente a quien da testimonio de un hecho o de una verdad, muy pronto la Iglesia, después de tantos mártires, da al término una connotación decisiva. Considera *mártires* a los cristianos que han confirmado ese testimonio con sufrimiento y muerte. Según esto, *el martirio es la afirmación de la verdad de Cristo, que ha sido sellada con la muerte corporal*.

Como dice Strathmann, «en los escritos de San Juan, particularmente en el Apocalipsis, y también en algunos pasajes de los Hechos, se aprecia como *in nuce* aquel concepto de testimonio, en el sentido de *mártir*, que muy pronto vendrá a establecerse decisivamente en la Iglesia primitiva» (Kittel IV,508/VI,1355).

Así *San Clemente Romano* (+96) vincula la muerte de los santos apóstoles Pedro y Pablo al «testimonio» que dieron de Cristo ante los hombres. Murieron *porque* fueron sus testigos:

«Pedro, después de dar su testimonio, marchó al lugar de la gloria que le era debido... Pablo, después de haber enseñado a todo el mundo la justicia... y dado su testimonio ante los príncipes, salió así de este mundo y marchó al lugar santo, dejándonos el más alto ejemplo de paciencia» (IClem. 5,4.7).

La Iglesia, desde el principio, sabe que el martirio es un bautismo de sangre, que produce la total purificación del pecado y la perfecta santidad. Así, el *Pastor de Hermas*, en el siglo II, animando a aquellos fieles que, en la persecución, dudan entre confesar o negar a Cristo, les exhorta:

«Cuantos un día sufrieron por el Nombre, son gloriosos delante de Dios, y a todos ellos se les quitaron sus pecados por el hecho de haber sufrido por el nombre del Hijo de Dios. Todos aquellos que, llevados ante la autoridad, fueron interrogados y no negaron, sino que

padecieron animosamente, son los más gloriosos delante del Señor» (*Compar.* 9,28; +*Vis.* 3,1,9).

De todos modos, en los documentos citados, lo mismo que en las cartas de *San Ignacio de Antioquía* (+107), aunque se da ya claramente la teología y la espiritualidad del martirio, no se usa apenas todavía la terminología martirial.

Ésta aparece ya con su significación clara y plena en el *martirio de Policarpo*, ocurrido en el año 155. De este santo obispo sirio se dice que

«no solo fue maestro insigne, sino también *mártir* excelso, cuyo *martirio* todos aspiran a imitar, pues ocurrió tal como el Evangelio describe que fue el de Cristo» (*Polic.* 19,1; +13,2).

A mediados, pues, del siglo II, en el Asia Menor, donde precisamente se ha escrito el Apocalipsis, el término mártir es usado ya en su pleno sentido teológico, designando al que muere por ser testigo de Cristo. Y en ese mismo tiempo, en las Galias, en las *Actas de los mártires de Lyon y Vienne* (177), hallamos una distinción precisa, que se hace común en la Iglesia: ante el desafío de la persecución,

–hay *apóstatas*, que por temor a la cárcel, al dolor y a la muerte, se niegan a confesar a Cristo;

–hay *confesores-homologoi*, que habiendo confesado al Señor en la persecución, sobreviven a la prueba;

–y hay *testigos-mártires*, aquellos que por dar «el buen testimonio», como el obispo Potino, pierden su vida.

En ese mismo documento, sin embargo, se conoce también la primera acepción claramente misionera del término mártir. Y así, cuando comparece Átalo en el anfiteatro, se dice de él, aludiendo a tiempos anteriores a su martirio: «siempre había sido entre nosotros un testigo-mártir de la verdad» (5,1,43).

En adelante, en la historia de la Iglesia, como dice *Orígenes* (+253), «fueron llamados mártires propiamente solo aquéllos que, derramando su propia sangre, dieron testimonio del misterio de la piedad» (*Comm. in Io.* 2,210). La Iglesia latina hace suyo el término griego *mártir*, con su significado espiritual preciso, sin traducirlo por el de *testis*, pues aquel término santo y venerable ha arraigado ya profundamente en todas las Iglesias de oriente y occidente.

La persecución judía

Como dice San Pedro, los israelitas alzaron a Cristo en la cruz «por mano de los infieles» romanos (Hch 2,22-23). Y el Maestro había anunciado a sus discípulos que también ellos, como Él, sufrirían la persecución de los judíos (Mt 5,11-12; 10,16-38; *palls.*; Jn 15,18-22; 16,1-4). Muy pronto se cumple su profecía, y los judíos desencadenan la primera persecución sufrida por los cristianos.

Esteban es el primero en morir. Los judíos lo lapidan porque les predica a Jesús y porque los acusa de haber «resistido siempre al Espíritu Santo» (Hch 6,8-15; 7). El año 42 decapitan a Santiago, el hijo de Zebedeo, y Pedro se libra por poco de su persecución (12,1-11). El 62, precipitan desde el pináculo del Templo al otro Santiago, el Menor, y lo lapidan (Eusebio, *Hist. ecles.* II,223). Y en el año 70, cumpliéndose también la profecía del Señor, Jerusalén es arrasada por Tito.

También en la diáspora, los judíos denuncian a veces a los cristianos ante las autoridades paganas, o en todo caso no ven con malos ojos que aquéllos sean perseguidos (W. Rordorf, *martyre*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, París 1978,10, 718). Como decía Tertuliano, «synagogas ludæorum fontes persecutionum» (*Scorpiace* 10).

Varios Padres señalan a los judíos como perseguidores de los cristianos (Justino, *Diálogo* 16,4; 17,1.3-4; 110,5; 131,2; *IApol.* 31,5; *Mart. Policarpo* 12,2; 13,1; 17,2; 18,1; Ireneo, *Adv.*

hæreses IV,21,3; 28,3; Orígenes, *Contra Celso* VI,27).

San Pablo recuerda a los cristianos de la gentilidad que la persecución, antes que a ellos, golpeó a los judíos cristianos:

«Os habéis hecho, hermanos, imitadores de las Iglesias de Dios en Cristo Jesús, de Judea, pues habéis padecido de vuestros conciudadanos lo mismo que ellos de los judíos, de aquellos que dieron muerte al Señor Jesús y a los profetas, y a nosotros nos persiguen» (1Tes 2,14-15).

La persecución romana

En un primero momento, el Imperio mira al cristianismo como una secta judía y, por tanto, como una *religio licita*. Pero enseguida capta que es una religión distinta, que tiene pretensiones de universalidad, y que se muestra inconciliable con los cultos romanos. Por eso pronto comienza a perseguir a los cristianos. Una buena historia de las antiguas persecuciones romanas la hallamos en Paul Allard, *Diez lecciones sobre el martirio* (GRATIS DATE, Pamplona 2000). Las principales son éstas:

La primera persecución romana, en la que mueren Pedro y Pablo, con muchos otros fieles, se produce por iniciativa personal de Nerón (54-68), cuyo famoso *institutum neronianum* («christiani non sint»), al parecer, no es tanto una norma jurídica, como una intención política.

Domiciano (81-96) desencadena otra gran persecución en el 96.

Trajano (98-117) responde a una consulta de Plinio, gobernador de Bitinia, donde los cristianos son numerosísimos, enviándole un rescripto que establece las bases jurídicas de la persecución contra la Iglesia. Es la norma persecutoria que estará vigente hasta mediados del siglo III: –los cristianos no han de ser buscados, pero han de ser castigados si son denunciados y confiesan su fe; –deben quedar libres los que reniegan de la fe y consienten en sacrificar según el culto romano; –deben ignorarse las denuncias anónimas (*cf. Actas de los Mártires*, BAC 75, Madrid 1962, 244-247).

Bajo Septimio Severo (202-203) son perseguidos los catecúmenos judíos y los cristianos.

Decio (249-251) instaura un régimen nuevo de persecución, mucho más duro y eficaz que el anterior, pues pretende exterminar a los cristianos de modo sistemático y general. Todos los cristianos, sacrificando en honor de los dioses, deben probar su fidelidad al Imperio. Esta persecución produce muchos mártires, pero también muchos *lapsi*, cristianos caídos, que aceptan sacrificar o que consiguen con fraude cédulas que lo acreditan.

Las últimas persecuciones (303-324) son las más prolongadas y sangrientas. Diocleciano y Galerio, concretamente, por medio de cuatro edictos sucesivos (303-304), deciden la destrucción de los bienes de la Iglesia, prohíben el culto, persiguen al clero y a los fieles nobles, y exigen el sacrificio público como prueba de lealtad imperial.

Las persecuciones romanas contra los cristianos, dentro de un mundo de alta cultura jurídica, son un gravísimo atentado contra la justicia. No tratan de castigar hechos delictivos, sino que pretenden penalizar a hombres y mujeres por el solo hecho de confesarse cristianos. Aplican además penas durísimas: degradación cívica, cárcel, exilio, destino a las minas del Estado, expolio de bienes, muerte por la espada, la cruz, el fuego, el ahogamiento o las fieras. Y todas estas penas están normalmente precedidas de terribles tormentos, en los que la autoridad imperial intenta doblegar la voluntad del mártir cristiano, cuando éste se obstina en mantener su fe.

Los «procesos» de los mártires son una absoluta singularidad dentro del mundo jurídico romano, especialmente notable por las instituciones de su derecho y por la prudencia de sus normas procesales. Son procesos que no requieren ni la demostración de las acusaciones, ni la defensa jurídica de abogados. El juez, simplemente, pregunta al acusado si es cierto, según se le acusa, que es cristiano. Si él lo confirma y confiesa a Cristo, es condenado, sin más. Y si renuncia a su fe, queda libre. Esta monstruosidad jurídica, con unas u otras modalidades, estuvo vigente durante tres siglos, hasta el año 311, produciendo innumerables

mártires, sin que los juristas romanos más eminentes experimentaron ante ellos ninguna dificultad de conciencia.

En el 311, Galerio, estando moribundo, firma el primer edicto de tolerancia. Licinio sigue su política, en oposición a Maximino Daia, a quien vence en el 313. En este año Licinio acuerda con Constantino el edicto de Milán, por el que se inicia la libertad cívica definitiva de los cristianos en el Imperio (Rordorf 720).

Crónicas martiriales

La Iglesia no guarda memoria personal exacta de la gran mayoría de los mártires de los primeros siglos, pues no se conservó de ellos documentación escrita. Pero de los más notables sí tenemos conocimientos seguros, pues sus datos nos han llegado por las *Actas* de los mártires, los *Martirologios* y los *Epitafios*.

–*Actas de martirios*. Unas son auténticas, contemporáneas de los martirios que refieren. Otras, tardías, son más o menos legendarias, y aunque no tengan validez histórica, tienen a veces un valor teológico y espiritual notable, pues expresan los ideales de una época; y no pocas veces están escritas a imitación de las actas auténticas.

Las *Actas* de los mártires reproducen el proceso judicial, según los documentos oficiales, a los que los fieles pudieron tener acceso una vez legalizado el cristianismo en el Imperio. Y también nos han llegado en la forma de *Pasiones* o *Martirios*, que son relatos detallados, a veces en forma de carta, acerca de los martirios ocurridos. Rordorf (721) da la relación de las crónicas martiriales indudablemente auténticas:

En los primeros tiempos: *Policarpo* y compañeros (Esmirna 156), *Lucio* (Roma 155/160); *Justino* y compañeros (Roma 163/167), *Carpo*, *Papilo* y *Agathonica* (Pérgamo 161/169), *Lyon* y *Vienne* (177), *Scilitanos* (Cartago 180), *Apolonio* (Roma 180/192), *Perpetua*, *Felicidad* y compañeros (Cartago 202/203), *Potamiana* y *Basíldes* (Alejandría 202/2203).

En la persecución de Decio (+251): *Pionio* y compañeros (Smirna), *Máximo* (Éfeso?), *Apolina* y otros, *Acacio* (Antioquía de Pisidia), y otros mártires aludidos en las cartas de San Cipriano.

Bajo Valeriano (+260): *Cipriano* (Cartago 258), *Montano*, *Lucio* y otros (Cartago 258?), *Mariano*, *Santiago* y otros (Numidia 259), *Conon* (Magidos, en Pamfília), *Fructuoso* y compañeros (Tarragona 259).

Bajo Galieno (+268): *Marino* (Cesarea, Palestina 260).

Bajo Diocleciano (+305) se producen un gran número de martirios, de los que se guardan numerosas *Actas* y *Pasiones* auténticas.

–*Martirologios*. El culto muy pronto nacido hacia los mártires obliga a las Iglesias a elaborar calendarios litúrgicos en los que se recogen sus nombres, y también los datos, al menos los fundamentales, de sus pasiones.

Entre los más antiguos martirologios tenemos la *Depositio martyrum* (Roma, ca. 354), el *Martirologio siríaco* (anterior al 400), el *Martirologio de Cartago* (posterior a 505), el *Martirologio jeronimiano* (del siglo V) (Rordorf 722).

–*Los testimonios epigráficos, iconográficos y arqueológicos* son de muy diversas clases, y suministran también a veces datos importantes sobre los mártires.

Notas propias de la espiritualidad martirial

En las antiguas *Actas* y *Pasiones* de los mártires se muestran con fuerza algunas líneas de espiritualidad, que proceden, evidentemente, del Nuevo Testamento.

–*Alegría*. Los Apóstoles, despreciados, insultados y azotados, «salieron del Sanedrín

alegres, porque habían sido hallados dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús» (Hch 5,41); salieron, en efecto, alegres y reforzados en su decisión de seguir predicando el Nombre santo (5,42; 4,19-20). Es de notar que Cristo murió con gran angustia, sintiéndose abandonado por el Padre, y dando un fuerte grito. Así es como Él ganó para sus discípulos mártires la gracia frecuente de sufrir persecución y muerte con gran paz y alegría. Los Apóstoles, como hemos visto, dieron ejemplo de una admirable alegría martirial, y la inculcaron en su predicación a los cristianos.

San Pedro exhorta: «alegráos, aunque de momento tengáis que sufrir un poco en diversas pruebas. Así la comprobación de vuestra fe –que vale más que el oro, que, aunque perecedero, es aquilatado al fuego– llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Cristo, a quien amáis sin haber visto» (1Pe 1,6-8). Y la Carta a los Hebreos dice de los que padecen prisión por la fe cristiana: «recibisteis con alegría el despojo de vuestros bienes, conociendo que teníais una hacienda mejor y perdurable» (10,34).

En este sentido, resulta impresionante la crónica que refiere la muerte en las fieras de las catecúmenas *Perpetua*, *Felicidad* y otros hermanos de Cartago. En ese relato, como en tantas otras *passiones* antiguas, no se describe el martirio como un suceso terrible y atroz, sino como un día triunfal de fiesta y de gloria: «el día de su victoria». Salieron de la cárcel al anfiteatro como si fueran al cielo, radiantes de alegría y hermosos de rostro» (18). Uno de ellos, Sáturo, escribe –él, personalmente– que al salir Perpetua a las fieras, le dijo él: «–Ya tienes lo que quieres. Y ella le contestó: –Doy gracias a Dios que, como fui alegre en la carne, aquí soy más alegre todavía» (12).

Innumerables datos antiguos –crónicas, epitafios, cartas– nos permiten afirmar que *en la Iglesia primera de los mártires ha habido más alegría que en ninguna otra época de la Iglesia*. Las *Actas de los mártires*, concretamente, son uno de los libros más alegres de la historia de la espiritualidad. Ver, por ejemplo, a una niña de doce años, firme en su fe, discutir atrevidamente con los juristas del tribunal que la acosan; ver a un aldeano analfabeto ridiculizar los ídolos que sus jueces veneran, cuando son éstos los que enseguida van a decidir el modo de sus tormentos y de su muerte; ver el valor y la confianza, ver la seguridad y la alegría de los mártires, no puede menos que alegrar a los creyentes. Dentro de la historia de la literatura, las trágicas y gozosas Actas de los mártires cristianos forman, en su conjunto numeroso, un monumento absolutamente único.

Mientras los jueces discutían con el obispo Pionio, «vieron que Sabina reía, y amenazándola, con fiera voz, le dijeron: –¿Tú te estás riendo? Y ella respondió: –Me río, así lo quiere Dios, porque soy cristiana» (*Pionio* 7).

–**Victoria de Cristo**. Desde el principio, *el martirio es entendido y vivido siempre por la Iglesia como una nueva victoria de Cristo glorioso*, que esta vez, en sus mártires, vuelve a vencer al pecado, al demonio y al mundo. Por obra del Espíritu Santo, la victoria de los mártires es la prolongación de la victoria de Cristo en la Cruz.

Léanse «estos ejemplos, que no ceden a los antiguos, para edificación de la Iglesia, a fin de que también las nuevas virtudes atestigüen que es un solo y siempre el mismo Espíritu Santo el que obra hasta ahora, y a Dios Padre omnipotente y a su hijo Jesucristo, Señor nuestro, que es claridad y potestad sin medida por los siglos de los siglos. Amén». Con esta proclamación victoriosa termina la crónica del terrible martirio de *Perpetua*, *Felicidad* y compañeros.

Las crónicas de los martirios nunca son historias tristes, llenas de pena y aflicción, sino *partes de victoria* y de triunfo. Muchas de ellas terminan con solemnes doxologías, en las que queda bien patente que, sobre todas las vicisitudes del mundo y sobre todos los cónsules y príncipes, emperadores y reyes, *reina Jesucristo* de modo absoluto e irresistible, pues a Él le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.

Recordemos el final, por ejemplo, de la pasión de *Pionio*: «Sucieron estas cosas bajo el procónsul Julio Proclo Quintiliano; siendo cónsules el emperador Cayo Mesio Quinto Trajano Decio y Vito Grato; cuatro días antes, como los romanos dicen, de los Idus de marzo y, según los asiáticos, el mes sexto, el sábado, a la décima hora. Así sucedieron tal como

nosotros lo hemos escrito, *imperando nuestro Señor Jesucristo, a quien es honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén*».

–**Derrota del Diablo.** En las Actas martiriales se entiende claramente que el combate del cristiano no es «contra la carne y la sangre, sino contra los espíritus malignos» (Ef 6,12). Y queda igualmente patente que es el mismo Cristo quien, fortaleciendo a su mártir, combate contra el Diablo y lo vence.

Estando Perpetua en la cárcel tiene una visión, que escribe de su propia mano: «entendí que mi combate no había de ser tanto contra las fieras, sino contra el diablo». Y en aquella total oscuridad de la siniestra cárcel tiene también una visión resplandeciente del Cristo glorioso, que la conforta diciéndole: «yo estaré contigo y combatiré a tu lado» (10).

Las *Actas de San Acacio* comienzan así: «Siempre que recordamos los gloriosos hechos de los siervos [mártires] de Dios, referimos la gracia a Aquél que los sostuvo en la pena y los coronó en la gloria». No había nacido todavía en la Iglesia el pelagianismo. Todavía la primacía de la gracia era el dato de la fe más evidente y conocido por todos.

–**Preparación para el combate. Es Cristo, sin duda, quien vence en el combate del martirio; pero sus siervos se preparan al combate con la oración, el ayuno, la comunión eucarística, y con las mutuas exhortaciones, para colaborar así en esa victoria, es decir, para mejor recibir de Cristo la gracia de su confortación.**

Los santos mártires en la cárcel «ocupaban el día y la noche en lecturas y oración, de suerte que alternaron las discusiones sobre religión con los pertinaces, las enseñanzas de la fe y la preparación para el suplicio» (Pionio 12).

–**Visión del cielo. Ya el primero de los mártires, Esteban, llegada la hora de ser lapidado, tiene una visión en la que contempla «los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la derecha de Dios» (Hch 7,56). En los años posteriores, también los mártires son frecuentemente fortalecidos por visiones celestiales, en las que contemplan al Señor y a aquellos bienes eternos que esperan a los que permanecen fieles (Perpetua y Felicidad 4; 7-8; 10; 11-12; Montano y Lucio 5; 7-8). Como dice San Cipriano, «en la persecución se cierra el mundo, pero se abre el cielo» (Trat. a Fortunato 13).**

En esa prueba final, como se dice en el martirio de *Policarpo*, los mártires, «sostenidos por la gracia de Cristo, desprecian los tormentos terrenos, pues por el sufrimiento de una sola hora se adquieren la vida eterna... Y con los ojos del corazón contemplan ya los bienes reservados a los que valerosamente resisten. El Señor se los muestra, como a quienes no son ya hombres, sino ángeles» (2,3; +5).

A Carpo, clavado en un madero, «se le vió sonreír. Los presentes, sorprendidos, le preguntaron: –¿Qué te pasa, por qué ríes? Y el bienaventurado respondió: –He visto la gloria del Señor y me he alegrado» (*Carpo* 38-39).

–**Esperanza de la resurrección.** La fe en la resurrección futura tiene su afirmación más extrema en el testimonio de los mártires. Ellos pierden su vida libremente en este mundo, porque están ciertos de ganarla en la vida eterna. Esa fe en la resurrección, que parece tan absurda a griegos y romanos, los mártires la proclaman con absoluta seguridad, sellando su certeza con su propia sangre. Ante sus jueces, igual que aquellos siete hijos del libro de los Macabeos, confiesan no tener nada que temer: aseguran con alegría que Dios les resucitará para siempre, llaman a sus jueces a la fe y a la conversión, e incluso a veces les amenazan con una resurrección de condena.

El obispo *Pionio*, puesto encima de la pira en la que iba a ser quemado, y atravesados sus miembros a unos maderos con gruesos clavos, dice: «la causa principal que me lleva a la muerte es que quiero que todo el pueblo entienda que hay una resurrección después de la

muerte» (21).

–**Expiación del pecado y plena salvación.** El que muere por Cristo en ese bautismo segundo del martirio, a veces llamado «bautismo de sangre», por esa entrega suya de amor supremo, queda libre de todos sus pecados. Dios se los perdona, aunque no haya recibido el bautismo sacramental.

En la pasión de *Perpetua y Felicidad* se habla, en efecto, del martirio como de un «segundo bautismo» (18; +Tertuliano, *Apologético* 50,15-16; Orígenes, *Exhort. ad mart.* 30). El mártir atraviesa la muerte y llega al cielo inmediatamente (+Lc 23,43; Tertuliano, *De anima* 55,4-5; Orígenes, *Exhort. ad mart.* 13). El mártir «ha purgado todos los pecados por el martirio», y por eso «es coronado enseguida por el Señor» (Cipriano, *Cta.* 55,20,3).

–**Agradecimiento.** Muchos mártires, cuando escuchan al tribunal que dicta su sentencia de muerte, responden gozosos: *Deo gratias!*, pues entienden su martirio como un privilegio, como una participación gloriosa en la Cruz de Cristo, como la más alta de las gracias posibles.

Carpo, antes de morir, dice: «bendito seas, Señor Jesucristo, Hijo de Dios, pues te has dignado darme parte a mí, pecador, en esta suerte tuya» (41).

–**Oración por los enemigos.** «Orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial» (Mt 5,44; +Lc 6,27-28). Esta norma de Jesús, la cumple Él mismo al morir en la cruz: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Y también Esteban: «Señor, no les imputes este pecado» (Hch 7,60). Y de igual modo los mártires, fieles a la recomendación del Salvador, mueren siempre rogando por los jueces que les han condenado y por sus verdugos.

«Humillábanse a sí mismos bajo la poderosa mano de Dios, por la que ahora han sido maravillosamente exaltados [1Pe 5,6]. Y en aquel momento, a todos defendían y a nadie acusaban, a todos desataban y a nadie ataban, y rogaban incluso por quienes les sometían a tan terribles suplicios» (*Lyon y Vienne*).

–**Sacrificio eucarístico.** En las crónicas de los mártires se ve con frecuencia cómo éstos son confortados en la cárcel por diáconos o fieles cristianos que *les llevan a Cristo, el pan de vida eterna*. Es en el memorial eucarístico de la pasión del Señor donde los mártires hallan el *ejemplo* y la *fuerza* que necesitan para sufrir santamente su propia pasión y muerte. La ofrenda crucificada del mártir queda, pues, perfectamente integrada en la ofrenda sacrificial que Cristo hace de sí mismo en la Cruz.

Esta manera de entender el martirio está perfectamente expresada por San Ignacio de Antioquía, que habiendo recibido el Pan eucarístico, quiere venir a ser él mismo pan triturado, completamente unido al Crucificado, como perfecto discípulo suyo (*Romanos* 2,2; 4,1.3; 7,3; *Magnesios* 5,2; *Efesios* 12; *Esmirniotas* 3,2; *Trallanos* 5,2). El sacrificio del mártir es *el mismo* sacrificio de Cristo prolongado en su cuerpo.

Esta visión sacrificial y eucarística del martirio la encontramos igualmente en el obispo sirio Policarpo, que reza al morir: «Señor Dios omnipotente... yo te bendigo, porque me tuviste por digno de esta hora, a fin de tomar parte entre tus mártires del cáliz de Cristo... ¡Sea yo con ellos recibido hoy en tu presencia, en sacrificio santo y aceptable, conforme de antemano me lo preparaste y me lo revelaste, y ahora lo has cumplido» (*Polic.* 14; +*Carta Polic.* 9).

–**Fortaleza.** Los paganos veían ya como un hombre admirable, como un *héroe*, al que era capaz de sufrir libremente grandes penalidades o incluso la muerte por sus convicciones o por otras grandes causas nobles, como la patria. Y en esta entrega de la vida veían el máximo ejemplo de la *fortaleza*, una de las cuatro virtudes cardinales que ellos conocían.

Los estoicos, concretamente, consideraban perfecto al hombre que había alcanzado la

ataraxia, es decir, la independencia, la total libertad de pensamiento y conducta respecto a las circunstancias exteriores, aunque éstas fueran el sufrimiento y la muerte. También los Padres consideran el martirio como la más alta afirmación de la virtud de la fortaleza (Tertuliano, *Ad martyras* 4,4-6; *Apologético* 50,4-9; *Ad nationes* 1,18; Clemente de Alejandría, *Stromata* IV,8,44-69; 19,120-125). Es una doctrina que se hará clásica en el cristianismo (*STh* II-II,124,2).

–**Desprendimiento de los bienes temporales.** Bien fundados en la fe y en la esperanza, los mártires están completamente seguros de que a través del martirio, sufrido con Cristo y por Él, dejando los bienes presentes, pasan a poseer inmediatamente los bienes celestiales. Al estar totalmente decididos a «perder su vida» por Cristo, se muestran ante sus jueces desconcertantemente valientes, porque están libres de cualquier temor, ya que no tienen «nada que perder».

En algunos mártires puede apreciarse, incluso, una actitud excesivamente negativa respecto del mundo visible, cuando lo ven como una prisión, de la que más vale escapar cuanto antes (Tertuliano, *Ad martyras* 2; Orígenes, *Exhort. ad mart.* 3-4; Clemente de Alejandría, *Stromata* IV,11,80,1). Esta posible desviación causa especial horror a cierto cristianismo de nuestro tiempo, que, arrodillado ante el mundo presente, tanto ignora sus propias miserias y tan propenso es a escandalizarse de los errores antiguos reales o presuntos.

De todos modos hay que ser cautelosos al considerar *excesivo*, y por tanto morboso, este *menos-precio* del mundo temporal que a veces parecen mostrar algunos mártires y otros santos de la historia de la Iglesia. Con excesiva facilidad los pecadores se escandalizan de los santos y los encuentran excesivos en esto y en todo.

Esa cautela se hace necesaria, por una parte, si se tiene cuenta que no siempre la literalidad de las palabras expresa con exactitud los pensamientos y sentimientos verdaderos. Y por otra, si se recuerda que el mismo Cristo, el supremo modelo de vida evangélica, en toda su vida pública, desde el principio, da también la imagen de alguien que parece «dar su vida por perdida» en este mundo. A Jesús se le ve, en efecto, anhelando siempre consumir la entrega total de su vida, para consumir la obra de la redención, para pasar de este modo al Padre, y para escapar así de los males de este mundo: «¡gente sin fe y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros?» (Mt 17,17). No hay razón alguna para que nos avergoncemos de aquellos cristianos que viven esta misma experiencia espiritual.

Asistencia de la Iglesia a los mártires

La Madre Iglesia sufre con las penalidades de los confesores de Cristo, les acompaña y asiste en sus pruebas, ora y suplica por ellos, les hace llegar alimentos, cartas, saludos, envía a sus diáconos para que les visiten en la cárcel, en el exilio, en la mina, para que recen con ellos y les conforten con la comunión eucarística. Esta caridad eclesial ha fortalecido siempre a los confesores de la fe, como se dice en la carta a los Hebreos: «habéis tenido compasión de los presos» (10,34).

La solicitud de la Iglesia por los confesores de la fe tiene múltiples testimonios en los primeros siglos, como en las cartas de San Ignacio de Antioquía (*Efes.* 11,2; *Magnes.* 14; *Trall.* 12,3; *Rom.* 8,3; *Filad.* 5,1; *Esmirn.* 11,1). También da preciosas muestras de esa solicitud el obispo San Cipriano (+258). A dos presbíteros suyos Moisés y Máximo, largo tiempo encarcelados, les escribe así:

«También estamos nosotros en cierto modo ahí con vosotros en la cárcel, y nos parece sentir con vosotros los dones de la divina gracia; de tal manera os estamos unidos. Vuestra caridad tan grande hace que vuestra gloria sea la nuestra, y el espíritu no permite que los que se aman se separen. A vosotros os tiene encerrados la confesión, a mí el afecto. Pensando en vosotros día y noche, tanto cuando elevamos súplicas en común durante el sacrificio, como cuando en nuestro retiro rogamos por vosotros privadamente, pedimos al Señor que os proteja para que consigáis vuestra corona de gloria».

Con relativa frecuencia, los cristianos permanecían largamente en la prisión, antes de consumir en el martirio la ofrenda de su vida. Y esa prolongación, como hace notar San Cipriano, solo servía para perfeccionar su testimonio y su mérito:

«Más dais vosotros cuando os acordáis de nosotros en la oración, puesto que esperando como estáis solo lo celestial, y meditando solamente las cosas divinas, subís a las más altas cimas por la demora misma de vuestro martirio y, con el largo transcurso del tiempo, no retrasáis vuestra gloria, sino que la aumentáis. Ya la primera confesión realizada hace bienaventurado a uno por sí sola. Pero vosotros tantas veces confesáis cuantas, invitados a que abandonéis la cárcel, la preferís por vuestra fe y valor. Tantos son vuestros títulos de gloria cuantos días. Y cuantos meses transcurren, más aumentan vuestros méritos. Vence una vez quien sufre de un golpe. Pero el que continúa todos los días en el tormento y lucha con el dolor, sin ser vencido, ése todos los días es coronado» (Cta. 37,1).

La devoción a los mártires

El pueblo cristiano, desde el principio, ha tenido una inmensa devoción hacia los mártires, que son venerados como discípulos perfectos del Señor. Los mártires son considerados como portadores del Espíritu divino, pues, llevados ante los tribunales, no hablan ya por sí mismos, sino que el Espíritu Santo habla por ellos (Mt 10,20). Son tan respetados como los sacerdotes ministros, aunque no hayan recibido el sacramento del orden (Traditio apostolica 9). A veces incluso se les reconoce, en forma abusiva, una autoridad espiritual para reconciliar con la Iglesia a los lapsi (Eusebio, Hist. ecles. V,2,6-7; Tertuliano, Ad martyras 1).

Y si Cristo mártir, junto al Padre, «vive siempre para interceder» por los hombres (Heb 7,25), también los mártires de Cristo, junto a Dios, viven siempre para interceder por nosotros. Ellos son con el Salvador y su santa Madre los *intercesores* máximos ante la misericordia de Dios. Por eso los cristianos visitan a los mártires en la cárcel, y en ella, o cuando son llevados al martirio, suplican su intercesión. San Cipriano, por ejemplo, en una carta a aquellos dos presbíteros suyos presos en la cárcel, les dice:

«Solo me queda, hermanos bienaventurados, pediros que os acordéis de mí, que entre vuestros pensamientos altos y divinos nos tengáis en vuestra mente y tenga yo un puesto en vuestras súplicas y oraciones, cuando vuestra voz, purificada por una confesión gloriosa y digna de elogio por la constancia en mantener Su honor, llegue a los oídos de Dios, y cuando se les abra el cielo, al pasar de este mundo que han vencido a las alturas, logren de la bondad del Señor lo que ahora piden.

«¿Qué podéis pedir vosotros a la misericordia del Señor que no merezcáis obtener? Vosotros habéis observado los preceptos del Señor, vosotros mantuvisteis la enseñanza del Evangelio con la energía de una fe sincera, vosotros que, permaneciendo intacto el honor de vuestro valor, os conservasteis firmes y valientes en los preceptos del Señor y de sus apóstoles, y afirmásteis así la fe vacilante de muchos con el ejemplo de vuestro martirio. Vosotros, como testigos del Evangelio y verdaderos mártires de Cristo (*Evangelii testes et vere martyres Christi*), clavados en sus raíces, cimentados sobre la dura roca, habéis sabido unir la disciplina con el valor, llevando al temor de Dios a los demás, y haciendo de vuestro martirio un ejemplo» (Cta. 37,4).

Y a otros confesores de la fe les escribe: «Ahora, ya que vuestras súplicas son más poderosas y logran con más facilidad lo que piden en medio de los tormentos, pedid insistentemente y rogad que la gracia de Dios lleve a perfección la confesión de todos nosotros, para que como a vosotros, también a nosotros nos libre, intactos y gloriosos, de estas tinieblas y lazos del mundo, de modo que los que aquí estamos unidos por los vínculos de la caridad y de la paz nos mantengamos en pie igualmente unidos contra los ultrajes de los herejes y las persecuciones de los paganos, y así lleguemos a alegrarnos todos juntos en el reino celestial» (Cta. 76,7).

Culto a los mártires

La inmensa devoción que el pueblo cristiano siente hacia los mártires va a dar origen a un

culto litúrgico, cuyos elementos integrantes aparecen referidos claramente en este breve texto del *martirio de San Policarpo*:

«Podimos nosotros *recoger los huesos* del mártir, más preciosos que piedras de valor y más estimados que oro puro, y los depositamos en *un lugar conveniente*. Allí, según nos era posible, reunidos con júbilo y alegría, nos concederá el Señor *celebrar el día natal* de su martirio, para *memoria* de los que acabaron ya su combate, y para ejercicio y *preparación* de los que aún tienen que combatir» (18,2-3).

–*Las reliquias* del mártir, en las que se afirma la esperanza cristiana de la resurrección, son cuidadosamente recogidas, siempre que ello es posible, y guardadas con inmenso aprecio (*Actas Justino* 6,2; *Actas Cipriano* 5,6). Esta veneración fue desde el principio aprobada y recomendada por los Padres.

«El diablo, rival nuestro, envidioso y perverso... dispuso de tal modo las cosas que ni siquiera nos fuera dado apoderarnos de su cuerpo, por más que muchos deseaban hacerlo y poseer sus santos restos» (*Policarpo* 17,1). El centurión manda quemarlo, según el uso pagano, y los fieles recogen con extrema solicitud los huesos restantes (18,1).

–*Un monumento* adecuado es dispuesto para guardar esas preciosas reliquias martiriales. Y son muchos los cristianos que deciden ser enterrados junto a la tumba de los mártires, y que ponen a sus hijos el nombre de éstos.

Después de Constantino, a semejanza de aquellos *martyria* construídos en Tierra Santa para señalar lugares teofánicos, se construyen sobre las tumbas de los mártires iglesias, que son llamadas también *martyria*. Allí los mártires son invocados especialmente, allí se celebra su culto, allí se va en peregrinación y allí se producen numerosos milagros, de los que hoy se conservan no pocas relaciones antiguas, como aquella de San Agustín en *La Ciudad de Dios* (XXII,8).

–El *dies natalis* del mártir, el día de su definitivo nacimiento a la vida eterna, la asamblea cristiana se reúne para celebrarlo en su liturgia.

–La *memoria* del mártir es celebrada por la comunidad entera, por la Iglesia local, no solamente por unos pocos familiares y amigos.

–Así se *prepara* al conjunto de todos los fieles para un posible martirio, que ellos mismos puedan sufrir más adelante.

El culto a los mártires tuvo en alguna ocasión *contradictorios*. Es famosa la disputa entre Vigilancio y San Jerónimo. El primero considera que el culto de los mártires significa una restauración de las antiguas costumbres paganas supersticiosas. San Jerónimo, en cambio, defiende el valor de esa devoción extendida en Oriente y Occidente, y muestra que es muy distinta de la tributada a Dios y a su Cristo (*Contra Vigilantium* 7). El error de Vigilancio es actualizado por los protestantes del XVI, quienes, como aquél, no respetan ni entienden la unánime tradición católica de la Iglesia.

San Agustín distingue bien el culto a los mártires cristianos del culto pagano a los héroes: «Los mártires no son para nosotros dioses, pues sabemos perfectamente que el mismo Dios es único para nosotros y para ellos... A nuestros mártires no les construimos templos, como si fueran dioses, sino sepulcros, como a mortales cuyos espíritus viven en Dios. Tampoco erigimos altares para sacrificar a los mártires, sino al Dios único de los mártires y de nosotros. Durante el sacrificio, los mártires son nombrados en su lugar y momento como hombres de Dios, que vencieron al mundo confesando su nada. Pero no son invocados por el sacerdote que realiza el sacrificio. Es a Dios, y no a ellos, a quien se ofrece el sacrificio, aunque éste se celebre en memoria de ellos. Y el sacerdote es sacerdote de Dios, no de los mártires. En cuanto al sacrificio, es el cuerpo de Cristo, que no se ofrece a ellos, pues ellos mismos son miembros de ese cuerpo» (*Ciudad de Dios* XXII,10).

Como es sabido, *el culto a los santos*, tan fundamental en la vida de la Iglesia, encuentra su origen en el culto a los mártires. La costumbre, hasta hace poco universal, de guardar reliquias de los mártires en los altares expresa del modo más elocuente la comunión que por

sus *pasiones* alcanzaron con el Crucificado, con el Salvador del mundo.

Fuerza evangelizadora del martirio

Los paganos, ante los mártires, oscilan entre el desprecio y la admiración.

Para no pocos paganos el martirio de los cristianos viene a ser considerado como un hecho lamentable y vergonzoso, como el mayor de los fracasos posibles. Estiman que los cristianos, por su mismo martirio, han de ser calificados como hombres «tercos y obstinadamente inflexibles» (Plinio, *Ep.* 10,96,3), que entregan a la muerte sus vidas miserables con «una vulgar valentía» (Marco Aurelio, *Pensam.* 11,3,2), y que por tanto quedan «convictos de ser enemigos del género humano» (Tácito, *Anales* 15,44,6).

Muchos otros hay, sin embargo, y a veces también intelectuales, como Justino (+163) o Tertuliano (+220), que llegan a la fe cristiana persuadidos por el testimonio misterioso de los mártires.

Justino: «Viéndoles tan valientes ante la muerte... llegué a convencerme de que era imposible que estos hombres vivieran en el vicio y el amor a los placeres» (2 *Apol.* 12). Tertuliano: «¿Quién habrá que, ante el espectáculo dado por los mártires, no se vea conmovido y no trate de buscar lo que hay al fondo de ese misterio? ¿Y quién hay que lo haya buscado y que no haya llegado a unirse a nosotros?» (*Apol.* 50,15).

En otras ocasiones, los que se ven deslumbrados por la fuerza testimonial del mártir, y encuentran gracias a él la fe cristiana, son personas sencillas, soldados, carceleros, ciudadanos presentes al proceso del mártir, compañeros de cárcel.

Entre los mártires de Alejandría, del año 202, por ejemplo, se halla la virgen *Potamiana*. Cuando es conducida al suplicio por el soldado Basírides, la muchedumbre se le echa encima con insultos y obscenidades. Basírides la defiende con energía, y ella le promete que en el cielo «ha de alcanzarle la gracia de su Señor». La matan después «derramando sobre las distintas partes de su cuerpo, lentamente, en pequeñas porciones, pez derretida». Días más tarde, Basírides, habiendo de prestar juramento en la milicia, se niega a ello en absoluto «por ser cristiano y confesarlo públicamente». La santa mártir se le ha aparecido tres días después de su muerte, y poniendo una corona en su cabeza, le ha anunciado su próximo martirio. Efectivamente, es decapitado, y viene a ser así el séptimo de los mártires de Alejandría. «Y de otros varios alejandrinos se cuenta que pasaron de pronto a la doctrina de Cristo en tiempo de estos mártires por haberseles aparecido en sueños Potamiana y haberles exhortado a ello» (*in fine*).

Igualmente, la actitud de Perpetua, llena de majestad, ante el tribunal consigue que «el mismo lugarteniente de la cárcel abrace la fe» (*Perp. y Felic.* 16). Y efectos semejantes obtiene el valor de Sáturo, que a aquellos morbosos que se burlan de él y de sus compañeros, viéndoles próximos al martirio, les dice: «—¿cómo es qué miráis con tanto gusto lo que tanto odiáis?... Fijáos bien en nuestras caras, para que nos podáis reconocer en aquel último día». Con eso todos se retiraron estupefactos y muchos de ellos creyeron» (*ib.* 17). El mismo Sáturo, inmediatamente antes de ser echado a las fieras, le dice al soldado Pudente, a quien trata de evangelizar hasta el último instante: «—adiós, y acuérdate de la fe y de mí, y que estas cosas no te turben, sino que te confirmen». Al mismo tiempo, pidió a Pudente un anillo del dedo y, empapado en la propia herida, se lo devolvió en herencia, dejándoselo como recuerdo de su sangre» (21).

En toda la historia de la Iglesia es un hecho confirmado que *la mayor fuerza evangelizadora ha sido siempre la de los mártires*, testigos invencibles de Cristo Salvador. Es el grano de trigo que cae en tierra el que, muriendo, da mucho fruto (Jn 12,24). Del mismo modo, es también un dato cierto en la historia de la Iglesia antigua o actual, que cuando el pueblo cristiano se cuida mucho de «conservar su vida» en este mundo, pierde toda eficacia apostólica y evangelizadora.

La irresistible fuerza evangelizadora de los mártires es afirmada con argumento convincente en aquel *Discurso a Diogneto*, del siglo II o III: «¿No ves cómo [los cristianos] son arrojados a las fieras, para obligarlos a renegar de su Señor, y no son vencidos? ¿No ves

cómo cuanto más se les castiga a muerte, más se multiplican otros? Reconoce que eso no parece obra de hombre: eso pertenece al poder de Dios; ésas son pruebas de Su presencia» (7,7-8).

5. Espiritualidad pascual y martirial

Sacerdotes y víctimas en Cristo

Nuestras meditaciones se han iniciado contemplando el *via Crucis* de Cristo, que dura toda su vida consciente y que se consuma en el Calvario. Él es, ciertamente, el *Cordero de Dios*, enviado al mundo «para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37), y que por eso mismo, como todos los profetas anteriores enviados por Dios, es asesinado por los hombres, de modo que en el sacrificio de su sangre se logra la salvación del mundo.

Pues bien, ahora nos preguntamos acerca de nuestra propia condición de cristianos, discípulos Suyos: *¿también los cristianos estamos llamados a ser «corderos de Dios inmolados con Cristo para quitar el pecado del mundo»?* ¿También nosotros, como Cristo, hemos de dar en medio del mundo un testimonio de la verdad que nos lleve a sufrir persecución y cruz?

Sí, ciertamente; ésa es nuestra vocación: confesar a Cristo ante los hombres, ser Sus testigos en el mundo. *En Cristo se confunden su condición sacerdotal y su identidad victimal*: Él es sacerdote y víctima al mismo tiempo. Y en todos los cristianos, que ya desde el bautismo participamos de la condición sacerdotal de Cristo, por eso mismo, se da necesariamente una *vocación victimal*. Hemos de ser corderos de Dios inmolados con el Cordero humano-divino para la salvación del mundo.

«Para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros, y *él os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos*» (1Pe 2,21; + Jn 13,15). Nuestra vida, normalmente, no implicará una vocación divina tan intensamente *victimal*; pero lo que sí es cierto es que, como corderos en el Cordero pascual, estamos destinados desde el bautismo a «completar en nuestra carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). Esta vocación victimal en algunas personas –y en los sacerdotes, en general– se da con especial intensidad. Y en tales casos ha de tenerse como una gloria: «en cuanto a mí, no quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gál 6,14).

Persecución necesaria

Los cristianos experimentamos a lo largo de nuestra vida *la persecución constante de tres enemigos*, y por eso estamos siempre en «lucha con la carne, con el mundo y con el diablo» (Trento: Dz 1541; +Iraburu, *De Cristo o del mundo* 4-6). Así nos lo enseña Jesús en varias ocasiones, concretamente en la parábola del sembrador (Mt 13,1-8.18-23):

El demonio: «viene el Maligno y le arrebató lo que se había sembrado en su corazón». *El mundo*: «los cuidados del siglo y la fascinación de las riquezas ahogan la Palabra y la dejan sin fruto». *La carne*: «no tiene raíces en sí mismo, sino que es voluble, y en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la Palabra, cae en seguida», porque «el espíritu está pronto, pero la carne es flaca» (Mt 26,41).

–*La persecución del mundo*, que envuelve siempre al hombre con unos condicionamientos adversos al Reino, es completamente necesaria. No podrá el cristiano confesar a Cristo y ser testigo de su santo Evangelio sin resistir fuertes impugnaciones, porque los pensamientos y los caminos del mundo no son los pensamientos y caminos de Dios (+Is 54,8). El cristiano sale del mundo, sale de Egipto, está libre del mundo, de sus pensamientos y de sus caminos, y en un duro éxodo por el desierto, avanza con alegría hacia la Tierra Prometida.

–*La persecución de la carne* en la vida cristiana, es igualmente necesaria, pues «la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otro se oponen, de manera que no hagáis lo que queréis» con vuestra voluntad carnal (Gál 5,17).

–La persecución del demonio es también necesaria, pues ése es el oficio propio del Tentador, y el hombre, desde Adán y Eva, se ve por él combatido.

Por lo demás, como es bien sabido, *los tres enemigos están aliados contra el cristiano y atacan a éste con una coordinación permanente*, reforzándose mutuamente. El *diablo* es el príncipe de este *mundo*, y lo que el mundo quiere eso es lo que la *carne* desea. Por eso, como avisa San Juan de la Cruz, «para vencer a uno de estos enemigos es menester vencerlos a todos tres» (*Cautelas a un religioso* 3).

Persecución anunciada

Jesús, al anunciar persecuciones a sus discípulos, habla muy claramente de la persecución del *mundo*:

«Si el mundo os odia, sabed que me odió a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por esto el mundo os odia. Acordáos de la palabra que yo os dije... Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán... Y todas estas cosas las harán con vosotros *por causa de mi nombre*» (Jn 15,18-21).

«Os perseguirán; y os perseguirán por causa de mi nombre». Es un hecho cierto, anunciado, previsible. Pero tal persecución ha de ser vivida con gozo y como un honor.

«*Bienaventurados* seréis cuando os insulten y *persigan* y con mentira digan de vosotros todo género de mal *por mí*. Alegráos y regocijáos, porque grande será en el cielo vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes que vosotros» (Mt 5,11-12). «*Felices* seréis si os odiaran los hombres y os apartaran y os expulsaran y os maldijeran como a malvados por causa del Hijo del hombre. Gozáos en ese día y regocijáos, pues vuestra recompensa será magnífica en el cielo» (Lc 6,22-23).

Es, pues, muy importante que los cristianos, siendo en Cristo *sacerdotes-víctimas*, y siendo en Él *profetas* del Reino, es decir, testigos en el mundo de la Verdad divina, sepan que necesariamente van a ser perseguidos en este tiempo presente. En efecto, «*todos* los que aspiran a vivir religiosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» (2Tim 3,12). Todos.

¿Qué sentido tiene, pues, que un padre de familia, o un obispo, o el director de un colegio católico, o un periodista o político, renuncie a ciertas acciones cristianas, y calle el testimonio de la *verdad* de Cristo, o ponga en duda su oportunidad, *porque* prevé que a causa de esas acciones y palabras se le habría de venir encima la persecución del mundo? ¿Acaso no la espera? ¿O es que estima que puede ser fiel a Cristo evitando la persecución, es decir, el martirio? Hablando y obrando cristianamente ¿esperaba quizá del mundo –incluso de los hombres de Iglesia mundanizados, que son tantos– otra reacción distinta, acogedora y favorable? ¿Cómo se explica, pues, que ponga en duda la calidad evangélica de sus propias acciones *a causa* de la persecución que ellas le ocasionan o pueden ocasionarle, si precisamente *la persecución del mundo es el sello de garantía de cualquier acción evangélica*?

Confesores y testigos

Ante la necesaria y anunciada persecución del mundo, no caben, como ya vimos, sino dos alternativas: los *cristianos fieles* son los confesores de Cristo y sus mártires, los que padecen alegremente por amor a Él la persecución, y permanecen fuertes en la Palabra divina, y por tanto en la verdad y en el bien. Por el contrario, los *cristianos infieles* son los pecadores y los apóstatas, es decir, aquellos que, avergonzándose de la cruz de Cristo, aceptan en su *frente* y en su *mano* –en su pensamiento y en su conducta– el sello de la Bestia, y escapan así a la persecución del mundo.

Quede claro, en todo caso, que los cristianos en este mundo han de verse necesariamente puestos a prueba por sus tres enemigos, demonio, mundo y carne. ¿Cuál será su respuesta? ¿Y cuáles serán las consecuencias de la fidelidad o de la infidelidad?

«A todo el que me *confesare* delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos. Pero a todo el que me *negare* delante de los hombres, yo lo negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 10,32-33).

El Nuevo Testamento, en éste y en otros lugares, habla de la necesidad de *confesar* a Cristo, de ser fieles a la *confesión* de la fe (*homologeo, homologia*; por ejemplo, Hch 23,8; Jn 9,22; 2Cor 9,13; Heb 3,1). Los *confesores* son semejantes a los *mártires*, pues también ellos dan testimonio de Cristo, de la Palabra divina, ante el mundo, arriesgan su vida y padecen persecución. Ellos son bienaventurados porque, a causa del Hijo del hombre, sufren el odio de sus contemporáneos, que les desprecian y apartan, les expulsan y maldicen (Lc 6,22-23).

La prueba, insisto, es inevitable, y por ella ha de pasar en este mundo todo verdadero cristiano. Por ejemplo, San Pedro *niega* tres veces al Señor en una ocasión muy grave (Mt 26,7-74), y *confiesa* a Cristo en una opción de amor que va a ser decisiva para él (Mt 16,16).

Espiritualidad cristiana, espiritualidad pascual-martirial

La vida cristiana es una participación continua en la Cruz y en la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Cristo, en efecto, fue «entregado por nuestros pecados, y resucitado para nuestra justificación» (Rm 4,25). Y desde entonces el martirio de Cristo es continuamente el modelo y la causa de nuestra vida martirial, vida nueva, santa, sobrenatural.

«Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio... Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados» (Heb 10,12.14). «Cristo murió una vez por los pecados —el Justo por los injustos—, para llevarnos a Dios» (1Pe 3,18). «Nosotros sufrimos con Cristo para ser también con Él glorificados» (Rm 8,17). Todo el lenguaje del Nuevo Testamento está penetrado de esta estructura pascual: muerte-vida; cruz-resurrección; pecado-gracia... Y lo mismo nos dice la Liturgia: Cristo, «muriendo, destruyó nuestra muerte [y el pecado, su causa]; y resucitando, restauró la vida» (*Pref. I de Pascua*).

Vivimos, pues, siempre, en cada instante de nuestra vida cristiana, de la virtualidad santificante del Misterio Pascual de Cristo. Vivimos permanentemente de Cristo, de su Cruz y de su Resurrección. «Él subió al madero, para que nosotros, muertos al pecado, vivamos para la justicia» (1Pe 2,23). Así pues, nosotros, «*si morimos con Él, viviremos con Él*» (2Tim 2,11). Podemos, en efecto, *seguirle si llevamos la cruz* de cada día. Participamos de Su vida en la medida en que participamos de su muerte. Y por eso «los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias» (Gál 5,24).

El P. Ángel María Rojas, S.J., escribe: «Jesús realiza la Redención con el sufrimiento de su Cuerpo Físico. Pero la abre para que se continúe con el sufrimiento del Cuerpo Místico. La Redención no excluye, sino que exige la participación de cada hombre en el Sacrificio de Cristo» (*¿Para qué sufrir?* EDAPOR, Madrid 1990,65).

Pues bien, esa participación salvífica en el misterio pascual de Cristo ha de hacerse por varias vías fundamentales: 1) *en la Liturgia* y en los sacramentos; 2) *en todo el bien* que hacemos; 3) *en todo el mal* que padecemos; 4) y a veces, incluso, *en el martirio*.

1.– en la Liturgia de la Iglesia

–*En el Bautismo* participamos sacra-mentalmente de la pasión del Señor, muriendo al hombre viejo, y nos unimos a su resurrección gloriosa, renaciendo a una vida nueva, la vida sobrenatural de los hijos de Dios.

«¿Ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos con él sepultados por el bautismo en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6,3-4; +Col 2,12-13).

–En la Eucaristía es donde más plenamente obra sobre nosotros el misterio pascual del Salvador, pues ella es precisamente el memorial de su pasión y de su resurrección. Nuestro Señor Jesucristo, *por la fuerza de su Cruz*, nos fortalece para que podamos matar en nosotros al hombre viejo, con todos sus pecados y malas inclinaciones; y *por la fuerza de su Resurrección*, nos vivifica y renueva, dándonos los impulsos de gracia que nos son precisos para crecer en toda clase de bienes.

Los cristianos, pues, vivimos de la Eucaristía. Con toda razón se dice que es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (LG 11a).

Y por eso hay que pensar que los cristianos que habitualmente viven alejados de la Eucaristía apenas han entendido nada del cristianismo: apenas tienen fe o no la tienen. Viven quizá una visión ético-voluntarista de la condición cristiana, que tiene muy poco que ver con la fe verdadera, la única que salva.

–En la Penitencia: cuando el pecado ha disminuido o suprimido de nosotros la vida de Cristo, de nuevo su Cruz y Resurrección nos hace posible sacramentalmente morir al pecado y renacer a la vida.

«Dios, Padre misericordioso –reza el sacerdote ministro del sacramento–, que reconcilió consigo al mundo *por la muerte y la resurrección de su Hijo*, y derramó el Espíritu Santo para el perdón de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz. Y yo te absuelvo + ... *La pasión de nuestro Señor Jesucristo*, la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, *el bien que hagas y el mal que puedas sufrir*, te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de gracia y premio de vida eterna» (*Ritual de la Penitencia*).

–Y en los demás sacramentos esa misma virtualidad santificante del Misterio Pascual de Cristo opera santificando a los fieles bien dispuestos.

Ahora bien, aunque nuestra participación en la pasión y resurrección de Cristo la hacemos tan eficazmente en la Eucaristía y los sacramentos, también *en toda nuestra vida, instante por instante*, hemos de hacer nuestra la fuerza salvadora de la cruz de Jesús: lo mismo en *el bien* que hacemos, que en *el mal* que padecemos. Bien claramente nos lo enseña el Maestro: «si alguno quiere venir detrás de mí, *niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz* (muerte) y *sígame* (vida)» (Lc 9,29). Es el Misterio Pascual vivido día a día, instante por instante. Es ésta la vida cristiana. No hay otra posible.

2.– en todo el bien que hacemos

«Si morimos con Él, viviremos con Él». En cada obra buena, merecedora de vida eterna, en cada instante de la vida de la gracia, morimos-resucitamos con Cristo: tomamos su cruz y lo seguimos, pues es la fortaleza de su cruz la que nos permite vencer las impugnaciones de la carne, del mundo y del demonio; y es la fuerza de su resurrección la que nos mueve eficazmente a la obra buena, grata a Dios.

En efecto, coexisten en nosotros *el hombre carnal y el hombre espiritual*, que tienen deseos contrarios, absolutamente inconciliables. Por tanto, si no matamos los malos deseos del hombre carnal (cruz), será imposible dejar obrar en nosotros al Espíritu de Cristo (resurrección).

Ya no hemos de vivir «según la carne, sino según el Espíritu... La tendencia de la carne es muerte, pero la del espíritu es vida y paz... Si vivís según la carne, moriréis; pero si con el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis» (Rm 8,4-13; +Gál 5,16-25).

Todas nuestras victorias están, pues, precedidas y causadas por la victoria pascual de Cristo. Nuestro Salvador, con el martirio de su vida, consiguió que nosotros, bajo el influjo de su gracia martirial, pudiéramos morir a las obras de la carne y perseverar en las obras buenas del Espíritu.

Y así como en Cristo son inseparables la muerte y la resurrección, *también en nosotros se da esa inseparabilidad entre muerte y vida*. Si no participamos de la cruz, es *imposible* que tengamos acceso a la vida del Resucitado. Pero es *imposible* igualmente que, participando de la Pasión de Cristo, no vengamos a experimentar la vida de su Resurrección.

A veces, hacemos el bien *con gozo*, sin experimentar apenas la cruz que lo hace posible. Otras veces, por el contrario, obramos el bien *con dolor*, sin apenas ver sus frutos ni en nuestro interior ni en el exterior. En principio, cuanto mayor es el amor en la obra buena, menor es la cruz a la hora de realizarla. Pero en todo caso, que al hacer el bien no sintamos el peso de la cruz o que los experimentemos en mayor o menor grado, viene a ser algo accidental. Lo substancial es que todas nuestras buenas obras están *causadas* por la Pasión y la Resurrección del Salvador.

Por otra parte, a la realización de la obra buena se opone no solamente la debilidad y la mala inclinación de *la carne*, sino también la persecución del *mundo*. Y ya sabemos que carne y mundo luchan siempre juntos, confortados por *el diablo*, aunque su persecución se produzca normalmente en forma oculta.

Veamos con algunos ejemplos cómo cualquier obra buena, siendo contraria a la carne, el mundo y el demonio, se realiza con la fuerza de Cristo, es decir, en virtud de su pasión y de su resurrección.

–Perdonar una ofensa es un gran gozo, que nos permite guardar la unidad fraterna y vivir en paz y alegría (resurrección); pero no es posible perdonar de verdad, y menos sonriendo, si no se matan los deseos rencorosos del hombre carnal, incapaz de «amar a los enemigos» (cruz).

–Dar una limosna alegre mucho a nuestro hermano, y también a nosotros, pues así mejoramos su situación y estrechamos con él nuestra amistad (resurrección); pero requiere negar el egoísmo de la carne, que odia el dar y que nunca estima suficiente lo que ya posee (cruz). Es verdad que, en principio, si se da con gran amor, ni se nota la cruz: sólo el gozo. «Dios ama al que da con alegría» (2Cor 9,7). Pero cuando el amor es pequeño, la limosna duele, y no puede darse sin cruz. Notemos, sin embargo, que en ambos casos la limosna está causada por la pasión y la resurrección de Cristo.

–Aceptar la vocación apostólica, tenga ésta la forma concreta que sea, sólo es posible dejándolo todo (cruz) y siguiendo a Jesús (resurrección). En otras palabras: si un cristiano lo deja todo y sigue a Jesús, esto es algo que solamente ha podido hacer en virtud de la Cruz y de la Resurrección de Cristo. Por eso –dicho sea de paso– es normalmente imposible que un cristiano alejado de la Eucaristía pueda oír y pueda seguir la llamada del Señor.

–Perseverar en la oración, que muchas veces es una muerte tan penosa para el hombre carnal (cruz), introduce al hombre en el país de la vida, en un mundo de verdad, de amor y de paz (resurrección), que verifica e ilumina el mundo presente, desde la intimidad con las Personas divinas. Pero esto sólo es posible porque Cristo murió y resucitó para salvarnos.

–Abrir para Dios el propio horario, reservándole y dedicándole especialmente algunos tiempos –misa, lectura espiritual, obras de apostolado y servicio–, lleva a la paz y al gozo (resurrección). Pero como el horario de cada día es tan limitado –veinticuatro horas–, eso no será posible sin privar al hombre carnal en alguna medida de ciertas actividades que le son muy gratas (cruz). Es necesario quitar tiempo de un lado para ponerlo en otro. Y es que no es posible volverse más al Creador sin dedicarse menos al consumo y gozo de sus criaturas. Concretamente, por ejemplo, apagar el televisor, terminar una conversación o una lectura, dejar para mañana un trabajo atractivo, es algo que al hombre carnal le cuesta no poco (cruz), pero le abre a una vida más luminosa, digna y alegre, más libre y fecunda (resurrección). Salga el hombre carnal de Egipto, adéntrese en el desierto, y gozará llegando a la Tierra Prometida.

–Adoptar costumbres cristianas (vida), con perfecta libertad del mundo circundante y de sus miserias, partiendo de la originalidad absoluta del Evangelio, es una maravilla, pero no es

posible sin renunciar a los criterios, costumbres y modas perversas del mundo (muerte). Sin esta muerte, no puede conseguirse aquella vida. Y esto lo vemos en todos los aspectos concretos de nuestra vida: en la distribución del horario o del dinero, en la conducta con amigos, novios o esposos, en los modos de pasar el fin de semana o las vacaciones, en la asistencia a playas y piscinas o a ciertas fiestas y espectáculos, en la compra de cosas superfluas.

– Vivir la pobreza evangélica es mortificar el egoísmo y las codicias del mundo (muerte) y renacer a la caridad fraterna (vida). Pensemos por ejemplo en un joven rico, que desea comprarse una gran moto de lujo, semejante a la que tienen todos sus amigos: una máquina tan cara e innecesaria como peligrosa. Negarse ese gusto injustificable, le puede llevar a quedarse solo, a tener peleas con los amigos, y no pocas veces a hacer el ridículo (cruz). Se ve este joven rico en la situación de un caballero antiguo que tuviera que ir a reunirse con sus compañeros, todos ellos jinetes de magníficos caballos, caminando a pie o montado en una mula. Sí, ciertamente, para este joven renunciar a esa moto es morir; pero es morir para poder vivir una vida nueva, preciosa, sobreabundante (resurrección). Es imposible vivir el Evangelio sin entrar en duros contrastes con la vida común del mundo que nos rodea.

– Decir la verdad en este mundo, en muchas ocasiones, apenas es posible sin aceptar muertes muy duras de burla y marginación (cruz); pero solo así nos es dado vivir en el Espíritu, vivir la alegría del Evangelio, y vivificar a otros (resurrección).

– Sin amor a la cruz no solo es imposible hacer la voluntad concreta de Dios, sino que incluso es imposible discernirla. Sin amor a la cruz, tanto el discernimiento recto como la buena acción que le sigue son imposibles, ya que, por principio, el hombre carnal trata por todos los medios de evitar el sufrimiento, autorizándose a sí mismo a rechazar la cruz.

Es la cruz la que nos permite ser *confesores* de Cristo y *mártires* suyos, haciendo el bien contra carne, mundo y diablo. Es la cruz la que nos lleva a una vida nueva en Cristo tan maravillosa que ni siquiera hubiéramos llegado a soñarla.

Es la unión al Crucificado la que nos posibilita orar y perseverar en la oración, ser castos y laboriosos, decir la verdad, perdonar las ofensas, realizar obras de servicio o de apostolado, perseverar en ellas, guardar la unidad conyugal o fraternal... Todas estas maravillas son inaccesibles sin amor a la cruz. Por el contrario, el rechazo de la cruz nos cierra a la verdadera Vida, nos deja en nuestra miseria, en nuestra mediocridad maligna y estéril, nos mantiene cautivos de la carne, del mundo y del demonio.

— Siempre que pecamos rechazamos la cruz. Es importante que conozcamos esto claramente. Siempre que pecamos, nos negamos a confesar a Cristo y a ser mártires suyos. Siempre, en todo pecado, sea éste cual fuere, nos avergonzamos de la cruz de Cristo, pues en lugar de mortificar al hombre viejo y carnal, le permitimos seguir su voluntad nefasta. La cruz hubiera podido matar sus malas tendencias, pero la hemos rechazado. Pecar es, pues, siempre despreciar la Sangre de Cristo, hacerla estéril, avergonzarse del Crucificado. «¡Se eliminó el escándalo de la cruz!» (Gál 5,11).

San Pablo expresa con gran fuerza este aspecto martirial y crucificado de la vida cristiana: «no te avergüences jamás del testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que soy su prisionero. Al contrario, soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio, ayudado por la fuerza de Dios... Por esta causa sufro yo, pero no me avergüenzo, porque sé bien a quién me he confiado» (2Tim 1,8.12)

– Siempre que obramos el bien es porque, tomando la cruz de Cristo, entramos a participar de su Resurrección, venciendo martirialmente carne, mundo y demonio.

«Vosotros tenéis que consideraros muertos al pecado (cruz), pero vivos para Dios en Cristo Jesús (resurrección)» (Rm 6,11). Por tanto, «*mortificad* vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia... *Despojáos* del hombre viejo con todas sus obras (cruz), y *vestíos* del nuevo (resurrección)» (Col 3,5-10).

Es así como el Padre «nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los

pecados» (1,13-14). Es de este modo como los cristianos vienen a ser confesores y mártires de Cristo:

Los fieles cristianos han rechazado el signo de la Bestia en su frente y en su mano, y aceptando la persecución del mundo, a veces muy dura, han guardado la verdad de Cristo, permaneciendo en el bien de su gracia (Ap 13). De este modo todos ellos han sido «degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que han guardado» (Ap 6,9). En efecto, todos los que llegan a la victoria final decisiva «vienen de la gran tribulación y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero» (7,14). Sin tomar la cruz, no hubieran podido llegar a la Resurrección. Todos ellos son, pues, confesores y mártires de Cristo.

3.– en todo el mal que padecemos

«Si morimos con Él, viviremos con Él». En cada pena que padecemos, en cada instante doloroso de nuestra vida, tomamos la cruz de Cristo y lo seguimos. Nuestras cruces son realmente cruz de Cristo, y por tanto son ofrendas gratas a Dios, que tienen inmensa fuerza para santificarnos y para santificar a los hombres.

–Es importantísimo que sepamos reconocer en nuestras cruces la cruz del Señor. Son muy variadas las penas que sufrimos, penas corporales, afectivas o espirituales, o mezcla de unas y otras. Unas veces son penalidades sin culpa (limpias), otras veces proceden de culpa propia o de culpa ajena (sucias). Pero siempre son penas que afligen a quienes somos miembros del Cuerpo de Cristo, y por tanto son siempre cruz de Cristo, también aquellas que tienen un origen culpable.

Santa Teresa sabe que *en sus penas personales está sufriendo el mismo Jesús*, y que de Él, del Crucificado, reciben su mérito: «para que las persecuciones e injurias dejen en el alma fruto y ganancia es bien considerar que [la ofensa] primero se hace a Dios que a mí, porque cuando llega a mí, el golpe ya está dado a esta Majestad por el pecado... *Si Él lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros?* El sentimiento había de ser por la ofensa de Su Majestad, pues a nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra de este cuerpo, que tan merecido tiene el padecer. *Morir y padecer* han de ser nuestros deseos» (Apuntaciones 3).

–Es importantísimo, igualmente, que hagamos siempre nuestras, por la aceptación libre, amorosa y esperanzada, todas y cada una de las penas que puedan afligirnos, sean pequeñas o grandes, dignas o lamentables, espectaculares o triviales, limpias o sucias: son siempre penas nuestras y, por tanto, penas de Cristo Crucificado, cuyos miembros somos nosotros.

*–Hemos de evitar, pues, siempre ver las penas como absolutas negatividades. Nunca un discípulo de Cristo debe consentir en sentimientos de negatividad ante ciertas penalidades: «qué asco, qué rabia, qué contrariedad, qué calamidad»... Nunca ha de experimentar esas circunstancias adversas como *contrariedades*. Aquel que en todo momento busca únicamente cumplir la voluntad de Dios no sufre jamás propiamente *contrariedad* alguna, pues en todo lo que sucede reconoce la Voluntad divina providente: «sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que lo aman» (Rm 8,28). Aquel que, como Cristo, no ha venido al mundo a hacer su voluntad propia, sino la voluntad del Padre (Jn 6,38), en nada sufre contrariedad alguna.*

*–El único que puede sufrir contrariedades es el hombre carnal, cuya pobre voluntad se ve, sin duda, *contrariada* muchas veces por tantas condiciones adversas. Pero para el hombre espiritual, que ama la cruz, todo es favorable, tanto lo adverso como lo agradable.*

El cristiano carnal, empeñado en hacer su voluntad en todo, experimenta sin cesar *contrariedades*, o si se quiere *negatividades*, y es como un moscardón encerrado en una habitación, que vuela descontroladamente, golpeándose con las paredes y los vidrios: «qué rabia, qué asco, qué contrariedad». El que mantiene esta actitud espiritual tan torpe, más o menos conscientemente, rechaza la cruz de Cristo, se avergüenza de ella, y piensa con frecuencia que tal situación o circunstancia es lamentable, inútil, que no sirve de nada, y que ha de ser eliminada cuanto antes. Para ello, por supuesto, estima que *todos los medios son legítimos*, pues considera esa situación tan penosa como algo realmente *inadmisible*.

–El cristiano carnal rechaza la cruz en su vida. Venera la cruz en el Calvario, en la liturgia del Viernes Santo, en la vida de los santos; pero no tiene ninguna facilidad para reconocer y venerar la cruz de Cristo en su propia vida. Muchos cristianos incurrir en este error terrible, que les amarga la vida, y que les priva miserablemente de los más preciosos méritos de su existencia en la tierra.

Y en ese error, aunque parezca increíble, *incurrir también personas de vida religiosa.* «La priora nos hace trabajar demasiado –dirá una monja con amargura–. A veces, a última hora, en vez de estar rezando en el coro, nos vemos obligadas a terminar trabajos en el obrador» («qué rabia, qué asco, qué contrariedad» –es lo que se escucha en el fondo de esa queja–). «Nuestro Obispo es terriblemente indeciso y cambiante –dirá un párroco–: un día dispone una cosa, otro día otra. Es un horror» (al fondo se oye: «no hay modo así de hacer un trabajo pastoral con fruto»). Etc.

Esas *quejas* tan sinceras están expresando una profunda ignorancia del misterio de la cruz. Parecen afirmar que, obviamente, la santificación propia y ajena serían procuradas *mejor y más rápidamente* si la Providencia divina dispusiera medios más positivos –una priora más prudente o un Obispo más estable, etc.–. Como si Dios obrase el bien solamente a través de cosas *buenas*, y no consiguiera realizarlo a través de las *malas*. Sin embargo, ¡la cruz de Cristo está hecha, en cada una de sus astillas, de pura miseria, pecado y abominación!

–Tiene que haber, pues, un empeño orante, solícito, continuo y sistemático, para ir «positivizando» (+) todas las presuntas «negatividades» (–) de nuestras vidas, viendo en ellas y aceptando en ellas la cruz misma de Jesús. Y con ese fin hemos de revisar continuamente cuáles son «nuestras penas» más habituales, para reconocer en ellas la cruz del Señor, la que nos salva, y de este modo, aceptando las penas de verdad, hacer de ellas «penas nuestras», realmente nuestras. Pues nuestras penas, mientras las consideramos como pura negatividad, avergonzándonos de la cruz de Cristo, no son realmente nuestras, puesto que las rechazamos con asco y desprecio.

Esta verdad es tan importante y tan ignorada que convendrá reafirmarla con ejemplos bien concretos y variados, aún a riesgo de cansar al lector:

–«Como mi hermana apenas trabaja, yo tengo que trabajar el doble. Qué miseria de vida» (–) ... Positivizado esto con la cruz de Cristo, queda así: (+) «Bendito sea Dios que, gracias a que mi hermana apenas trabaja, me concede diariamente la gracia de trabajar el doble». Para la persona que así piensa en fe, trabajar el doble es una cruz igualmente preciosa y aceptable si es limpia –la hermana no trabaja porque está enferma– o si es sucia –la hermana no trabaja por perezosa–. En ambos casos acepta la cruz igualmente, reconociendo en su propia cruz personal la cruz de Cristo, santa y santificante.

–«Estoy desmemoriado, todo se me olvida o se me pierde, y cualquier trabajo me cuesta el doble de lo normal. Qué miseria. Y lo peor es que no tiene remedio. Más aún, todo hace pensar que esto irá a peor» (–)... La luz de la fe cambia por completo en positivo esa visión: (+) «Alabado sea Jesucristo que, a mí, incapaz de mortificaciones voluntarias, me da con tanto amor, en su peso y grado justos, la cruz continua, no pequeña, de la poca memoria. Más grandes penas merezco».

–«Soy fea, nadie me busca... Soy tímido, tengo mala salud... Soy débil y triste, y acciones para otros fáciles e incluso gratas, son para mí un tormento, un imposible... Qué mala suerte he tenido en esta vida» (–) . Positivizado: (+) «Soy un privilegiado de Dios, que, con ocasión de mis grandes limitaciones y defectos, me ha configurado al “Varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos”, haciéndome participar así maravillosamente de la obra de la Redención»

–«Por mi culpa –o por la culpa de tal persona– fallé y fracasé, y ahora me veo obligado a seguir este camino horrible. Y esto ya no tiene arreglo. Es sencillamente desesperante. ¿Cómo no voy a estar amargado?» (–) Positivizado: (+) «Gracias, Señor, que me concedes pagar por mis culpas –o por las culpas de otros– en esta vida, y me lo descuentas para el purgatorio. Todas estas penas mías, unidas a tu cruz, valgan para expiación de mis pecados y de los del mundo entero».

–*Procurar el remedio de los males concretos en modo alguno se opone a la aceptación de la cruz. Más aún, esas positivaciones de los males, realizadas en virtud de la cruz poderosa de Cristo, no solamente no impiden ponerles remedio, sino que lo facilitan muchas veces.*

Si la hermana del primer ejemplo mantiene todo su cariño hacia su hermana perezosa, será mucho más probable que ésta vuelva a cumplir sus deberes. Si el enfermo lleva con buen ánimo su enfermedad, es mucho más probable que recupere la salud.

–*Recordemos bien, por otra parte, que nuestras culpas son siempre mucho mayores que las penas que nos oprimen. El Señor «no nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestras culpas» (Sal 102,10). A la hora de aceptar las cruces personales es muy importante tener esto bien claro. Quizá, en un asunto concreto, no haya proporción exacta entre culpa y pena, pero siempre la hay, en el conjunto de la vida, entre nuestras culpas y nuestras penas.*

–*Si viéramos el valor de nuestras cruces, no querríamos que éstas nos faltaran nunca. Conoceríamos que la cruz es lo más valioso que hay en nuestras vidas. Diríamos como Santa Teresa: «o padecer o morir». O como San Juan de la Cruz: «jamás, si quiere llegar a la posesión de Cristo, le busque sin la cruz» (Cta. 24).*

«Porque para entrar en estas riquezas de Su sabiduría, *la puerta es la cruz*, que es angosta, y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos» (Cántico 36,13).

–En fin, *todas las mortificaciones voluntarias, corporales, espirituales o afectivas*, asumidas por iniciativa nuestra, nos asocian más hondamente al misterio de la Redención, es decir, a la cruz y a la resurrección de Cristo.

De muchos modos, pues, los cristianos, aceptando los diversos males de esta vida, nos configuramos al Crucificado, y así venimos a ser en este mundo *confesores* de Cristo y *mártires* suyos.

4.– en el martirio

«*Si morimos con Cristo, viviremos con Él*». Los cristianos que son fieles a su vocación en este mundo «guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (Ap 12,17). Pero esto es precisamente porque no se avergüenzan de su cruz. Por eso pueden confesar a Cristo ante los hombres y ser entre ellos *Sus testigos*. Éstos son los que, con tal de seguir a Jesús, no dudan en «perder sus bienes», los que sean, e incluso no vacilan en «negarse a sí mismos» y «perder la propia vida». Llegada la ocasión y si es preciso, no vacilan en arrancarse ojo, pié o mano. Y si así lo quiere Dios, no dudan en «dejarlo todo» para «seguir» a Jesús en la vida apostólica. En fin, si así lo dispone Dios, tampoco vacilarán en elegir el martirio, cuando la otra alternativa sea la apostasía.

Según todo lo que hemos visto, queda claro que *los cristianos viven del Resucitado*, participando continuamente del misterio de su Pasión. Día a día participan del Misterio Pascual: 1–en *la eucaristía*, recibiendo a Cristo, que entrega su cuerpo y derrama su sangre, aprenden a darse y entregarse al Padre y a los hombres con Cristo, y son potenciados por el Espíritu Santo para hacerlo; y es así como vienen a ser capaces de 2–hacer *bienes* y 3–padecer *males* cristianamente, por la fuerza de la Cruz y de la Resurrección de Jesús. Y si así lo dispone Dios en su providencia, están siempre bien dispuestos a 4–*padecer el martirio*, «perdiendo la propia vida», aceptando la muerte corporal «por Cristo», «por causa de su Nombre».

En la historia de la Iglesia las *Actas de los Mártires* han sido uno de los libros más leídos por los fieles. Y así debe ser. Si nada ilumina y mueve tanto como la meditación de la *Pasión del Señor*, ninguna lectura espiritual transmite tanta luz y gracia como las *Pasiones de los Mártires* antiguos o recientes. A la luz de esos ejemplos es donde los cristianos aprenden a discernir el bien y el mal, a conocer la voluntad de Dios, a permanecer en el bien y a evitar el

mal a costa si es preciso de todos los bienes y de la propia vida. Es difícil, por no decir imposible, que los cristianos no se pierdan en medio de las tormentas de carne, mundo y diablo, si no tienen siempre ante los ojos la cruz, *el Martirio de Cristo y de los cristianos*.

Santo Tomás dice: «basta la pasión de Cristo para guía y modelo de toda nuestra vida» (*Confer. Credo* 6). Y San Pablo de la cruz: «es cosa muy buena y santa pensar en la pasión del Señor y meditar sobre ella, ya que por este camino se llega a la santa unión con Dios. En esta santísima escuela se aprende la verdadera sabiduría: en ella la han aprendido todos los santos» (*Cta.* 1,43).

Dígase más o menos lo mismo de las *Pasiones de los mártires*. La devoción a los mártires y al martirio es, pues, una dimensión de suma importancia en la vida del cristiano, concretamente es una de las *devociones populares* más profundas. Y la razón es simple: la devoción al martirio es la misma devoción a la cruz, pero contemplada ésta en los miembros de Cristo. *La pasión de los cristianos es pasión de Cristo*, según se ve en aquellas palabras de Jesús: «Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (*Hch* 9,4-5; 22,7-8;26,14-15).

–*Toda la vida cristiana, vivida con fidelidad, es, pues, un continuo martirio, es un testimonio permanente de la verdad del Evangelio, es una ofrenda espiritual que no cesa, siempre impulsada por Cristo desde su Cruz y su Eucaristía.*

San Ambrosio dice que «si muchas son las persecuciones, también son muchos los martirios. Día a día eres testigo (mártir) de Cristo.

«Fuiste tentado con el deseo de *fornicación*, pero, por temor al juicio venidero de Cristo, no creíste que debías mancillar la pureza del alma y del cuerpo. Mártir eres de Cristo.

«Te tentó el afán de la *avaricia*, de asaltar la heredad de tu inferior, violar el derecho de la viuda indefensa; sin embargo, por la contemplación de los mandatos divinos, te decidiste antes a prestar ayuda que a ocasionar injuria. Testigo eres de Cristo.

«Tu tentación fue un impulso de *soberbia*; pero, al ver al pobre y necesitado, te compadeciste piadosamente, preferiste abajarte que mostrarte arrogante. Testigo eres de Cristo...

«¿Quién es más *testigo veraz* que aquel que, cumpliendo los preceptos evangélicos, confiesa que el Señor se hizo hombre?... ¡Cuán numerosos, pues, son cada día *los mártires ocultos* de Cristo, cuán numerosos los que lo confiesan!» (*Com. Salmo 118, sermón* 20,47).

Consideremos, pues, ahora más detenidamente el misterio del martirio cristiano, su naturaleza teológica, su definición descriptiva, su identidad profunda en el ámbito de la Iglesia.

6. Teología del martirio

Teología del martirio según Santo Tomás

Siendo el concepto teológico de *martirio* una elaboración de la tradición de la Iglesia, nos interesa especialmente la doctrina de Santo Tomás de Aquino, pues en este tema, como en otros, el Doctor Angélico no hace sino sistematizar teológicamente la doctrina de la Biblia y de la Tradición. Por otra parte, la enseñanza tomista sobre el martirio, tal como se expone en la *Summa Theologica* II-II, cuestión 124, en cinco artículos, ha marcado mucho la enseñanza de los teólogos.

Art. 1: El martirio es un acto de virtud

Propio de la virtud es hacer que la persona permanezca en la verdad y en el bien. Y «es esencial al martirio mantenerse por él firme en la verdad y en la justicia contra los ataques de los perseguidores. Es, pues, evidente que *el martirio es un acto virtuoso*».

Los santos Niños Inocentes, honrados desde antiguo por la Iglesia como mártires, constituyen una excepción, pues no pueden obrar virtuosamente, ya que carecen del uso de razón y de voluntad. Convendrá, pues, pensar en esto que «así como en los niños bautizados los méritos de Cristo obran en ellos por la gracia bautismal para obtener la gloria, así a los niños muertos por Cristo dichos méritos les dan la palma del martirio».

Podría objetarse: si es un acto virtuoso, ¿por qué la Iglesia ha prohibido desde antiguo buscar el martirio voluntariamente? Santo Tomás responde que ciertos mandamientos de la Ley divina nos exigen solamente una «disposición del alma» para cumplirlos «en el momento oportuno». Es, pues, virtuoso y necesario estar pronto a sufrir por Cristo persecuciones, si éstas llegan. Pero no es lícito buscar estas persecuciones o provocarlas; por una parte, sería en el mártir una temeridad, y por otra, sería incitar a los perseguidores para que realicen un crimen.

Art. 2: El martirio es un acto de la virtud de la fortaleza

Muchas virtudes son ejercitadas por el mártir: la paciencia, la caridad, la fortaleza, etc. Ha de considerarse, sin embargo, que el martirio es un acto elícito de la virtud de la *fortaleza*, que obra bajo el imperio de la *caridad*; y que también la *paciencia* de los mártires es alabada por la tradición cristiana.

Santo Tomás, siguiendo a Aristóteles, estima que «la fortaleza se ocupa de vencer el temor más que de moderar la audacia», y que lo primero es más difícil y principal que lo segundo. Por eso enseña que «resistir, esto es, permanecer firme ante el peligro, es un acto más principal [de la fortaleza] que atacar» (II-II, 123,6).

En efecto, «por tres razones resistir es más difícil que atacar». El que resiste permanece firme ante quien se supone en principio que es más fuerte. Por otra parte, el peligro está presente en la resistencia, pero es futuro en el ataque. Y en tercer lugar, el ataque puede ser breve o instantáneo, mientras que la resistencia puede exigir una larga tensión de la fortaleza.

Pues bien, el mártir ejercita la virtud de la fortaleza *resistiendo* un mal extremo, la muerte corporal, y «no abandona la fe y la justicia ante los peligros de muerte». Por eso la fortaleza es la virtud, es decir, «el hábito productor» del martirio (124,2).

Pero también es cierto que es la caridad, es la fuerza del amor, la que mantiene fiel al mártir. «De ahí que el martirio sea acto de *la caridad* como virtud imperante, y de *la fortaleza* como principio del que emana. Pero el mérito del martirio le viene de la caridad» (*ib.*), pues «si repartiere toda mi hacienda y si entregara mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha» (1Cor 13,3).

Art. 3: El martirio es el acto más perfecto

Si el martirio se considerara solo como un acto de la fortaleza, habría otros posibles actos cristianos más perfectos y meritorios. Pero si se considera como *el acto supremo de la caridad es, sin duda, el más perfecto y meritorio acto cristiano*. Y el martirio se sufre precisamente por amor «a Cristo», a su Reino, a la Comunión de los Santos. Él mismo Jesús dice a sus discípulos: todas esas persecuciones las sufriréis «por mí» (Mt 5,11), «por causa del Hijo del hombre» (Lc 6,22), «por causa de mi nombre» (Jn 15,21).

Así pues, «el martirio es, entre todos los actos virtuosos, el que más demuestra la perfección de la caridad, ya que tanto mayor amor se demuestra hacia alguien cuanto más amado es lo que se desprecia por él y más odioso aquello que por él se elige. Y es evidente que el hombre ama su propia vida sobre todos los bienes de la vida presente y que, por el contrario, experimenta el odio mayor hacia la muerte, sobre todo si es inferida con dolores y tormentos corporales. Según esto, parece evidente que el martirio es, entre los demás actos humanos, el más perfecto en su género, pues es signo de la mayor caridad, ya que «nadie tiene un amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos» [Jn 15,13]» (*STh* II-II, 124,3).

Otras virtudes, unidas a la caridad, alcanzan también en el martirio su absoluta perfección:

así, la *abnegación*, por la que el mártir «se niega a sí mismo», «perdiendo su vida» (Lc 9,23-24); la *fe*, por la que da «testimonio de la verdad» hasta morir por ella (Jn 18,37), y la *obediencia* a Dios y a sus mandatos, por la que el mártir se hace «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,8).

Art. 4: El martirio es morir por Cristo

Es la propia vida la que el mártir entrega con suprema fortaleza a causa de un supremo amor a Jesucristo. Por eso la tradición de la Iglesia reserva el nombre de *mártir* a quien «por Cristo» ha sufrido la muerte, en tanto que llama *confesor* a quien por Él ha sufrido azotes, exilio, prisión, expolios, cárcel, torturas.

Nótese, sin embargo, que en la Iglesia primera todavía se da a veces el nombre de *mártires* a cristianos que han confesado la fe con grandes sufrimientos, pero sin morir por ello (p. ej., Tertuliano, +220, *Ad martyres*; S. Cipriano, +258, *Cta. 10, ad martyres et confessores Jesus-Christi*; *Ctas. 12, 15, 30*).

La muerte es, pues, esencial al martirio. En efecto, solo el mártir es testigo perfecto de la fe cristiana, pues sufre por ella la pérdida de su propia vida. Por eso a aquél que permanece en la vida corporal, por mucho que haya sufrido a causa de su fe en Cristo, no le ha sido dado demostrar del más perfecto modo posible su adhesión a Cristo, así como su menos-precio hacia todos los bienes de la tierra, incluida la propia vida. Por eso, dice Santo Tomás, «para que se dé la noción perfecta de martirio es necesario sufrir la muerte por Cristo».

La Virgen María es también aquí una excepción. Ella, al pie de la Cruz, sufre todo cuanto puede sufrir una persona humana. Y aunque no quiso Dios que fuera muerta violentamente, sino elevada en su día gloriosamente a los cielos en cuerpo y alma, es considerada por la piedad cristiana como la Reina de los Mártires. Así San Jerónimo: «yo diré sin temor a equivocarme que la Madre de Dios fue juntamente virgen y mártir, aunque ella no terminó su vida en una muerte violenta» (Epist. 9 ad Paul. et Eustoch.). Y San Bernardo: «el martirio de la Virgen queda atestiguado por la profecía de Simeón [una espada te traspasará el alma; Lc 2,35] y por la misma historia de la pasión del Señor... Éste murió en su cuerpo, ¿y ella no pudo morir en su corazón?» (Serm. infraoct. Asunción 14).

Art. 5: No solo la fe es la causa propia del martirio

«*Mártires* –dice Santo Tomás– significa *testigos*, pues con sus tormentos dan testimonio de la verdad hasta morir por ella; y no de cualquier verdad, sino de “la verdad que es según la piedad” [Tit 1,1], la que nos ha sido dada a conocer por Cristo. Y así se les llama “mártires de Cristo”, porque son Sus testigos. Y tal verdad es la verdad de la fe. Por eso *la fe es la causa de todo martirio*.

«Ahora bien, a la verdad de la fe pertenece no solo la creencia del corazón, sino también su manifestación externa, que se hace tanto con palabras como con hechos, por los que uno muestra su creencia, según aquello de Santiago: “yo por mis obras te mostraré mi fe” [2,18]. Y San Pablo dice de algunos que “alardean de conocer a Dios, pero con sus obras lo niegan” [Tit 1,16].

«Según esto, *todas las obras virtuosas, en cuanto referidas a Dios*, son manifestaciones de la fe. Y bajo este aspecto pueden ser causa de martirio. Y así, por ejemplo, la Iglesia celebra el martirio de San Juan Bautista, que no sufrió la muerte por defender la fe, sino por haber reprendido un adulterio» (II-II, 124,5).

Recordemos, sigue diciendo Santo Tomás, que «“los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias” [Gál 5,24]. Por consiguiente, sufre pasión un cristiano no solo si padece por la confesión verbal de *la fe*, sino si, por Cristo, padece por hacer *un bien* y evitar *un mal*, porque todo ello cae dentro de la confesión de la fe» (5 *ad1m*). Más aún, «como todo bien humano puede hacerse divino al referirse a Dios, cualquier bien humano puede ser causa de martirio en cuanto es referido a Dios» (5 *ad3m*).

Perseguidos por odio a Cristo y muertos por amor a Cristo

«Por mí», «por causa de mi nombre», dice Cristo en los evangelios. En efecto, el mártir *muere por Cristo* (Santo Tomás, *IV Sent.* dist. 49,5,3). Actualmente, incluso en ambientes cristianos, se concede el título de *mártir* con una gran amplitud, pero no es ésa la norma de la Iglesia antigua y la de hoy. Y en el mundo se tergiversa el término hasta degradar su sentido original. Así se habla de los «mártires» de la Revolución soviética o maoísta o castrista o sandinista o feminista, etc.

Sin embargo, que el perseguidor obre *por odio a Cristo*, o como suele decirse, *ex odio fidei*, y que el mártir muera *por amor a Cristo*, es causa necesaria para que se dé el martirio cristiano en el sentido estricto. Ha de darse «odio a la fe» o bien odio a cualquier obra buena en tanto que viene exigida por la fe en Cristo. No pueden ser, pues, considerados *mártires* sino aquellos que, habiendo sido perseguidos y muertos *por odio* a Cristo o a lo cristiano, han sufrido la muerte *por amor* a Cristo. Es el criterio que hoy también está vigente en la Iglesia para discernir en las *causas para la canonización* de los mártires. Y a veces, como se comprende, es muy difícil aplicar con seguridad este criterio a cada caso concreto.

No es, pues, mártir, en el pleno sentido cristiano del término, aquel que muere por defender una verdad natural, o por servir hasta el extremo una causa buena, un *valor*, si ese heroísmo no va referido a Cristo. Ni tampoco aquel que muere por su adhesión a una fe herética.

San Cipriano enseña que «los discordes, los disidentes, los que no están en paz con sus hermanos [en la Iglesia] no se librarán del pecado de su discordia, aunque sufran la muerte por el nombre de Cristo, como atestigua el Apóstol» (*Trat. sobre Padrenuestro* 24). Si uno se separa de la Iglesia, «no teniendo caridad, nada le aprovecha», ni dar su hacienda a los pobres, ni entregar su cuerpo a las llamas (1Cor 13,3).

Y tampoco es mártir *el que se suicida* por guardar una virtud cristiana, ya que el suicidio es siempre ilícito. Esto último tiene excepciones, como cuando la Iglesia da culto a vírgenes mártires, que por defender su castidad se dieron la muerte. En algunos casos, en efecto, advierte San Agustín, citado por Santo Tomás, «la autoridad divina de la Iglesia, basándose en testimonio fidedignos, ha aprobado el culto de estas santas mártires» (II-II, 124,1 *ad2m*).

Observaciones complementarias sobre el martirio

La exacta fisonomía espiritual del martirio ofrece en algunos casos perfiles discutibles, sobre los cuales han tratado con frecuencia teólogos y canonistas. Entre éstos destaca Benedicto XIV, en su tratado *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (Bolonia 1737; lib. III, c. XI-XXII). Sin entrar en prolijos análisis y argumentos, recordaré aquí brevemente algunas de las cuestiones más importantes.

–*¿Es lícito desear el martirio, pedirlo a Dios?* Sí, ciertamente, pues es el martirio el acto más perfecto de la caridad, el que más directamente hace participar de la Pasión de Cristo y de su obra redentora, y el que produce efectos más preciosos tanto en la santificación del mártir como en la comunión de los santos.

Es, por tanto, el martirio altamente deseable, pues por él se configura el cristiano plenamente a Cristo Crucificado: «para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos» (1Pe 2,21).

Santo Tomás afirma la bondad del deseo del martirio. Hace suya la doctrina de San Gregorio Magno, que comenta la frase de San Pablo, «el que desea el episcopado, desea algo bueno» (1Tim 3,1), recordando que cuando el Apóstol hacía esa afirmación, eran los obispos los primeros que iban al martirio (*STh* II-II, 185,1 *ad1m*). Y de hecho, muchos santos, como Santo Domingo y San Francisco de Asís, Santa Teresa y San Francisco Javier, desearon el martirio intensamente, y en ocasiones dieron forma de oración a sus persistentes deseos.

En cierto sentido, así como se habla de un *bautismo de deseo* y se reconoce su eficacia

santificante, también podría hablarse de un *martirio de deseo*, con efectos análogos, aunque no iguales, a los del martirio real.

–*¿Es lícito procurar y buscar el martirio?* Como regla general hay que decir que no (*STh* II-II, 124,1 *ad3m*). Ésa ha sido la norma de la Iglesia desde antiguo. Fácilmente habría en ese intento *presunción* poco humilde en el aspirante a mártir y una cierta *complicidad* con el crimen del perseguidor.

Algunos autores, apoyándose, por ejemplo, en el concilio de Elvira (303-306), no consideran mártires a quienes son muertos por haber destruido o profanado los templos e ídolos de los paganos.

Benedicto XIV (c. XVII), sin embargo, distingue entre las provocaciones producidas en el mismo martirio –como las que recordamos en los Macabeos o en San Esteban– y aquéllas que han podido preceder y dar ocasión al mismo.

También hay excepciones en esto. La Iglesia ha reconocido como santos mártires a no pocos fieles que, movidos por el Espíritu Santo, han buscado el martirio, han destruido ídolos, han acudido espontáneamente «ante los tribunales» para declararse cristianos, sabiendo que tales acciones, u otras semejantes, les traerían la muerte. No pocos mártires antiguos del santoral cristiano obran así. E incluso la disciplina de la Iglesia antigua permite la búsqueda del martirio a aquellos cristianos *lapsi*, que de este modo quieren expiar y retractar públicamente su anterior infidelidad ante el martirio.

–*¿Es lícito huir la persecución?* Sí, ciertamente. Cristo lo aconseja en determinadas ocasiones (Mt 10,23), y Él mismo, cuando lo estima conveniente, rehuye la muerte, como cuando tratan de despeñarlo en Nazaret (Lc 4,28-30). San Pedro huye de la cárcel, auxiliado por un ángel (Hch 12). Y también San Pablo escapa a la persecución del rey Aretas (2Cor 11,33).

Sin embargo, los obispos y pastores, que han recibido encargo de velar por el pueblo de Dios, no deben abandonarlo en la persecución (*STh* I-II, 85,5). Norma que, sin duda, tiene también lícitas excepciones prudenciales.

San Cipriano, por ejemplo, siendo obispo de Cartago, cuando más arreciaba la persecución de Valeriano, permanece huido bastante tiempo porque entiende que, en circunstancias tan difíciles, no conviene que el rebaño quede sin la guía y asistencia de su pastor. Y finalmente se entregó al martirio.

En nuestros días hemos visto, en situaciones de grave persecución, cómo unos misioneros permanecían con su pueblo, sin abandonarlos en el peligro, en tanto que otros huían, para poder seguir sirviéndolos una vez pasada la persecución. Y no puede decirse sin más que una actitud es en sí *mejor* que la otra, sino que es una elección que debe hacerse buscando la voluntad de Dios y el bien del pueblo cristiano, a la luz de la prudencia y el don de consejo, o si es el caso, sometiendo la elección al mandato de los superiores.

–*¿Son necesarias ciertas condiciones espirituales para que, por parte del cristiano, pueda darse propiamente el martirio?* ¿O más bien es indiferente la actitud espiritual del cristiano, con tal de que acepte morir por Cristo? La respuesta verdadera es que son necesarias, ciertamente, en el adulto algunas actitudes espirituales. Y por eso no puede ser considerado mártir aquel que, aunque no rechace la muerte, pudiendo hacerlo, la acepta con odio a sus perseguidores, o permaneciendo apegado a ciertos pecados, sin propósito de romper con ellos, si sobrevive.

El adulto es mártir si muere por Cristo teniendo *contrición* por los pecados pasados, o al menos *atrición* por ellos. Si el bautismo no borra los pecados del adulto cuando éste no tiene, al menos, atrición, tampoco el martirio.

Por otra parte, Cristo manda –no es un simple consejo; es un mandato– «*amar*» a los *enemigos* y «*orar*» por ellos (Mt 5,43-46). En efecto, si el martirio es un acto supremo de la caridad, ha de ser una afirmación de amor no solo a Cristo y a la comunión de los santos, sino también hacia los perseguidores. El mártir manifiesta este amor *perdonando* a sus

enemigos y *orando* por ellos. Así es como en el martirio se configura plenamente a Cristo, a Esteban y a todos los santos mártires. Como dice Santo Tomás, «la efusión de la sangre no tiene razón de bautismo [es decir, de martirio, de bautismo de sangre] si se produce sin la caridad» (*STh* III,66,12 *ad2m*).

El martirio, además, superando los miedos y angustias propios de la debilidad natural, ha de ser sufrido con *paciencia* y en confiada *obediencia* a la Voluntad divina providente. Más aún, Cristo anima y concede morir por él con *alegría*: «*alegráos y regocijáos*» (Mt 5,12; +Lc 6,22); y de hecho, por Su gracia, así han muerto los mártires cristianos: gozosos de poder consumir la ofrenda permanente de sus vidas, gozosos de poder llevar su amor a Dios y a los hombres a su más alta cumbre, gozosos de recibir de la Providencia la ocasión oportuna para dar ante el mundo el máximo testimonio de la verdad, el más persuasivo.

Efectos del martirio

El martirio es un *bautismo de sangre* que opera en el hombre los mismos efectos que el *bautismo sacramental*: borra el pecado original y los pecados actuales, tanto en la culpa cuanto en la pena; es decir, *santifica plenamente* al hombre, sea virtuoso o pecador, esté o no bautizado, sea niño o adulto. Así lo ha creído la Iglesia desde el principio.

San Cipriano escribe a Fortunato: «nosotros, que con el permiso del Señor hemos administrado a los creyentes *el primer bautismo*, debemos preparar asimismo a todos para *el otro bautismo* [del martirio], enseñándoles que éste es superior en gracia, más alto en eficacia, más ilustre en honor; un bautismo en el que son los ángeles quienes bautizan, un bautismo en que Dios y su Cristo se alegran, un bautismo tras el cual ya nadie peca, un bautismo que completa el crecimiento de nuestra fe, un bautismo que nos une a Dios en el instante de partir de este mundo. En el bautismo *de agua* se recibe el perdón de los pecados; en el *de sangre*, la corona de las virtudes. Es, por tanto, cosa digna de nuestros deseos y de pedirla con todas nuestras súplicas, para llegar a ser amigos de Dios los que somos ahora sus servidores» (*De exhort. martyrii* pref. 4).

Y San Agustín afirma, aduciendo numerosos textos bíblicos, que «cuantos mueren por confesar a Cristo, aunque no hayan recibido el baño de la regeneración, tienen una muerte que produce en ellos, en cuanto a la remisión de los pecados, tantos efectos cuantos produciría el baño en la fuente sagrada del bautismo» (*Ciudad de Dios* XIII,7). Por el martirio se unen perfectamente a la pasión de Cristo, da la que viene la virtualidad santificante del bautismo.

Por eso la Iglesia nunca ha rezado por los mártires, sino que siempre ha invocado su intercesión ante Dios. Lo único que es discutido entre los teólogos es si la santificación obrada por el martirio se produce *ex opere operato* (por la misma virtualidad de la obra) o *ex opere operantis* (por la actitud espiritual del mártir), es decir, por el acto sumo de la caridad que lleva a la aceptación del martirio.

Según esta última doctrina, dice Santo Tomás, el martirio, «como el ejercicio de todas las virtudes, recibe su mérito de la caridad; y por eso sin la caridad, no vale» (II-II, 124,2 *ad2m*). En todo caso, antes del martirio, si el adulto es catecúmeno, debe en lo posible recibir el bautismo sacramental. Y si ya está bautizado, debe recibir el sacramento de la penitencia y la comunión eucarística (+*STh* III, 66,11).

Por lo que se refiere a la vida eterna, la Iglesia ha creído siempre que los mártires, por su victoria heroica en la tierra, *gozan en el cielo de una especial bienaventuranza*, o como dice Santo Tomás usando el lenguaje simbólico de la tradición, reciben por su victoria una *aureola*, una especial corona de oro (*IV Sent.* dist. 49,5,5; +San Cipriano, *De exhort. martyrii* 12-13).

Teología moral y martirio; encíclica *Veritatis splendor*

Un buen criterio para discernir la teología moral verdadera de la falsa está en considerar si su autor enseña que, llegado el caso, la *aceptación del martirio* es un grave deber.

El papa Juan Pablo II escribe la encíclica *Veritatis splendor* (6-VIII-1993) frente a una moral cristiana «nueva», suave, acomodaticia, llevadera con las solas fuerzas de la naturaleza – asequible, pues, a todos, también a los que no oran ni reciben los sacramentos–, es decir, frente a una moral moderna que excluye el martirio, que se avergüenza de la cruz de Jesús, y que se cree con el derecho, e incluso con el deber, de eliminar la cruz que a veces abrumba al hombre. En esa encíclica hallamos sobre el martirio palabras admirables, que extracto aquí, subrayándolas a veces.

90. «La relación entre fe y moral resplandece con toda su intensidad en el respeto incondicionado que se debe a *las exigencias ineludibles de la dignidad personal de cada hombre*, exigencias tuteladas por *las normas morales que prohíben sin excepción los actos intrínsecamente malos*. La universalidad y la inmutabilidad de la norma moral manifiestan y, al mismo tiempo, se ponen al servicio de la absoluta dignidad personal, o sea, de la inviolabilidad del hombre, en cuyo rostro brilla el esplendor de Dios (cf. Gén 9,5-6).

«El no poder aceptar las teorías éticas “teleológicas”, “consecuencialistas” y “proporcionalistas” que niegan la existencia de normas morales negativas relativas a comportamientos determinados y que son válidas sin excepción, halla una confirmación particularmente elocuente en el hecho del martirio cristiano, que siempre ha acompañado y acompaña la vida de la Iglesia.

91. «Ya en la antigua alianza encontramos admirables testimonios de fidelidad a la ley santa de Dios llevada hasta la aceptación voluntaria de la muerte. Ejemplar es la historia de Susana: a los dos jueces injustos, que la amenazaban con hacerla matar si se negaba a ceder a su pasión impura, responde así: “¡Qué aprieto me estrecha por todas partes! Si hago esto, es la muerte para mí; si no lo hago, no escaparé de vosotros. Pero es mejor para mí caer en vuestras manos sin haberlo hecho que pecar delante del Señor” (Dan 13,22-23).

«Susana, prefiriendo *morir inocente* en manos de los jueces, atestigua no sólo su fe y confianza en Dios sino también su obediencia a la verdad y al orden moral absoluto: con su disponibilidad al martirio, proclama que no es justo hacer lo que la ley de Dios califica como mal para sacar de ello algún bien. Susana elige para sí la *mejor parte*: un testimonio limpidísimo, sin ningún compromiso, de la verdad y del Dios de Israel, sobre el bien; de este modo, manifiesta en sus actos la santidad de Dios.

«En los umbrales del Nuevo Testamento, Juan el Bautista, rehusando callar la ley del Señor y aliarse con el mal, “murió mártir de la verdad y la justicia” (*Misal romano*, colecta) y así fue precursor del Mesías incluso en el martirio (cf. Mc 6,17-29). Por esto, “fue encerrado en la oscuridad de la cárcel aquel que vino a testimoniar la luz y que de la misma luz, que es Cristo, mereció ser llamado lámpara que arde e ilumina... Y fue bautizado en la propia sangre aquel a quien se le había concedido bautizar al Redentor del mundo” (San Beda, *Hom. Evang. libri II*,23).

«En la nueva alianza se encuentran numerosos testimonios de seguidores de Cristo – comenzando por el diácono Esteban (cf. Hch 6,8–7,60) y el apóstol Santiago (cf. Hch 12,1-2)–, que murieron mártires por confesar su fe y su amor al Maestro y por no renegar de él. En esto han seguido al Señor Jesús, que ante Caifás y Pilato, “rindió tan solemne testimonio” (1Tm 6,13), confirmando la verdad de su mensaje con el don de la vida. Otros innumerables mártires aceptaron las persecuciones y la muerte antes que hacer el gesto idolátrico de quemar incienso ante la estatua del emperador (cf. Ap 13,7-10). Incluso rechazaron el simular semejante culto, dando así ejemplo también del rechazo de un comportamiento concreto contrario al amor de Dios y al testimonio de la fe. Con la obediencia, ellos confían y entregan, igual que Cristo, su vida al Padre, que podía liberarlos de la muerte (cf. Heb 5,7).

«La Iglesia propone el ejemplo de numerosos santos y santas, que han testimoniado y defendido la verdad moral hasta el martirio o han preferido la muerte antes que cometer un solo pecado mortal. Elevándolos al honor de los altares, la Iglesia ha canonizado su testimonio y ha declarado verdadero su juicio, según el cual *el amor implica obligatoriamente el respeto de sus mandamientos, incluso en las circunstancias más graves, y el rechazo de traicionarlos, aunque fuera con la intención de salvar la propia vida*.

92. «En el martirio, como confirmación de *la inviolabilidad del orden moral*, resplandecen la santidad de *la ley de Dios* y a la vez la intangibilidad de *la dignidad personal del hombre*, creado a imagen y semejanza de Dios. Es una dignidad que nunca se puede envilecer, aunque sea con buenas intenciones, cualesquiera que sean las dificultades. Jesús nos exhorta con la máxima severidad: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” (Mc 8,36).

«El martirio demuestra como ilusorio y falso todo *significado humano* que se pretendiese atribuir, aunque fuera en condiciones *excepcionales*, a un acto en sí mismo moralmente malo; más aún, manifiesta abiertamente su verdadero rostro: el de una *violación de la “humanidad” del hombre*, antes aún en quien lo realiza que en quien lo padece (Vat.II, GS 27). El martirio es, pues, también exaltación de la perfecta *humanidad* y de la verdadera *vida* de la persona, como atestigua San Ignacio de Antioquía dirigiéndose a los cristianos de Roma, lugar de su martirio: «por favor, hermanos, no me privéis de esta vida, no queráis que muera... dejad que pueda contemplar la luz; entonces *seré hombre en pleno sentido*. Permitid que imite la pasión de mi Dios» (*Romanos* VI,2-3).

93. «Finalmente, el martirio es un *signo preclaro de la santidad de la Iglesia: la fidelidad a la ley santa de Dios, atestiguada con la muerte*, es anuncio solemne y compromiso misionero “*usque ad sanguinem*” para que el esplendor de la verdad moral no sea ofuscado en las costumbres y en la mentalidad de las personas y de la sociedad. Semejante testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no sólo en la sociedad civil sino incluso dentro de las mismas comunidades eclesiales no se caiga en la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: *la confusión del bien y del mal*, que hace imposible construir y conservar el orden moral de los individuos y de las comunidades.

«*Los mártires*, y de manera más amplia todos los santos en la Iglesia, con el ejemplo elocuente y fascinador de una vida transfigurada totalmente por el esplendor de la verdad moral, *iluminan cada época de la historia despertando el sentido moral*. Dando testimonio del bien, ellos representan *un reproche viviente* para cuantos trasgreden la ley (*cf. Sb 2,2*), y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: «¡ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!» (Is 5,20).

«Si *el martirio es el testimonio culminante de la verdad moral*, al que relativamente pocos son llamados, existe no obstante *un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día*, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios. En efecto, ante las múltiples dificultades, que incluso en las circunstancias más ordinarias puede exigir la fidelidad al orden moral, el cristiano, implorando con su oración la gracia de Dios, está llamado a una entrega a veces heroica. Le sostiene *la virtud de la fortaleza*, que –como enseña San Gregorio Magno– le capacita a “amar las dificultades de este mundo a la vista del premio eterno” (*Moralia in Job* VII, 21,24).

94. «En el dar testimonio del bien moral absoluto *los cristianos no están solos*. Encuentran una confirmación en el sentido moral de los pueblos y en las grandes tradiciones religiosas y sapienciales del Occidente y del Oriente, que ponen de relieve la acción interior y misteriosa del Espíritu de Dios. Para todos vale la expresión del poeta latino Juvenal: “considera el mayor crimen preferir la supervivencia al pudor y, por amor de la vida, perder el sentido del vivir” (*Satiræ* VIII,83-84). La voz de la conciencia ha recordado siempre sin ambigüedad que hay verdades y valores morales por los cuales se debe estar dispuestos a dar incluso la vida. En la palabra y sobre todo en el sacrificio de la vida por el valor moral, la Iglesia da el mismo testimonio de aquella verdad que, presente ya en la creación, resplandece plenamente en el rostro de Cristo: “Sabemos –dice San Justino– que también han sido odiados y matados aquellos que han seguido las doctrinas de *los estoicos*, por el hecho de que han demostrado sabiduría al menos en la formulación de la doctrina moral, gracias a *la semilla del Verbo* que está en toda raza humana” (*II Apología* II,8)».

La grandeza sobrehumana que la fe cristiana infunde en la vida moral tiene su clave permanente en la Cruz de Cristo, que da acceso a la vida gloriosa del Resucitado. La participación en la Cruz de Jesús, es decir, el martirio, asegura a la moral cristiana una fidelidad amorosa a la ley divina que no vacila ni ante peligros, perjuicios, marginaciones

sociales, sufrimientos, ni siquiera vacila ante la muerte.

En mi libro *El matrimonio en Cristo* (Fundación GRATIS DATE, Pamplona 1996), al rechazar ciertas enseñanzas morales de Häring, Marciano Vidal, Hortelano, Forcano, López Azpitarte, etc., termino mi argumentación con un subcapítulo titulado *La nueva moral no puede dar mártires* (108-121). En efecto, «el situacionismo es causa de inmensos males, pero todavía es peor por los bienes grandiosos que nos quita. Hagamos, si no, *memoria de los mártires*. ¿Cuántos mártires cristianos hubieran podido salvar su vida –en este mundo, claro– si hubieran recurrido al “conflicto de valores” o a alguna otra de las “salidas” que la nueva moral ofrece?» (121).

Teología espiritual y martirio

Nuestra consideración teológica del martirio ha de verse completada con un estudio breve del *martirio espiritual*, que puede darse en modalidades muy diversas. La Virgen María, *Regina martyrum*, como antes hemos recordado, sufrió sin duda un verdadero martirio al pie de la cruz, compadeciendo la pasión de su Hijo. Pero también, ya desde muy antiguo, se ha considerado, por ejemplo, la *virginidad* como una forma de martirio, y sobre todo la *vida monástica*. La renuncia permanente al matrimonio, a los hijos, al hogar familiar, o bien el enclaustramiento perpetuo en un monasterio o en una ermita, son sin duda un testimonio (*martirio*) altamente fidedigno en favor de Cristo. Virginidad y vida monástica proclaman con voz fuerte, clara y persuasiva: *solo Dios basta*.

Los cristianos irlandeses, en la Edad Media, consideraban tres tipos de martirio: *rojo*, con efusión de sangre, *blanco*, por la virginidad y la vida ascética, y *verde*, por la penitencia y por el exilio voluntario, decidido con el fin de llevar la fe a otro país (A. Solignac, *martyre*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, París 1978,10,735).

Y San Bernardo habla también de tres géneros de martirio: se da «en Esteban *la obra y la voluntad* del martirio; tenemos *la sola voluntad* en el bienaventurado Juan [apóstol]; y *sola la obra* en los Santos Inocentes (*Sermón SS. Inocentes*). Es una idea sobre la que vuelve con frecuencia (cf. *Sermón en octava de Pascua*; de S. Clemente, de las tres aguas; *Sermones sobre los Cantares* 28,10; 47, tres especies de flores; 61,7-8).

Éstos y muchos otros antecedentes nos hablan de ese *martirio de amor*, siempre conocido en la tradición de la Iglesia: no implica necesariamente la efusión de la sangre; pero es real, es espiritual, tiene la máxima realidad de las entidades espirituales.

San Pablo ofrece en esto un ejemplo perfecto. Su vida en el mundo presente es un continuo martirio. Él sabe que mientras vive en el cuerpo, está ausente del Señor, y por eso quisiera más partir del cuerpo y estar presente al Señor (2Cor 5,8); y confiesa: «deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor» (Flp 1,23). Para él, con tal de gozar de Cristo, todo lo tiene por estiércol (3,8). San Pablo, viendo el pecado del mundo y añorando día a día la presencia visible del Señor, sufre, sin duda, un martirio de amor: «yo me muero cada día» (1Cor 15,31).

Muchos santos han vivido en forma peculiar el martirio espiritual por la frecuente contemplación de la pasión de Cristo, hasta verse en ocasiones, como San Francisco de Asís o el santo Padre Pío, *estigmatizados* con las cinco marcas del Crucificado. A no pocos santos les ha sido dado sufrir un verdadero martirio espiritual, y han padecido con estremecedora realidad los mismos dolores de la Pasión de Cristo.

En su comentario *sobre los Cantares*, San Bernardo describe bien este martirio del alma enamorada del Crucificado:

«De ahí que el Esposo le diga: “mi paloma ha puesto su nido en los agujeros de la piedra”, porque ella pone toda su devoción en ocuparse sin cesar en la memoria de las llagas de Cristo, y en detenerse y permanecer allí meditando de continuo. Esto la hace sufrir el martirio» (61,7).

Santa Teresa de Jesús, siendo niña, se concertó con un hermanito suyo para ir a tierra de

moros, «pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen»: ardía en ansias de martirio; «el tener padres nos parecía el mayor embarazo» (*Vida* 1,5). No se logró su infantil proyecto, pero sí fue mártir en su vida religiosa.

En efecto, escribe: «quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida... Si es verdadero religioso y verdadero orador [orante] y pretende gozar regalos de Dios, no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio. Pues ¿no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso y que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque comparado a los que de pronto los degollaban, puede llamarse largo; pero toda vida es corta, y algunas cortísimas» (*Camino* 12,2).

Este martirio de amor, propio de todo cristiano, pero especialmente de todo religioso, fue vivido y expresado con gran profundidad por Santa Juana Francisca de Chantal (+1641). En una ocasión, dijo a sus hijas religiosas de la Visitación:

«Muchos de nuestros santos Padres y columnas de la Iglesia no sufrieron el martirio. ¿Por qué creéis que ocurrió esto?... Yo creo que esto es debido a que hay otro martirio, el del amor, con el cual Dios, manteniendo la vida de sus siervos y siervas, para que sigan trabajando por su gloria, los hace, al mismo tiempo, mártires y confesores... Sed totalmente fieles a Dios y lo experimentaréis. Conocí a un alma [se refiere a ella misma] a quien el amor separó de todo lo que le agradaba, como si un tajo, dado por la espada del tirano, hubiera separado su espíritu de su cuerpo...

«Se le preguntó con insistencia [a la Madre Chantal] si este martirio de amor podría igualar al del cuerpo. Respondió la madre Juana:

«No nos preocupemos por la igualdad. De todos modos, creo que no tiene menor mérito, pues “el amor es fuerte como la muerte”, y los mártires de amor sufren dolores mil veces más agudos en vida, para cumplir la voluntad de Dios, que si hubieran de dar mil vidas para testimoniar su fe, su caridad y su fidelidad» (*Mémoires sur la vie et les vertus de s. Jeanne-Françoise de Chantal*, París 1853³, III,3).

En fin, todos los santos, aunque algunos con una intensidad especial, han vivido de uno u otro modo este *martirio espiritual* mientras permanecían en este mundo. San Pablo de la Cruz (+1775), el fundador de los pasionistas, en su *Diario espiritual*, declaraba:

«yo sé que, por la misericordia de nuestro buen Dios, no deseo saber otra cosa ni quiero gustar consuelo alguno, sino solo deseo estar crucificado con Jesús» (26-XI-1720). Este gran santo sufría lo indecible especialmente por las ofensas sufridas por Cristo en la Eucaristía: «deseaba morir mártir, yendo allí donde se niega el adorabilísimo misterio del Santísimo Sacramento» (26-XII).

Santa Teresa del Niño Jesús quería más que nada, ante todo y sobre todo, padecer el martirio por Cristo y por la salvación de los hombres:

«Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Siento en mi interior otras vocaciones, siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Pero sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

«¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear *una sola* clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...

«Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como San Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como San Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires» (*Manuscritos autobiográficos* B, 2v-3r).

Se trata, sí, de un martirio puramente espiritual, pero de un martirio de amor absolutamente

real y verdadero. La persona enamorada del Crucificado se consume en las llamas del amor que le tiene. O mejor, arde sin consumirse. Así lo expresa Santa Teresita en una *Poesía* (32):

«*Tu amor es mi martirio*, mi único martirio.

Cuanto más él se enciende en mis entrañas,

tanto más mis entrañas te desean...

¡¡¡Jesús, haz que yo muera

de amor por ti!!!

7. La evitación sistemática del martirio

Los innumerables mártires de nuestro tiempo

El Señor «decía a todos:... Quien quiera *salvar su vida* [en el mundo presente], la perderá [para el mundo futuro]; y quien *perdiere su vida* por mi causa, la salvará» (Lc 9,24; + Mt 16,25; Mc 8,35).

Jesús, ciertamente, perdió su vida para dárnosla a nosotros, que estábamos muertos por la mentira; en efecto, para sustraernos de la cautividad del Padre de la Mentira, para decir la verdad que había de hacernos libres, no temió enfrentarse con sacerdotes, letrados y potentados, aún sabiendo que ellos lo conducirían a la muerte más ignominiosa (capítulos 1 y 2 de esta obra).

La Iglesia, esposa fiel del Crucificado, en todos los tiempos, ha seguido el ejemplo del Señor, y sus hijos, por dar al mundo la verdad divina que lo salva, no han temido afrontar persecuciones terribles, exilios, deportaciones, expolios, calumnias y la misma muerte (capítulos 3 y 4).

También la Iglesia de nuestro tiempo ha tenido innumerables mártires. De los 40 millones de mártires habidos en toda la historia de la Iglesia, cerca de 27 millones son del siglo XX, según se informó en un Symposium del Jubileo celebrado en Roma el año 2000. Juan Pablo II, en la celebración jubilar de «los testigos de la fe en el siglo XX», dijo:

«La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que marca también todas las épocas de su historia. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Cuántos cristianos, en todos los continentes, a lo largo del siglo XX, pagaron su amor a Cristo también derramando su sangre. Sufrieron formas de persecución antiguas y recientes, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato. Muchos países de antigua tradición cristiana volvieron a ser tierras donde la fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto...

«¡Y son tantos!... Bajo terribles sistemas opresores, que desfiguraban al hombre, en los lugares de dolor, entre durísimas privaciones, a lo largo de marchas insensatas, expuestos al frío, al hambre, torturados, sufriendo de tantos modos, ellos manifestaron admirablemente su adhesión a Cristo muerto y resucitado...

«Que permanezca viva la memoria de estos hermanos y hermanas nuestros a lo largo del siglo y del milenio recién comenzados. Más aún ¡que crezca!» (7-V-2000).

Los mártires cristianos antiguos y actuales, como Cristo, aceptan «perder su vida» en este mundo por causa del Reino de Dios. No buscan «salvar su vida» a toda costa, menos aún pretenden situarse confortablemente en el siglo presente, aceptando para ello las complicidades que sean precisas en pensamientos y costumbres. Entienden bien que, siendo luz en medio de tinieblas, han de ser distintos del mundo. Entienden claramente que no es posible ser discípulo de Jesús sin tomar cada día la cruz. No piensan, ni de lejos, evaluar el cristianismo considerando su eventual *éxito* o *fracaso* en este mundo. Tampoco se les pasa

por la mente despreciar a la Iglesia cuando la ven rechazada y perseguida por los paganos. No sueñan siquiera que pueda ser lícito omitir o negar aquellas doctrinas o conductas que vienen exigidas por el Evangelio, pero que traen consigo marginación, penalidades y muerte. Y están dispuestos a perder prestigio, familia, situación social y económica o la misma vida con tal de seguir unidos a Cristo, colaborando así con Él en la salvación del mundo.

Los innumerables apóstatas de nuestro tiempo

En todos los siglos, sin embargo, ha habido cristianos que han rechazado el martirio, avergonzándose de la Cruz de Cristo y quebrantando así el seguimiento del Redentor. Según tiempos y circunstancias, han sido llamados *lapsi*, caídos, apóstatas, cristianos infieles. En todos los tiempos los ha habido, y siempre los habrá, hasta que Cristo vuelva. Pero por lo que se refiere al rechazo del martirio en nuestra época, hay que hacer notar varias características propias:

–Primera. *No se halla en la historia de la Iglesia un período en el que la apostasía haya sido tan numerosa como en nuestro tiempo.* Son incontables los cristianos de nuestra época que han apostatado de la fe, que han despreciado los mandamientos de Jesús, que han aceptado el sello de la Bestia mundana en la frente y en la mano, en el pensamiento y la acción, y que se han alejado masivamente de la Penitencia y de la Eucaristía, es decir, que se han desconectado de la Pasión y Resurrección del Señor, abandonando así la vida de la gracia y de la Iglesia.

Y estos innumerables cristianos *lapsi* (caídos), al menos en muchos países ricos de antigua filiación cristiana, se han alejado de Cristo no tanto perseguidos por el mundo, sino más bien *seducidos* por él, es decir, engañados por el Padre de la Mentira. He tratado de este tema con cierta amplitud en el libro *De Cristo o del mundo* (Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1997).

En efecto, hoy, especialmente en los países más ricos, ha crecido tanto el pecado del mundo que ya los cristianos, para guardar la fidelidad a Jesucristo, se ven en la necesidad de ser mártires, es decir, se ven obligados a desmundanizarse, a distinguirse netamente del mundo en que viven. Y son realmente muchos los bautizados que, antes que ser mártires, han preferido ser apóstatas. Han dejado de seguir a Cristo, porque la cruz necesaria para ello se les hacía demasiado pesada. Muchas veces, incluso, como veremos, se han sentido con *derecho* a evitar el martirio; más aún, con la *obligación* de eludirlo. No solo para evitar grandes males, sino por el mismo bien de la Iglesia.

–Segunda. *Es de notar que muchos de los apóstatas de nuestro tiempo han ido perdiendo su fe sin darse cuenta, sin renegar de ella conscientemente.* La han ido perdiendo, en la mayoría de los casos, poco a poco, en una gradualidad casi imperceptible. Simplemente, se han *mundanizado* de tal modo en sus pensamientos y costumbres que, sin apenas notarlo, han dejado los sacramentos, los mandamientos, finalmente la fe, y han abandonado así, sin apenas trauma alguno, la Iglesia de Cristo. Viviendo según el espíritu del mundo, se han cerrado al Espíritu Santo. Y rechazando ser mártires, han venido a ser apóstatas; irremediabilmente.

Ya dice el Apóstol que es preciso «sostener el buen combate con fe y buena conciencia; y algunos que perdieron ésta, naufragaron en la fe». Son cristianos que no supieron «guardar el misterio de la fe en una conciencia pura» (1Tim 1,19; 3,9).

–Tercera. *El gran crecimiento del pelagianismo y del semipelagianismo entre los católicos actuales ha dado a éstos una aparente «justificación» doctrinal y moral para evitar el martirio.* Esta justificación ideológica del anti-martirio es relativamente nueva en la historia de la Iglesia, y por eso habremos de estudiarla con particular atención. En otros siglos, la negación del martirio era captada normalmente como un gran pecado de traición a Cristo y de abandono de la Iglesia. Hoy, por el contrario, el deber principal del cristiano y de la Iglesia es, al parecer, evitar el martirio. Y antes, por supuesto, evitar la misma persecución. Que ésta no se de.

Causas hoy principales del rechazo del martirio

Muchas causas pueden llevar al cristiano a rechazar el martirio. Aquí señalaré brevemente las que estimo principales. Unas han estado presentes en todos los siglos; otras, en cambio, han obrado más especialmente en un tiempo y lugar determinados. Y por otro lado, las causas de siempre son captadas con matices muy peculiares en cada época. A mi juicio, en nuestro tiempo, *la fuga masiva del martirio entre los cristianos se debe principalmente* a 1) la falta de devoción a la cruz y pasión de Cristo, 2) al aumento acelerado de las riquezas, 3) al auge del pelagianismo y del semipelagianismo, y 4) al relativismo cultural generalizado por el liberalismo.

1.– el horror a la cruz

La devoción a la Pasión de Cristo ha sido tradicionalmente el centro de la devoción cristiana. Entre los primeros cristianos, concretamente, la conciencia de ser discípulos del Crucificado les daba facilidad para entender el misterio del martirio y para recibirlo, llegada la hora, con fidelidad. Es cierto que la terrible dureza del martirio ocasionó a veces entre ellos no pocas deserciones. Pero normalmente los desertores (*lapsi*), lo mismo que sus pastores, familiares y amigos, eran conscientes de que tal deserción era un gran pecado; se daban, pues, cuenta de que, rechazando la cruz en la hora de la persecución, habían roto culpablemente el seguimiento del Crucificado. Por eso, reconociendo su grave culpa, llegaban muchas veces a la conversión y volvían a la Iglesia.

Estos cristianos, al aceptar la fe y bautizarse, *ya sabían* que si Cristo fue perseguido, ellos también iban a serlo (Jn 15,18ss). La persecución y la muerte les hacía sufrir, pero no les causaba perplejidad alguna: *ya sabían* lo que hacían al decidirse a ser discípulos del Crucificado, Salvador del mundo. La deserción, pues, del martirio era vivida como un grave pecado.

En cambio, muchos cristianos modernos de tal modo ignoran el misterio de la Cruz de Cristo, que no quieren saber nada de ella, pensando que también ellos, como los hombres mundanos, tienen derecho a evitarla como sea. Ellos quieren *realizarse* plenamente en este mundo, sin obstáculos o limitaciones, y estiman que si aceptan ciertas cruces echarían a perder sus vidas. Eso de «perder la propia vida», «tomar la cruz y seguir» a Jesús, etc., les parece una locura, o bien modos semíticos de hablar, que deben ser interpretados negando su sentido verdadero. No aceptan de ningún modo y en ninguna circunstancia, si llega el caso, «arrancarse» un ojo, una mano, un pie. Jamás puede darse en la vida cristiana una circunstancia en la que esas pérdidas vengan a ser una obligación moral grave. Ellos, en fin, de ningún modo están dispuestos a sufrir por Cristo y por su propia salvación. Ni siquiera un poquito.

Y lo peor, lo más decisivo, es que estos apóstatas actuales tienen no pocos maestros espirituales que no sólo justifican, sino que recomiendan positivamente su actitud. Son los teólogos y pastores que les enseñan trucos morales para poder cometer graves pecados con buena conciencia. «Guías ciegos que guían a otros ciegos» (Mt 15,14). Para estos maestros, un cristianismo signado por la cruz y el martirio viene a ser un cristianismo fanático e impracticable. O solamente viable para unos pocos elegidos.

Estos maestros del error «no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a su vientre, y con discursos suaves y engañosos seducen los corazones de los incautos» (Rm 16,18). «*Son enemigos de la cruz de Cristo*. El término de éstos será la perdición, su Dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas» (Flp 3,18-19).

Aquellos *martirios*, por ejemplo, que en ocasiones son necesarios para guardar heroicamente la santidad de la vida conyugal, han sido eludidos por muchos cristianos con buena conciencia, *gracias* a las falsas enseñanzas de no pocos moralistas actuales, que les han enseñado a «guardar la propia vida» por encima de todo, es decir, a realizar con buena conciencia actos que son grave e intrínsecamente malos: «Dios no puede exigirnos eso», «el Señor quiere que seáis felices», «podéis hacerlo en buena conciencia, como un mal menor», «la encíclica del Papa no es infalible, y vosotros, en todo caso, debéis regiros por vuestra conciencia», etc.

2.– la seducción de un mundo lleno de riqueza

Hemos de tener hoy muy en cuenta, sin olvidarlo nunca, que el mundo jamás ha tenido una época de riqueza económica tan grande y tan generalizada como la que en nuestro tiempo se ha dado en un tercio o un cuarto de la humanidad.

Pues bien, especialmente en esos países ricos de nuestro tiempo, es donde más cuantiosa ha sido la apostasía. Muchos cristianos en esos pueblos, teniendo que elegir necesariamente entre dar culto a Dios o dar culto a las Riquezas, han elegido a éstas. No hay apenas vocaciones, pues los fieles no están dispuestos a «dejarlo todo» para seguir a Cristo (Lc 14,26-27.33; 18,28-29). No hay fidelidad a los mandamientos divinos, porque los bautizados de ningún modo aceptan «perder la propia vida» por causa de su Nombre (Lc 9,24). En este sentido, a muchos cristianos de nuestro tiempo les ha pasado lo mismo que a aquel joven rico, que se negó a seguir a Cristo: «se fue triste, porque tenía muchos bienes» (Mt 19,22).

3.– el pelagianismo y el semipelagianismo

El *voluntarismo*, en cualquiera de sus formas –pelagianismo, semipelagianismo– es otro gran condicionante del rechazo actual del martirio.

–*Los católicos*, como discípulos humildes de Jesús, saben que *todo el bien* es causado por la gracia de Dios, y que el hombre colabora en la producción de ese bien dejándose mover libremente por la moción de la gracia, es decir, dejando que su energía sea activada por la energía de la gracia divina. Dios y el hombre se unen en la producción de la obra buena como *causas subordinadas*, en la que la principal es Dios y la instrumental y secundaria el hombre.

Por eso, al combatir el mal y al promover el bien bajo la acción de la gracia, no temen verse marginados, encarcelados o muertos. Llegada la persecución –que en uno u otro modo es continua en el mundo–, ni se les pasa por la mente pensar que aquella fidelidad martirial, que puede traerles desprecios, marginaciones, empobrecimientos, desprestigios y disminuciones sociales o incluso la pérdida de sus vidas, va a frenar la causa del Reino en este mundo. Están ciertos de que la docilidad incondicional a la gracia de Dios es lo más fecundo para la evangelización del mundo, aunque eventualmente pueda traer consigo proscripciones sociales, penalidades y muerte. Están, pues, prontos para el martirio.

–*El voluntarismo antropocéntrico*, por el contrario, en los últimos siglos ha producido un falso cristianismo, que ignora la primacía de la gracia, y que hace pensar a muchos cristianos que la obra buena, en definitiva, procede solo de la fuerza del hombre (*pelagianismo*), o a lo más que procede «en parte» de Dios y «en parte» del hombre (*semipelagianismo*). En este último caso, Dios y el hombre se unen como *causas coordinadas* para producir la obra buena, la cual procede en parte de Dios y en parte del hombre.

Y lógicamente, en esta perspectiva voluntarista, los cristianos, tratando de proteger *la parte* suya humana, no quieren perder la propia vida o ver disminuída su fuerza y prestigio; más aún, estiman imposible que Dios quiera hacer unos bienes que puedan exigir en los fieles marginación, persecución o muerte. Dios «no puede querer» en ninguna circunstancia que el hombre se arranque el ojo, la mano o el pie, pues esta disminución de *la parte* humana debilitaría necesariamente la obra de Dios.

En consecuencia, rehuyen el martirio como sea, en principio, en cualquiera de sus formas. Y lo hacen con buena conciencia. Es decir, pelagianos y semipelagianos, y tantos otros que les son próximos, *rehuyen sistemáticamente el martirio*: tratan por todos los medios de estar bien situados y considerados en el mundo; procuran, haciéndose cómplices al menos pasivos de tantas abominaciones mundanas, estar a bien con los poderosos del mundo presente. Así, de este modo, podrán *servir mejor* a Dios en la vida presente. «Salvando su vida» en este mundo, esperan conseguir que la «parte» humana que les corresponde colabore mejor y más eficazmente con la «parte» de Dios en la salvación del mundo.

Igualmente la Iglesia, en su conjunto, debe evitar cualquier enfrentamiento con el mundo, debe eludir cuidadosamente toda actitud que pueda desprestigiarla o marginarla ante los mundanos, o dar ocasión a persecuciones, pues una Iglesia debilitada y mártir no podrá en

modo alguno servir en el siglo presente la causa del Reino. Esto es lo que muchos piensan con una ceguera que está influida por el Padre de la Mentira.

La Iglesia, y cada cristiano, según esto, deben *evitar por todos los medios las trágicas miserias y disminuciones que trae consigo el martirio* en este mundo. Deben evitarlas por amor a Cristo, por amor a los hombres. El martirio de un cristiano o de la Iglesia es algo pésimo: es una pérdida de influjo social, de posibilidad de acción, de imagen atrayente; es una miseria, no tiene ninguna gracia. El martirio es malo incluso para la salud...

En el libro mío que antes he citado describo este lamentable proceso:

La Iglesia voluntarista, puesta en el mundo en el trance del Bautista, «se dice a sí misma: “no le diré la verdad al rey, pues si lo hago, me cortará la cabeza, y no podré seguir evangelizando”. Por el contrario, sabiendo que la salvación del mundo la obra Dios, la Iglesia [la Iglesia verdadera de Cristo] dice y hace la verdad, sin miedo a verse pobre y marginada. Y entonces es cuando, sufriendo persecución, evangeliza al mundo».

«El cristianismo semipelagiano [y más aún el pelagiano] entiende que la introducción del Reino en el mundo se hace *en parte* por la fuerza de Dios y *en parte* por la fuerza del hombre. Y así estima que los cristianos, lógicamente, habrán de evitar por todos los medios aquellas actitudes ante el mundo que pudieran debilitar o suprimir su *parte* humana –marginación o desprestigio social, cárcel o muerte–.

«Y por este camino tan *razonable* se va llegando poco a poco, casi insensiblemente, a silencios y complicidades con el mundo cada vez mayores, de tal modo que cesa por completo la evangelización de las personas y de los pueblos, de las instituciones y de la cultura. ¡Y así actúan quienes decían estar empeñados en *impregnar de Evangelio todas las realidades temporales!*

«No será raro así que al *abuelo*, piadoso semipelagiano conservador, le haya salido un *hijo* pelagiano progresista; y es incluso probable que el *nieto* baje otro peldaño, y llegue a la apostasía» (*De Cristo o del mundo* 137).

En fin, únicamente los *católicos*, «perdiendo la propia vida», se inscriben en el glorioso gremio de los mártires; uniéndose al Crucificado, se configuran al Resucitado, y así dan fruto y transforman el mundo con la fuerza de Dios, que llega al máximo en la suprema debilitación del hombre mártir. Los pelagianos o semipelagianos, por el contrario, evitan decididamente el martirio con buena conciencia –conflicto de valores, moral de actitudes, opción por el mal menor, situacionismo, consecuencialismo, etc.–, porque así, «guardando la propia vida», conservan fuerte *la parte* humana, que por sí sola (pelagianismo) o unida a *la parte* de la acción de la gracia de Dios (semipelagianismo) introduce en el mundo los bienes del Reino.

4.– el liberalismo

En el siglo XIX, como consecuencia de la Ilustración, se generaliza *el liberalismo, que afirma la libertad humana en sí misma*, sin sujeción alguna a la verdad objetiva, al orden natural y a la ley divina. Viene a ser, pues, un naturalismo militante, un ateísmo práctico, una rebelión contra Dios: «seréis como dioses» (Gén 3,5). León XIII pone bien de manifiesto la irreligiosidad congénita del liberalismo (*Libertas* 1888). Y Pío XI demuestra que socialismo y comunismo son hijos naturales del liberalismo (*Divini Redemptoris* 1937).

Pues bien, cuando el pensamiento filosófico y religioso del liberalismo alcanza a difundirse ampliamente en el mundo de antigua filiación cristiana por medio de las *democracias liberales*, el martirio va eliminándose de la vida del pueblo cristiano, porque habiéndose éste mundanizado, asimila unos *marcos mentales* –muchas veces inconscientes– que lo hacen prácticamente imposible. He aquí algunos:

1. *La aversión al héroe* y la veneración consecuente del hombre *normal* –se entiende: estadísticamente normal; que está lejos, sin embargo, de ser conforme a la norma–. Este culto a la normalidad, en sus formas más radicales, llega incluso a promover la admiración del anti-héroe. En esta perspectiva liberal e igualitaria, el mártir, que no se doblega a la ortodoxia vigente del mundo, es un fanático, un raro, un inadaptado. Asumiendo esta

perspectiva, para los cristianos mundanizados, el cristiano fiel al Evangelio, y por tanto muy distinto del mundo en pensamientos y costumbres, es un *mal cristiano*.

2. *El relativismo doctrinal y moral*. Ya se comprende que si nadie tiene la verdad, si existen en la mentalidad liberal muchas «verdades» contradictorias entre sí, igualmente válidas, queda eliminada la posibilidad del martirio. En efecto, el mártir, entregando su vida para afirmar la verdad inmutable y universal de una doctrina y la unicidad de un Salvador, no es más que un pobre iluso, un fanático. ¿Qué se ha creído, para dar su vida por la verdad? ¿Acaso estima, pobre ignorante, que tiene el monopolio de ella frente a todos?

3. *La estimación mercantil de la persona humana*. Erich Fromm analizaba cómo, con frecuencia, el hombre moderno se estima y se aprecia a sí mismo «como una mercancía, y al propio valor como un valor de cambio» (*Ética y psicoanálisis*, México 1969,82). El cristiano que asume –muchas veces sin saberlo– esta actitud mundana actual, se prohíbe en absoluto hacer todo aquello que el mundo desprecia, persigue y condena, porque si lo hiciera se sentiría devaluado e inútil.

Pero adviértase bien que eso no lo hace necesariamente por cobardía o por oportunismo –aunque a veces también pueda hacerlo por eso–. Hay más en su desvío del Evangelio. Y es que, experimentándose a sí mismo «como vendedor y, al mismo tiempo, como mercancía, su autoestima depende de condiciones fuera de su control. Si tiene éxito, es valioso; si no lo tiene, carece de valor» (*ib.* 86). Es decir, si sus pensamientos y caminos difieren de los de la inmensa mayoría y son, pues, rechazados, deja de creer en ellos, o al menos vacila mucho en su convicción, y desde luego no está dispuesto a sacrificar su prosperidad mundana, y menos su vida, por esas verdades.

4. *Cuando el bien y el mal es dictado por la mayoría*, trátase de una mayoría real o ficticia, inducida por los poderes mediáticos y políticos, el martirio aparece como una opción morbosa, excéntrica, opuesta al bien común, insolidaria con la sociedad general.

Según esta visión –insisto, muchas veces inconsciente– el obispo, el rector de una escuela o de una universidad católica, el político cristiano, el párroco en su comunidad, el teólogo moralista en sus escritos, es *un cristiano impresentable*, que no está a la altura de su misión, si por lo que dice o lo que hace *ocasiona grandes persecuciones del mundo*. Con sus palabras y obras, es evidente, desprestigia a la Iglesia, le ocasiona odios y desprecios del mundo, dificulta, pues, las conversiones, y es causa de divisiones entre los cristianos. Debe, por tanto, ser silenciado, marginado o retirado por la misma Iglesia. Aunque lo que diga y haga sea *la verdad y el bien*, aunque sea el más *puro Evangelio*, aunque guarde perfecta fidelidad a la *tradición* católica, aunque diga o haga lo que dijeron e hicieron todos los *santos*. Fuera con él: no queremos mártires. En la vida de la Iglesia los mártires son un lastre, una vergüenza, un desprestigio. No deben ser tolerados, sino eficazmente reprimidos por la misma Iglesia.

Si el martirio implica un fracaso total –la cruz del Calvario–, si es un rechazo absoluto del mundo, está claro que el martirio es algo sumamente *malo*, algo que debe *evitarse* como sea. Por el mismo bien de la Iglesia.

La fuga del martirio es muy triste

Podría pensarse que la Iglesia evitadora del martirio, la que «guarda su vida» en este mundo, sería una Iglesia próspera y alegre en la vida presente. Pero eso es como suponer que la esposa infiel, que se entrega al adulterio, será una mujer alegre. No, es todo lo contrario; es una mujer muy triste. Lo que alegra el corazón humano es el amor, la fidelidad, la abnegación, la entrega en el amor. Por el contrario, la infidelidad es traición al amor, y solo puede traer tristeza.

«En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo la guardará para la vida eterna» (Jn 12,24,25). Es así. No puede ser de otro modo. Lo vemos comprobado cada día en la vida de los obispos o sacerdotes mártires, que son testigos fieles y veraces, en los matrimonios verdaderamente católicos, en los religiosos realmente coherentes a su profesión evangélica...

Es así y no puede ser de otro modo. *Los mártires son alegres y los apóstatas son tristes.* Esto ha sido así siempre. Recordemos, por ejemplo, cómo esta realidad es claramente consignada en las actas de los mártires de Lyon y Vienne (177). Pero lo comprobamos también hoy cada día. *El cristianismo que silencia la cruz y se avergüenza de ella* es el más triste e infecundo, es el más débil en el amor y en las obras...

Qué Iglesia tan triste y languideciente aquella en la que los pastores predicán «prudentemente», procurando «guardar su vida» y su consideración ante el mundo, evitando en absoluto todo lo que pudiera producir un choque frontal con él, un estrellamiento martirial. De otro modo podría el mundo ridiculizarles, marginarles, cortarles incluso la cabeza, como a Juan Bautista, ¿y quién cuidaría entonces en este tiempo presente, tan hostil, de la Iglesia de Dios? Son pastores, por otra parte, que, del mismo modo que guardan su propia vida con toda solicitud, tienen buen cuidado en «guardar la vida de la Iglesia» en este mundo, evitando toda afirmación de la verdad y, sobre todo, toda denuncia de los pecados del mundo que a éste pueda molestarle. Ésa estiman que es la moderación pastoral prudente, que deben seguir *en conciencia*, por el bien de la Iglesia.

Qué Iglesia tan triste y languideciente aquella en la que los políticos cristianos siguen el «prudente» ejemplo de aquellos pastores, de tal modo que ya en nada se nota que son políticos cristianos: en nada le son molestos al mundo. Y lo mismo los periodistas y los teólogos, los maestros y profesores. Y los padres de familia. Unos y otros, todos, aunque difieran en muchas otras cuestiones, coinciden de forma unánime en esta convicción: *el deber principal del cristiano y de la Iglesia en este mundo es evitar como sea el martirio...* «guardar la vida» cuidadosamente, para gloria de Dios, por supuesto, y para bien de los hombres.

Cristianismo sin Cruz o con Cruz

–El Cristianismo sin Cruz, que se avergüenza del martirio, es una caricatura tristísima del Cristianismo. No hay en él conversiones, ni hay mártires; no puede haberlos. Los matrimonios no tienen hijos, ni surgen vocaciones para la vida sacerdotal, religiosa o misionera. No hay fuerza de amor para perseverar en el amor célibe o en el amor conyugal, desfallece la generosidad y la entrega, falta impulso para obras grandes, se ve imposible la profesión de unos votos religiosos perpetuos... Todo se hace en formas cuidadosamente medidas y tasadas, oportunistas y moderadas, sin el impulso crucificado del amor de Cristo, que es entrega apasionada, «locura y escándalo» (1Cor 1,23).

El Cristianismo sin Cruz, evitando el martirio, espera ser más fuerte y atractivo. Pero eso es como si a un hombre se le quita el esqueleto, alegando que el esqueleto es feo y triste. Queda entonces privado sin duda de toda belleza, fuerza y armonía, queda reducido a un saco informe de grasa.

Ésta es la perspectiva miserable de ciertos moralistas tenidos por católicos, para los cuales *una doctrina moral no puede ser verdadera si en ocasiones implica cruz.* Ellos enseñan trucos –conflictos de valores o de bienes, males menores, etc.– para rechazar en estos casos la cruz con buena conciencia.

Aplican esto, p. ej., a la moral conyugal, a la anticoncepción, a la práctica de la homosexualidad, a la posibilidad de divorcio o de acceso de los divorciados a la comunión eucarística, etc. Y el mismo criterio aplicarán para resolver sin cruz casos extremos, como el de un joven casado que se ve abandonado por su esposa. Es previsible que le digan: «a un casado joven como tú, abandonado por su esposa, Dios no le puede *pedir* que se mantenga célibe desde los treinta años hasta la muerte. Vete, pues, buscando arreglar tu vida con una buena esposa. Tienes derecho a rehacer tu vida. El Señor es bueno y misericordioso, te ama y quiere que seas feliz», etc. Con una asesoría moral como ésta, podrá el joven casado establecer una relación adúltera con buena conciencia.

Esos *nuevos* moralistas –y tan «nuevos»–, en una situación extrema, en la que no es posible ser cristiano sin ser mártir, no ven el martirio como *un excelso don de Dios*, que se ha de recibir con fidelidad y gratitud: en efecto, por don de Dios, el hombre, en esa situación límite dispuesta por la Providencia con todo amor, va a ser asistido por la gracia para realizar

unos actos intensos y heroicos de virtud, que de otro modo nunca hubiera realizado. No, ellos, como buenos pelagianos, no ven en esa situación tan dura sino la exigencia de *un esfuerzo del hombre*, de un esfuerzo tan arduo que Dios no puede *exigirlo* al hombre. No entienden nada: «alardeando de sabios, se hicieron necios» (Rm 1,12).

Ya hemos visto que el pelagianismo y el semipelagianismo son una de las causas fundamentales de la actual evitación sistemática –en conciencia– del martirio.

Los que así piensan, consideran *dura, sin misericordia, y por tanto, falsa la doctrina moral católica*. No tienen la menor idea de que los cristianos, como «corderos en el Cordero pascual», estamos llamados a completar en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (+Col 1,24). Por eso, «con lágrimas os digo que éstos son *enemigos de la Cruz de Cristo*. El término suyo será la perdición» (Flp 3,18).

–*El Cristianismo con Cruz. Nosotros, por el contrario, predicamos «a Cristo Crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, pero fuerza y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos» (1Cor 1,23-24). Es decir, nosotros predicamos el martirio.*

Y sabemos ciertamente, *a priori* y también *a posteriori*, que el cristianismo centrado en la Cruz de Cristo es un cristianismo *alegre*, fuerte, fecundo, expansivo, coherente, luminoso, atrayente.

En él los pastores dicen la verdad siempre y en todo, sin miedo a nada; no se ven afectados ante el mundo ni por temores ni por complejos, luchan fuertemente contra los lobos que acechan a sus ovejas, muestran siempre el camino de la salvación, que es el mismo Cristo, y avisan inmediatamente de los peligros, en cuanto se produce alguna desviación. En él los teólogos y predicadores son fuentes inagotables, que manan la doctrina bíblica y tradicional de la Iglesia. Hay en ese cristianismo matrimonios unidos y estables, matrimonios que tienen hijos y que respetan la santidad de la unión conyugal consagrada, hay castidad en el celibato y entre los esposos, hay vocaciones numerosas...

En fin, es una gracia de Dios muy grande entender y vivir que *toda la vida cristiana es una participación continua en la pasión y la resurrección de Cristo*, y que todo lo que la integra –el bautismo, la penitencia, la eucaristía, el hacer el bien y el padecer el mal, el martirio en cualquiera de sus modos–, todo forma una unidad armoniosa, en la que unas partes completan las otras, y se potencian mutuamente. Y que el *centro, la fuente, la cima de toda la vida cristiana es el Sacrificio eucarístico, el memorial perenne de la pasión y resurrección de Cristo* (+Vat. II: SC 5-6).

La Cruz se alza en el centro del jardín del Señor, y es el árbol que da frutos más dulces y abundantes.

8. El testimonio de la verdad

Aceptación o rechazo de la vocación martirial cristiana

Los cristianos mártires de la Iglesia primera, como fieles discípulos de Cristo, dan en el mundo «el testimonio de la verdad» con una firmeza que resulta hoy desconcertante para muchos cristianos que tratan de conciliar como sea el seguimiento de Cristo y su adicción al mundo presente.

Y en todo esto no se trata sólo de que aquellos cristianos primeros tuvieran una *voluntad* más fuerte ante el terrible acoso de la persecución. Se trata más bien de que, a la luz de la fe, tenían un *entendimiento* muy distinto de la misión del cristiano en el mundo.

Los cristianos sabían y aceptaban que, en un momento dado, podrían sufrir «a causa de Cristo» cárcel, degradación social, azotes, exilio, expolio de bienes, trabajos forzados, muerte. Y si un día se veían ante la prueba extrema, o daban testimonio y eran mártires de Cristo, o desfallecían y eran lapsi, caídos, vencidos. Pero, en todo caso, no se les ocurría pensar que el deber principal de los cristianos en este mundo era «conservar la vida» y evitar por todos los medios marginaciones, desprecios y persecuciones del mundo. No

consideraban que eso venía exigido «por el bien de la Iglesia». No se les pasaba por la mente que para evitar la persecución del mundo la Iglesia debía modificar su doctrina o su conducta.

Los primeros discípulos de Cristo y de los Apóstoles tenían una *mentalidad* muy distinta a la de aquellos cristianos de hoy que, según dicen, «no tienen vocación de mártires» –sí, así lo confiesan a veces, medio en broma, medio en serio–. Muchos cristianos de hoy, en efecto, con más amor al mundo que a la Cruz de Cristo, se creen no solo en el derecho, sino en *el deber moral* de «guardar la vida» propia y la de la Iglesia, *evitando la persecución a toda costa*. «Los que quieren ser bien vistos en lo humano, ponen su mayor preocupación en evitar ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo» (Gál 6,12).

Cuando vemos en la primera Iglesia que un soldado analfabeto, afrontando la muerte, muestra un valor mayor al de un teólogo actual, que no se atreve a transmitir al mundo –¡ni siquiera a los cristianos!– la verdad de Cristo sobre cielo e infierno, castidad conyugal, necesidad de los sacramentos, etc.; o cuando vemos que una cristiana de doce años se encara con el tribunal imperial, afirmando sin vacilar palabras de vida que le van a ocasionar la muerte, y miramos a un obispo actual que permite en su Iglesia herejías y sacrilegios para evitar enfrentamientos con los progresistas y para que no se produzcan ataques de ciertos medios de comunicación, llegamos a pensar que estamos ante dos nociones de la Iglesia muy distintas: en una *se acepta* el martirio, en la otra *se rechaza*. Es evidente.

Los innumerables mártires del siglo XX, con la luz radiante de su testimonio, encarcelados, exilados, despojados, marginados, torturados, muertos, denuncian las tinieblas de tantas apostasias actuales, patentes o encubiertas.

Hay que optar entre el cristianismo verdadero de la Cruz o el falso sin Cruz. Y esta elección ha de ser realizada hoy consciente y necesariamente, pues los dos caminos son, de hecho, ofrecidos cada día al pueblo cristiano.

–Iglesia con Cruz. Cuando celebramos la memoria gloriosa de tantos mártires cristianos que, en los primeros siglos de la Iglesia o en tiempos recientes, en misiones, fueron capaces de derramar su sangre por Cristo al poco tiempo de ser bautizados o incluso siendo todavía catecúmenos –mártires japoneses de Nagasaki, San Carlos Luanga y compañeros en Ruanda, niños mártires mexicanos de Tlaxcala, etc.–, no podemos menos de pensar que aquellos cristianos tuvieron misioneros que les predicaron el verdadero Evangelio, según al cual no es posible seguir a Cristo sin tomar la cruz cada día.

–Iglesia sin Cruz. Por el contrario, cuando hoy vemos, por ejemplo, ciertos Grupos de Matrimonios que, siendo bautizados de muchas generaciones, y estando asociados para procurar la perfección de la vida en el matrimonio, sin embargo, en determinadas circunstancias –conflictos de valores, mal menor, dictamen de la propia conciencia contrario al Magisterio apostólico, etc.–, se autorizan a sí mismos los anticonceptivos, pues a la hora de regular su fertilidad se consideran con derecho a rechazar la cruz de una abstinencia periódica o total, nos vemos obligados a pensar que, con la colaboración activa o pasiva de pastores negligentes, han recibido de falsos profetas un falso Evangelio.

No está fundamentalmente la diferencia en que aquellos primeros cristianos, puestos ante una prueba extrema, fueron fieles a la fe católica y éstos en cambio no. La diferencia entre unos y otros ha de verse más bien en que unos recibieron el Evangelio verdadero, *el de la Cruz*, y otros un Evangelio falso, que *elimina la Cruz* cuidadosamente, con «buena conciencia», en forma sistemática y coherente.

Iglesia alegre, Iglesia triste

–La Iglesia martirial, centrada en la Cruz, es fuerte y alegre, clara y firme, unida y fecunda, irresistiblemente expansiva y apostólica. «Confiesa a Cristo» ante los hombres. Prolonga en su propia vida el sacrificio que Cristo hizo de sí mismo en la cruz, para salvación de todos.

Dice San Agustín: «está escrito en el Evangelio: “Jesús oraba con más insistencia y sudaba como gotas de sangre”. ¿Qué quiere decir el flujo de sangre de todo su cuerpo sino la pasión

de los mártires de la Iglesia?» (Com. Salmo 140,4).

–La Iglesia no-martirial, por el contrario, que se avergüenza de la Cruz, es débil y triste, oscura y ambigua, dividida, estéril y en disminución continua. «No confiesa a Cristo» en el mundo, a no ser en aquellas verdades cristianas que no suscitan persecución. Se atreve, por ejemplo, a predicar bravamente la justicia social, cuando también ésta viene exigida y predicada por los mismos enemigos de la Iglesia; pero no se atreve a predicar la obligación de dar culto a Dios o la castidad o la obediencia, o tantas otras verdades fundamentales, allí donde son despreciadas por el mundo. Teme ser rechazada por dar un testimonio claro de la verdad. Y por eso, calla. O habla bajito, y así, al mismo tiempo, evita la persecución y se hace la ilusión de que ya ha cumplido con su deber.

Mártires a causa de la verdad

El martirio, en cuanto *testimonio supremo*, sellado con la entrega de la propia vida, puede darse *por la caridad* –cuidando apestados hasta morir con ellos–, *por la castidad* –prefiriendo la muerte al pecado–, y por tantas otras virtudes. Pero, en definitiva, *el martirio tiene siempre por causa la fe, la fe en la verdad de Cristo*. Así lo ha entendido siempre la tradición de la Iglesia.

San Agustín: «los que siguen a Cristo más de cerca son aquellos que luchan por la verdad hasta la muerte» (Trat. evang. S.Juan 124,5).

Santo Tomás: «mártires significa *testigos*, pues con sus tormentos dan testimonio de la verdad hasta morir por ella... Y tal verdad es la verdad de la fe. Por eso la fe es la causa de todo martirio» (STh II-II, 124,5). Ya estudiamos antes esta cuestión (capítulo 6).

Cuando consideramos *El martirio en la Escritura* (capítulo 3), pudimos comprobar que tanto en el Antiguo Testamento –los profetas–, como en el Nuevo –el Apocalipsis–, *los mártires* morían principalmente por dar entre los hombres el testimonio de *la verdad de Dios*. Así seguían fielmente a Cristo, que murió por dar testimonio de la verdad.

Cristo muere por dar en Israel el testimonio pleno de la verdad de Dios. Si hubiera suavizado mucho su afirmación de la verdad y su negación del error, si hubiera propuesto la verdad muy gradualmente, poquito a poco, si no hubiera predicado la verdad con tanta fuerza a los sacerdotes –diciéndoles que habían hecho de la Casa de Dios «una cueva de ladrones»–, a los escribas y fariseos –«raza de víboras, sepulcros blanqueados»–, a los ricos –«a un camello le es más fácil pasar por el ojo de una aguja que a vosotros entrar en el Reino»–, no hubiera sido expulsado violentamente del mundo en el Calvario. Y de eso era Él perfectamente consciente. Sin embargo, dice la verdad que para él va a ser muerte y para los hombres vida. Ésa es su misión, y así la declara ante sus jueces: «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37).

Cristo no murió por curar enfermos, por calmar tempestades, por devolver la vista a los ciegos o la vida a los muertos. Fue muerto por «dar testimonio (*martirion*) de la verdad», por ser el «testigo (*martis*) veraz» (Ap 1,5).

Nada hay en el mundo tan peligroso como decir la verdad, porque «el mundo entero está puesto bajo el poder del Maligno» (1Jn 5,19), y el Maligno es «homicida desde el principio... Él es mentiroso y Padre de la Mentira» (Jn 8,44).

Los Apóstoles, igualmente, fueron desde el principio perseguidos por evangelizar la verdad de Jesús. Se les ordenó severamente «no hablar en absoluto ni enseñar en el nombre de Jesús». Pero ellos, obstinados, afirmaron: «juzgad por vosotros mismos, si es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a Él; porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hch 4,18-20).

De nuevo el Sanedrín los apresa, y «después de azotados, les conminaron que no hablasen en el nombre de Jesús y los despidieron. Ellos se fueron alegres de la presencia del Consejo, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús; y en el templo y en la casas *no cesaban todo el día de enseñar y anunciar a Cristo Jesús»* (Hch

5,40-42).

San Pablo

La experiencia martirial de San Pablo refleja también innumerables sufrimientos por dar el testimonio fiel de la verdad evangélica. Por eso en sus cartas hallamos muchas referencias a la fortaleza extrema que es precisa para atreverse a predicar el Evangelio a los hombres entre muchas contradicciones y penalidades.

«Yo no me avergüenzo del Evangelio, que es la fuerza de salvación de Dios para todo el que cree» (Rom 1,16). Los Apóstoles, en efecto, «investidos de este ministerio de la misericordia, no nos acobardamos, y nunca hemos callado nada por vergüenza, ni hemos procedido con astucia o falsificando la Palabra de Dios. Por el contrario, hemos manifestado abiertamente la verdad» (2Cor 4,1-2).

«Después de sufrir mucho y soportar muchas afrentas en Filipos, como sabéis, confiados en nuestro Dios, os predicamos el Evangelio de Dios en medio de mucho combate. Nuestra predicación no se inspira en el error, ni en la impureza, ni en el engaño. Al contrario, Dios nos encontró dignos de confiarnos el Evangelio, y nosotros lo predicamos *procurando agradar no a los hombres, sino a Dios*, que examina nuestros corazones» (1Tes 2,2-4; +Gál 1,10).

Y en este sentido exhorta a sus colaboradores para que sirvan con toda fortaleza el ministerio de la Palabra, arriesgando sus vidas en ello: «no nos ha dado Dios un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza. No te avergüences jamás del testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero. Al contrario, comparte conmigo los sufrimientos que es necesario padecer por el Evangelio, animado con la fortaleza de Dios» (2Tim 1,7-9).

Deben imitar su ejemplo: «A mí nadie me asistió, antes me desampararon todos... Pero el Señor me asistió y me dio fuerzas para que por mí fuese cumplida la predicación y todas las naciones la oigan» (2Tim 4,16-17).

El testimonio de la verdad divina, el que hace mártires, implica tres aspectos que conviene distinguir: 1) la afirmación de la verdad, 2) la negación de los errores que le son contrarios, y 3) el gobierno pastoral consecuente. Los tres aspectos se iluminan y potencian mutuamente. Los tres son necesarios.

1.– La afirmación de la verdad divina

Según hemos visto, *la predicación de la Palabra de Dios entre los hombres requiere una fuerza espiritual sobre-humana*; es decir, no puede ser realizada fielmente sin una asistencia proporcionada por el mismo Señor, que es quien envía, y que conoce bien los peligros de esta misión: «os envío como ovejas entre lobos» (Mt 10,16).

–Todos los fieles cristianos, participando del profetismo de Cristo desde su bautismo y aún más desde el sacramento de la confirmación, han de estar prontos a confesar a Cristo y las verdades de su Evangelio ante los hombres; lo que no pocas veces requerirá un valor heroico, es decir, hará necesaria una especial asistencia del Espíritu de la verdad.

«A todo el que me confesare delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos». Esta confesión es, en conciencia, gravemente obligatoria, pues, como sigue diciendo Jesús: «a todo el que me negare delante de los hombres, yo lo negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 10, 10,32-33). Por eso exhorta San Pedro a los fieles laicos: «glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor, y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1Pe 3,15).

–Pero los Pastores apostólicos, enviados como testigos de Cristo ante los hombres, han de ejercitar esa confesión con mucha mayor fuerza y frecuencia, sin esperar a que los hombres soliciten su testimonio, es decir, «con oportunidad o sin ella» (2Tim 4,2), pues han sido enviados al mundo precisamente como ministros de la Palabra divina.

Ellos, por tanto, Obispos, presbíteros y diáconos, todos los misioneros, necesitarán para poder cumplir tan ardua misión *una especial confortación del Espíritu de la verdad*. Y Cristo les anuncia y asegura esta asistencia: «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta en los últimos confines de la tierra» (Hch 1,8). Ellos, los apóstoles, reciben esa confortación en Pentecostés, y ahora, todos los sagrados ministros de la Palabra, continúan recibéndola sacramentalmente en el Orden sagrado.

Los *Obispos*, por obra especial del Espíritu Santo, tienen la autoridad suprema –la fuerza suprema– para anunciar la Palabra divina, como maestros de la fe ante los hombres (Vat.II, *ChD* 2). Ellos han de ser testigos de Cristo en sus Iglesias, han de predicar íntegramente la enseñanza de Cristo, y deben vigilar la doctrina que niños, jóvenes y adultos reciben (*ib.* 11-14). Y también los *presbíteros*, por el orden sagrado, reciben del Espíritu Santo una especial confortación para enseñar a los hombres la verdad de la fe, y «tienen por deber primero el anunciar a todos el Evangelio de Dios» (*PO* 2,4).

Parresía

La sagrada Escritura emplea a veces el término *parresía* para designar la audaz confianza con que los enviados por Dios dan entre los hombres valiente testimonio de las verdades divinas, aún arriesgando a veces su prestigio o incluso su vida. (El Diccionario de la Real Academia da a la palabra otro significado).

Parresía significa libertad de espíritu o de palabra, confianza, sinceridad, valentía; parresiázomai quiere decir hablar con franqueza, abiertamente, sin temor, con atrevida confianza (cf. Hans-Christoph Hahn, Diccionario teológico del NT, Sígueme, Salamanca 1985², I,295-297).

«De acuerdo con su sentido originario, el término *parresía* (*pan-rhêsis-erô*, de la raíz *wer-*, de donde deriva también el latino *verbum*, y quizá el alemán *wort* y el inglés *word*, palabra) expresa *la libertad para decirlo todo*» (295). Y como la realización concreta de esa libertad ha de superar a veces dificultades muy grandes, surgen como significados ulteriores de *parresía* la *intrepidez* y la *valentía*.

En *el griego profano* estas palabras se usan primero en el campo de la política, para adquirir más tarde un sentido moral más general. En *la versión que los LXX* hicieron de las antiguas Escrituras son términos que se emplean raramente (12 veces el sustantivo, 6 el verbo) (295-296).

En cambio, *en la plenitud de los tiempos*, cuando la revelación de la Palabra divina alcanza su máxima luminosidad y, consiguientemente, cuando el enfrentamiento entre la luz divina y la tiniebla humana viene también en Cristo a ser máxima, estas palabras tienen mucho más uso. Y así «en el Nuevo Testamento *parresía* aparece 31 veces (13 en los escritos de Juan, 8 en Pablo, 5 en Hechos, 4 en Hebreos). Y el verbo *parresiázomai* se halla 9 veces (7 en Hechos, 2 en Pablo)» (296).

Jesús habla a los hombres con absoluta libertad, sin temor alguno, con parresía irresistible, sin «guardar su vida». Hasta sus contradictores lo reconocen: «Maestro, sabemos que eres sincero, y que con verdad enseñas el camino de Dios, sin que te dé cuidado de nadie» (Mt 22,16).

Él habla en el nombre de Dios públicamente, sin temor a nadie, libremente, sin ambigüedades (*cf.* Jn 7,26; 18,20; Mc 8,32). Como ya pudimos comprobar ampliamente en el primer capítulo, Él, cuando habla, cuando actúa, no trata de guardar su vida. Solo la protege, eso sí, hasta que llegue *su hora*, como cuando quieren matarle en Nazaret (Lc 4,30). No ejerce una *parresía* imprudente, como en algún momento hubieran querido sus familiares (Jn 7,3ss). Pero es evidente que hablando y actuando *se entrega* a la muerte.

La *prudencia* de Jesús, que es según el Espíritu divino, nada tiene que ver con la prudencia de la carne, que ante todo pretende evitar la cruz y obtener ventajas temporales. Por eso en

Cristo *prudencia* y *parresía* no están en contradicción, sino que se identifican. Es prudente Jesús porque *entregando su vida*, la pierde, para la gloria de Dios y el bien de los hombres.

En los apóstoles, por obra del Espíritu Santo, sigue viva y actuante la misma prudente parresía del Maestro. «Los apóstoles daban con gran fortaleza el testimonio (martyrion) que se les había confiado acerca de la resurrección de Jesús» (Hch 4,33; con parresía, Hch 4,13; 9,27 y passim). «Los Hechos nos narran continuamente que Pedro, Pablo y otros se presentaban y anunciaban sin temor alguno ante los judíos y ante los paganos las obras de Dios» (Hahn 296).

Esa fuerza espiritual para comunicar a los hombres mundanos la Palabra divina no es una fuerza humana, es sobre-humana, es fruto del Espíritu Santo, «desciendo del Padre de las luces» (Sant 1,17), y es don recibido como respuesta a la oración de petición:

«Ahora, Señor, mira sus amenazas, y da a tus siervos firmeza (*parresía*) para hablar con toda libertad tu Palabra... Y cuando acabaron su oración, retendió el lugar en que estaban reunidos, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y hablaban la Palabra de Dios con osada libertad (*parresía*)» (Hch 4,29.31).

San Pablo, por ejemplo, manda a los efesios «suplicar por todos los santos, y por mí, para que al hablar se me pongan palabras en la boca con que anunciar con franca osadía (*parresía*) el misterio del Evangelio, del que soy mensajero, en cadenas, a fin de que halle yo en él fuerzas para anunciarlo con libre entereza (*parresía*), como debo hablarlo» (Ef 6,19-20; cf. Flp 1,20; 1Tes 2,2; 1Tim 3,13; Flm 8; 1Jn 2,28; 3,21; 4,17; 5,14; Heb 3,6; 10,35).

Todos los fieles cristianos, pero de un modo muy especial quienes han sido consagrados por Dios para el ministerio apostólico, deben estar llenos de *parresía* en el Espíritu Santo, de modo que, sin amilanarse en absoluto ante los hombres y los ambientes mundanos –vecinos y familiares, prensa, radio, televisión, políticos e intelectuales de moda–, den vigorosamente el *testimonio de Cristo*, pues Él, «despojando a los principados y a las potestades [del mundo y del diablo], los expuso a la vista del mundo con osada gallardía (*parresía*), triunfando de ellos por la Cruz» (Col 2,15).

De la Cruz viene la fuerza para predicar la Palabra divina

Obviamente, la *parresía* recibe toda su fuerza de la Cruz de Jesús. Se posee en el Espíritu esa fuerza espiritual en la medida en que se toma la Cruz. Puede el enviado ser «*testigo-mártir* de la verdad» que salva en la medida en que da su vida por «perdida», es decir, en la medida en que no tenga nada propio que conservar, proteger o guardar, en la medida en que, centrado en la Cruz y en la Eucaristía, «entregue» su vida para la gloria de Dios y el bien de los hombres. Por eso, allí donde disminuye el amor a la Cruz y a la Eucaristía, cesa la fuerza apostólica evangelizadora. El vigor espiritual no alcanza ya sino para proponer a los hombres aquellos *valores* que el mismo mundo acepta, al menos en teoría.

Santa Teresa echaba de menos en la Iglesia la palabra de profetas y de apóstoles, encendida en el fuego poderoso del Espíritu divino: «... *no se usa ya este lenguaje*. Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas *así se enmiendan pocos*. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, no están con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los apóstoles, y así calienta poco esta llama. No digo yo sea tanta como ellos tenían, más querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra; que no se les daba más, a truco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que a quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro» (*Vida* 16,7).

2.– La negación de los errores

Adviértase, por otra parte, que si la fuerza sobre-humana del Espíritu es precisa para *afirmar la verdad* entre los hombres, todavía esa *parresía* es más necesaria para denunciar y *rechazar el error*. La historia de Cristo y de la Iglesia nos asegura que *la refutación de los*

errores presentes es mucho más peligrosa que la afirmación de las verdades que les son contrarias, y por tanto requiere mayor fuerza espiritual. Los mártires, en efecto, sufren persecución y muerte no tanto por afirmar las verdades divinas, sino por decir a los hombres que sus pensamientos son falsos y que sus caminos llevan a perdición.

Allí, por ejemplo, donde *las absoluciones colectivas* se han generalizado casi completamente, hará falta un gran valor para *afirmar* la verdad, asegurando que la confesión individual es el modo ordinario en que debe celebrarse el sacramento de la penitencia. Pero mucho más valor hará falta para rechazar y *condenar* la práctica generalizada de las absoluciones colectivas, entendiéndolas como un sacrilegio, es decir, como un abuso grave en materias sacramentales. En efecto, *sacrilegio* es «tratar indignamente los sacramentos y las demás acciones litúrgicas», y es «un pecado grave» (*Catecismo* 2120).

En ocasiones, no cumplen, pues, fielmente el ministerio de la Palabra, ni dan plenamente el testimonio de la verdad en el mundo, aquellos Obispos y presbíteros que afirman la verdad, pero que no rechazan con fuerza suficiente los errores contrarios. El vigor profético (*parresía*), en estos casos, es claramente insuficiente, pues no da de sí para aquello que es mucho más peligroso, es decir, para aquello que propiamente desencadena la persecución por la Palabra: denunciar el error.

No basta, por ejemplo, predicar a un grupo de matrimonios *la castidad conyugal* –no basta, ¡aunque es ya mucho!–. Es preciso decir además que los métodos artificiales, químicos o mecánicos, que desvinculan amor y posible fertilidad, son intrínseca y gravemente pecaminosos, y que su empleo –a no ser que venga exigido por un fin terapéutico– no puede ser justificado por ninguna intención o circunstancia. En ciertos ambientes, la predicación positiva de la castidad conyugal quizá suscite reticencia o rechazo. Pero es la *reprobación* firme de los anticonceptivos lo que dará lugar a persecuciones, descalificaciones y marginaciones, lo que vendrá a ser ocasión de *martirio*, es decir, de testimonio doloroso de la verdad de Cristo. Eso explica hoy que en tantas Iglesias locales sea tan rara la predicación completa –afirmando y negando– de la verdadera espiritualidad conyugal cristiana.

Debemos ser muy conscientes de que *no se acaba de manifestar la verdad de Dios en la predicación, si al afirmar ésta, no se señalan y rechazan al mismo tiempo los errores que le son contrarios*.

Los *profetas* no se limitan a afirmar la realidad de un Dios único, sino que denuncian la falsedad de los dioses múltiples y de los ídolos, llegando a ridiculizarlos y a reirse de su vanidad.

Jesús no afirma solo la primacía de lo interior –«el Reino de Dios está dentro del hombre»–, sino que denuncia el exteriorizo perverso de la religiosidad rabínica –«sepulcros blanqueados», «coláis un mosquito y os tragáis un camello»–. Él no solo afirma la santidad del Templo, como «Casa de Dios», sino que acusa a los sacerdotes de haberlo convertido en una «cueva de ladrones». Y por eso a Cristo no lo matan tanto por las verdades que predica, sino por los pecados y mentiras que denuncia. Pero solo haciendo al mismo tiempo lo uno y lo otro alcanza Jesús a cumplir la misión para la que vino al mundo: «dar testimonio de la verdad», y solo así consigue salvar a los hombres de la mentira en la que están cautivos.

Ya Jesús anuncia y denuncia a los «falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt 7,15). Dentro del campo de trigo de la Iglesia, ellos son «cizaña, hijos del maligno. Y el enemigo que la siembra es el diablo» (Mt 13,38-39). Éstos son los que «amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas», y no querían que fueran denunciadas por la luz (Jn 3,19-20).

Los Apóstoles sirven el ministerio de la Palabra divina imitando fielmente el ejemplo de Jesús, tanto cuando hablan a los judíos o a los paganos, como cuando adoctrinan a la comunidad cristiana. San Pablo, por ejemplo, enseña en sus cartas grandes y altísimas verdades de la fe, pero al mismo tiempo denuncia las miserias y errores de los paganos y de los judíos (Rm 1-2). Y, dentro ya del mismo campo de la Iglesia, dedica fuertes y frecuentes ataques contra los falsos doctores del evangelio, haciendo de ellos un retrato implacable:

«Resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido» (2Tim 3,8), son

«hombres malos y seductores» (3,13), que «pretenden ser maestros de la Ley, cuando en realidad no saben lo que dicen ni entienden lo que dogmatizan» (1Tim 1,7; +6,5-6.21; 2Tim 2,18; 3,1-7; 4,4.15; Tit 1,14-16; 3,11). Y si al menos revolvieran sus dudas en su propia intimidad... Pero todo lo contrario: les apasiona la publicidad, dominan los medios de comunicación social del mundo –que, lógicamente, se les abren de par en par–, y son «muchos, insubordinados, charlatanes, embaucadores» (Tit 1,10). «Su palabra cunde como gangrena» (2Tim 2,17).

A causa de ellos muchos «no sufrirán la sana doctrina, sino que, deseosos de novedades, se agenciarán un montón de maestros a la medida de sus deseos, se harán sordos a la verdad, y darán oído a las fábulas» (4,3-4). Así se quedan estos cristianos como «niños, zarandeados y a la deriva por cualquier ventolera de doctrina, a merced de individuos tramposos, consumados en las estratagemas del error» (Éf 4,14; +2Tes 2,10-12). «Pretenden pervertir el Evangelio de Cristo», pero ni siquiera a un ángel que bajara del cielo habría que dar crédito si enseñase un Evangelio diferente del enseñado por los apóstoles (Gál 1,7-9).

¿Qué buscan estos hombres maestros del error? ¿Prestigio? ¿Poder? ¿Dinero?... En unos y en otros será distinta la pretensión. Pero lo que ciertamente buscan todos es el éxito personal en este mundo presente (Tit 1,11; 3,9; 1Tim 6,4; 2Tim 2,17-18; 3,6). Éxito que normalmente consiguen. Basta con que se distancien de la Iglesia y la acusen, para que el mundo les garantice el éxito que desean.

Y es que, como explica San Juan, «ellos son del mundo; por eso hablan el lenguaje del mundo y el mundo los escucha. Nosotros, en cambio, somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha a nosotros, quien no es de Dios no nos escucha. Por aquí conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1Jn 4,5-6; +Jn 15,18-27).

En *los otros apóstoles* hallamos el mismo empeño de San Pablo por denunciar dentro de la Iglesia toda falsificación del verdadero Evangelio (1Pe 2; 1Jn 2,18-27; 4,1-6; 2Jn 4-11; Apoc *passim*; Judas, toda su carta).

Misiones y martirio

En la historia de la Iglesia ha habido momentos en que algunas autoridades civiles o eclesiásticas emplearon indebidamente la fuerza para difundir la verdad o protegerla del error. Y en ese sentido el concilio Vaticano II enseña que «la verdad no se impone de otra manera sino por la fuerza de la misma verdad» (DH 1).

Pero ese principio tendría una falsa interpretación extensiva si se entendiera como que la afirmación de la verdad es suficiente para su difusión, sin que necesite ir unida a la refutación de los errores que le son contrarios.

De hecho, los grandes misioneros que, por obra del Espíritu Santo, fundaron o acrecentaron la Iglesia de Dios en los diversos pueblos, comenzando por el mismo Cristo y los apóstoles, daban «el testimonio de la verdad» en forma total, es decir, no solo predicando *la verdad*, sino señalando y refutando *los errores* contrarios.

La tradición misionera de la Iglesia, de la que hoy tantos se avergüenzan, comienza en Cristo, que purifica violentamente la Casa de Dios, convertida en cueva de ladrones, y que denuncia con fuerza irresistible los errores de sacerdotes y doctores de la Ley. Se continúa en Pablo y Lucas, cuando en Éfeso, por ejemplo, dan al fuego un montón de libros de magia (Hch 19,17-19). Prosigue en las fortísimas acciones misioneras de un San Martín de Tours en las Galias, donde arriesga su vida abatiendo ídolos y árboles sagrados de los druidas; o en los atrevimientos de San Wilibrordo, que hace lo mismo entre los frisones; o en los primeros misioneros de México, que derriban los «dioses» y los destrazan, ante el pánico y el asombro de los paganos, que pronto se convierten y vienen a la fe y en ella perseveran (J. M. Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 19992, 117-121).

Este modo tan fuerte de afirmar entre los hombres la verdad de Dios, combatiendo con gran potencia los errores que le son contrarios, *da lugar, lógicamente, a muchos mártires*, comenzando por el mismo Señor nuestro Jesucristo.

Por el contrario, fácilmente se comprende que una predicación misionera que anuncia a Cristo como un Salvador más, y que elogia con entusiasmo las religiones paganas, sin poner apenas énfasis alguno en denunciar sus errores y miserias, no pone, desde luego, en peligro de martirio la vida del misionero; pero tiene el inconveniente de que no convierte a casi nadie. En realidad, es una actividad misionera fraudulenta, que no llega a «anunciar el Evangelio a toda criatura».

Cuando hoy, por ejemplo, se afirma que *nunca han sido tan buenas las relaciones entre la Iglesia y el Judaísmo*, no puede uno menos que sentir una cierta inquietud. Son «mejores», por lo visto, que las relaciones conseguidas por Cristo, por Esteban o por Pablo. En efecto, llega hoy a decirse en medios católicos que «la espera judía del Mesías, no es vana» – aunque está hecha, claro está, del rechazo de Cristo–; es más, se afirma que para los cristianos puede llegar a ser «un estímulo para mantener viva la dimensión escatológica de nuestra fe».

Según Joseph Levi, Rabino Jefe de la comunidad judía de Florencia, este texto «es una absoluta novedad, y creo que llevará a un mayor conocimiento recíproco de las dos tradiciones religiosas» («Palabra» n.454, II-2002, pg. 110). Todo hace pensar que si nuestro Salvador Jesucristo y sus fieles discípulos Esteban, Santiago y otros, hubieran mostrado una estima tan alta por la religiosidad de los judíos, no habrían sido asesinados por ellos. Y muchos de éstos no se hubieran convertido. Y nosotros estaríamos sin redimir. Aunque, eso sí, tendríamos unas relaciones excelentes con Israel.

San Francisco Javier

El patrono universal de las misiones, San Francisco Javier (1506-1552), nos da un buen ejemplo de *parresía* a la hora de «dar en el mundo el testimonio de la verdad», arriesgando en ello su propia vida. Su predicación era muy sencilla y sustancial, normalmente a través de un intérprete que leía lo escrito en un cuaderno, y se centraba en las grandes verdades del Credo y en las principales oraciones cristianas. Pero no hubiera sido completo su testimonio de la verdad, si no hubiera negado con fuerza al mismo tiempo los errores que mantenían en las tinieblas a sus oyentes.

Estando en el Japón, pronto conoció los grandes errores y perversiones morales que aquejaban al pueblo, especialmente a los bonzos y principales. «A la poligamia se unía el pecado nefando, mal endémico, propagado por los bonzos, como práctica celestial, introducida desde China y compartida hasta en la alta sociedad públicamente y sin respetos... Los bonzos traían consigo sus afeminados muchachos... Los nobles principales tenían alguno o algunos pajes para lo mismo...» (J. M. Recondo, S. J., *San Francisco Javier*, BAC, Madrid 1988, 765).

Así las cosas, estando Javier en Yamaguchi en 1550, se le da ocasión de predicar la ley de Dios ante numerosa y docta audiencia en la residencia del daimyo Ouchi Yoshitaka, personalmente adicto a la secta Zen. «Mientras el buen hermano [Juan Fernández, el intérprete] predicaba [leyendo del libreto preparado], Javier estaba en pie, orando mentalmente, pidiendo por el buen efecto de la predicación y por sus oyentes». La predicación trataba primero de la Creación del mundo, realizada por un Dios único todopoderoso, y de cómo en aquella nación, el Japón, ignorando a Dios, «adoraban palos, piedras y cosas insensibles, en las cuales era adorado el demonio», el enemigo de Dios y del hombre. En segundo lugar, denunciaba «el pecado abominable», que hace a los hombres peores que las bestias. Y el tercer punto de que trataba es del gran crimen del aborto, también frecuente en aquella tierra (762; cf. 765-766).

La predicación de Javier, desde luego, a ninguno deja indiferente. Unos la oyen con admiración, otros se ríen, mostrando quizá compasión, o más bien desprecio. Pero va llegando un momento en que la situación se hace gravemente peligrosa. Había «mucho atención en casi todos los nobles, pero no faltaban quienes, recalcitrantes contra el aguijón, lo insultaban. Perdida la cortesía y las buenas maneras proverbiales, los nobles les tuteaban; entonces Javier mandaba a Fernández que no les diera tratamiento. “Tutéales –decía– como ellos me tutean”.

Juan Fernández temblaba, y la emoción se acrecentaba cuando, tras los insultos, el noble samurai acariciaba tal vez la empuñadura de la espada. Horrorizado, confesaba [el Hermano Fernández] que era tal la libertad, el atrevimiento del lenguaje [*parresía*] con que el Maestro Francisco les reprochaba sus desórdenes vergonzosos, que se decía a sí mismo: “Quiere a toda costa morir por la fe de Jesucristo”.

«Cada vez que, para obedecer al Padre, Juan Fernández traducía a sus nobles interlocutores lo que Javier le dictaba, se echaba a temblar esperando por respuesta el tajo de la espada que había de separar su cabeza de los hombros. Pero el P. Francisco no cesaba de replicarle: “en nada debéis mortificaros más que en vencer este miedo a la muerte; por el desprecio de la muerte nos mostramos superiores a esta gente soberbia; pierden otro tanto los bonzos a sus ojos, y por este desprecio de la vida que nos inspira nuestra doctrina podrán juzgar que es de Dios”» (765-766).

En aquella ciudad de Yamaguchi había un centenar de templos sintoístas y budistas, y unos cuarenta monasterios de bonzos y de bonzas. Las escenas que hemos evocado se produjeron a finales de 1550, y ya a mediados de 1551 se habían convertido y bautizado unos quinientos japoneses: y «eran sobre todo cristianos de verdad» (784), como pudo comprobarse al paso de los años y de los siglos. Los *mártires* japoneses de Nagasaki (1597), por ejemplo, admirablemente valerosos, eran hijos del *mártir* Javier. La predicación fuerte del Evangelio engendra hijos fuertes de Dios en este mundo.

Teología y martirio

El método teológico de afirmar la verdad y negar los errores contrarios es igualmente el que siguió la Escolástica en el tiempo de su mayor perfección científica. En cada cuestión – recuérdese la Summa de Santo Tomás– era afirmada en el cuerpo del artículo la verdad, pero antes habían sido expuestas las posiciones erróneas, y después eran éstas refutadas una a una. Solo así la verdad era expresada y comunicada plenamente a los hombres.

Pues bien, actualmente, en no pocas Iglesias, por falta de *parresía*, por deficiente espiritualidad martirial, *no se niegan suficientemente los errores en el campo teológico.*

Con frecuencia, los mismos autores que son ortodoxos denuncian muy escasamente los errores contrarios a las verdades que, gracias a Dios, ellos exponen. Consciente o inconscientemente, temen la persecución que otra actitud pudiera traer consigo. O quizá se ven afectados por la pedantería progresista y liberal, que estima *académicamente incorrecta* toda refutación de las doctrinas contrarias.

Podemos ver, por ejemplo, *autores ortodoxos, especialistas de sagrada Escritura, cristología, moral* o de otros campos teológicos que apenas denuncian con clara firmeza, ni refutan vigorosa y persuasivamente, las gravísimas falsedades que se dicen y publican acerca de esas mismas materias que ellos tratan. Sus escritos afirman la verdad, es cierto – que no es poco–, pero ignoran graves errores, como si no supieran que están ampliamente difundidos, o los señalan levemente de pasada, ateniéndose al espíritu de tolerancia que hoy es *académicamente correcto*. No son, pues, en eso fieles al ejemplo de Cristo y de los santos doctores. Otros hay que, gracias a Dios, son fieles, y casi todos ellos, por supuesto, son mártires.

San Buenaventura

La Tradición nos da como un dato permanente que *los teólogos católicos han combatido con todas sus fuerzas los errores que surgían entre sus contemporáneos.* Se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente. Pero recordemos solo un caso histórico de polémica teológica. Cuando a comienzos del siglo XIII nacen las Ordenes mendicantes, con su extremada forma de pobreza, no pocos teólogos, por razones e intereses diversos, impugnan la licitud de esta forma de vida. Concretamente Gerardo de Abbeville, maestro parisiense, escribe un libelo *Contra adversarium perfectionis christianæ et prælatorum et facultatum Ecclesiæ*, arremetiendo contra la pobreza en general y la de los frailes Mendicantes en particular.

Siendo entonces San Buenaventura (+1274) Ministro general de los franciscanos, entra en la polémica con su opúsculo *Apologia pauperum; contra calumniatorem*. En esta obra el *Doctor seráfico* no solo enseña la pobreza evangélica, sino que combate con gran vehemencia los errores de quien la impugna. Algunas frases del prólogo pueden dar una idea del tono que emplea:

«En estos últimos días, cuando con más evidente claridad brillaba el fulgor de la verdad evangélica –no podemos referirlo sin derramar abundantes lágrimas–, hemos visto propagarse y consignarse por escrito cierta doctrina, la cual, a modo de negro y horroroso humo que sale impetuoso del pozo del abismo e intercepta los esplendorosos rayos del Sol de justicia, tiende a oscurecer el hemisferio de las mentes cristianas. Por donde, a fin de que tan perniciosa peste no cunda disimulada, con ofensa de Dios y peligro de las almas, máxime a causa de cierta piedad aparente que, con serpentina astucia, ofrece a la vista, es necesario quede desenmascarada, de suerte que, descubierto claramente el foso, pueda evitarse cautamente la ruina. Y puesto que este artífice de errores, siendo como es viador todavía, puede corregirse, según se espera, por la divina clemencia, han de elevarse en favor suyo ardientes plegarias a Cristo, a fin de que, acordándose de aquella compasión con que en otro tiempo miró a Saulo, se digne usar de la eficacia de su palabra y de la luz de su sabiduría, atemorizando al insolente, humillando al soberbio y buscando, corrigiendo y reduciendo al descarriado».

Tras esta introducción poderosa, en la fuerza profética del Espíritu Santo, desarrolla Buenaventura su argumentación favorable a la pobreza con gran rigor persuasivo.

Sí, es cierto que *los modos* de esta disputación teológica están en gran medida marcados por un estilo de época, que hoy no convendría usar en una controversia teológica, porque se faltaría con ello a la caridad. Luego he de volver sobre este punto.

Queda, sin embargo, como *dato unánime de la tradición* de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, que en cada siglo los teólogos de la ortodoxia han combatido con fuerza, claridad y caridad a los teólogos de la heterodoxia. Por tanto, aquellos que, negando las exigencias de su ministerio teológico o pastoral, mantienen silencios sistemáticos ante los gravísimos errores teológicos difundidos en nuestro tiempo, introducen en la historia de la Iglesia una *novedad* contraria al ejemplo de Cristo y de sus apóstoles. La actitud que mantienen solo es conforme con el relativismo generalizado en la cultura liberal de nuestro tiempo, pero es ciertamente ajena a todos los modelos bíblicos y tradicionales.

Una Notificación tardía

El padre redentorista Marciano Vidal (1937-) publica a partir de 1974 su *Moral de actitudes*, en tres tomos. Pronto la obra es traducida y publicada en otras lenguas (portugués, 1975ss; italiano, 1976ss), alcanzando así una enorme difusión. La edición italiana de 1994ss, por ejemplo, traduce la 8ª edición española. Pues bien, este autor, que ha publicado otras muchas obras, especialmente sobre la moral de la sexualidad, ha difundido en la Iglesia numerosos y graves errores *durante un cuarto de siglo*.

Por fin, el 15 de mayo de 2001, una *Notificación* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, después de analizar tres de las principales obras de Marciano Vidal, *Moral de actitudes*, el *Diccionario de ética teológica* y *La propuesta moral de Juan Pablo II*, estima necesario advertir que estos textos «no pueden ser utilizados para la formación teológica».

En efecto, la moral de Marciano Vidal, afirma la Congregación de la Fe, no está enraizada en la Escritura: «no consigue conceder normatividad ética concreta a la revelación de Dios en Cristo». Es «una ética influida por la fe, pero se trata de un influjo débil». Atribuye «un papel insuficiente a la Tradición y al Magisterio moral de la Iglesia», adolece de una «concepción deficiente de la competencia moral del Magisterio eclesial». Su tendencia a usar «el método del conflicto de valores o de bienes» lo lleva «a tratar reductivamente algunos problemas», y «en el plano práctico, no se acepta la doctrina tradicional sobre las acciones intrínsecamente malas y sobre el valor absoluto de las normas que prohíben esas acciones».

Estos *planteamientos generales* falsos conducen, lógicamente, a *graves errores concretos*

acerca de los métodos interceptivos y anticonceptivos, la esterilización, la homosexualidad, la masturbación, la fecundación in vitro homóloga, la inseminación artificial y el aborto.

La Congregación de la Fe, dice al final de su *Notificación*, que «confía» en que el autor, «mediante su colaboración con la Comisión Doctrinal de la Conferencia Episcopal Española, se llegue a un manual apto para la formación de los estudiantes de teología moral».

Un año más tarde, después de haber dialogado con la citada Comisión, Marciano Vidal declara: «he decidido no hacer nueva edición». Es lógico. Su obra es absolutamente irrecuperable. No se trata de modificar en ella unos cuantos párrafos, en los que llega a conclusiones abiertamente contrarias a la doctrina católica. Tendría Vidal que reconstruir todo el edificio mental de su moral, desde sus cimientos filosóficos, antropológicos, bíblicos y teológicos. Tarea que para él es prácticamente imposible. Y *ad impossibilia nemo tenetur*. Nadie está obligado a hacer lo que no puede.

Algunas reflexiones sobre la citada Notificación

La *Notificación* sobre algunos escritos del profesor Marciano Vidal resulta *extremadamente tardía*. Puede decirse que en la mitad de la Iglesia, que es de habla hispana, durante un cuarto de siglo, la mayor parte de los estudiantes católicos de teología han tenido como principal referencia los textos de Marciano Vidal —y de otros autores afines—, que hoy se dice «no pueden ser utilizados para la formación teológica». Muchos de los moralistas formados en los últimos decenios han recibido esas doctrinas falsas y las han difundido ampliamente. Y otros moralistas de orientaciones semejantes —como López Azpitarte, Hortelano o Forcano—, han conseguido con Vidal que en no pocas Iglesias locales la mentalidad moral predominante en sacerdotes, religiosos y laicos esté gravemente falsificada.

El daño producido en la conciencia moral del pueblo católico, muy especialmente en los temas referentes a la castidad, es muy grande. Pero aún más grave es la deformación de las conciencias de muchos católicos por la difusión de esos planteamientos morales, que son falsos no solamente en sus conclusiones, sino en sus mismos principios. La *nueva Moral* propuesta tiene en su antropología una pésima base filosófica, está lejos de la Biblia y de la Tradición católica, y contraría con frecuencia las enseñanzas del Magisterio apostólico. ¿Qué mentalidades ha podido formar una tal teología moral en los últimos decenios?

La *Notificación* aludida cae en un campo de trigo en el que durante un cuarto de siglo, «mientras todos dormían» (Mt 13,25), se ha sembrado con gran abundancia la cizaña. Eso explica que el documento de la Congregación, de hecho, haya sido resistido o menospreciado por muchos, cuya mentalidad ya estaba profundamente maleada por las mismas obras que la *Notificación* reprueba, y que ésta, en no pocos lugares, al menos donde se ha podido, ha sido silenciada, ocultándola en forma casi total.

Un artículo publicado en «L'Osservatore Romano» con tres asteriscos, *a propósito de la Notificación sobre algunos escritos del P. Marciano Vidal* (18-V-2001) parece salir al encuentro de estas objeciones previsibles, pues insiste en la necesidad que la Iglesia tiene del paso del tiempo para llegar en ciertas doctrinas teológicas a discernimientos prudentes:

«Cabría recordar, en la historia reciente de la Iglesia, las tensiones que existieron entre algunos teólogos y el Magisterio en la década de 1950. Esas tensiones —como ha reconocido el mismo Magisterio— revelaron su fecundidad sucesivamente hasta el punto de convertirse en estímulo para el concilio Vaticano II. Admitir las tensiones no significa descuido e indiferencia. Se trata más bien de “la paciencia en la maduración” (Juan Pablo II, *Donum veritatis* 11), que la tierra requiere para permitir que la semilla germine y produzca nuevos frutos.

«Dejando de lado la metáfora, se reconoce la necesidad de permitir que las nuevas ideas se adecuen gradualmente al patrimonio doctrinal de la Iglesia, para abrirlo después a las riquezas insospechables que contenía dentro de sí. El Magisterio adopta prudentemente esta actitud y le concede particular relieve, porque sabe que de ese modo se alcanzan las comprensiones más profundas de la verdad para el mayor bien de los fieles. Es la actitud de Juan Pablo II cuando, en la encíclica citada, se abstiene de “imponer a los fieles ningún sistema teológico particular” (*Veritatis splendor* 29). Llegará la hora de la poda y del

discernimiento, pero nunca antes de que surja y se abra lo que está germinando».

A estas consideraciones, que tienen tanto de verdad, cabe, sin embargo, hacer notar que los errores de Marciano Vidal no eran tan nuevos, como para que necesitaran largo tiempo de discernimiento y maduración, pues en realidad eran muy antiguos en el campo del protestantismo liberal y del modernismo. La *novedad* de sus tesis afectaba más bien a ciertas formas verbales y mentales, y al hecho de que, no siendo católicas, fueran enseñadas en el campo católico.

Por otra parte, los errores del sistema moral que examinamos eran tales, tanto en sus planteamientos generales como en sus consecuencias concretas, que, al ser tolerados, no hacían esperar ninguna «adecuación gradual» al patrimonio doctrinal de la Iglesia, sino más bien una radicalización creciente en su error, como así ha sido.

Una Notificación aún más tardía

El 24 de junio de 1998 la Congregación para la Doctrina de la Fe publica una *Notificación* señalando los graves errores que están contenidos en varias de las obras del padre Anthony de Mello, S.J. (1931-1987).

«El Autor sustituye la revelación acontecida en Cristo con una intuición de Dios sin forma ni imágenes, hasta llegar a hablar de Dios como de un vacío puro... Nada podría decirse sobre Dios... Este apofatismo radical lleva también a negar que la Biblia contenga afirmaciones válidas sobre Dios... Las religiones, incluido el Cristianismo, serían uno de los principales obstáculos para el descubrimiento de la verdad... A Jesús, del que se declara discípulo, lo considera un maestro al lado de los demás... La Iglesia, haciendo de la palabra de Dios en la Escritura un ídolo, habría terminado por expulsar a Dios del templo», etc.

Con razón la *Notificación* advierte que este autor «es muy conocido debido a sus numerosas publicaciones, las cuales, traducidas a diversas lenguas, han alcanzado una notable difusión en muchos países». Es cierto, sin duda. Sus obras han sido *ampliamente difundidas durante decenios* entre los católicos en seminarios, noviciados, centros teológicos, asociaciones de laicos, parroquias, librerías religiosas, ambientes catequéticos, etc. Parece increíble, pero así ha sido.

Felizmente, *once años* después de la muerte del Autor –once años después– una *Notificación* de la Congregación de la Doctrina de la Fe ha considerado oportuno poner en guardia sobre sus enormes errores. Esto hace temer que los errores hoy más vigentes en la Iglesia sean reprobados públicamente dentro de un cuarto de siglo.

Decir estas cosas resulta muy penoso, pero estimo que el bien de la Iglesia presente y de la futura exige a nuestra conciencia afirmarlas con fuerza y claridad.

El *Código de Derecho Canónico*, por su parte, establece que los fieles «tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia», etc. (art. 212,3).

Dada la gravedad del tema que trato, creo que en conciencia es un deber manifestar sobre él estas opiniones, que están bien fundadas en el ejemplo de los santos, y que son hoy, por otra parte, profesadas por no pocos *virí prudentes*.

La multiplicación de las herejías

En su *Informe sobre la fe*, de 1984, el Cardenal Ratzinger daba una visión autorizada del estado de la fe en la Iglesia, sobre todo en el Occidente descristianizado, y señalaba *la proliferación innumerable de las doctrinas falsas, tanto en temas dogmáticos como morales* (BAC, Madrid 1985¹⁰).

«Gran parte de la teología parece haber olvidado que el sujeto que hace teología no es el estudioso individual, sino la comunidad católica en su conjunto, la Iglesia entera. De este

olvido del trabajo teológico como servicio eclesial se sigue un *pluralismo teológico* que en realidad es, con frecuencia, *puro subjetivismo*, individualismo que poco tiene que ver con las bases de la tradición común» (80)...

Así se ha producido un «confuso período en el que *todo tipo de desviación herética* parece agolparse a las puertas de la auténtica fe católica» (114). Entre los errores más graves y frecuentes, en efecto, pueden señalarse temas como el pecado original y sus consecuencias (87-89, 160-161), la visión arriana de Cristo (85), el eclipse de la teología de la Virgen (113), los errores sobre la Iglesia (53-54, 60-61), la negación del demonio (149-158), la devaluación de la redención (89), y tantos otros errores relacionados necesariamente con éstos.

Éstos son los errores más graves contra la fe católica; pero actualmente corren otros muchos en el campo católico, referidos a la divinidad de Jesucristo, a la condición sacrificial y expiatoria de su muerte, a la veracidad histórica de sus milagros y de su resurrección, al purgatorio, a los ángeles, al infierno, a la presencia eucarística, a la Providencia divina, a la necesidad de la gracia, de la Iglesia, de los sacramentos, al matrimonio, a la vida religiosa, al Magisterio, etc. Puede decirse, prácticamente, que las herejías teológicas actuales han impregnado hoy *todas las verdades de la fe católica*.

En todo caso, los errores más ruidosos son los referidos a las cuestiones morales. «Muchos moralistas occidentales, con la intención de ser todavía *creíbles*, se creen en la obligación de tener que escoger entre la disconformidad con la sociedad y la disconformidad con la Iglesia... Pero este divorcio creciente entre Magisterio y *nuevas* teologías morales provoca lastimosas consecuencias» (94-95).

Estimo, pues, que pueden y deben hacerse tres afirmaciones sucesivas:

1.– *Nunca el pueblo católico ha sufrido un cúmulo semejante de dudas, errores y confusiones sobre los temas más graves de la fe*. Ha habido en la historia de la Iglesia, en lugares y tiempos determinados, situaciones de grave *degradación moral*, semejantes o mayores a la actual. También ha habido en ciertas etapas históricas *algún error* concreto –y grave, como el arrianismo– que se ha difundido ampliamente entre los católicos, antes de ser reducido por la Iglesia a la verdad. Pero no se conoce ninguna época en que los errores y las dudas en la fe hayan proliferado en el pueblo católico de forma tan generalizada como hoy, particularmente en las Iglesias de los países ricos de Occidente.

2.– *Nunca, sin embargo, la Iglesia docente ha tenido tanta luz como ahora*. Nunca la Iglesia ha tenido un cuerpo doctrinal tan amplio, coherente y perfecto, sobre cuestiones bíblicas, dogmáticas, morales, litúrgicas, sociales, sobre sacerdocio, laicado, vida religiosa, sobre todas y cada una de las cuestiones referentes a la fe y a la vida cristiana. Esta afirmación parece también indudable.

Pero entonces, ¿cómo se explica que sufra hoy el pueblo cristiano tan generalizadas confusiones y errores en temas de fe, teniendo la Iglesia actual doctrina tan luminosa y amplia? La respuesta parece obligada:

3.– *Nunca se han dejado correr como hoy en la Iglesia tan libremente los errores contra la fe y la moral*. No parece que pueda haber otra respuesta verdadera.

La lucha insuficiente contra el error

Es normal que la lucha contra el error sea hoy muy insuficiente en un marco secular imbuido ampliamente de *liberalismo*, en el que «hay que respetar todas las ideas»; en una cultura que espera el bien común no de la verdad, no del respeto a la naturaleza de los seres y a su Creador, sino de una *tolerancia* universal, que lo admite todo, menos la intolerancia de unas convicciones dogmáticas; en un tiempo en el que la buena *amistad de la Iglesia con el mundo moderno* es pretendida por muchos como un bien supremo; en unos tiempos de riqueza, que engendra *soberbia*, y que generaliza una soberbia hostil a toda corrección autoritativa; en una época que no une suficientemente la verdad ortodoxa a la firme adhesión a *la Cruz* de Cristo, y que, afectada por el protestantismo, no siente devoción alguna ni por *la ley* eclesial, ni por *la autoridad* pastoral, ni por *la obediencia*, ni por *los dogmas*, ni por el *Magisterio* apostólico.

En un tiempo como éste, no pocos hombres de Iglesia han mostrado más celo y respeto por *la libertad de expresión* que por *la verdad ortodoxa*. Y no han combatido los errores contra la fe con la fuerza y la eficacia necesarias. Solamente así puede entenderse que en algunas Iglesias locales agonizantes la cizaña del error sea más abundante que el trigo de la verdad. En estas Iglesias ciertos errores doctrinales corren libremente, se han establecido ya pacíficamente; en tanto que algunas verdades de la fe solo son afirmadas por unos pocos con penalidades martiriales.

Iglesias locales, digo, agonizantes, debido a la abundancia del error. En efecto, la Iglesia universal es indefectible y las fuerzas infernales nunca podrán vencerla. Pero una Iglesia local, que quizá, al paso de los siglos, ha sido capaz de superar tiempos muy duros, persecuciones, y también graves pecados y miserias morales, sean del pueblo o de sus mismos Pastores, en cambio, se tambalea, agoniza, y sucumbe cuando es herida por graves errores en la propia fe católica, que es su fundamento. Las herejías tienen muchísima más fuerza que las inmoralidades para debilitar o matar una Iglesia.

Pero por otra parte, conviene recordar que la Iglesia Católica, a diferencia de otras comunidades cristianas, es en plenitud «columna y fundamento de la verdad» (1Tim 3,9). Por eso *el error doctrinal no puede arraigarse durablemente en la Iglesia Católica*. Los nestorianos o los monofisitas o los luteranos pueden perseverar durante siglos en los mismos errores doctrinales. La Iglesia Católica no, ni siquiera en sus realizaciones locales. Una Iglesia local o pierde su condición de católica, o más pronto o más tarde recupera la verdad católica. Su comunión universal con el colegio episcopal, presidido por Pedro, le asegura su condición de «Casa de Dios, Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad».

Los santos combaten «los errores de su tiempo»

La verdad católica fluye siempre de la Escritura y de la Tradición, tal como el Magisterio lo enseña (Dei Verbum 7-10). La verdad católica es, pues, siempre bíblica y tradicional. Ahora bien, la historia de la Iglesia nos presenta como un dato tradicional que los Padres, los santos y los mejores teólogos, así como los Papas, han enseñado siempre la verdad católica, impugnando a la vez «los errores de su tiempo».

La mayor virulencia del error suele darse, precisamente, en su fascinante *novedad*. Los errores, cuando se hacen viejos, pierden mucho de su peligroso atractivo. Por eso, el fuego accidental ha de ser apagado al instante, para que no se difunda. Una vez que ha quemado un gran bosque, a veces, él mismo se apaga, porque no queda ya nada por consumir.

San Agustín (354-430), por ejemplo, combatió con todas sus fuerzas contra los errores que su contemporáneo Pelagio (354-427) estaba difundiendo acerca de la gracia. Y así lo hizo, asistido por Dios, para bien de la Iglesia, aunque aquellos errores fueron en un principio aprobados por varios Obispos –Jerusalén, Cesarea, sínodo de Dióspolis (415), e incluso por el papa Zósimo–, pues éstos no habían alcanzado a comprender todavía su grave malicia, al no estar quizá bien informados y al no haber aún una doctrina dogmática de la Iglesia sobre esos temas. Y ejemplos como éste podrían multiplicarse indefinidamente. *La impugnación de los errores presentes* es un dato unánime de la Tradición católica.

Para comprobar lo que he afirmado basta recordar *la información que la Liturgia de las Horas nos ofrece, al hacer una brevísima biografía en la memoria de los santos*. Cuando se trata de santos pastores o teólogos, son casi constantes los datos que subrayan que *combatieron los errores y las desviaciones morales de su tiempo*, y que ello con frecuencia les atrajo *grandes penalidades*, persecuciones, exilios, cárcel, muerte. Fueron, pues, *mártires* de la verdad de Cristo, ya que dieron «testimonio de la verdad» con todas sus fuerzas, sin «guardar su vida».

San Justino (+165; 1-VI), «escribió diversas obras en defensa del cristianismo... Abrió en Roma una escuela donde sostenía discusiones públicas. Fue martirizado».

San Ireneo (+200; 28-VI), obispo y mártir, autor de Adversus hæreses, «escribió en defensa de la fe católica contra los errores de los gnósticos».

San Calixto I (+222; 14-X), antiguo esclavo, Papa y mártir, «combatió a los herejes adopcionistas y modalistas».

San Antonio Abad (+356; 17-I), padre de los monjes, apoyó «a San Atanasio en sus luchas contra los arrianos».

San Hilario (+367; 13-I), obispo y doctor de la Iglesia, «luchó con valentía contra los arrianos y fue desterrado por el emperador Constancio».

San Atanasio (+373; 2-V), obispo y doctor de la Iglesia, «peleó valerosamente contra los arrianos, lo que le acarreó incontables sufrimientos, entre ellos varias penas de destierro».

San Efrén (+373; 9-VI), diácono y doctor de la Iglesia, fue «autor de importantes obras, destinadas a la refutación de los errores de su tiempo».

San Basilio (+379; 2-II), obispo y doctor de la Iglesia, «combatió a los arrianos».

San Cirilo de Jerusalén (+386; 18-III), obispo y doctor de la Iglesia, «por su actitud en la controversia arriana, se vio más de una vez condenado al destierro... [pues] explicaba a los fieles la doctrina ortodoxa, la Sagrada Escritura y la Tradición».

San Eusebio de Vercelli (+371; 2-VIII), obispo, «sufrió muchos sinsabores por la defensa de la fe, siendo desterrado por el emperador Constancio. Al regresar a su patria, trabajó asiduamente por la restauración de la fe, contra los arrianos».

San Dámaso (+384; 11-XII), Papa, «hubo de reunir frecuentes sínodos contra los cismáticos y herejes».

San Ambrosio (+397; 7-XII), obispo y doctor de la Iglesia, «defendió valientemente los derechos de la Iglesia y, con sus escritos y su actividad, ilustró la doctrina verdadera, combatida por los arrianos».

San Juan Crisóstomo (+407; 13-IX), obispo y doctor de la Iglesia, en Constantinopla, se esforzó «por llevar a cabo una estricta reforma de las costumbres del clero y de los fieles. La oposición de la corte imperial y de los envidiosos lo llevó por dos veces al destierro. Acabado por tantas miserias, murió [desterrado] en Comana, en el Ponto».

San Agustín (+430; 28-VIII), obispo y doctor de la Iglesia, «por medio de sus sermones y de sus numerosos escritos contribuyó en gran manera a una mayor profundización de la fe cristiana contra los errores doctrinales de su tiempo».

San Cirilo de Alejandría (+444; 27-VI), obispo y doctor de la Iglesia, «combatió con energía las enseñanzas de Nestorio y fue la figura principal del Concilio de Éfeso».

San León Magno (+461; 10-XI), obispo y doctor de la Iglesia, «combatió valientemente por la libertad de la Iglesia, sufriendo dos veces el destierro».

San Hermenegildo (+586; 13-IV) «es el gran defensor de la fe católica de España contra los durísimos ataques de la herejía arriana... Su verdadera gloria consiste en haber padecido el martirio por negarse a recibir la comunión arriana y en ser, de hecho, el primer pilar de la unidad religiosa de la nación».

San Martín I (+656; 13-III), Papa y mártir, «celebró un concilio en el que fue condenado el error monotelita. Detenido por el emperador Constante el año 653 y deportado a Constantinopla, sufrió lo indecible; por último fue trasladado al Quersoneso, donde murió».

San Ildefonso (+667; 23-I), obispo de Toledo, hizo «una gran labor catequética defendiendo la virginidad de María y exponiendo la verdadera doctrina sobre el bautismo».

San Juan Damasceno (+mediados VIII; 4-XII), doctor de la Iglesia, «escribió numerosas

obras teológicas, sobre todo contra los iconoclastas».

San Romualdo (+1027; 19-VI), abad, «luchó denodadamente contra la relajación de costumbres de los monjes de su tiempo».

San Gregorio VII (+1085; 25-V), Papa, trabajó «en la obra de reforma eclesiástica... con gran denuedo... Su principal adversario fue el emperador Enrique IV. Murió desterrado en Salerno».

San Anselmo (+1109; 21-IV), obispo y doctor de la Iglesia, «combatió valientemente por la libertad de la Iglesia, sufriendo dos veces el destierro».

Santo Tomás Becket (+1170; 29-XII), obispo y mártir, «defendió valientemente los derechos de la Iglesia contra el rey Enrique II, lo cual le valió el destierro a Francia durante seis años. Vuelto a la patria, hubo de sufrir todavía numerosas dificultades, hasta que los esbirros del rey lo asesinaron».

San Estanislao (+1079; 11-IV), obispo y mártir, «fue asesinado por el rey Boleslao, a quien había increpado por su mala conducta».

Santo Domingo de Guzmán (+1221; 8-VIII), fundador de la Orden de Predicadores, «con su predicación y con su vida ejemplar, combatió con éxito la herejía albigense».

San Antonio de Padua (+1231; 13-VI), doctor de la Iglesia, se dedicó a la predicación, «convirtiendo muchos herejes».

San Vicente Ferrer (+1419; 5-IV), «como predicador recorrió muchas comarcas con gran fruto, tanto en la defensa de la verdadera fe como en la reforma de costumbres».

San Juan de Capistrano (+1456; 23-X), sacerdote de los Frailes Menores, hizo su apostolado por toda Europa, «trabajando en la reforma de costumbres y en la lucha contra las herejías».

San Casimiro (+1484; 4-III), «gran defensor de la fe».

San Juan Fisher (+1535; 22-VI), obispo y mártir, «escribió diversas obras contra los errores de su tiempo».

Santo Tomás Moro (+1535; 22-VI), «escribió varias obras sobre el arte de gobernar y en defensa de la religión». Igual que San Juan Fisher, por oponerse a los errores y abusos del rey Enrique VIII, fue decapitado en 1535.

San Pedro Canisio (+1597; 21-XII), doctor de la Iglesia, «destinado a Alemania, desarrolló una valiente labor de defensa de la fe católica con sus escritos y predicación».

San Roberto Belarmino (+1621; 17-IX), obispo y doctor de la Iglesia, «sostuvo célebres disputas en defensa de la fe católica [frente a los protestantes] y enseñó teología en el Colegio Romano».

San Fidel de Sigmaringa (+1622; 24-IV): «la Congregación de la Propagación de la Fe le encargó fortalecer la recta doctrina en Suiza. Perseguido de muerte por los herejes, sufrió el martirio».

San Pedro Chanel (+1841; 28-IV), misionero: «en medio de dificultades de toda clase, consiguió convertir a algunos paganos, lo que le granjeó el odio de unos sicarios que le dieron muerte».

San Pío X (+1914; 21-VIII), «tuvo que luchar contra los errores doctrinales que en ella [la Iglesia] se infiltraban».

Según esto puede afirmarse que aquellos círculos de la Iglesia de nuestro tiempo, sean

teológicos, populares o episcopales, que *sistemáticamente descalifican y persiguen a los maestros católicos que hoy defienden la fe de la Iglesia y que combaten abiertamente las herejías*, se sitúan fuera de la tradición católica y contra ella. En la guerra que hay entre la verdad y la mentira, aunque no lo pretendan conscientemente, ellos se ponen del lado de la mentira y son los adversarios peores de los defensores de la verdad. También si ellos están entre quienes la predicán.

Los santos pastores y doctores de todos los tiempos combatieron a los lobos que hacían estrago en las ovejas adquiridas por Cristo al precio de su sangre. Estuvieron siempre vigilantes, para que el Enemigo no sembrara de noche la cizaña de los errores en el campo de trigo de la Iglesia. En tiempos en que las comunicaciones eran muy lentas, se enteraban, sin embargo, muy pronto –estaban vigilantes– cuando el fuego de un error se había encendido en algún lugar del campo eclesial, y corrían a apagarlo.

No se vieron frenados en su celo pastoral ni por personalidades fascinantes, ni por Centros teológicos prestigiosos, ni por príncipes o emperadores, ni por levantamientos populares. No dudaron en afrontar marginaciones, destierros, pérdidas de la cátedra académica o de la sede episcopal, calumnias, descalificaciones y persecuciones de toda clase. Y gracias a su *martirio* –gracias a Dios, que en él los sostuvo– la Iglesia Católica permanece en la fe católica.

También aquí convendrá recordar algunos ejemplos.

San Atanasio

A comienzos del siglo IV, cuando Constantino abre las puertas del Imperio romano a la Iglesia, entran en ésta muchos que aún tienen mentalidad pagana. En ciertos campos coexisten todavía elementos paganos y cristianos en peligrosa mezcolanza. El mismo Constantino, por ejemplo, sigue siendo Pontífice supremo de los colegios sacerdotales paganos.

En este mundo cristiano-pagano, parece inevitable que surjan aquí y allá herejías que traten de acomodar la fe cristiana a las exigencias mentales del mundo pagano. Es precisamente lo que hace Arrio (+336), presbítero notable de Alejandría, uno de los centros teológicos principales de la época. Con fórmulas *razonables* y persuasivas, presenta el misterio de Cristo en modos asequibles al pensamiento griego y romano, pero inconciliables con la fe católica tradicional.

Niega Arrio la divinidad de Jesucristo, pues el Verbo que él predica no es eterno, ni engendrado por el Padre, sino una criatura excelsa, adoptada especialmente por Dios, pero que no es Dios en sentido propio y verdadero. Esta doctrina se difunde con gran rapidez, amenazando el fundamento mismo de la fe católica. Pero también muy pronto el concilio de Nicea (325), primer concilio ecuménico, excluye, contra los arrianos, toda subordinación del Logos al Padre, pues afirma que Jesucristo es «Dios verdadero de Dios verdadero... consubstancial al Padre» (Dz 125).

Por eso, cuando Atanasio (+373) es elevado en el año 328 al episcopado, entiende bien que su misión primera ha de ser afirmar la fe católica en Cristo, reafirmar la fe de Nicea. Pero esta misión va a exigirle un verdadero y prolongado martirio, pues casi todos los obispos de la Iglesia oriental son entonces partidarios, más o menos moderados, del arrianismo; cómplices activos o pasivos de esa herejía. Son tiempos en que San Jerónimo exclama: *ingemuit totus orbis et arianum se esse miratus est* (gimió el orbe entero, asombrándose al comprobar que era arriano: *Dial. adu. Lucif.* 19).

Pues bien, si en esta situación del Oriente cristiano, Atanasio, en posesión tranquila de la sede de Alejandría, se hubiera limitado a profesar la verdad de Nicea, pero sin empeñarse en combatir los graves errores de la cristología arriana, no hubiera sufrido persecución alguna ni de sus hermanos en el episcopado, ni del Emperador, adicto a los arrianos. Para evitar exilios, difamaciones y persecuciones de todo tipo, hubiera sido suficiente que, aun predicando la fe católica de Nicea, guardara, sin embargo, un discreto silencio sobre los graves errores vigentes a su alrededor sobre el misterio de Cristo.

Por el contrario, Atanasio no se limita a predicar la verdad sobre Cristo, sino que, enfrentándose con la mayoría de sus hermanos Obispos, y empleando todos los medios a su alcance –cartas, visitas, concilios, disputas–, se entrega con todas sus fuerzas a combatir el arrianismo, que de haber prevalecido, hubiera acabado con la Iglesia Católica.

Pues bien, el testimonio martirial de Atanasio tuvo un precio altísimo. Obispo de Alejandría del 328 al 373, *cinco veces se vio expulsado de su sede episcopal* (335-337, 339-346, 356-362, 363, 365-366), y durante esos cinco destierros hubo de sufrir penalidades incontables: violencias, disputas, carencias de toda clase, calumnias, penurias, despojamientos, sufrimientos físicos y morales, marginación y desprestigio.

San Hilario (+367), el «Atanasio de Occidente», movilizó de modo semejante a los obispos de la Galia contra el arrianismo, combatiéndolo con todas sus fuerzas a través de escritos, sínodos, viajes y cartas, lo que también ocasionó que fuera exiliado por el Emperador de su sede de Poitiers al Asia Menor (356-359). Refiere su biógrafo Sulpicio Severo que era llamado por los arrianos «perturbador de la paz en Occidente» (2,45,4).

Pues bien, la historia nos asegura que gracias al *martirio* de San Atanasio, de San Hilario y de otros *testigos fieles* –que podían haberse mantenido callados en su sede, sin «perturbar la paz» eclesial, discretamente camuflados en la masa circundante de Obispos arrianos–, la Iglesia vive hoy su fe católica en Jesucristo.

Santo Tomás Moro

El gran humanista inglés Santo Tomás Moro (1478-1535), en cuanto escritor, es conocido ante todo por su obra *Utopía*, escrita en 1516, al mismo tiempo que *El Príncipe* de Maquiavelo. En el Libro I finge un diálogo con el navegante Rafael, conecedor ocasional de la isla Utopía. Leyendo este libro se comprenden las grandes facilidades que el género literario utópico ofrece para la más atrevida crítica social. En él se muestra Moro como un *confesor* tan apasionado de la verdad y un *acusador* tan valiente de los males de su tiempo, que resulta extraño que no le hubieran cortado la cabeza antes.

Según él dice, considerando la realidad de su tiempo, señores nobles y caballeros, Obispos, abades y frailes, no se contentan con ser «los mayores vagos del mundo», sino que además son cruelmente nocivos, sobre todo con los pobres.

«Cuando miro los Estados que hoy día florecen por todas partes, no veo en ellos, así Dios me salve, otra cosa que la conspiración de los ricos, que hacen sus negocios so pretexto y en nombre de la república. Y estas maquinaciones las promulgan como ley los ricos en nombre de la sociedad y, por tanto, también en nombre de los pobres».

Ante una posición tan crítica, Rafael le invita a un *posibilismo* realista, que procure al menos en cuestiones políticas la búsqueda del *mal menor*:

«Aunque no podáis desarraigar las opiniones malvadas ni corregir los defectos habituales, no por ello debéis desentenderos del Estado y abandonar la nave en la tempestad porque no podáis dominar los vientos... Hace falta que sigáis un camino oblicuo, y que procuréis arreglar las cosas con vuestras fuerzas, y, si no conseguís realizar todo el bien, esforzáos por lo menos en menguar el mal».

El consejo es prudente. Pero en el fingido diálogo, Moro se muestra muy reticente en cuanto a las posibilidades que la honradez tiene en la política:

«Tampoco sería yo de ninguna utilidad en los consejos de los príncipes, ya que si opinase de manera diferente de la mayoría sería como si no opinase; y si opinase de igual manera, sería auxiliar de su locura. No distingo el fin de vuestro *camino oblicuo*, según el cual decís que hay que procurar, a falta de poder realizar el bien, evitar el mal por todos los medios posibles. No es aquel [el Consejo real] lugar para disimulos, ni es posible cerrar los ojos. Se hace preciso aprobar allí las peores decisiones y suscribir los decretos más pestilentes. Y pasa por espía, por traidor casi, quien no hace elogio de medidas malignamente

aconsejadas. Así pues, no hay ocasión de realizar ninguna acción benéfica, ya que es más probable que el mejor de los hombres sea corrompido por sus colegas [políticos], que no que les corrija, ya que el perverso trato con éstos o bien le deprava o le obliga a disfrazar su integridad e inocencia con la maldad y la necedad ajenas. Tan lejos está, pues, de obtener el resultado propuesto con vuestro camino oblicuo».

Este diálogo literario, de 1516, en el que Moro describe con viveza posiciones dialécticas irreconciliables, no expresa, por supuesto, exactamente su pensamiento. De hecho, acepta que el rey Enrique VIII le designe Lord Canciller de Inglaterra en 1529. Muy pronto, sin embargo, su conciencia no le permite aprobar las terribles decisiones del rey, que van configurando en su Reino un estado de cisma y herejía. Es un tiempo de *prueba* durísima, en el que innumerables Obispos, abades y sacerdotes, nobles e intelectuales católicos ingleses, al menos con su silencio, se hacen cómplices de gravísimos males.

Santo Tomás Moro es *mártir*, es testigo de la verdad de Cristo y de su Iglesia. Dimite de su cargo, se retira al campo en 1532, y socialmente se queda *prácticamente solo*. No mucho más tarde, en 1535, es decapitado en la Torre de Londres. No pocos autores actuales –como Vázquez de Prada o Prévost– han recordado en valiosos estudios su heroísmo cristiano extremo. Louis Bouyer escribe a este propósito:

Moro «fue al suplicio sin hacer concesiones, cuando le hubiera bastado aceptar un compromiso equívoco, que todo el mundo esperaba de él, para hallarse de nuevo en el *otium cum dignitate*...

Y es que para él «la aceptación de la cruz que hay que llevar para seguir a Cristo no le pareció nunca un deber exclusivo del monje o del *religioso* [que ha renunciado al *mundo*], sino de todo bautizado» (*Tomás Moro, humanista y mártir*, Encuentro, Madrid 1986,88).

El 31 de octubre de 2000, el año del *Jubileo*, Juan Pablo II declaró a Santo Tomás Moro *patrono de los gobernantes y políticos*, con ocasión del jubileo celebrado por éstos en Roma.

San Luis María Grignion de Montfort

En la Francia de 1700 estaba tan difundida la herejía jansenista que la predicación católica y tradicional de Montfort, aunque hallaba entusiasta acogida en el pueblo sencillo de muchos lugares, fue sistemáticamente perseguida por los altos eclesiásticos de la época.

Grignion de Montfort (1673-1716) hubo de andar de una diócesis a otra, sin poder arraigarse en ninguna. El alto clero jansenista, con frecuencia culto y elegante, perteneciente a veces a familias aristocráticas, hallaba detestable la figura de aquel cura paupérrimo y de predicación insoportablemente tradicional.

En Nantes, por ejemplo, le fue prohibido predicar y confesar. También fue expulsado de la diócesis de Poitiers. En esta diócesis, el Obispo, «influido por los jansenistas o jansenizantes, por su mismo vicario general, un día, cuando estaba el Santo dando ejercicios a las religiosas de Santa Catalina, le intimó la orden de salir inmediatamente de la diócesis. El santo varón obedeció al punto» (N. Pérez – C. Abad, *Obras de San Luis María Grignion de Montfort*, BAC 111, Madrid 1954,29).

A su hija espiritual, María Luisa Trichet, le escribe: «me encuentro empobrecido, crucificado y humillado como nunca. Hombres y demonios, en esta gran ciudad de París, me arman una guerra muy amable y dulce. ¡Que me calumnien, que me ridiculicen, que hagan jirones mi reputación, que me encierren en la cárcel! ¡Qué regalos tan preciosos!... Son el equipaje y acompañamiento de la divina Sabiduría, que Ella introduce consigo en casa de aquellos con quienes quiere morar» (24-X-1703).

Y unos años más tarde, en febrero o marzo de 1706, escribe a los fieles de Montbernage, amigos suyos, a quienes había predicado una misión: «tengo frente a mí grandes enemigos: a todos los mundanos que me desprecian, me ridiculizan y persiguen, y a todo el infierno, que se ha conjurado para perderme y que hará levantarse contra mí en todas partes a todos los poderosos».

Poco después, en ese mismo año, «en vista de las dificultades que por todas partes se presentaban a su apostolado en Francia, pensó de nuevo en ofrecerse para las misiones de ultramar, y con este intento decidió encaminarse a Roma para pedir la bendición del Vicario de Cristo». Pero Clemente XI, gran impugnador del jansenismo (bula *Vineam Domini*, 1705; y más tarde, en 1713, la *Unigenitus*), le nombra *misionero apostólico*, y le ordena seguir predicando en Francia, trabajando siempre allí, donde tanta falta hace, «en perfecta sumisión a los obispos de las diócesis a donde seáis llamado» (30-31). Solo en los últimos años de su vida (1711-1716) se vio Montfort relativamente libre de persecuciones.

«Dios, por fin, le deparaba dos diócesis en las que iba a poder trabajar con santa libertad: la de Luçon y la de la Rochela. Sus obispos eran de los poquísimos que en Francia no se habían dejado doblegar por el espíritu jansenista... No faltaban en Luçon clérigos jansenizantes, y en la de la Rochela... Pero el siervo de Dios podía contar, y contó siempre, con el apoyo de los dos fervorosos prelados» (41).

3.– El gobierno pastoral al servicio de la verdad divina

Los Obispos, y en su medida los presbíteros, han recibido de Cristo autoridad para enseñar, para santificar y para regir pastoralmente la Iglesia (*ChD* 2; *PO* 4-6). Y para dar el «testimonio de la verdad», los tres ministerios apostólicos, no solo el primero, son necesarios y han de ejercitarse unidos, potenciándose mutuamente.

1) La enseñanza de la verdad y 2) la refutación de los errores no libran completamente de la mentira al pueblo cristiano si, junto con ello, no se ejercita suficientemente 3) el gobierno pastoral, que reprueba a tiempo un libro, retira a un profesor de su cátedra, promueve a un maestro de la verdad católica, frena a una editorial religiosa que difunde errores, clausura un centro que ha perdido irremediablemente la ortodoxia, y apoya valientemente a las personas y las obras que realmente «dan testimonio de la verdad».

Es muy sencillo: *la verdad católica –la ortodoxia y la ortopraxis– no puede mantenerse donde la autoridad apostólica pastoral no se ejercita en forma suficiente*. Y esta insuficiencia del ejercicio autoritativo del ministerio pastoral puede tener diversas causas, externas e internas.

–Causas externas (mundo). Es cierto que quizá nunca como hoy ha sido tan arduo el ejercicio de la autoridad apostólica. Nunca, en efecto, el mundo católico se había visto tan aquejado de las alergias a la ley y a la autoridad que comenzaron a afectar la Cristiandad a partir del «libre examen» de los protestantes, y que se difundieron en todo el Occidente, hasta constituir una forma mentis propia de nuestra época, desde la ilustración y el liberalismo, con sus ilimitados dogmas cívicos de «la libertad de pensamiento» y «la libertad de expresión».

Es cierto, sí, que en un marco mundano como el presente la autoridad pastoral apostólica apenas puede ejercitarse en muchas ocasiones si no es pasando verdaderos martirios. Pero tendrá que pasarlos. Lo exige el bien común del pueblo cristiano. Por otra parte, los Pastores habrán de sufrir de todos modos: tanto si ejercen la autoridad de su ministerio pastoral, pues viene la persecución, como si no la ejercita, y se impone la rebeldía y la anarquía. Pero mejor es sufrir haciendo el bien que haciendo el mal; mejor es padecer en el cumplimiento de lo debido que en el incumplimiento de la propia misión.

«AGRADA A DIOS QUE POR AMOR SUYO SOPORTE UNO LAS OFENSAS INJUSTAMENTE INFERIDAS... QUE SI POR HABER HECHO EL BIEN PADECÉIS Y LO LLEVÁIS CON PACIENCIA, ESTO ES LO GRATO A DIOS. PUES PARA ESTO FUISTE LLAMADOS, YA QUE TAMBIÉN CRISTO PADECIÓ POR VOSOTROS Y OS DEJÓ EJEMPLO PARA QUE SIGÁIS SUS PASOS» (1PE 2,19-21).

El Pastor que ejerza hoy la autoridad apostólica, siguiendo el ejemplo de Cristo y de todos los Pastores santos, habrá de sufrir una muy dura persecución no solo de parte del mundo, sino sobre todo en el mismo interior de la Iglesia. Será perseguido y descalificado por todos los cristianos que desobedecen la ortodoxia y la ortopraxis de la Iglesia, que son muchos, y también por aquellos Pastores que no se atreven a ejercer su autoridad pastoral, sancionando, promoviendo, quitando o poniendo, y que se ven implícitamente denunciados

por los Pastores que sí la ejercen.

–*Causas internas* (carne). Un Pastor puede frenar el ejercicio de su autoridad pastoral por otras muchas causas internas. Quizá las principales sean: –por temor al sufrimiento, es decir, por miedo al martirio; –por deseos de agradar y de ser estimado; –por una errónea apreciación del mal menor en la Iglesia; –por no fiarse del todo de la doctrina y disciplina católicas; –por no tener una fe segura en el misterio de la autoridad apostólica.

Un Obispo, por ejemplo, que, ejercitando su *autoridad pastoral*, no se atreve a retirar de su Seminario a un brillante profesor de moral, que en graves cuestiones lleva años enseñando contra el Magisterio católico, se niega a ser mártir, no da el testimonio de la verdad de modo completo, aun en el supuesto de que en su magisterio episcopal enseñe *la verdad* moral de la Iglesia y combata *los errores* contrarios. Teme la reacción de quienes en la diócesis apoyan a ese sacerdote, que quizá sean muchos e influyentes, y teme verse descalificado en las publicaciones progresistas católicas y en los medios mundanos.

Pero quizá no obre así por temor o por oportunismo, sino porque cree erróneamente que «por el bien de la Iglesia», «por guardar en ella la paz y la unidad», conviene, como mal menor, mantener en el Seminario a ese profesor que enseña a despreciar el Magisterio apostólico o a interpretarlo fraudulentamente.

En fin, también puede paralizar su acción autoritativa la debilidad de su fe en la doctrina y disciplina de la Iglesia: «¿y si resulta después que la Iglesia reconoce que lleva razón éste que ahora se le opone?».

El apóstol Pablo hubo de tomar a veces decisiones pastorales muy enérgicas, y en ocasiones abiertamente impopulares. Por eso, a la luz del Espíritu Santo, pero también por experiencia propia, decía:

«¿acaso yo ando buscando la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿Pensáis que quiero congraciarme con los hombres? Si quisiera quedar bien con los hombres, no sería servidor de Cristo» (Gál 1,10). «Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestro bien, aunque, amándoos con mayor amor, sea menos amado» (2Cor 12,15).

Él sabía bien que, en determinadas situaciones –que en un lugar y época pueden ser habituales y generalizadas– no puede ejercitarse el ministerio apostólico sin martirio. O apostolado y martirio, o mundo, carne y, por supuesto, demonio.

La crisis de la autoridad

Antes he dicho que un Pastor puede frenar el ejercicio de su autoridad pastoral por muy diversas causas, sean éstas internas o externas. La más decisiva, sin duda, es por *la falta de una fe firme en el misterio de la autoridad apostólica*. Ésta es una causa interna, *falta de fe*, pero también externa, *mentalidad generalizada* en la sociedad civil y, en su medida, también en la sociedad eclesial.

La doctrina de la Iglesia acerca de la autoridad en general y de la autoridad pastoral, tal como se propone en las *encíclicas sacerdotales*, en el concilio *Vaticano II* o en el *Catecismo* es la que siempre ha sido enseñada por la Biblia y la Tradición: el poder espiritual de toda autoridad legítima viene de Dios, no de la soberanía del pueblo. La autoridad pastoral procede de Cristo, el Señor, el Buen Pastor, y es recibida por vía sacramental, en el sacramento del Orden.

Pero siendo en esta cuestión tan extremadamente diverso el pensamiento del Evangelio y el pensamiento del mundo, solamente «el justo, que vive de la fe» (Hab 2,4; Rm 1,17; Gál 3,11; Heb 10,38), podrá entender y vivir la autoridad según Cristo y los santos pastores, porque solo la luz de la fe le libra de las tinieblas del pensamiento mundano del siglo. *La crisis actual de la autoridad pastoral es ante todo una crisis de fe*.

Cuántos son hoy los Obispos, párrocos, superiores religiosos, padres de familia, maestros y profesores que, aunque mantengan *teóricamente* la fe verdadera sobre la autoridad –en el

mejor de los casos—, la ejercen *prácticamente* según aquella falsa doctrina igualitaria de la autoridad, que fundamenta las democracias liberales. (La *democracia* en sí es buena; pero la *democracia liberal* adolece de todos los errores y las perversidades de aquel *liberalismo* que la Iglesia ha condenado muchas veces). Son por eso incapaces —en conciencia— de tomar decisiones impopulares, pretenden ante todo hacerse con una *votación* favorable mayoritaria, toleran lo absolutamente intolerable, no combaten a veces herejías, cuando han arraigado en una mayoría, ni impiden eficazmente sacrilegios, y buscan equilibrios centristas entre los mantenedores de la verdad y los seguidores del error —*centristas* en el mejor de los casos, porque no pocas veces son duramente autoritarios con los hijos de la luz y liberalmente permisivos con los hijos de las tinieblas—.

Y esta dimisión de la autoridad se produce muchas veces no por temor o por oportunismo, es decir, por rechazo de la Cruz y del martirio, sino, insisto, *en conciencia*, entendiendo que si ellos frenan las decisiones autoritativas o las eliminan totalmente es por humildad personal, por abnegación y benignidad, y sin buscar otra cosa que «el bien de la Iglesia», «la paz de la Iglesia»: de otro modo estallarían guerras terribles en la comunidad cristiana, que por encima de todo han de ser evitadas. Hay que guardar la paz.

No entienden que con esa actitud su gobierno pastoral se distancia inmensamente del ejemplo y de la enseñanza de Cristo, de Pablo y de toda la tradición de Pastores santos.

«Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?... ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os digo que no, sino la división» (Lc 12,49.51).

La cosa es clara: sin darse cuenta, esos Pastores pacifistas han *asimilado* el pensamiento mundano sobre la autoridad. Basta leer la grandes encíclicas de la Iglesia sobre la autoridad (por ejemplo, de León XIII, *Diuernum illud* 1881, *Immortale Dei* 1885, *Libertas* 1888), y las que impugnaron la devaluación de la autoridad iniciada en la Reforma protestante y consumada en el liberalismo, para advertir que, tanto los errores, como los pésimos efectos en el pueblo, descritos en esos documentos, son justamente los que hoy se han generalizado.

Primero se niega *la fe* en la autoridad, en cuanto dada por nuestro Señor Jesucristo, y enseguida se debilita *su ejercicio*. Y entonces, «herido el pastor», o paralizado al menos, «se dispersan las ovejas del rebaño» (Zac 13,7; Mt 26,31).

La Viña devastada

Sin la *parresía* necesaria en los Pastores, *la Viña del Señor es devastada*, son derribadas sus cercas, es saqueada por los viandantes, pisoteada por los jabalíes y arrasada por las alimañas (Sal 79).

De los malos pastores dice Jesús a Santa Catalina de Siena:

«Cometen injusticia con sus súbditos y prójimos y no corrigen los vicios [ni los errores], sino que, como ciegos, no los ven a causa del desordenado temor a desagradar a las criaturas, a las que dejan dormir y permanecer en su enfermedad...

«Algunas veces corrigen, para justificarse, con una pequeña reprensión... Así cometen injusticia por miserable amor a sí mismos. Este amor propio ha envenenado al mundo y al cuerpo místico de la Iglesia, y ha convertido en salvaje el jardín de esta esposa; lo han sembrado de flores podridas.

«El jardín estuvo cultivado cuando había verdaderos trabajadores, es decir, ministros santos, plantado de muchas y fragantes flores, porque la vida de los súbditos, por medio de los buenos pastores, no era mala, sino virtuosa, honesta y santa. Hoy no es así, sino lo contrario, pues a causa de los malos pastores hay malos súbditos. La Esposa se llena de toda clase de espinas, de muchos y variados pecados» (*Diálogo* cp. 122).

En el volumen IX del *Manual de Historia de la Iglesia* dirigido por Hubert Jedin y Konrad

Reppen, dedicado al siglo XX, el padre Joahannes Bots, S. J. describe en un capítulo la profunda crisis sufrida después del Concilio Vaticano II por la Iglesia en los Países Bajos.

Desaparece prácticamente la confesión individual; en el decenio de 1965-1975 la secularización de sacerdotes fue tres veces superior a la media mundial; en 1960-1976 las ordenaciones disminuyeron un noventa por ciento; en 1961-1976 se perdió una mitad de la asistencia a la misa dominical, pasó del 70 al 34 por ciento...

Estos cambios y otros muchos tan extremadamente negativos son dirigidos por intelectuales y teólogos. «A partir de entonces la provincia eclesiástica de Holanda es un ejemplo gráfico de la suerte que espera a una Iglesia cuando sustituye el poder de dirección de los legítimos portadores de los ministerios por el de unas cuantas personalidades que dominan los medios de opinión» (Herder, Barcelona 1984, 826 y 827).

En la misma obra el padre Ludwig Volk, S. J., describe y analiza la crisis, también grave, sufrida en esos mismos años por la Iglesia en Alemania, y al señalar las causas indica sobre todo el mal uso de la autoridad pastoral.

«El pasivo dejar hacer en unos casos y la resolutive actuación en otros han forzado la inevitable sospecha de que las decisiones del ministerio pastoral no han sido dictadas en primer término por consideraciones objetivas, sino por la medida de obediencia que podía esperarse de cada uno de los grupos. Ahora bien, si el uso de la autoridad episcopal se guía demasiado por consideraciones pragmáticas, que cederían a la tentación de tratar a los progresistas con talante liberal y a los conservadores, en cambio, de forma autoritaria o –para decirlo con fórmula más punzante– si se pretende salir al encuentro de los unos con el amor sin autoridad de la Iglesia y al de los otros con autoridad sin amor, el resultado final sólo puede ser un creciente distanciamiento» (*ib.* 810).

El pueblo cristiano, cuando en doctrina, disciplina y vida no está suficientemente regido y protegido por sus Pastores sagrados, se parece a la *Viña devastada*, saqueada por los viandantes y arrasada por las alimañas. El Rebaño de Cristo, que ha sido congregado en la unidad al precio de Su sangre (Jn 11,52), inhibida la autoridad pastoral, la única que puede guardarlo en la unidad, no tiene ya «un solo corazón y un alma sola» (Hch 4,32), no tiene ya «el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir» (Flp 2,2), sino que, contagiado por los errores de la época, pierde vitalidad, alegría y fecundidad, se divide en grupos contrapuestos, y finalmente se disgrega, es decir, se dispersa, se muere.

Un pueblo que aguanta impertérrito la difusión de graves *herejías* y la multiplicación habitual de ciertos *sacrilegios*; un pueblo en el que los matrimonios cristianos *evitan los hijos* habitualmente, por modos gravemente ilícitos, porque le han dicho que pueden emplearlos; un pueblo en el que la inmensa mayoría de los bautizados *no va a Misa*, porque le han dicho que propiamente no es obligatorio, sino que la asistencia ha de ser voluntaria; un pueblo en el que los fieles hace años que *no se confiesan* o que solo reciben alguna vez una absolución colectiva, porque le han dicho... está agonizante.

Pobres cristianos: están perdidos por malos pastores, que no han sabido proteger sus ovejas de los lobos, que no han sabido asegurarles los buenos pastos y las aguas puras, que les han entregado a la guía de falsos profetas. Pobres bautizados, que han dejado así «la fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de contener el agua» (Jer 2,13).

El resultado es terrible: oscurecimiento de las mentes, debilitación de las voluntades, desorden de los sentidos, desquiciamiento de la sociedad, de la cultura, de las costumbres, amor conyugal habitualmente profanado, incapacidad para la oración, para la abnegación, para la buena educación de los hijos, falta de alegría por falta de cruz en el seguimiento fiel de Cristo, profundas divisiones dentro de la comunidad cristiana, carencia casi total de vocaciones sacerdotales y religiosas, divorcios, drogas, abortos, apostasías innumerables...

Un horror. Pero *¿quién se compadecerá de esta pobre gente?* ¿quién le hará pasar de la oscuridad a la luz, de la cizaña al trigo, de la muerte a la vida, de la tristeza a la alegría?

«Jesús vio una gran muchedumbre, y se compadeció de ella, pues estaban como ovejas

sin pastor» (Mc 6,34).

Es cierto que *los pecados cometidos sin conocimiento* suficiente, con una ignorancia invencible, bajo un engaño no superable, son pecados solamente materiales, no formales. Pero los pecados, aunque solo sean materiales, producen efectos objetivos terriblemente malos, privan además de muchos bienes y disponen a las personas para los pecados formales, debilitándolas, enfermándolas espiritualmente.

¿Quién *desengañará* a esos pobres cristianos engañados por las malas doctrinas? ¿Quién les dará «*el testimonio de la verdad*», de la verdad que les haga libres, y que les permita crecer y florecer bajo la acción del Espíritu Santo?... El pastor bueno que un día el Buen Pastor les envíe, para que puedan volver al camino del Evangelio, será sin duda un pastor mártir.

Consideremos humildemente ante el Señor –que dentro de poco ha de ser finalmente nuestro Juez– si estos diagnósticos son hoy verdaderos y en qué medida nos afectan personalmente, pues todos los cristianos –cada uno en su lugar y ministerio propio: párrocos, padres de familia, profesores, Obispos, teólogos, dirigentes laicos–, todos participamos de la autoridad pastoral del Señor y de los apóstoles. Nadie puede decir como Caín: «¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gén 4,9).

San Bernardo

Los santos han denunciado en la Iglesia los errores y los pecados con absoluta *parresía*, señalando también sus causas. No se hubieran atrevido a decir lo que dijeron, concretamente de los malos pastores, si su amor a la Iglesia hubiera sido menor, y mayor su amor a sí mismos.

En una obra sobre San Bernardo (1090-1153), Dom Jean Leclercq escribe:

«Cuando Bernardo, con una libertad de lenguaje que nos asombra, hace reproches a Obispos y Papas, no busca su interés humano, que más bien le aconsejaría ganarse a los grandes. Solo la caridad puede moverle a actuar así: lo que él pretende es el bien de estos prelados, aunque haya de molestarlos. Lo dice muchas veces: “más vale suscitar un escándalo que abandonar la verdad” [*Apología* VII,15, citando a San Gregorio Magno, *Homil. 7 sobre Ez.*]. Es preciso saber escandalizar para enfrentar a los que se ama con sus deberes, llevándoles a elegir entre el bien y el mal. Bernardo no es hombre de compromisos... Mediocres y fariseos podrán maldecir y criticar, pero “si se pone en Dios la esperanza, nada se teme de los hombres”. Las cóleras de Bernardo son consentidas y mantenidas, pues son benéficas: son en él un medio para conmover, convertir, hacer conocer el ideal de santidad que él pretende y al que quisiera elevar a los demás» (*Saint Bernard mystique*, Desclée de Brouwer 1948,93).

San Bernardo es con todos extraordinariamente amable y abnegado. Son notas predominantes de su carácter a un tiempo la dulzura y el dominio de sí. Pues bien, por eso mismo –no a pesar de ello– su *parresía* es inmensa cuando pretende apasionadamente el bien de la Iglesia y el bien de sus pastores.

De los malos pastores de su tiempo dice: «quisiera Dios que fuesen tan vigilantes en desempeñar las funciones de sus cargos como son ardientes en pretenderlos. Velarían sobre sí mismos y no darían motivo a que pudiera decirse de ellos: “mis amigos y mis deudos se juntaron contra mí para combatirme” [Sal 37,12]. Esta queja, muy justificada por cierto, coge de lleno la época actual. Nuestros centinelas no se contentan con no guardarnos de las asechanzas de los enemigos, sino que, además de esto, nos hacen traición entregándonos la plaza. Sumidos en el más profundo sueño, no se despiertan ni al estallar sobre sus cabezas los rayos de las divinas amenazas, sin percatarse siquiera de su propio peligro. De ahí se sigue que no cuidan para nada de alejar de sí ni de sus rebaños el terrible peligro que les amenaza, pereciendo en la común catástrofe pastores y ovejas» (*Cantares 77,2; cf. Sobre la consideración, De las costumbres y oficios de los obispos*).

Santa Hildegarda y Santa Catalina

Este ejemplo de San Bernardo no es algo aislado en su tiempo. En la Edad Media –hoy tan ignorada y falsificada–, la *parresía* que ante las autoridades de la Iglesia muestran los santos –también si son mujeres– da unos ejemplos que en los tiempos modernos y actuales son, sin duda, menos frecuentes.

Cuando, por ejemplo, el Papa Anastasio IV escribe a *Santa Hildegarda de Bingen* (1098-1179), solicitándole que le ilumine con alguna carta, él no se espera sin duda lo que ella, una humilde abadesa alemana, le va a decir:

«Oh hombre, que por atender tu ciencia has dejado de reprimir la jactancia del orgullo de los hombres que han sido puestos bajo tu protección... ¿por qué no cortas de raíz el mal que ahoga las hierbas buenas y útiles?»... (Régine Pernoud, *Hildegarda de Bingen*, Paidós 1998,68). La carta de esta monja al Papa abunda en expresiones de un atrevimiento asombroso.

Santa Catalina de Siena (1347-1380), doctora de la Iglesia y patrona de Europa, se caracteriza por su amor a la Iglesia y por su devoción al Papa, «el dulce Cristo en la tierra». Pero también se caracteriza por libertad absoluta para declarar los males de la Iglesia, que se dan, a su juicio, sobre todo en los sacerdotes y Obispos, aunque también en el pueblo, pero en gran parte por culpa de aquellos.

«Reformada la Iglesia, los súbditos se enmendarán, porque de casi todo lo malo que hacen tienen la culpa los malos pastores. Si éstos se corrigiesen y en ellos brillase la margarita de la justicia por su honesta y santa vida, no obrarían los súbditos de ese modo» (*Diálogo* cp. 129).

San Juan de Ávila

Reformados los Pastores, se enmendarán los fieles. Es la idea central de los Tratados de reforma compuestos en la época del concilio de Trento por el santo Maestro Juan de Ávila (1500-1569).

Cuando hoy leemos el *Memorial primero al concilio de Trento* (1551), sobre «la reformación del estado eclesiástico», y sobre «lo que se debe avisar a los Obispos», y el *Memorial segundo* (1561), acerca de las «causas y remedios de las herejías», tenemos la certeza de que todo lo que allí se dice es la verdad. El Maestro Ávila escribe con su sangre, con una veracidad sangrante, confesando así su amor a Jesucristo y su dolor por los males de la Iglesia, desgarrada por la herejía y el cisma de la rebelión de Lutero (1517).

«Juntose con *la negligencia de los pastores*, el engaño de *falsos profetas*» (*Mem.II*, 9), pues «así como, por la bondad divinal, nunca en la Iglesia han faltado preladados que, con mérito propio y mucho provecho de las ovejas, hayan ejercitado su oficio, así también, permitiéndolo su justicia por nuestros pecados, ha habido, y en mayor número, pastores negligentes, y hase seguido la perdición de las ovejas» (10).

«No nos maravillemos, pues, que tanta gente haya perdido la fe en nuestros tiempos, pues que, faltando diligentes pastores y legítimos ministros de Dios que apacentasen el pueblo con tal doctrina que fuese luz... y fuese mantenimiento de mucha substancia, y le fuese armas para pelear, y en fin, que lo fundase bien en la fe y encendiese con fuego de amor divinal, aun hasta poner la vida por la confesión de la fe y obediencia de la ley de Dios», han entrado tantos males, y «así muchos se han pasado a los reales del perverso Lutero, haciendo desde allí guerra descubierta al pueblo de Dios para engañarlo acerca de la fe» (17).

¿Cómo pudieron entrar en el pueblo cristiano tantos errores y males sino a causa de los *falsos profetas*, tolerados por unos *pastores negligentes*? ¿Cómo no se dio la alarma a su tiempo para prevenir tan grandes pérdidas?

«Cosa es de dolor cómo *no hubo en la Iglesia atalayas, ahora sesenta o cincuenta años* [hacia 1517], que diesen voces y avisasen al pueblo de Dios este terrible castigo... para que se aperciesen con penitencia y enmienda, y evitasen tan grandísimo mal» (34).

En realidad, ya hubo quienes en su momento dieron voces de alarma; pero no fueron escuchados.

Y recuerda San Juan de Ávila, por ejemplo, el tratado de Juan Gersón, *De signis ruinæ Ecclesiæ*, publicado en París en 1521 (*Sermo de tribulationibus ex defectuoso ecclesiasticorum regimine adhuc ecclesiæ proventuris et de signis earumdem*; Acerca de las tribulaciones que todavía más han de sobrevenir por las deficiencias del régimen eclesiástico, y acerca de sus signos).

En estos *Memoriales* de San Juan de Ávila al Concilio, o en otras cartas y conferencias suyas, no hay retórica, no hay ideología: solo se halla la luminosidad de la Biblia y de la mejor Tradición católica. Estos escritos, tan llenos de luz y de vida, claros, objetivos, directos, prácticos, tan diferentes del «lenguaje eclesiástico» centrista y políticamente correcto, hacen patente que el autor, entre tantos pastores y teólogos solícitos de sus propios intereses, busca solo «los intereses de Jesucristo» (Flp 2,21), el bien del pueblo cristiano. Se capta en ellos la fuerza divina, sobrehumana, del Espíritu Santo, el único que puede reformar la Iglesia y renovar la faz de la tierra.

San Carlos Borromeo

Entre aquellos Obispos que sirven martirialmente a la verdad de Cristo con sobrehumana *parresía* en el ejercicio de su autoridad apostólica es preciso recordar al arzobispo San Carlos Borromeo (1538-1584). A él le encomienda el Señor la difícilísima misión de aplicar la reforma del concilio de Trento en la enorme y maleada diócesis de Milán.

Muchas horas pasa San Carlos de rodillas ante el Santísimo Sacramento, es decir, ante Cristo mismo, el Buen Pastor; la devoción eucarística es su devoción predilecta. Muchas son, incontables, sus predicaciones y visitas pastorales, enseñando la verdad y combatiendo el error. Pero también son no pocas las acciones enérgicas de su autoridad pastoral, como podemos comprobar con algunos ejemplos.

Los Canónigos de la Scala forman un cabildo degradado, intolerable, urgentemente necesitado de reforma. Pero son tantas las complicidades activas o pasivas que hallan en la ciudad, que el Arzobispo Borromeo se encuentra solo a la hora de intentar su reforma. «Abandonado por todos los funcionarios del Tribunal [del Arzobispado], condenado por el Gobernador, anatematizado por el Senado y por los Canónigos, Carlos sigue tranquilamente su camino y manifiesta que llevará a cabo su visita el 30 de agosto de 1569»... Cuando llega el Arzobispo montado en una mula, con su escaso séquito, y precedido de la Cruz alzada, desmonta y, tomando la Cruz, «pronunció la sentencia de excomuniación... Hombres armados dispararon algunos tiros, quedando dañada la Cruz por una bala» (Margaret Yeo, *San Carlos Borromeo*, Castilla, Madrid 1962, 126-127). La resistencia de los Canónigos no era ninguna broma. Pero la autoridad del Arzobispo, es decir, la de Cristo, era la que se imponía siempre.

«Lejos de acobardarse por la insolencia de los Canónigos de la Scala, comenzó la reforma, que también era muy necesaria, de otra orden. Los Umiliati», fraternidad de laicos y sacerdotes, procedente del siglo XII, que había llegado a dominar «la industria de la lana en Milán y que se hicieron inmensamente ricos». La resistencia que éstos ofrecieron fue también absoluta y bélica. Un día, estando el Arzobispo de rodillas en su oratorio, rezando Vísperas con sus sacerdotes, sonó un disparo y «se vio vacilar la arrodillada figura vestida de escarlata y blanco... Una bala había penetrado en la muceta y el roquete del Arzobispo», quedando éste ileso; lo que se consideró un milagro. «El autor del disparo era uno de los Umiliati, un sacerdote de nombre Farina, que había sido incitado y sobornado por otros tres sacerdotes de su Orden... La Orden de los Umiliati fue suprimida» (128-131).

Cuando San Carlos Borromeo asumió la diócesis de Milán en 1566, «había encontrado muchas cosas y personas en un lamentable estado de abandono e inmoralidad. De los noventa conventos de religiosos existentes en la Diócesis tuvieron que ser suprimidos veinte, y algunos de los que quedaron estuvieron al principio en abierta rebeldía» (195).

San Carlos estimaba que la santidad de la Iglesia no podía permitir ni en el clero ni en los religiosos graves infracciones habituales de leyes fundamentales. Por eso él llamaba con

toda caridad y paciencia a la conversión, y cuando ésta no se producía, ejercitaba su autoridad apostólica para sancionar, suspender o suprimir. No dejaba que se pudieran los males durante decenios o que se extinguieran por sí mismos, por la mera muerte de las personas.

Los ejemplos aducidos de la vida de San Carlos se refieren a errores morales, más bien que a desviaciones doctrinales. Pero viene a ser lo mismo: la autoridad pastoral, recibida de Cristo y de los apóstoles, debe ser ejercitada en el pueblo cristiano para combatir juntamente pecados y herejías. Y todos los santos Pastores la han empleado para procurar el bien de su pueblo y guardarlo de malas doctrinas o de malas costumbres.

La autoridad pastoral en la tradición doctrinal y práctica de la Iglesia

La *autoridad* de Dios es la fuerza providencial amorosa e inteligente que todo lo acrecienta con su dirección e impulso. La misma palabra *auctoritas* deriva de *auctor*, creador, promotor, y de *augere*, acrecentar, suscitar un progreso. Dios, evidentemente, es el *Autor* por excelencia, porque es el creador y dinamizador del universo, y de Él proceden todas las *autoridades* creadas –padres, maestros, gobernantes civiles o pastores de la Iglesia, y hasta los jefes de manadas en el mundo animal–. La autoridad, pues, en principio, es una fuerza espiritual sana, necesaria, acrecentadora, estimulante, unificadora. *La autoridad es, pues, fuente de inmensos bienes, y su inhibición causa enormes males.*

Según esta disposición de Dios, que afecta tanto al orden de la naturaleza como al de la gracia, si no hay un ejercicio suficiente de la autoridad y una asimilación suficiente de la misma por la obediencia, no puede lograrse ni el bien de las personas, ni el bien de las comunidades (cf. J. Rivera – J.M. Iraburu, *Síntesis de espiritualidad católica*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1999⁵, 361-389).

Por eso en la Iglesia *el ejercicio* de la autoridad apostólica de los Pastores sagrados es una mediación de suma importancia en la economía divina de la gracia. Y en cuanto a sus *modos de ejercicio*, convendrá recordar una vez más que *la verdad* de la Iglesia es bíblica y tradicional. En efecto, si queremos conocer cómo debe ser el ejercicio de la autoridad pastoral en la Iglesia debemos mirar a Cristo, a Pablo, al Crisóstomo, a Borromeo, a Mogrovejo y a tantos otros pastores santos que Dios nos propone como ejemplos.

Sin embargo, envueltos en el presente que nos ciega y encarcela, no podemos a veces *ni siquiera imaginar otros modos de ejercicio pastoral que aquellos que hoy son más comunes*. Pero la historia, dándonos a conocer el pasado, nos libera del presente y nos abre a un futuro distinto del tiempo actual. El pasado fue diverso del presente, y también el futuro, ciertamente, lo será.

En otro libro he considerado la evolución histórica en la Iglesia, entre otras cosas, de la *disciplina pastoral*. En la época de los Padres, los pastores «celan vigorosamente por la santidad del pueblo cristiano. Principalmente por la predicación y los sacramentos, pero también aplicando, cuando es preciso, la disciplina penitencial de la Iglesia o incluso la excomunión. En Éfeso, reunido San Juan Crisóstomo [+407, patriarca de Constantinopla, de quien dependía un centenar de diócesis] con otros setenta obispos, destituye a seis obispos; en el Asia Menor depone a catorce... Ciertos errores o abusos no deben tolerarse en la Iglesia. Y él no los tolera» (*De Cristo o del mundo*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1997, 64-65; cf. Alejandro Vicuña, *Crisóstomo*, Nascimento, Santiago de Chile 1936, 224-240).

Por lo que se refiere a la Edad Media, podemos recordar un ejemplo de San Bernardo (+ 1153). En un escrito dirigido al Papa Eugenio III, le advierte que es deber suyo «considerar el estado universal de la Iglesia, para comprobar si los pueblos están sujetos al clero, el clero a los sacerdotes, y los sacerdotes a Dios, con la humildad que es debida». Y concretamente le recuerda que en conciencia tiene que hacer aplicar, especialmente en el clero, las normas que él mismo promulgó en el Concilio de Reims (*De consideratione* III,5).

Estos recuerdos antiguos, o los que he traído de San Carlos Borromeo, siempre serán rechazados por algunos, alegando su antigüedad: «aquellos eran otros tiempos». La objeción es vana, ciertamente, pues más antiguos son los ejemplos de Cristo o de Pablo, y siguen

vigentes. Pero, en todo caso, podríamos recordar muchos otros ejemplos de energía benéfica en el ejercicio de la autoridad pastoral tomados de años más próximos a nosotros.

San Ezequiel Moreno (+1906), obispo de Pasto, en Colombia, lucha con toda su alma por guardar a sus fieles de la peste del liberalismo, y les prohíbe la lectura de cierta prensa liberal (José María Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1999², 484-505).

¿Todavía es ejemplo demasiado antiguo?... Acerquémonos, pues, más a nuestro tiempo. En 1954, ante la avalancha de ataques que la Iglesia está sufriendo de parte de un socialismo local agresivo, los obispos holandeses anuncian en una *Carta pastoral* «castigos eclesiásticos para quienes escucharan las emisiones de radio socialistas o leyeran escritos de esta tendencia» (*Manual de historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1984, IX,824-825).

Podrán cambiar, y así conviene, los *modos* de la autoridad apostólica según tiempos y culturas, pero el *ejercicio del ministerio pastoral*, un ejercicio solícito y abnegado, paciente y eficaz, ha sido *tradición unánime de la Iglesia* en los santos pastores de todos los tiempos.

Mundанизación de la autoridad pastoral

Ahora bien, esa línea unánime que hemos comprobado en la *tradición* de la Iglesia puede quebrarse si los Pastores sagrados se consideran *más obligados al mundo actual que a la tradición cristiana*. Entonces es cuando los modelos bíblicos y tradicionales pierden todo su vigor estimulante.

En otro libro he escrito que el *catolicismo mundano* –liberal, socialista, liberacionista, etc.– considera «que *la Iglesia tanto más se renueva cuanto más se mundaniza*; y tanto más atrayente resulta al mundo, cuanto más se seculariza y más *lastre* suelta de tradición católica.

«Sólo un ejemplo. El cristianismo *mundanizado* estima hoy que *los Obispos deben asemejar sus modos de gobierno pastoral lo más posible a los usos democráticos vigentes* – en Occidente–. El cristianismo *tradicional*, por el contrario, estima que los Obispos, en todo, también en los modos de ejercitar su autoridad sagrada, deben imitar fielmente y sin miedo a Jesucristo, el Buen Pastor, a los apóstoles y a los pastores santos, canonizados y puestos para ejemplo perenne.

«En efecto, los Obispos que en tiempos de *autoritarismo civil*, se asemejan a los príncipes absolutos, se alejan tanto del ideal evangélico como aquellos otros Obispos que, en tiempos de *democratismo igualitario*, se asemejan a los políticos permisivos y oportunistas. Unos y otros Pastores, al mundanizarse, son escasamente cristianos. Falsifican lamentablemente la originalidad formidable de la autoridad pastoral entendida al modo evangélico. En un caso y en otro, *el principio mundano, configurando una realidad cristiana, la desvirtúa y falsifica*» (*De Cristo o del mundo*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1997, 135).

La tentación principal de los Pastores sagrados de hoy no es precisamente el autoritarismo excesivo, sino el *laissez faire* oportunista de los políticos demagógicos de nuestro tiempo, más pendientes de los votos que de la verdad y el bien común. Por eso, cuando hoy vemos en no pocas Iglesias males graves y habituales –herejías y sacrilegios–, que vienen a tolerarse como un *mal menor* y que se consideran irremediables, no podemos menos de pensar: «efectivamente, son males irremediables, si se da por supuesto que no conviene ejercitar con eficaz vigor sobre ellos la autoridad apostólica».

Los Obispos, párrocos y superiores religiosos que, ante graves abusos doctrinales o disciplinares, desisten de ejercer su autoridad pastoral, suelen declarar: «*es inútil, no obedecen*». Y lo mismo dicen los padres que dejan a sus hijos abandonados a sí mismos, renunciando a ejercer sobre ellos la autoridad familiar que necesitan absolutamente. Pero es éste un círculo vicioso –no mandan porque no obedecen y no obedecen porque no mandan– que sólo puede quebrarse por la predicación de la autoridad, tal como es conocida por la razón y la fe, y por el ejercicio caritativo, y sin duda martirial, de la misma autoridad.

Grandes males exigen grandes remedios. Un cáncer no puede ser vencido con tisanas,

sino que requiere radiaciones, quimioterapias fuertes o intervenciones quirúrgicas. Pero si no es vencido, irá matando el cuerpo lentamente.

El Apóstol anima a su colaborador episcopal: «yo te conjuro en la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que va a juzgar a vivos y muertos, por su manifestación y su reino: *predica la Palabra*, insiste a tiempo y a destiempo, *corrige, reprende, exhorta* con toda paciencia y doctrina, pues vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, sino que, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conformes a sus pasiones, y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas. Pero tú mantente vigilante en todo, soporta padecimientos, haz obra de evangelizador, *cumple tu ministerio*» (2Tim 4,1-5).

La gran batalla de los mártires

«A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra *el poder de las tinieblas*, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final» (Vat.II, GS 37). En esa formidable y continua guerra, los hijos de la luz, siguiendo a Cristo, combatimos ante todo dando *el testimonio de la verdad*. «La armadura de Dios» que revestimos tiene en la verdad su arma principal (cf. Ef 6,13-15)

En todas las batallas se ve el hombre en la necesidad de optar por una u otra de las partes en contienda. El Evangelio, los Apóstoles, muy especialmente el Apocalipsis, nos revelan claramente que los cristianos estamos llamados a ser mártires en este mundo, testigos veraces del *Testigo veraz*, que es Cristo. Y la Revelación nos muestra que nuestra lucha no es simplemente contra la carne y la sangre, sino contra los demonios (Ef 6,12).

Por tanto, la lucha en la que los discípulos de Cristo nos vemos gloriosamente empeñados no es una *Guerra Floral*, en la que podamos combatir a nuestros enemigos arrojándoles versos amables y pétalos de flores: es una guerra sangrienta, a vida o muerte, en la que nosotros y nuestros hermanos nos jugamos la vida eterna. En esa batalla, la que libran *los mártires de Cristo*, según describe el Apocalipsis, hemos de combatir con todas nuestras fuerzas, arriesgándolo todo y con todas las armas posibles, hasta la muerte, buscando en la victoria nuestra salvación y la de los demás hombres.

A lo largo de estas páginas, que ya se terminan, hemos podido contemplar el martirio continuo de Cristo y de todos sus santos, pues todos han llevado en este mundo y en esta Iglesia una vida martirial. Conviene, pues, que *ante Dios reafirmemos nuestra «determinada determinación» de ser mártires con Cristo en este mundo –y en esta Iglesia–*.

Y al renovar hoy esta determinación no pensemos tanto en posibles persecuciones sangrientas del mundo, sino más bien –pues son mucho más frecuentes– en las persecuciones insidiosas del desprecio y la marginación. Como observa Juan Pablo II, «sabemos que el perseguidor no asume siempre el rostro violento y macabro del opresor, sino que con frecuencia se complace en *aislar al justo con el sarcasmo y la ironía*» (aud. gral. 19-II-2003).

La urgente renovación de la Iglesia

«Los lastimeros males que en nuestros tiempos han venido sobre nuestro pueblo cristiano, es mucha razón que *despierten nuestro profundo y peligroso adormecimiento* que del servicio de nuestro Señor y del bien general de la Iglesia y de nuestra particular salvación todos o casi todos tenemos, para que con ojos abiertos sepamos considerar *la grandeza del mal que nos ha venido y el peligro que nos amenaza*, y pongamos remedio, con el favor divino, en lo que tanto nos cumple» (San Juan de Ávila, *II Memorial* 1).

Es duro decir estas cosas, pero es necesario decirlas y repetirlas, pues están sistemáticamente silenciadas, y mientras no se digan lo bastante no podrán ser remediadas. La inmensa mayoría de los bautizados vive alejada de la Eucaristía y del sacramento de la Penitencia. No uno o dos errores de época, aún no vencidos, sino numerosos errores contra

la fe entenebrecen la vida de muchos cristianos, sin que esto produzca especial alarma. De hecho, en filosofía, en exégesis, en temas dogmáticos y morales, en el mismo entendimiento de la historia, falsificada en claves marxistas o liberales, se siguen difundiendo graves errores en no pocos seminarios y facultades, editoriales y librerías católicas. La conciencia moral de muchos, deformada por *nuevas* morales, ha perdido la rectitud objetiva de la doctrina católica. Son innumerables los matrimonios que, ignorantes o engañados, profanan la castidad conyugal, y que apenas tienen hijos. Es ya notorio que reina entre los cristianos la lujuria y el impudor (1 Cor 5,1), y que en todos los estamentos del Cuerpo eclesial abunda también la desobediencia, hasta el punto de que graves rebeldías habituales a leyes de la Iglesia ya apenas escandalizan, al estar generalizadas. Una gran mayoría de los fieles, una vez confirmados, abandona los sacramentos. Muchas Iglesias no tienen apenas vocaciones sacerdotales y religiosas. No pocas comunidades religiosas viven clara y pacíficamente alejadas de la Regla de vida que han profesado, alegando que «siguen otra línea»... «La *misión* específica *ad gentes* parece que se va deteniendo... El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio casi se ha duplicado» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio* 1990,2-3)...

¿Qué pensarían de esta situación Atanasio, Bernardo, Catalina, Juan de Ávila?... ¿Y qué dirían?... Y sin embargo, lo eclesiásticamente correcto es hoy el optimismo sereno y confiado. Toda otra actitud, se estima, es pesimismo, alarmismo, y en definitiva, falta de esperanza en Dios y en su providencia.

«Todo está ciego y sin lumbre» (San Juan de Ávila, *II Memorial* 43). «Hondas están nuestras llagas, envejecidas y peligrosas, y no se pueden curar con cualesquier remedio» (*ib.* 41). Y lo más grave es que las campanas de la cristiandad todavía no resuenan tocando a rebato, no llaman urgentemente, como en épocas de más humildad, a conversión, a renovación, a reforma. Falta humildad, fortaleza y esperanza para reconocer *los males* y para atreverse a averiguar *sus causas* reales. Falta esperanza, fe en el poder salvador de Cristo, para atreverse a ver esos males y para intentar con buen ánimo su remedio. No falta, no, la esperanza en quienes reconocen los graves males actuales de la Iglesia; falta en quienes no quieren conocerlos y reconocerlos.

«Inquiramos qué raíz ha sido esta de la cual tan pestilenciales frutos han salido, que quien los ha comido ha perdido la fe y puesto en turbación y peligro a la Iglesia católica» (*ib.* 3).

Cuando en un combate desmaya un ejército y comienza a huir, dice el Maestro Ávila, «suelen los señores, y el mismo rey, echar mano a las armas y meterse en el peligro, persuadiendo con palabras y obras a su ejército que cobre esfuerzo y torne a la guerra... En tiempo de tanta flaqueza como ha mostrado el pueblo cristiano, echen mano a las armas sus capitanes, que son los Prelados, y esfuercen al pueblo, y *autoricen la palabra y los caminos de Dios*, pues por falta de esto ha venido el mal que ha venido... Y de otra manera será lo que ha sido» (*ib.*43).

«Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho»

Hemos recordado palabras y acciones de una *parresía* que podríamos decir suicida, en el mejor sentido evangélico que da el Señor a la expresión «entregar», «perder» la vida, por salvar la vida propia y la de los demás. Es cierto que cambia mucho la significación de las realidades humanas al paso de los siglos, y que *palabras o acciones* que hace unos siglos pudieron ser expresivas de la caridad pastoral, mudada hoy su significación, resultarían objetivamente imprudentes y escandalosas.

Cuando Cristo *purifica* el Templo a latigazos, volcando las mesas y pronunciando terribles palabras, su acción es entendida a la luz de los gestos simbólicos de los antiguos profetas. Si hoy hiciera eso mismo un Obispo al visitar un Santuario lamentablemente mercantilizado, cometería un grave pecado.

No es preciso que discutamos de teología con el talante de San Buenaventura... o de San Pablo («¡ojalá se castrarán del todo los que os perturban!», Gál 5,12)...

Tampoco resulta hoy viable multiplicar las excomuniones, que tantas veces fueron realizadas por los más santos Pastores, siguiendo la norma de Cristo y de los Apóstoles (Mt

18,17; 1Cor 5,11; etc.). La *ex-comunión* solo tiene sentido y eficacia donde hay una *comunión* eclesial fuerte y clara. Pero hoy son frecuentes las situaciones de la Iglesia en donde esa comunión está sumamente difusa, ya que la inmensa mayoría de los bautizados vive habitualmente lejos de la Eucaristía y ha perdido casi totalmente la fe católica.

Todo eso se entiende fácilmente.

Pero lo que está claro es que *nosotros estamos llamados a imitar al mártir Jesucristo y a sus santos, mártires todos ellos en el mundo, y no pocas veces en la Iglesia*, es decir, en la parte mundana de la Iglesia. El modo en el que demos al mundo nuestro personal «testimonio de la verdad» habrá de ser el que Dios quiera para cada uno de nosotros. Pero de un modo o de otro habremos de prestarlo: «Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jn 13,15).

Lo que está claro es que *sin espíritu de martirio no puede haber renovación de los cristianos y de la Iglesia*. Solo tomando la Cruz es posible seguir a Cristo resucitado.

Lo que está claro es que el Espíritu Santo, con *modos* nuevos, sin duda, quiere actuar hoy en nosotros con la misma *parresía* de Cristo, de Esteban, de Pablo, de Atanasio, de Buenaventura, de Bernardo, de Hildegarda, de Catalina de Siena, de Francisco de Javier, de Juan de Ávila, de Borromeo, de Montfort, de todos los santos...

¿Para qué celebramos en el Año Litúrgico los ejemplos de Cristo y de sus santos, si nosotros debemos *evitar imitarlos* en todas aquellas palabras y acciones en las que ellos «perdían su vida» en este mundo, o la disminuían o la arriesgaban por la causa de Dios y de los hombres? ¿Queremos de verdad «confesar a Cristo» entre los hombres con todas nuestras fuerzas? ¿Pensamos que será eso posible sin sufrir grandes martirios? ¿Esperamos que puedan hoy renovarse las históricas victorias formidables de la Iglesia sobre el mundo si rehuimos combatirlo, por estimarlo *eclesiásticamente incorrecto*?

«En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: *Yo he vencido al mundo*» (Jn 16,33).

Final

Tengan en este libro la última palabra la Escritura, la Iglesia primera, los Padres, el Magisterio apostólico, la voz de un mártir y el canto de una santa a Cristo mártir.

Escritura

De la *carta a los Hebreos*, al parecer escrita en Roma entre los años 70 y 80:

«*Recordad aquellos días primeros*, cuando, recién iluminados, soportásteis múltiples combates y sufrimientos: ya sea cuando os exponían públicamente a insultos y tormentos, ya cuando os hacíais solidarios de los que así eran tratados. En efecto, compartisteis los sufrimientos de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes, sabiendo que teníais bienes mejores, y permanentes.

«No renunciéis, pues, a vuestra valentía (*parresía*), que tendrá una gran recompensa. Aún os hace falta constancia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa. “Un poquito de tiempo todavía, y el que viene llegará sin retraso” [Is 26,20].

«“El justo vivirá de la fe, pero si se vuelve atrás, dejaré de amarlo” [Hab 2,3-4]. Nosotros no somos de los que se vuelven atrás para su perdición, sino que vivimos en la fe para salvar nuestra alma» (Heb 10,32-39).

«Así pues, salgamos hacia Él fuera del campamento, cargando con su oprobio; pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura» (13,13-14).

Iglesia primera

De la *carta a Diognetes*, escrita en el siglo II por un cristiano anónimo a un pagano, a

petición de éste.

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por el lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

«Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

«Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y *todos los persiguen*. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los *judíos* los combaten como a extraños, y los *gentiles* los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

«Para decirlo en pocas palabras: *los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo*. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfrutar de los placeres; también *el mundo aborrece a los cristianos*, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

«El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a lo que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido al cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. *Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, que no les es lícito desertar de él* (5-6).

Padres

De las *cartas de San Cipriano*, obispo y mártir (210-258):

«¿Con qué alabanzas podré ensalzaros, hermanos valerosísimos? ¿Cómo podrán mis palabras expresar debidamente vuestra fortaleza de ánimo y vuestra fe perseverante? Tolerasteis una durísima lucha hasta alcanzar la gloria, y no cedisteis ante los suplicios, sino que fueron más bien los suplicios quienes cedieron ante vosotros. En las coronas de vuestra victoria hallasteis el término de vuestros sufrimientos, término que no hallabais en los tormentos. La cruel dilaceración de vuestros miembros duró tanto, no para hacer vacilar vuestra fe, sino para haceros llegar con más presteza al Señor.

«La multitud de los presentes contempló admirada *la celestial batalla por Dios y el espiritual combate por Cristo*, vio cómo sus siervos confesaban abiertamente su fe con entera libertad, sin ceder en lo más mínimo, con la fuerza de Dios, enteramente desprovistos de las armas de

este mundo, pero armados, como creyentes, con las armas de la fe. En medio del tormento, su fortaleza superó la fortaleza de aquellos que los atormentaban, y los miembros golpeados y desgarrados vencieron a los garfios que los golpeaban y desgarraban.

«Las heridas, aunque reiteradas una y otra vez, y por largo tiempo, no pudieron, con toda su crueldad, superar su fe inquebrantable, por más que, abiertas sus entrañas, los tormentos recaían no ya en los miembros, sino en las mismas heridas de aquellos siervos de Dios. Manaba la sangre que había de extinguir el incendio de la persecución, que había de amortecer las llamas y el fuego del infierno.

«*¡Qué espectáculo a los ojos del Señor*, cuán sublime, cuán grande, cuán aceptable a la presencia de Dios, que veía la entrega y la fidelidad de su soldado al juramento prestado, tal como está escrito en los salmos, en los que nos amonesta el Espíritu Santo, diciendo: *es preciosa a los ojos del Señor la muerte de sus fieles*. Es valiosa una muerte semejante, que compra la inmortalidad al precio de su sangre, que recibe la corona de mano de Dios, después de haber dado la máxima prueba de fortaleza.

«*Con qué alegría estuvo allí Cristo, de qué buena gana luchó y venció en aquellos siervos suyos*, como protector de su fe, y dando a los que en él confiaban tanto cuanto cada uno confiaba en recibir. Estuvo presente en su combate, sostuvo, fortaleció, animó a los que combatían para defender el honor de su nombre. Y el que por nosotros venció a la muerte de una vez para siempre continúa venciendo en nosotros.

«*Dichosa Iglesia nuestra*, a la que Dios se digna honrar con semejante esplendor, illustre en nuestro tiempo por la sangre gloriosa de los mártires. Antes era blanca por las obras de los hermanos; ahora se ha vuelto roja por la sangre de los mártires. Entre sus flores no faltan ni los lirios ni las rosas. Que cada uno de nosotros se esfuerce ahora por alcanzar el honor de una y otra altísima dignidad, para recibir así las coronas blancas de las buenas obras o las rojas del martirio» (Cta. 10,2-3.5).

Magisterio

De Pablo VI en una *Audiencia general* (26-I-1977):

«En esta ocasión limitamos la apertura de nuestro corazón a la impresión que hoy domina en Nos; la que nos sugieren las circunstancias de nuestra época en sintonía con una exhortación muchas veces repetida en el Evangelio de Jesús, nuestro Maestro y nuestro Salvador: *Que no se turbe vuestro corazón* (Jn 14,1), frase que surgen con frecuencia de los labios de Cristo (+Jn 14,27; Lc 12,32; 24,38; etc.)...

«*Si el Señor nos recomienda no temer, señal es de que nos encontramos en peligro...* Nos encontramos en una condición no propicia, no fácil. No estamos, humanamente hablando, en un período de normalidad, de tranquilidad, de facilidad, como cristianos, decimos.

«*Debemos abrir los ojos. Vivimos en tiempos difíciles.* Aquel Jesús que os infunde valor y que quiere creamos en su asistencia y en su arte divino para orientar en nuestro beneficio espiritual todas las cosas, incluso las que consideramos c contrarias a nosotros y dolorosas – pues “todo colabora al bien de los que aman a Dios” (Rm 8,28)–, es el mismo Jesús que nos advierte que vigilemos mil y mil veces (+Mt 24,42; 26,38; Mc 13,37; Lc 21,36; etc.), que nos quiere atentos a los signos de los tiempos (Mt 16,4), que nos anuncia anticipadamente la dureza, por así decir, connatural a la profesión cristiana (+Jn 16,20.22), y que, una vez más, por medio del mismo Apóstol, nos exhorta a vivir protegidos por “la armadura de Dios, para ser capaces de resistir el mal” (Éf 6,11-13)...

«*La vida cristiana es milicia* (+Job 7,1). La condición de quien ha escogido a Cristo por su modelo, por su guía, por su Redentor, no puede ser ni tímida, ni cómoda, ni incierta (+Jn 19,37).

«Ahora bien, si así es, *nuestra vocación es hoy la fortaleza. Los tiempos son difíciles.* Debemos estar preparados para vivirlos con personal y generoso espíritu de testimonio de fe, de energía moral, de preferencia –sobre todo cálculo de egoísmo, de miedo, de vileza, de oportunismo– por nuestra personalidad de hombres verdaderos, convertidos en

superhombres por nuestro bautismo».

Un mártir

De una carta escrita por el P. Juan Schwingschackl, S. J., mártir del nazismo, en la cárcel de Stadelheim-Munich (28-II-1945: *Reino de Cristo* IX-1982):

«Quiero deciros adiós. Muchas veces me he separado de vosotros, pero nunca tan alegre como ahora, aunque todos partís conmigo en mi corazón por el gran amor que os tengo.

«Queríais saber cómo estoy. *Estoy bien y contento. Mejor dicho, me siento feliz.* El proceso, y sobre todo el texto de la condena, han demostrado que muero por la causa de Cristo... Antes de instruirse el proceso ya fui condenado. Puedo decir que me siento feliz de morir por la causa de Cristo.

«Desde hace tiempo carezco de toda ayuda espiritual. Es el mayor sacrificio. Pensar que ya no podría celebrar Misa me torturaba. Llevo el uniforme de presidiario, y desde mi sentencia de muerte estoy encadenado, hace cinco semanas. Están las cadenas siempre tan apretadas que desde el primer día se me marcaron en la carne; se me formó un gran tumor en el brazo, y el antebrazo se hinchó notablemente.

«He pasado mucho frío, porque no había fuego en mi celda. He pasado hambre, y hubiera podido comer tres veces más de lo que dan. De esta manera he esperado el sacrificio de mi vida. Ha sido un sufrimiento especial no saber cuándo iba a suceder: a cada minuto la puerta podía abrirse, con la palabra “¡venga usted!”. Mi salud se ha quebrantado. Con la fuerza de la tos comienzo a escupir sangre.

«Pero *las Navidades de este año han sido las más hermosas de mi vida.* He podido ocuparme bastantes horas, sobre todo por la noche, en la meditación del amor de nuestro Redentor. Ha sido una delicia. El día del Año Nuevo me llevaron a una celda donde me atendió un sacerdote. Cuando me arrodillé delante de mi Señor en la Eucaristía lloré como un niño. En los once meses de prisión he recibido siete veces solamente la sagrada Comunión.

«*Alegráos conmigo.* El día de mi ejecución será un día de fiesta para todos nosotros. Si pudiera, os enviaría a mi Ángel de la Guarda para que os anunciara la hora de mi muerte.

«Con mis manos encadenadas *os doy mi bendición*, y con ella termino estas líneas.

«Adiós. Hasta el cielo».

Santa Brígida

Finalmente, de las oraciones atribuidas a santa Brígida (+1373), tomamos esta *canto final a Cristo mártir*.

«Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que anunciaste por adelantado tu muerte y, en la última cena, consagraste el pan material, convirtiéndolo en tu cuerpo glorioso, y por tu amor lo diste a los apóstoles como memorial de tu dignísima pasión, y les lavaste los pies con tus santas manos preciosas, mostrando así humildemente tu máxima humildad.

«Honor a ti, mi Señor Jesucristo, porque el temor de la pasión y la muerte hizo que tu cuerpo inocente sudara sangre, sin que ello fuera obstáculo para llevar a término tu designio de redimirnos, mostrando así de manera bien clara tu caridad para con el género humano.

«Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que fuiste llevado ante Caifás, y tú, que eres el juez de todos, permitiste humildemente ser entregado a Pilato para ser juzgado por él.

«Gloria a ti, mi Señor Jesucristo, por las burlas que soportaste cuando fuiste revestido de púrpura y coronado con punzantes espinas, y aguantaste con una paciencia inagotable que

fuera escupida tu faz gloriosa, que te taparan los ojos y que unas manos brutales golpearan sin piedad tu mejilla y tu cuello.

«Alabanza a ti, mi Señor Jesucristo, que te dejaste ligar a la columna para ser cruelmente flagelado, que permitiste que te llevaran ante el tribunal de Pilato cubierto de sangre, apareciendo a la vista de todos como el Cordero inocente.

«Honor a ti, mi Señor Jesucristo, que, con todo tu glorioso cuerpo ensangrentado, fuiste condenado a muerte de cruz, cargaste sobre tus sagrados hombros el madero, fuiste llevado inhumanamente al lugar del suplicio, despojado de tus vestiduras, y así quisiste ser clavado en la cruz.

«Honor para siempre a ti, mi Señor Jesucristo, que en medio de tales angustias, te dignaste mirar con amor a tu dignísima madre, que nunca pecó ni consintió jamás la más leve falta; y, para consolarla, la confiaste a tu discípulo para que cuidara de ella con toda fidelidad.

«Bendito seas por siempre, mi Señor Jesucristo, que cuando estabas agonizando, diste a todos los pecadores la esperanza del perdón, al prometer misericordiosamente la gloria del paraíso al ladrón arrepentido.

«Alabanza eterna a ti, mi Señor Jesucristo, por todos y cada uno de los momentos que, en la cruz, sufriste las mayores amarguras y angustias por nosotros, pecadores; porque los dolores agudísimos procedentes de tus heridas penetraban intensamente en tu alma bienaventurada y atravesaban cruelmente tu corazón sagrado, hasta que dejó de latir y exhalaste el espíritu e, inclinando la cabeza, lo encomendaste humildemente a Dios, tu Padre, quedando tu cuerpo invadido por la rigidez de muerte.

«Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que con tu sangre preciosa y tu muerte sagrada redimiste las almas y, por tu misericordia, las llevaste del destierro a la vida eterna.

«Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que, por nuestra salvación, permitiste que tu costado y tu corazón fueran atravesados por la lanza y, para redimirnos, hiciste que de él brotara con abundancia tu sangre preciosa mezclada con agua.

«Gloria a ti, mi Señor Jesucristo, porque quisiste que tu cuerpo bendito fuera bajado de la cruz por tus amigos, y reclinado en los brazos de tu afligidísima madre, que ella lo envolviera en lienzos y fuera enterrado en el sepulcro, permitiendo que unos soldados montaran guardia.

«Honor por siempre a ti, mi Señor Jesucristo, que enviaste el Espíritu Santo a los corazones de los discípulos y aumentaste en sus almas el inmenso amor divino.

«Bendito seas tú, glorificado y alabado por los siglos, Señor Jesús, que estás sentado sobre el trono en tu reino de los cielos, en la gloria de tu divinidad, viviendo corporalmente con todos tus miembros santísimos, que tomaste de la carne de la Virgen. Y así has de venir el día del juicio a juzgar a las almas de todos los vivos y los muertos: tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Bibliografía

En la mejor tradición de la Iglesia se ha acostumbrado siempre leer las *Vidas de los mártires*, viendo en ellas el mejor comentario al Evangelio de Cristo.

—*Actas de los mártires*, BAC 75, Madrid 1962, 1.185 p., edición bilingüe, preparada por D. RUIZ BUENO.

—*Martirologio*, Apostolado Mariano, Sevilla 1991, I, 110 p., II, 110 p., trad. BAUDILIO LUIS RUIZ, O.S.B.

—*Atti dei martiri*, Paoline, Milán 1985², 782 p., traducción y notas de GIULIANA CALDARELLI.

Sobre el martirio en los primeros siglos de la Iglesia y en nuestro tiempo:

–PAUL ALLARD, *Diez lecciones sobre el martirio*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 2000, 100 p.; estudia las persecuciones de los primeros siglos.

–CELESTINO DEL NOCE, *Il martirio. Testimonianza e spiritualità nei primi secoli*, Studium, Roma 1987, 206 p.

–ANDREA RICCARDI, *Il secolo del martirio*, Mondadori, Milán 2000, 522 p.; da cuenta de los mártires cristianos habidos en el siglo XX en todo el mundo.

Sobre los mártires habidos en la Guerra civil española del pasado siglo hay una literatura abundante, de la que destaco solamente:

–ANTONIO MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)*, BAC 204, Madrid 1998², 883 p.

–VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *La persecución religiosa en España durante la segunda República (1931-1939)*, Rialp, Madrid 1990, 404 p.

–ID., *La gran persecución, España 1931-1939; historia de cómo intentaron aniquilar a la Iglesia católica*, Planeta-Testimonio, Barcelona 2000, 370 p.

En esta obra se dice que la persecución que sufrió la Iglesia en España fue *la mayor persecución religiosa de la historia*: «de los 6.832 muertos, 4.184 pertenecen al clero secular –incluidos 12 obispos, un administrador apostólico y los seminaristas–, 2.365 religiosos y 283 religiosas. No es posible ofrecer cifras ni siquiera aproximadas del número de seglares católicos asesinados por motivos religiosos, pero fueron probablemente varios millares... Con lo que tendríamos una cifra aproximada de unos 10.000 mártires» (*ib.* 209-210).

Además de la canonización de San Maximiliano Kolbe, Juan Pablo II, hasta 1998, había beatificado a 268 mártires del siglo XX, de los cuales 221 eran españoles, 25 mexicanos, 10 asesinados por el nazismo, y otros varios del Este europeo, Tailandia, Zaire, etc.

De los mártires españoles del pasado siglo existen biografías numerosas, de las que cito únicamente:

–VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *Mártires españoles del siglo XX*, BAC 555, Madrid 1995, 659 p. Da la biografía de cada uno de los 217 mártires beatificados hasta aquella fecha.

–GABRIEL CAMPO VILLEGAS, C.M.F., *Ésta es nuestra sangre. 51 claretianos mártires, Barbastro, agosto 1936*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1990, 380 p.

–PLÁCIDO M^a (MIGUEL) GIL IMIRIZALDU, O.S.B., «...Iban a la muerte como a una fiesta». *Crónica de un testigo*, Monasterio de Leyre, Navarra, 1993, 157 p.

Por esos años hubo también en México una admirable floración de mártires:

–JEAN MEYER, *La Cristiada*, Siglo XXI, México 1977⁵, vols. I-III.

–JOSÉ MARÍA IRABURU, *La Cristiada y los mártires de México, en Hechos de los apóstoles de América*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1999², 505-526 p.

Vale la pena recordar, en todo caso, que *la mayor persecución religiosa de la historia cristiana* fue realmente la padecida en la Unión Soviética bajo el comunismo marxista.

Unos 200.000 religiosos fueron asesinados, según reveló, en tiempo de Boris Yeltsin, una comisión gubernamental rusa presidida por Alexander Yakovlev (20-I-1998). En el período de 1917 a 1941 fueron eliminados unos 250 obispos. Y de las 48.000 iglesias que había en 1918, quedaron 7.000.

En *El libro negro del comunismo* (Planeta-Espasa 1998), obra de varios autores, aunque se proporcionan escasos datos cuantitativos de la persecución sufrida por los cristianos en la Unión Soviética, se reproducen textos impresionantes de Lenin y de otros dirigentes

marxistas, en los que se muestran claramente decididos a eliminar la Iglesia en forma «implacable y despiadada» (p. ej. 146-149).